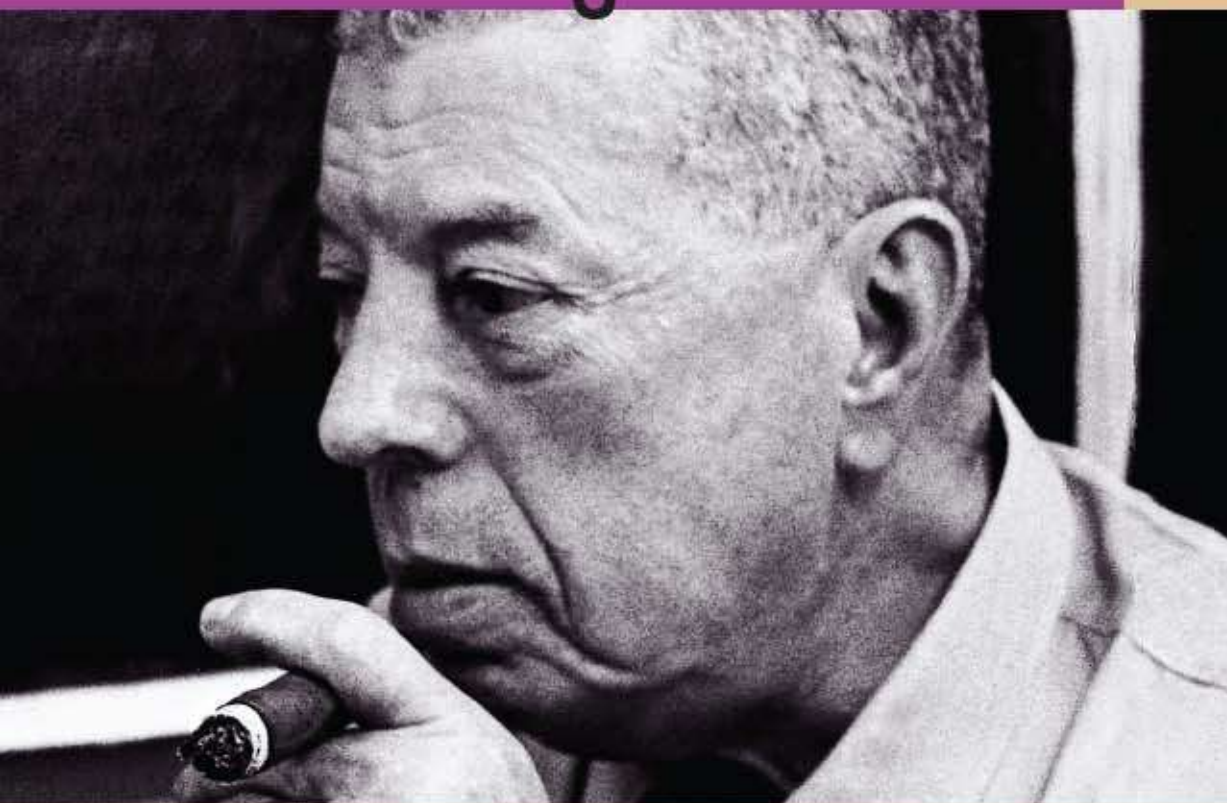


Historia y crítica

de la novela en Venezuela y otros textos

# Rafael Angarita Arvelo



compilador Luis Ricardo Dávila

**PA**  
PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO ACADÉMICO

**BANCO SOFITASA**  
Banco Universal





### **Rafael Angarita Arvelo (1898-1971)**

Nació en San Cristóbal, estado Táchira, el 4 de abril de 1898 y falleció en Caracas, el 23 de marzo de 1971. Doctor en Ciencias Políticas (UCV, 1930). Cursó el bachillerato en el Colegio Federal de Varones del estado Táchira y contribuyó con la fundación de los periódicos *Patria* y *Letras*. Entre 1914 y 1916 colaboró en la revista *Bloque*, también de San Cristóbal. La historiografía literaria venezolana lo ubica como perteneciente a la generación del 18. Fue diplomático, crítico literario y narrador. Presidente de la Asociación de Escritores Venezolanos (AEV) (1948-1950). Desempeñó altos cargos en representación de Venezuela, tales como Encargado de Negocios en Colombia (1936) y Alemania (1937-1942), Ministro de Venezuela en Portugal (1942-1945), Embajador en Chile (1945) y en México (1952-1957). También fue parlamentario y Vice-Presidente de la Cámara de Diputados (1936). Entre sus publicaciones se encuentran *El aparecido* (1921), subtitulada como “tragedia bárbara”; *Poesía popular. Ilustraciones del cancionero y romancero venezolano* (1930); *Historia y crítica de la novela en Venezuela* (1938); *Tiempo y poesía del padre Borges* (1947); *La necesidad de una crítica literaria que beneficie en fondo y forma la obra de nuestros poetas* (1954); *Tres tiempos de poesía en Venezuela* (1962); *Novela de la bolsa (Pablo Miranda, un corredor en valores)* (1969); *Obra literaria dispersa* (2003) (antología). Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua (electo en 1952).



# Historia y crítica

---

de la novela en Venezuela y otros textos

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Autoridades Universitarias

- *Rector*  
Léster Rodríguez Herrera
- *Vicerrector Académico*  
Humberto Ruiz Calderón
- *Vicerrector Administrativo*  
Mario Bonucci Rossini
- *Secretaria*  
Nancy Rivas de Prado

PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO  
ACADÉMICO

- *Director*  
Humberto Ruiz Calderón
- *Cordinación editorial*  
Luis Ricardo Dávila
- *Asistencia editorial*  
Yelliza A. García A.
- *Consejo editorial*  
Tomás Bandes  
Asdrúbal Baptista  
Rafael Cartay  
Mariano Nava  
Gregory Zambrano

COLECCIÓN

Clásicos del Pensamiento Andino

- *Comité editorial*  
Ramón J. Velásquez  
Alberto Rodríguez Carucci  
Gregory Zambrano

COLECCIÓN

Clásicos del Pensamiento Andino

Publicaciones  
Vicerrectorado  
Académico

*Historia y crítica  
de la novela en Venezuela  
y otros textos*

Rafael Angarita Arvelo  
Primera edición, 2007

© Universidad de Los Andes  
Vicerrectorado Académico

- *Fotografía de portada*  
Archivo El Nacional
- *Corrección de textos*  
Stella Bühler
- *Concepto de colección  
y diseño gráfico*  
Kataliñ Alava
- *Transcripción de textos*  
Mauren Maldonado
- *Impresión*  
Gráficas El Portatítulo

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY  
Depósito legal: lf237720078004303  
ISBN: 978-980-11-1130-6

Universidad de Los Andes  
Av. 3 Independencia  
Edificio Central del Rectorado  
Mérida-Venezuela  
viceacad@ula.ve  
<http://viceacademico.ula.ve>

Impreso en Venezuela  
*Printed in Venezuela*

► La presente edición  
ha sido posible  
gracias al generoso  
aporte financiero  
del Banco Sofitasa,  
Banco Universal  
del Estado Táchira.

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
Autoridades Universitarias

- *Rector*  
Mario Bonucci Rossini
- *Vicerrectora Académica*  
Patricia Rosenzweig
- *Vicerrector Administrativo*  
Manuel Aranguren Rincón
- *Secretario*  
José María Andérez

PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO  
ACADÉMICO

- *Dirección editorial*  
Patricia Rosenzweig
- *Coordinación editorial*  
Víctor García
- *Coordinación del Consejo editorial*  
Roberto Donoso
- *Consejo editorial*  
Rosa Amelia Asuaje  
Pedro Rivas  
Rosalba Linares  
Carlos Baptista  
Tomasz Suárez Litvin  
Ricardo Rafael Contreras
- *Producción editorial*  
Yelliza García A.
- *Producción libro electrónico*  
Miguel Rodríguez

Primera edición digital 2011

Hecho el depósito de ley

Universidad de Los Andes  
Av. 3 Independencia  
Edificio Central del Rectorado  
Mérida, Venezuela  
publicacionesva@ula.ve  
publicacionesva@gmail.com  
www2.ula.ve/publicacionesacademico

Los trabajos publicados en esta Colección han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas

Historia y crítica

---

de la novela en Venezuela y otros textos

# Rafael Angarita Arvelo

*Compilador*

*Luis Ricardo Dávila*

*Estudio introductorio*

*Gregory Zambrano*



El Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes ha decidido contribuir con la industria editorial de la ciudad y del país en general. Al insertarnos en este importante e indetenible movimiento, buscamos el afinamiento de nuestra política editorial. Uno de sus pasos es la creación de la *Colección Clásicos del Pensamiento Andino*. Su lanzamiento, a fines del 2004, ha dado lugar a la creación de un espacio que contempla la edición de obras destinadas a perdurar. Obras especialmente dirigidas a acendrar en todos los públicos, no sólo el universitario, el espíritu de una cultura y de una época de la que somos depositarios.

En el origen de todo rescate está, entonces, la intuición histórica, el instinto de conservación de cuanto hemos sido, la fijación en el futuro de unas imágenes que sólo evocan pasado. Adviértase que cuando el pasado entra en desuso es cuando más se despierta en las sociedades el deseo de recuperar su memoria concreta. Precisamente, vivimos en una época caracterizada por estos rasgos. De allí, lo que nos planteamos como reto editorial.

Para la Universidad de Los Andes, en general, y de manera muy particular para el Vicerrectorado Académico, es un verdadero honor emprender una iniciativa de esta naturaleza. A pesar de su carácter regional, esta universidad siempre ha sabido que el mejor progreso no es el que queda atado a los límites de nuestras montañas o de la “frontera acústica de las campanas parroquiales”, sino aquel que trasciende las alturas de nuestra Sierra Nevada para instalarse en el mundo.

Y de esto trata esta nueva iniciativa. Rendir homenaje a nuestros más ilustres hombres de letras y pensamiento. De allí lo de clásico. Obras en su conjunto dignas de imitación permanente en el tiempo, modelo a transmitir a las generaciones futuras porque son fuente permanente de enseñanza. Obras que constituyen una suerte de itinerario del pensamiento andino. Escritores tan conspicuos como Julio César Salas (*fundador de nuevos saberes*) y Gonzalo Picón Febres (*iniciador de la crítica literaria moderna en Venezuela*); o pensadores con tanta raigambre venezolana como Alberto Adriani (*fundador de la hacienda pública nacional*), Mario Briceño Iragorry (*pensador de la hispanidad*), Mariano Picón Salas (*nuestro gran ensayista*), Tulio Febres Cordero (*el rapsoda de Mérida*), Domingo Miliani (*crítico literario*); o los tachirenses Samuel Darío Maldonado y Rafael Angarita Arvelo, son expresión de nuestras circunstancias y a su vez del compromiso para con las generaciones futuras de nuestra aventura existencial.

Todos fueron pensadores, educadores, críticos, ensayistas, pero, sobre todo, arduos defensores de nuestra civilidad, de la paz social que a ellos mismos les tocó vivir. Acérrimos críticos del militarismo caudillista, de sus páginas brotan notas de pensamiento y de progreso que hemos querido poner a la disposición de un vasto público para enseñarle que sólo nos superaremos en clima de democracia y de libertad. La universidad debe ser siempre el ámbito posible para la discusión del pensamiento plural y crítico y, hasta cierto punto, para la difusión de un pensamiento impertinente y traveso sobre la sociedad y el mundo.

Hay prosas y pensamientos que irremediablemente se oxidan con el tiempo o, lo que es peor, con el poco uso. Hemos de prevenir que no ocurra así con nuestros clásicos. Acaso por salud estética y mental, para que no nos deje encorvados la historia, cada generación necesita hacer su propia antología. Valgan los autores seleccionados como necesidad de nuestra propia escogencia.

En la prisa de estos tiempos los hombres requieren saber de muchas cosas; pero necesitan saber, igualmente, quiénes fueron, cómo produjeron, sobre qué indagaron nuestros ancestros intelectuales. Este es, pues, el móvil que anima la colección que hoy iniciamos y para cuya continuidad solicito el más decidido apoyo del lector.

Y esto es válido con mayor énfasis en esta era de lo virtual, cuando se afianza particular y paradójicamente la idea de que el libro no morirá nunca, a pesar de las amenazas que se ciernen sobre la palabra impresa. Añadiríamos que, por el contrario, el destino del libro es extender su ámbito, aumentando de manera importante los índices y hábitos de lectura inteligente.

*Clásicos del Pensamiento Andino* es también una edición dedicada a los bibliófilos. Sabemos que la bibliofilia ha sido siempre el refugio del libro como voluntad de permanencia. Y si nuestro esfuerzo editorial contribuye a esta idea, cualesquiera que sean las circunstancias, nunca llegarán a poner en peligro la existencia generalizada de la palabra sobre papel. Por el contrario, colecciones y obras como las presentadas siempre quedarán como un testimonio salvador de un pasado que nos honra y nos constituye, de una cultura que no se desvanece por más adversas que sean las condiciones. Editar a los grandes de nuestra historia intelectual, es editar para los bibliófilos e investigadores, es convidar a las generaciones futuras al esfuerzo de comprender. Así enseñaremos a quienes vengan a no renunciar al impulso de la creatividad mediante la escritura de obras bien hechas, de valor permanente. Las obras de esta colección serán la delicia de todos: lectores, investigadores y coleccionistas.

**Humberto Ruiz Calderón**

Vicerrector Académico



## **Rafael Angarita Arvelo** historiador de la novela venezolana

Pocos autores venezolanos se atrevieron a enjuiciar su pasado y su presente literario con la vehemencia que lo hizo Rafael Angarita Arvelo (San Cristóbal, 1898-Caracas, 1971). También –podríamos añadir– con la severidad y el sentido de justicia que deben prevalecer en un buen lector. Esos quizás son los rasgos que mejor definen su *Historia y crítica de la novela en Venezuela*, publicada en Berlín en 1938. Para Angarita Arvelo el crítico es, por la naturaleza de sus trabajos, de sus ensayos, un investigador y luego un valorizador. Investigar y valorar son las acciones que mueven los ejes de su curiosidad intelectual, que rindió sus frutos materializados en una obra crítica singular, personalísima y por lo mismo polémica e inquietante.

El autor devino a la literatura desde la Ciencia Política; se había doctorado en esta área en 1930. Desde sus pasos por el Colegio Federal de Varones del Estado Táchira, donde cursó el bachillerato, contribuyó con la fundación de los periódicos *Patria y Letras*. Y entre 1914-1915 aparece como colaborador de la revista *Bloque*, también de San Cristóbal. La historiografía literaria venezolana lo ubica como perteneciente a la generación del 18; aunque la impronta de esa generación es más cercana a los poetas, la filiación de Angarita Arvelo viene por el lado de la cuentística. En 1921 había publicado *El aparecido*, subtitulada como “tragedia bárbara”. A esta obra sigue, cronológicamente, su *Historia y crítica de la novela en Venezuela*. Luego aparecerían un trabajo de orientación crítica titulado *Tiempo y poesía del padre Borges* (1947); *La necesidad de una crítica literaria que beneficie en fondo y forma la obra de nuestros poetas* (1954) y *Tres tiempos de poesía en Venezuela* (1962). Aunque fue electo como Indivi-

duo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, el 7 de enero de 1952, su discurso de incorporación fue pronunciado el 22 de julio de 1954, mismo que fue contestado por Simón Planas Suárez, y publicado como folleto por la Empresa El Cojo el mismo año.

### La obra es producto de un hacer infatigable

Cuando en 1938 apareció *Historia y crítica de la novela en Venezuela*, Angarita Arvelo desempeñaba funciones diplomáticas como Encargado de Negocios de la Embajada de Venezuela en Alemania. El libro está fechado en Berlín y fue editado por la imprenta de August Pries Leipzig. Lo conforman veinte brevísimos capítulos en los cuales se intenta un balance de lo que en materia narrativa había aparecido en Venezuela desde el siglo XIX hasta ese momento.

Luego de establecer algunos criterios históricos y formales, comienza la descripción a grandes rasgos de lo que a sus ojos se mostraba como un panorama discontinuo. La oración con la cual abre el libro marca lo que será el estilo expositivo de su discurso: frases breves, sentenciosas y punzantes: “Nuestra novela no tiene casi pasado” (p. 5)<sup>1</sup>. Por ello trata de esbozar un recuento que parte de las por él llamadas “primeras manifestaciones” para ir desbrozando entre nombres, títulos y circunstancias históricas este intento de historiar nuestra narrativa mayor: tradiciones y leyendas, perspectivas de enfoque en su estudio, tendencias expresivas.

Su ejercicio comprensivo comienza con uno de los autores más prolijos y polémicos de finales del XIX y comienzos del XX, José Gil Fortuol, en

---

<sup>1</sup> Angarita Arvelo, Rafael (1938). *Historia y crítica de la novela en Venezuela*. Berlín: Imprenta de August Pries Leipzig. Cito por esta edición indicando en el texto la página correspondiente.

cuya novela *Julián* (1888), en opinión del crítico, la escritura ficcional se resiente de la praxis histórica de su autor y ante el impulso autobiográfico que la sustenta, ésta no pasa de ser un vano intento: “El acierto eminente que lo distingue como historiador no lo asiste como novelista” (p. 30). Luego pasa a discutir y a sostener una tesis que lo opondría a opiniones adversas en torno al surgimiento de la llamada “novela nacional”. En “Fundación y signo de *Peonía*” intenta defender de manera explícita la supremacía de *Peonía* (1890), la obra de Manuel Vicente Romero García frente a *Los mártires* (1842), la de Fermín Toro. El tachirenses afirma sin ambages que

[...] de acuerdo con mi tiempo y con la certidumbre de que los hombres de letras del país así lo confirman –hechas las salvedades naturales– estoy artística, históricamente convencido de que *Peonía* es nuestra primera novela formal; de que su procedimiento realista responde a maravilla del ambiente, de nuestra naturaleza, de nuestras almas y de nuestros campos; de que su fijación es básica en nuestra literatura, y de que con ella se establece y se funda la verdadera novela venezolana (pp. 41-42)<sup>2</sup>.

Así como su opinión es benevolente y reconoce en *Peonía* valores auténticos como obra literaria y como tapiz para visualizar los elementos constitutivos de lo nacional, la llega a llamar “oriente de nuestro renacimiento venezolanista”, con *Mimí* (1898), de Rafael Cabrera Malo, se va hacia el extremo opuesto. Su crítica es severa, sin mínimos requiebros en la forma, y de paso, enjuiciando esta obra, salpica de soslayo a Gonzalo Picón Febres, a quien tiene siempre como un libro abierto para contradecirlo. Veamos como ejemplo:

---

<sup>2</sup> Angarita Arvelo asume definitivamente la defensa de esta obra contra las opiniones negativas de Picón Febres, Jesús Semprum y Julio Planchart.

Lejos el autor de la técnica novelística, tendido al fracaso de sus sueños literarios, sólo ofrece una obra forzada, declamativa, pobre de arte, perdida de vaciedades, apuntalada con frases de discurso efectista. Uno de los contados aciertos críticos de Picón Febres fue el de freír a lo lindo *Mimí*, hecho extraño en el escritor emeritense, predispuesto siempre a la benevolencia, perdonavidas literario que apenas señala agudezas de crítico legítimo, decorosamente veraz, en sus opiniones sobre *Mimí* y –también– cuando revisa *Maldita Juventud* de Arévalo González. *Mimí* es un libro olvidado con justicia. Vive su olvido en nuestro carnero literario del siglo pasado (p. 46).

El libro cuestiona algunas de las obras narrativas que se habían publicado durante el siglo XIX. Con juicios directos y severos, se aproxima a novelas que tuvieron algún impacto en su momento y que se leyeron con sentido crítico. Por ejemplo, *Todo un pueblo*, de Miguel Eduardo Pardo, propone una lectura negativa de la Caracas urbana de finales del siglo XIX. Angarita Arvelo no escatima palabras cortantes para enjuiciar la obra mayor de Pardo:

En primer término la considero misérrima de arte. En segundo, misérrima de estilo. Misérrima de gracia y de seriedad en tercero y postrer término. Duramente se discutió en Venezuela sobre *Todo un pueblo* y sobre la revisión de costumbres y caracteres que inventa. ¿Representa una orientación en la novela venezolana? ¿Es la obra de un artista, el libro de un escritor? ¿Constituye una diatriba mezquina contra su ciudad natal, aquella “Villabrava” pequeña y corrompida que según él apenas incubaba vicios, horrores y porquerías? Me inclino por lo último (p. 47).

Pero no solamente deduce a partir del texto posibles razones que llevaron al autor a hacer un retrato tan negativo de la capital; el crítico hurga en la historia personal del escritor y añade:

Deduzco que Pardo fue un hombre al margen de la sociedad capitalina, del círculo llamado ‘mundo social’, antaño delimitado a las claras por clases. Perteneció quizás a la clase media inferior. Acaso tuvo contratiempos originados de su condición. Las amarguras personales envenenadas por la distancia y por el tiempo, hincharon su libro de indirectos vituperios. Este libro se consagra como un ataque violento e injustificado contra la sociedad –el mundo social– de cierto pueblo imaginario que en su descripción resulta ser Caracas (pp. 47-48).

Si bien la novela adolece de fallas estructurales y su perspectiva política es demoleadora frente a la situación social de su momento, la misma intenta generalizar y no particularizar la crítica velada a una Villabrava que tanto se parece a Caracas, sumergida en una crisis de valores que propicia una mirada absolutamente pesimista. No exagera Osvaldo Larrazábal Henríquez cuando apunta que las opiniones de Angarita Arvelo constituyen “la más enañada crítica que se le ha hecho a la novela de Miguel Eduardo Pardo”<sup>3</sup>.

Sin duda que Angarita Arvelo está mirando el devenir de nuestra narrativa desde una perspectiva universalista, pero también está atento a las reverberaciones de tendencias superadas en el tiempo y sobre todo, encabalgadas ya entre el ir y venir de las tendencias europeas. Por ello cree que en Venezuela el sentido de contemporaneidad está desfasado de cuanto se estaba haciendo en Europa, donde el romanticismo ya era, como tendencia artística, objeto de museo y en su lugar se está imponiendo el realismo, prolifera la penetración psicológica de los personajes y, al mismo tiempo, se deja ver muy prístinamente el pincelazo del naturalismo. Sin embargo, siempre resulta para él un referente confiable la posibilidad de insuflar de realismo todo cuanto intentara mostrar –no digo reflejar– la realidad inmediata de

---

<sup>3</sup> Larrazábal Henríquez, Osvaldo (1980). *Historia y crítica de la novela venezolana del siglo XIX*. Caracas: UCV-Instituto de Investigaciones Literarias, p. 245.

nuestra capital, por ello siempre acude a la referencia deslindante de Víctor Hugo, entre la sensibilidad clásica y la sensibilidad romántica que tan pulcramente determina su prefacio de *Cromwell* (1827).

Es de esperarse que esta valoración que se pretende panorámica haga un examen acucioso de las obras singulares de nuestra literatura, profundizando en sus estructuras, en sus técnicas narrativas, o en las posturas ideológicas; sin embargo, en no pocos casos el juicio se queda en el pórtico del objeto de estudio, esto es, la obra en sí, para cuestionar elementos extraliterarios de algunos autores, o posturas políticas y públicas que no vendrían al caso exponer si no fuera para sustentar juicios relacionadas con las obras mismas. Tal vez por ello no otorga mayor trascendencia a una obra que por sus alcances ya se situaba entre las más reconocidas en el ámbito de la lengua castellana, como la de Manuel Díaz Rodríguez.

El juicio, siempre dirigido con carga polémica, resta a veces la certeza a las intuiciones críticas de Angarita Arvelo, las limita y las condiciona aunque el autor trata de desprenderse de esa carga de negación. A Díaz Rodríguez le reconoce sus valores pero sin dejar de elaborar juicios que a la larga resultan condicionantes de sus méritos literarios, lo cual se evidencia en opiniones como la siguiente:

El preciosista, artista del idioma, inmola al novelista, captador inmediato de las cosas, las almas y el ambiente. Sus novelas –con excepción de *Peregrina*– no son poemáticas a pesar de las abundantes páginas poéticas en ellas distribuidas. Son literarias –buído [sic] el estilo, labrado como el encaje de piedra de las catedrales medioevales– concebidas bajo la advocación del período modernista y de la frase brillante. Altas y ejemplares como obras de estilo literario. Desorientadas, desgarradas como novelas, deliciosas mentiras con vestidos de realidad [...] (p. 61).

Quizás por ello, las reservas teñidas de moralidad matizan los reconocimientos de esta novela y pasan a conformar una diatriba desde la cual es

posible leer un compromiso personal con lecciones de ciudadanía. Pero le resta pertinencia cuando insiste en ver asimilados a las características de los personajes demasiados rasgos autobiográficos de los autores, así sea Julián Hidalgo de *Todo un pueblo*, Alberto Soria de *Ídolos rotos* o Tulio Arcos de *Sangre patricia*. Con ello cae en la trampa de un psicologismo individualista, tan cuestionado desde la perspectiva de los estudios literarios formalistas. Caso contrario ocurre cuando se aproxima a la obra de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, a quien asume críticamente con su mejor tono.

Discreción y amor al terruño parecen encerrar la aspiración de escribir en un lenguaje literario que se comprometiera con lo venezolano, esto es, costumbres y ambientes no urbanos, comprendidos dentro del criollismo como orientaciones raigalmente nacionalistas<sup>4</sup>. Y en esa valoración de Urbaneja Achelpohl pareciera expiar el malestar frente a lo exotizante, a los artificioso de Díaz Rodríguez. Por ello –y no sólo es el caso de Angarita Arvelo– hay cierta tendencia a la contraposición de ambos escritores. Para el crítico tachirense, el criollismo devino

[...] impulso patriótico espiritual difundido en las almas como advertencia de labor original y nueva. Fue la desestranjerización de nuestros escritores, la vuelta a lo nuestro, el imperio de la tierra caliente al sol tropical y de su tradición luminosa como el mismo sol (pp. 72-73).

---

<sup>4</sup> La polémica en torno a los valores de *Peonía* como “primera novela nacional” es ya materia del pasado historiográfico. Hay quien, como en el caso de Edoardo Crema, propone una salida conciliatoria al decir: “Más acertada me parece la idea de que la unanimidad o el acorde entre juicios críticos se encuentre, más que en la idea de que ‘*Peonía* es el primer intento meritorio de novela nacional’ en la idea de que ella es ‘el germen de un movimiento literario lanzado a tierra propicia’; eso es, no ha sido el primero, ‘pero sí el primero en ejercer influencia en la novelística ulterior’. Y en realidad aquí podrían darse la mano tanto Angarita Arvelo como Planchart, tanto Gonzalo Picón Febres como Uslar Pietri”. Crema, Edoardo (1950).

Si bien es cierto, la posición de Urbaneja Achelpohl fue determinante en la orientación de la tendencia arraigada en el paisajismo y el color local, el escritor fue fiel en la teoría y en la praxis a dicha orientación. El ideario lo esbozó tempranamente en sus artículos “Sobre literatura nacional” y “Más sobre literatura nacional”, publicados en *Cosmópolis*<sup>5</sup>. Luego propone su propia obra, que teje un puente de consecuencias estéticas irrefutables para la conformación de una literatura auténticamente nacional, como la que se desprende de los personajes, sus fábulas y su representación lingüística, que va desde “Ovejón” hasta *¡En este país!* (1916), su obra más acabada, que cierra el ciclo de desarrollo de la novela nacional, iniciado con *Peonía* en 1890.

La postura crítica de Angarita Arvelo, severa y rasante a veces, tiene también –y esto hay que subrayarlo– aciertos e intuiciones que se desprenden de sus observaciones no sólo del proceso narrativo mismo, sino de su intento de sistematización sustentado en la historia. También agenda una tarea futura que en parte sigue pendiente para los escritores venezolanos, por un tiempo sucesivo demasiado atentos a las modas experimentales que impulsó la vanguardia y que este libro no podía prever, salvo, como hemos afirmado, por el carácter intuitivo del autor cuando afirma:

Al nacionalismo novelístico se ofrecen vírgenes aun a pesar de los varios ensayos, la novela urbana sin política, la de nuestros absurdos económicos, la de nuestros problemas agrícolas y étnicos. Faltan también a la comprensión y aportes venezolanistas la novela de la costa y la novela de la montaña, tragedia o alegría de nuestras realidades. Novelas novelas. Obras de arte nacio-

---

► *Interpretaciones críticas de literatura venezolana*. Caracas: UCV-Facultad de Humanidades y Educación, pp. 111-112.

<sup>5</sup> Los artículos corresponden a los números de mayo y junio de 1895. Ambos textos fueron recogidos por Oscar Rodríguez Ortiz (1987) en *Venezuela en seis ensayos*. Caracas: Monte Ávila Editores, pp. 83-97.

nalista –producidas por obligación de la función social del escritor– que parece interesar la sensibilidad de los más recientes escritores (p. 75).

### **Nada importante se produjo en la novela**

El intento de hacer un panorama ajustado a tendencias, autores y motivos no era tarea fácil, máxime cuando procuraba reconstruir las trazas de unas obras que muy poco se habían puesto en relación; es decir, el crítico se plantea llamar la atención sobre la creencia espontánea de que existe “una literatura” que proviene del patrimonio intelectual de un conglomerado de autores que postularon un credo y lo llevaron a cabo con mayor o menor éxito. La perspectiva de Angarita Arvelo es polémica porque parte de una vocación acaso excesivamente optimista y en ello radica su decepción. Llega incluso a declarar frases lapidarias en torno al proceso mismo que pretende construir. Si por un lado afirma que “nada importante se produjo en la novela” (p. 79), por otro lado trata de demostrar lo contrario, y es entonces cuando indaga y construye una aproximación severa a cuanta obra determinada por un –llamémoslo así– “canon” compendiado quizás por el común de los lectores. El crítico sigue tratando de conformar su panorama acudiendo a la historia política, a la perspectiva psicologista y en ello es que se producen sus oscilaciones, y a veces sus inconsistencias, que algunos de sus lectores le han cuestionado.

A su lucidez y excesiva requisitoria formal, suceden momentos de humor con los cuales pretende, tal vez sin proponérselo, descargar la tensión crítica. No podría ser de otra manera para quien muchos de los elementos de esa novelística que pretende recuperar críticamente estaban conformados por:

Muñecos sin gracia, fantoches de papel, gentes oratorias que usan giros y vocablos de correctísima construcción pimentados de jerga popular. Dos o tres

de estas novelas parecen libros de jardinería, informativos de la flora nacional. Parrafadas fuera de circunstancia abultan la obra, evocativas de los árboles, las flores silvestres y las hierbas de nuestros campos y bosques sin que a la acción novelística aporten elemento alguno consistente (pp. 80-81).

Por otra parte, hay que destacar el recelo que Angarita Arvelo demuestra ante la participación política de los intelectuales venezolanos. A ella atribuye en mucho la pérdida de impulsos creadores –como en el caso de Juan Vicente González– en otro reconoce el tino de un sano distanciamiento, como el de Cecilio Acosta. Sin embargo, cree que la atracción que ejerce la política sobre los hombres de letras venezolanos es similar a la que ejerce el vacío sobre los cuerpos. Por ello, tal diagnóstico es presentado como un continuum que distrae las vocaciones artísticas:

A nuestros novelistas de comienzos del siglo continúa descentrándolos el ideario político personalista. Y la novela desplazada en política o la política desplazada en novela valen en ellos por pequeños rasgos o cuadros aislados y no por el conjunto de arte que debe animar la novela (p. 82).

La lectura orgánica de nuestra literatura, con su corta historia de vida, se queda reducida a unos pocos nombres, entre ellos el de Jesús Semprum, llamado a ser uno de nuestros más agudos hermeneutas, no sistematizó sus muchas lecturas y sus salidas al campo crítico se reducen a punzantes notas y ensayos, reunidos tardíamente<sup>6</sup>. Pero ya en el siglo XIX el aporte de Felipe Tejera en sus *Perfiles venezolanos* (1881), había establecido algunas líneas de trabajo que pretendían mostrar un panorama más o menos nutrido.

---

<sup>6</sup> Semprum, Jesús (1956). *Crítica literaria*. (Edición preparada por Luis Semprum y Pedro Díaz Sejas). Caracas: Villegas. En 1939 se hizo un primer intento de acopio en los Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, con un breve volumen titulado

Luego, Gonzalo Picón Febres con su *Historia y crítica de la literatura venezolana en el siglo diecinueve* (1906), había construido todo un modelo de interpretación crítica sin antecedentes reales en la literatura venezolana y que, como toda obra pionera, debió formalizar sus marcos críticos y teóricos valiéndose del instrumental del cual se disponía en la época. Vista esta obra a cien años de distancia, es justo reconocer el esfuerzo intelectual del merideño y no sólo cuestionar la obra con las perspectivas de hoy, sino comprenderla sin dejar de lado el contexto que dio su origen y los alcances de la misma para aquella época. Casi tres décadas después, la obra de Angarita Arvelo proponía una perspectiva sustentada principalmente en el afluente narrativo<sup>7</sup> y deja de lado, explícitamente, los aportes de la poesía nacional al leguaje narrativo.

### ***La Historia y crítica de la novela en Venezuela* y el horizonte de expectativas**

No podía menos que entusiasmar la aparición de una obra con un título un tanto ambicioso. Las críticas no se quedaron en el murmullo de los círculos literarios sino que se hicieron explícitos los reclamos. Quizás el más abiertamente cuestionador fue el de José Fabbiani Ruiz, activo hombre de letras en la década del cuarenta. Dice Fabbiani Ruiz, entre otras afirmaciones, que

dado el prestigio que como crítico se le había dispensado, esperábamos de él, cuando se nos dijo que había publicado un libro en Alemania, una obra más amplia y enjundiosa. Pero, no. El libro nos ha defraudado en parte. No

---

▶ *Estudios críticos*, publicado en Caracas por la Editorial Élite y que incluía sus ensayos “Los románticos”, “Julio Calcaño y su obra literaria”, “Andrés Mata y su obra poética” y “Del modernismo al Criollismo”.

es que queramos restar el mérito intrínseco que el mencionado libro pueda tener; sólo emitimos un juicio de acuerdo con la trayectoria vital e intelectual de su autor [...] Su cuaderno se resiente por lo limitado del horizonte –y también– por cierta carencia de alta flexibilidad y comprensión<sup>8</sup>.

En el juicio de Fabbiani Ruiz se cuele el escepticismo ante su perspectiva de lector y comentarista, basado en el principio de autoridad que se le había otorgado a Angarita Arvelo. Así, puesto de relevancia como lector y crítico autorizado, poseedor de conocimientos en la materia, estaba llamado a generar juicios concluyentes y duraderos. Hay un dejo de reclamo en las palabras de Fabbiani Ruiz:

Los jóvenes escritores hicieron de él el crítico por excelencia, aquél a quien imprescindiblemente había que enviar un ejemplar de cuanto libro se publicase en Venezuela. El libro para Angarita, el juicio de Angarita, la opinión de Angarita. En fin Angarita tenía que opinar para que el libro tuviese aceptación en el mundillo literario caraqueño<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Son interesantes los esbozos sobre el cuento venezolano que Angarita Arvelo articula en la contestación al Discurso de Incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, de Julio Rosales. Cuestiona la frecuencia con que muchos cuentistas nacionales recurren a las catástrofes naturales y a los incendios como salidas para el desenlace de sus tramas. Entre otros aspectos señala: “Necesario afirmar hoy que el cuento en Venezuela, saneado y reverdecido bajo signos de renovación, elimina aquellos vicios primitivos de facilidad y fija despejadamente uno de los más prometedores aspectos contemporáneos de nuestra literatura”. Véase, Academia Venezolana de la Lengua (1983). *Discursos académicos*. Presentación de Pedro Pablo Barnola, edición, notas bio-bibliográficas e índices de *Horacio Jorge Becco*. Tomo IV. Caracas: Italgráfica, p. 365.

<sup>8</sup> Fabbiani Ruiz, José (1939). Historia y crítica de la novela en Venezuela. *Revista Nacional de Cultura*, 5, p. 62.

<sup>9</sup> *Loc. cit.*

Por el estilo es el juicio de Ángel Mancera Galletti, quien reconoce la obra como la mejor de su autor sin dejar de comentar que Angarita Arvelo “no deja una tradición en la prosa narrativa y como crítico se caracteriza por la severidad de sus juicios en el atisbo individual y particular, que le lleva al dogmatismo de sus afirmaciones”<sup>10</sup>.

Los esfuerzos posteriores nos permiten comprender que no solamente hubo buenas intenciones, sino que hoy día podemos disponer de un considerable número de obras que han obedecido a la circunstancia creativa de ver hacia el pasado y reconstruir, explicar, poner en diálogo obras singulares con su proceso, como lo entendieron y emprendieron autores como Mariano Picón-Salas con sus *Estudios de literatura venezolana* (1940), *Cuentos y cuentistas* (1951), de José Fabbiani Ruiz, *Novela y novelistas venezolanos* (1955), de Pascual Venegas Filardo, el ya citado *Quienes narran y cuentan en Venezuela* (1958), de Ángel Mancera Galletti, *El cuento moderno venezolano* (1967), de José Rivera Silvestrini, *Narradores venezolanos de la nueva generación* (1970), de Armando Navarro, *Narrativa venezolana contemporánea* (1972), de Orlando Araujo, *Panorama de la literatura venezolana actual* (1973), de Juan Liscano, *Proceso a la narrativa venezolana* (1975), de Julio Miranda, *Historia y crítica de la novela venezolana el siglo XIX*, de Osvaldo Larrazábal Henríquez (1980), *Para fijar un rostro* (1984), de José Napoleón Oropeza, entre otros que, desde esta perspectiva, no pretendidamente exhaustiva, reflejan el estado de la cuestión, las contribuciones de los autores y de manera más específica, determina la existencia de un proceso que, con sus altibajos y sus fracturas históricas, muestra el desarrollo de una literatura, específicamente de una narrativa, que está en sintonía con las corrientes, las tendencias o los

---

<sup>10</sup> Mancera Galletti, Ángel (1958). *Quienes narran y cuentan en Venezuela*. (Fichero bibliográfico para una historia de la novela y el cuento venezolanos). México: Ediciones Caribe, p. 609.

movimientos internacionales y que hoy día, en los inicios de un nuevo siglo, comienza a ofrecer variados frutos como el reconocimiento de nuevos autores que van ganando premios o que editan sus libros en otros países. Con ello hacen que la crítica internacional también se ocupe de nuestras letras. Esto es un paso importante para salir del complejo de inferioridad y tal vez se pueda llegar a responder el interrogante acerca del por qué no se conoce –o no se lee– la literatura venezolana.

### **La novela urbana y el peso de la historia política**

En varias oportunidades Angarita Arvelo hace una crítica velada al régimen gomecista. Cuestiona el oprobioso período que se hacía inacabable así como la dureza del gobernante, y con un poco de pena confiesa:

Nos amparábamos bajo cierta reserva ansiosa y discreta –excepto conocidos elementos– merced a la cual el arte de escribir con decoro y hasta con propaganda jamás fue interrumpido o corrompido mientras esperábamos de la muerte de un hombre la liberación política de nuestro país. Supimos mantener nuestra independencia ideológica artística al margen de toda política y salvarla así en obra y hechos personales cuantos podemos decir hoy alto y en alto que vivimos con guarda de nuestro honor, de nuestra dignidad y de nuestra profesión de fe literaria el ciclo nefasto cerrado en diciembre del año 35 (pp. 151-152).

Cuando aparecieron las novelas de Rufino Blanco Fombona, se generó una expectativa que la crítica fue saciando a medias en reseñas y comentarios periodísticos. Ya la garra política de Blanco Fombona era más que conocida desde la publicación de *El hombre de hierro* (1907), novela que alcanzó cuatro ediciones hasta 1920. Esta novela es comentada por Angarita Arvelo con cierto escepticismo, considerando la distancia histórica desde

su publicación: “Novela urbana con asidero político que cuenta con el éxito fugaz de su momento pero que no ilustra para nada la historia de arte y de originalidad de nuestra novela nacional” (p. 85). Su valoración no reconoce de manera particular los atributos artísticos en la novela sino que destaca, de conjunto, toda su obra polémica y prolífica. Pero una vez muerto Juan Vicente Gómez, a Blanco Fombona se le recibió con curiosidad por tratarse de un autor que lo había combatido desde el exilio y había desarrollado una obra histórica y crítica considerable. Señala el crítico:

Blanco-Fombona ha vuelto a la patria después de la muerte de Gómez. Con él –y con la transformación política actual– llegaron a Venezuela aquellas de sus novelas publicadas en el extranjero, prohibidas por la dictadura. *La Bella y la Fiera* y *La Mitra en la Mano*. Con todo, su lectura no hace rectificar el concepto emitido sobre la composición de su obra novelística. Pero en cualquier momento que se trate de nuestra literatura contemporánea y de nuestros grandes escritores, el nombre de Blanco-Fombona aparecerá como uno de los más ilustres (p. 86).

En este mismo capítulo destaca la obra de dos escritores merideños; la perspectiva que manifiesta respecto de Gonzalo Picón Febres como historiador y crítico literario, está cargada de reparos<sup>11</sup>, sin embargo, cede ante el reconocimiento de sus condiciones como narrador, destacando los méritos de *Fidelia* (1893) y *El sargento Felipe* (1899). Con mayor cautela se aproxima a la obra de Tulio Febres Cordero y señala sus aportes al costumbrismo:

---

<sup>11</sup> Esta perspectiva severamente cuestionadora, cambia ostensiblemente años más tarde cuando enjuicia su obra de historiador y crítico literario en el contexto de su generación: “El escritor de semejante extraordinaria generación que deja obra de fondo más completa en relación con nuestra crítica se llama Gonzalo Picón Febres, natural de Mérida. Diversos géneros literarios acomete. Desde la novela histórica, investigaciones folklóricas, relatos regiona-

Don Tulio Febres Cordero y Gonzalo Picón Febres, más a tono el primero como escritor de tradiciones y de leyendas y el segundo también más a tono como orador, trabajador laborioso de otros géneros, dejan en la historia de nuestra novelística sus ensayos de respeto. *Fidelía* y *El sargento Felipe* honran la cultura emeritense. Son obras de arte y de la época aun cuando su significación particular carece de trascendencia literaria (p. 87).

### Un muñeco de guiñol perverso, travieso y cobarde

Sin duda, la defensa que el autor hace del gobierno y de la persona de Cipriano Castro, lo pone de frente contra las opiniones expresadas por Pío Gil, seudónimo de Pedro María Morantes, tachirenses como él, autor de *El Cabito* (1909). Sobre este autor recaen juicios de valor que se ponen de lado de la verdad histórica para cuestionar una novela que dejó mucho que desear en cuanto a la forma. Sin embargo, los enemigos del régimen castrista reconocieron en ella un acto de justicia histórica. Para Angarita Arvelo “no podrá ser libro de justicia aquel que lesiona la verdad histórica”, y con su estilo sostenido sin ambages, no concede un ápice de valor a la obra de su coetáneo:

El presidente Castro, con todos sus pecados y errores, con todas sus violaciones e inconveniencias, está tenido por sus contemporáneos y por el juicio histórico como uno de los hombres individualmente más viriles y com-

---

les, discursos de brillante oratoria, ensayos de Filología y Lingüística, hasta su famosa *Historia de la literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, dedicada al General Castro, Presidente de la República, editada en Caracas por la ‘Empresa El Cojo’, 1906”. Véase Angarita Arvelo, Rafael (1954). La crítica literaria en Venezuela. *Revista Nacional de Cultura*, 105, p. 14.

pletos de entre los que han dirigido al país. Personaje central de *El Cabito*, aparece en el libro con los rasgos y actitudes del hombre amedrentado por el peligro, empequeñecido cuantas veces tuvo a prueba su valor personal. Diríasele un muñeco de guiñol travieso, perverso y cobarde. Es tiempo de que la justicia venezolana actual comprenda el objeto de este libro y sus extraviadas acusaciones (p. 92).

Obviamente se mezclan elementos personales, con juicio y prejuicio político. La novela –considerada así más por convención que por convicción– es quizás un pretexto para exponer puntos de vista frente a un período y una acción política de rasgos absolutamente polémicos. Sin embargo, deja abierta una posibilidad correctiva que en algo mitiga la negación:

Si el autor hubiese castigado sus pasiones y sus rencores, y castigado su estilo, y revelado su personaje central tal como fue en la vida, y podado de hojarasca literaria sus capítulos, y estudiado el arte de la novela más amorosamente que el arte del panfleto, y huido lo caricaturesco y mezquino, habría logrado sin duda alguna la más clara y juiciosa de nuestras novelas urbanas y políticas (p. 93).

Para concluir con sus juicios críticos vuelve sobre el problema de la forma y de la fallida empresa narrativa que es en sí *El Cabito*, la cual es para Pío Gil “el primero de sus panfletos y como una equivocación de novela”, idea en la cual insiste cuando remata: “*El Cabito* es un panfleto con cierta rencorosa y deforme forma de novela” (p. 94).

También hay que tener presente la sensibilidad de lector que se estaba acostumbrando a los cambios en la funcionalidad de la literatura. Demasiado impregnados como hallaban de ese color local que venía con indetenible inercia desde finales del XIX. Olores de mastranto y horizontes de estero, se mezclaban para compenetrarse en una estampa paródica, satírica y por demás irónica del ambiente político de la época. No podía esperarse me-

nos de unas lecturas que estaban tamizadas por el cuidado político y también por el inocultable homenaje a la tradición, aunque se presentaran encubiertas de apertura crítica y hasta se revistieran de carga moral.

La literatura se confronta en sí con un compromiso ético que se desprende del impacto del lenguaje en la sociedad, en los lectores de una y de todas las épocas. Al mismo tiempo, acendra su durabilidad en el sentido de la trascendencia. Quizás frente al vacío documental y a la carencia de los estudios comprensivos que de conjunto trataban de explicar un fenómeno que como el de la literatura creativa tenía aristas espinosas, Angarita Arvelo asume el compromiso ético y lo convierte en un fin moralizante. Y en ello no hay distinciones ni consideraciones. Pongamos como ejemplo la opinión que esboza sobre la obra narrativa de Virginia Gil de Hermoso, escritora que poseía alguna reputación en el entorno y que se había dado a conocer con novelas –hoy día un tanto excéntricas– como *Sacrificios* (1908). Como un corolario a las afirmaciones sobre *El Cabito* en tanto obra significativa, no obstante los reparos que hace de ella, reconoce que la misma “rompe con las sensiblerías amorosas, trágicas, sentimentales y lloronas que pesaban sobre la novela venezolana” para inmediatamente anotar como un apunte marginal que “[l]as gentes se apasionaban entonces con las novelas de doña Virginia Gil de Hermoso, autora de *Incurables*, lacrimatorio femenino muy distribuido en nuestro país que merece un recuerdo de simpatía sin compromiso”<sup>12</sup>. No hacen falta mayores comentarios.

No era de extrañar que su libro fuera no sólo polémico sino que generara rechazo, tal vez porque algunos de los autores aludidos –y fustigados– aún vivían. Por ello tal vez el intento historiográfico de Angarita Arvelo pa-

---

<sup>12</sup> Virginia Gil de Hermoso (1857-1913) fue una autora que ciertamente gozó de popularidad en su momento. De su obra *Sacrificios* se hicieron dos ediciones, en 1908 y 1931, pero de la novela aludida por Angarita Arvelo, *Incurables*, se hicieron cinco ediciones entre 1915 y 1975.

só a vivir en cierto silencio, a tal punto que no se reeditó desde 1938. Sin duda que este esquema es un valioso marco para hacerse preguntas en sus entrelíneas. El mismo autor asumió una postura valiente al escribir lo que pensaba, así su discurso fuera severo y negador a veces, esto preferible a un florilegio repetitivo, a los cumplidos que impregnan mucha de la crítica que se hacía entonces y que más que crítica era un compendio de frases hechas que revelaban solamente un afán laudatorio<sup>13</sup> que muy poco ayudaba a deslindar la verdadera y duradera literatura del mero ejercicio de escritores dominicales en que se convirtieron algunos de los críticos venezolanos, consecuencia de la mala literatura. Son aquellos escritores que Angarita Arvelo alude como la

[...] banda de aventureros de nuestras letras que bajo consignas de oportunismo o seducciones de publicidad sin recato, pretende en toda ocasión crear un pseudo arte venezolano con enlace y construcción de frases mal oídas al pueblo y peor trasladadas, con fondo de mentira y personajes fingidos y supuestos, todo fuera del medio y del ambiente: adefesios forjados para fatalidad de nuestra literatura, placer del público grueso, descrédito para el exterior (p. 99).

No obstante lo anterior, y salvando las carencias metodológicas y a veces las apreciaciones sin fundamento textual, este esfuerzo de Rafael Angarita Arvelo está a la vista para invitar al contraste, al reacomodo de autores

---

<sup>13</sup> Los aspectos estilísticos del autor son destacados por Simón Planas Suárez en el “Discurso de Contestación”, al académico Angarita Arvelo en 1954: “Su prosa no tiene las fantasías características del temperamento tropical: es siempre severa y rica de estilo, tal como corresponde a quien piensa alto luego de profundizar la ideas”. Véase Academia Venezolana de la Lengua (1983). *Discursos académicos*. Presentación de Pedro Pablo Barnola, edición, notas bio-bibliográficas e índices de Horacio Jorge Becco. Tomo IV. Caracas: Italgráfica, p. 255.

y obras. El crítico invita a leer de nuevo, a encarar los altibajos de un proceso que no tiene pocos nombres en el camino de su construcción y tal vez, con todas las obras que se mencionan y cuestionan, ayudar a explicar los vacíos históricos de nuestra literatura, vacíos que a veces pudieran comprenderse como orfandad en el acompañamiento de nuestros críticos en el proceso de escritura, y lo que es más importante, de la necesaria tarea de dar cuenta de la aparición de obras, de autores y, sobre todo, de atreverse a insertarlas con sus logros y desaciertos en el vasto río de nuestra narrativa.

### La historia es un espejismo

Rafael Angarita Arvelo no es menos severo cuando alude a la obra de José Rafael Pocaterra. Comienza explicando los aciertos de su primera novela *Política feminista* (1913) pero al compararla con *El Cabito*, vuelve a aflorar su rasero tan severo:

En gracia al vigor y firmeza de sus cuadros, a la precisión novelística de sus personajes y al enredo articulado e ininterrumpido, podría absolverse a Pocaterra de sus errores sintáxicos (sic), de su gramática volandera y de sus faltas de estilo. Muchas de sus páginas –de este libro y de todos los demás suyos– descosidas y precipitadas se rehabilitan de improviso por ingeniosos improntus novelísticos que resuelven de modo original y poco común un capítulo, una situación o un hombre (p. 100).

Tal vez la abundante obra de Pocaterra se descarrila a veces en el estilo y propende a la desmesura, pero sería una negación casi absoluta decir que: “Nada aporta tal obra a nuestra novelística. Muy poco se la recuerda en Venezuela” (p. 101). Sin embargo, echa el resto de la opinión para recuperar su labor como cuentista, donde apenas menciona sus *Cuentos grotescos* (1922) y reconoce, sin deslindar género ni naturaleza discursiva, que “Me-

*morias de un Venezolano de la decadencia* es hasta hoy el documento más completo e interesante de nuestro tiempo” (p. 102). En su “Capítulo de referencias” incluye a otros autores que por sus escasos méritos tienen una mínima contribución al avance y prestigio de un género de expresión artística. Todo esto en términos de “valor verdadero” que es lo que busca y al parecer no logra asir de manera determinante.

Su ejercicio crítico parece a veces un frustrado esfuerzo de encontrar la piedra preciosa en el tamiz, pero ésta se le resiste, por ello confina al olvido a aquellas obras que en su óptica de lector exigente es la mayoría. Incluye en este apartado de su libro a escritores como Samuel Darío Maldonado, autor de *Tierra nuestra* (1920), a la que le reconoce algunos méritos como relato de anécdotas vnezolanistas, pero que nunca llegará a conformar propiamente una novela. Así mismo comenta, muy de paso, la obra de Elías Sánchez Rubio, *Irama* (1920), Carlos Elías Villanueva, con *Villa sana* (1914) y *La charca* (1924), y allí asoma el primer atisbo de lo que luego será la valoración de la obra de Rómulo Gallegos. En este contexto histórico de los tempranos años 20, señala que la aparición de *La trepadora* (1925), alteró “inesperadamente el curso natural y fastidioso de la novela nacional en aquel tiempo” (p. 106). Pero luego, contra la opinión a veces generalizada de que la obra de Enrique Bernardo Núñez, especialmente *Cubagua* (1931), no había tenido un registro lo suficientemente amplio y preciso para reconocer sus méritos, la opinión de Angarita Arvelo es altamente positiva. Reconoce en ésta a una de las obras de verdadera belleza en la literatura venezolana. Pero en ese mismo contexto subraya el fracaso que el mismo Núñez reconoció respecto de su novelística, representada en *Sol interior* (1918) y sobre todo en *Después de Ayacucho* (1920). Así que transcurrido apenas un lustro de la publicación de *Cubagua*, reconocida hoy en día como una obra maestra, ya el tachirense adelanta este reclamo crítico:

“Estamos ante un gran libro venezolano. No se concibe cómo nuestros escritores, nuestras revistas y periódicos, mientras consagran parrafadas lau-

datorias y vacuas a libros medianos e ínfimos, generalmente cargos para nuestras letras, hayan saludado con tan pequeño y como forzado entusiasmo la incorporación de esta obra magnífica a nuestra literatura. Es probable que la costumbre de no leer lo nuestro y la de referirse a los libros sólo por el título y el autor, sea causa de tal desapercibimiento. A *Cubagua* le falta, para su justicia y divulgación, el examen crítico honesto que le lleve a su sitio digno de estilo y de tono” (p. 111).

Y esto reafirma la valoración que hace de esta obra, en opinión del autor, la novela más notable de su generación.

### Rómulo Gallegos y el “gran escenario” de la narrativa nacional

Con Gallegos este discurrir crítico llega a su clímax. Comenta con pincelazos la trayectoria cuentística del autor para detenerse luego en sus primeras novelas, desde *El último Solar* (1920) hasta *La trepadora* (1925), desde *Doña Bárbara* (1929) hasta *Pobre negro* (1937), así como *Cantacaro* (1934) y *Canaima* (1935). Ya tempranamente, el crítico intuye una familia de autores que asumen con esmero la tarea de dejar una estampa de lo más auténtico del ser latinoamericano, esos rasgos que luego la historiografía literaria llamaría “la novela de la tierra”, en la cual se integran *La vorágine* (1924), de José Eustacio Rivera, *Don Segundo Sombra* (1926), de Ricardo Güiraldes, y *Doña Bárbara*. Estas tres obras, publicadas en un espacio-tiempo próximo fueron reconocidas como ‘tres novelas ejemplares’, con toda la carga de tradición que va implícita en esta conjunción y que re-

---

<sup>14</sup> Pérez, Trinidad (1975). “Prólogo” a *Tres novelas ejemplares*. La Habana: Casa de las Américas, p. 7.

presenta la “primera fase coherente de la narrativa latinoamericana”<sup>14</sup>. Con esos referentes tan justos y dignos, Angarita Arvelo atina a sintetizar la sumatoria de elementos valorativos que bien podrían definir los alcances de la obra de Gallegos.

En su opinión, el maestro

[p]ertenece a esa clase de espíritus hechos al esfuerzo, llevados por las íntimas convicciones, para los cuales las únicas finalidades trascendentales del arte y de la vida son la adquisición de aspecto personalísimo e inconfundible, el mejoramiento útil y progresivo de las ideas, el depurado evolucionar hacia términos de verdad y de belleza que completen las aspiraciones perseguidas (p. 117).

El crítico amplía el horizonte para buscar elementos de comparación, para acercar otros referentes con los cuales tensor paralelismos en torno a temas, posturas ideológicas, alcances del lenguaje y de los recursos narrativos.

Su aproximación es estilística a veces, y sociológica en la mayoría de sus puntos de vista, pues mezcla los elementos narrativos con la interpretación de rasgos constitutivos de la nacionalidad. Por encima de todo destaca la constitución ética de los venezolanos representados por el novelista, los alcances ideológicos de las novelas y la actuación pública de Gallegos, que en mucho permeó el punto de vista narrativo y afectó la recepción misma de las novelas.

Angarita Arvelo está muy atento al narrador, al escrutador del alma humana, pero también al hombre que tenía una postura pública, al político. Y a ello, para unas apreciaciones concebidas al filo de los años 30, y publicadas en 1938, podríamos atribuir un carácter premonitorio pues una década más tarde Gallegos estaría confrontando las consecuencias de una fallida gestión al frente de la presidencia de la república, desafiando las adversidades que se sostenían –como se dijo entonces– en la imposibilidad de gobernar a un país escribiendo novelas:

Si bien es cierto que el autor ha afirmado varias veces que no es político y que la política no será su medio, no es menos cierto que esa política nuestra le ha restado muchas horas de actividad y de actuación. Ojalá el escritor domine en él sobre el político. Para prez, honra y acrecimiento de nuestra literatura (p. 140).

De allí también la vista en perspectiva de un fracaso político que marcaría un derrotero menos optimista en la historia venezolana, la derrota de un intento civilista y civilizador que finalmente sucumbió frente a la soldadesca autoritaria revestida de traje civil. También, mirando hacia el interior del panorama narrativo nacional, Angarita Arvelo construye inteligentemente el punto de entronque de *Doña Bárbara* con su tradición, eje fundamental para comprender el proceso literario y la función pragmática de la historiografía, conjunción que Lubio Cardozo ha caracterizado dentro de la natural evolución de nuestra narrativa<sup>15</sup>, es decir, aquella búsqueda de expresión de lo nacional que se desprende de *Peonía* y se asienta en *Doña Bárbara*. Entre ambas se instituye un antes y un después; el hiato que recoge los intentos constitutivos de la novelística del siglo XIX y el que deslinda las murallas del lenguaje y los temas hacia una narrativa moderna en el siglo XX. Con singular destreza el crítico ensaya un ejercicio analítico que logra trenzar una referencialidad comparatística que enriquece sus matices y organiza con mayor acierto una perspectiva intertextual.

En su intento comprensivo no abunda en detalles, sin embargo, es sugerente y profundo su análisis y, sobre todo, logra articular con sagacidad analítica las relaciones intrínsecas entre el corpus novelístico galleguiano. Luego de este enjundioso tratado que dedicó a la obra de Gallegos –el más extenso del conjunto– dedica unas pocas líneas a plasmar su impacto de lec-

---

<sup>15</sup> Cf. Cardozo, Lubio (1982). *El criollismo, período de estabilización de la narrativa nacional. Una hipótesis*. Mérida: Editorial Venezolana, p. 9.

tor frente a la obra de Teresa de la Parra. Apoyándose en el traductor y apólogo de la caraqueña, Francis de Miomadre, el crítico sustenta su apreciación en torno a una cualidad destacada por aquél, que es la ingenuidad de la novelista. Angarita Arvelo traduce este juicio como un indicio de modernidad, y emparienta el tono confesional de la venezolana con la obra de Marcel Proust, (él mismo se ocupa de reseñar que la obra de Proust había sido vertida al castellano recientemente por el poeta Pedro Salinas). Este hecho pudo convertirse en una ventana desde la cual muchos de los escritores hispanoamericanos se asomaron al balcón de la más intensa y completa narrativa publicada en lengua francesa. Sin embargo, en nuestra opinión, este marco cumple una mera función referencial pues acto seguido comenta:

[...] *Ifigenia* aporta la misma vocación auto-biográfica de los libros de Proust. Con espíritu libre, talento verdadero y encantador gusto femenino pudo nuestra compatriota superar cualquier influencia, dominar cualquier admiración interna y salirse del ambiente de *Swan* para producir en esencia y en acción un libro del todo y por sobre todo muy venezolano (p. 146).

En medio de la valoración de *Ifigenia*, a la cual destaca por sus justos valores, despacha rápidamente a *Memorias de mamá Blanca* (1929). En ese mismo contexto, muy brevemente, menciona la obra de otras dos escritoras nacionales, Ada Pérez Guevara con *Tierra talada* (1937) y Trina Larralde con *Guatavo* (1938), simplemente para establecer un marco de comparación y hacer resaltar la figura de Teresa en medio de un panorama narrativo femenino bastante desolador, digno apenas de una mención.

El capítulo que cierra su panorama crítico está dedicado a dos autores que con el tiempo también se harían acreedores de un lugar destacadísimo en la narrativa nacional, Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón, a quienes lee en el contexto del tiempo que viven y sobre todo respecto al elemento político, que pareciera marcar los surcos del lenguaje para definir los caminos donde la vida, la historia y los hombres se representan.

## Nuestra intocable realidad

La mención a la obra narrativa de Uslar Pietri y Padrón le sirve de pretexto para formular –o ratificar– sus hipótesis en torno a las tendencias narrativas del momento, es decir, de los años 30. Por una parte, con gran ironía, cuestiona la tendencia de algunos escritores que, sustentándose en la temática del paisaje, incurren en los extremos. Ese paisaje sirve de telón de fondo para dibujar personajes que falsean el contexto y que no tienen efectividad en cuanto a sus formas de habla, contaminándose de una jerga aparentemente popular que pudiera llegar, incluso, a convertirse en caricatura del modo de ser y hablar de las personas, así como de las costumbres campesinas o pueblerinas.

En síntesis, con una fuerte carga irónica comenta que “[m]uchas de las novelas pertenecientes a esta clase indicada parecen libros de jardinería, informativos de la flora nacional” (p. 152). La otra tendencia que cuestiona es la del urbanismo político, la cual consiste en proponer, desde el lenguaje narrativo y la intriga novelesca, elementos fuertemente cargados de tensión política y que de alguna manera abren un camino mucho más duradero que el que se había iniciado en las postrimerías del siglo XIX:

La novela urbana, motivada de política, parece tener un superior porvenir sobre la regionalista y paisajista si se tiene en cuenta que nuestra existencia personal y nacional, en el conjunto ciudadano, está siempre, tradicionalmente, vinculada a la historia política del país (p. 153).

La valoración de Uslar Pietri le hace intuir a un gran escritor que está en camino de consolidar su obra. Por ello destaca en un nivel de simultaneidad estilística tanto los cuentos publicados hasta el momento, especialmente *Barrabás y otros relatos* (1928), como su novela *Las lanzas coloradas* (1931). Dicho sea de paso, reconoce el impacto que la misma tuvo no sólo en Venezuela o en las fronteras de la lengua, sino en las ediciones que

sucedieron a la española de 1931, esto es, la traducción al alemán y al francés, ambas en 1932. Angarita Arvelo subraya de manera precisa este dato.

Con breves trazos, no escapa al aliento poético que le acompaña cuando valora esta obra:

[...] Uslar Pietri, en su novela *Las Lanzas Coloradas*, concreta la nueva posición del género en nuestro país. Su técnica, reveladora del aprendizaje logrado en la lectura de Joyce, es despejada, limpia, precisa. Breve el relato, firme la acción, segura la palabra que desplaza potencia como propiedades absolutas los comprimidos medicinales. Descarga las figuras de detalles: son matices del libro. El fondo –intencional– no lo hace la naturaleza, motivo incidental: lo crean las figuras, prefijando como espejo de sus actuaciones el ambiente total, la situación histórica nacional del momento que refleja. [...] Uslar Pietri salva airoso el banco de arena mortal: su libro, informado de novedad y de técnica contemporánea, es un vibrante cuadro novelístico de nuestra epopeya, trágico y glorioso como una victoria de la guerra (pp. 154-155).

Pero, no obstante, cuando comenta la obra de Julián Padrón no es tan optimista, requebra su acendrada vocación hipercrítica y pone el índice en los detalles menos logrados de la obra. Con una perspectiva muy personal, alcanza a veces las alturas del *magíster dixit*, y en otras, pasa las carencias por el cedazo de su propia voz y su experiencia personal:

El hombre de la montaña siente la atracción del llano como una curiosidad temperamental. Con mayor urgencia siente –lo digo yo, nacido en las altas montañas– la atracción del mar como un interrogante vital que lleva en la sangre y le está en el alma. Detrás de los erguidos cerros, más allá del horizonte azul con niebla o nieve, presente el agua crispada en olas tan levantadas como los cerros, agua con flanco de espumas, rumorosa de acentos semejantes a los del viento por entre las selvas. Nuestro paisaje es tam-

bién mar y costa –costa y mar caribes– tonos vívidos de la fisonomía nacional (p. 156).

Su perspectiva es abarcante, por ello la voz del hermeneuta que intenta no sólo destacar los valores a partir de una lectura gozosa, se resiente al no hallar lo que busca. Respecto a la obra de Julián Padrón llega a escribir frases que pudieran considerarse lapidarias si no estamos atentos a esa búsqueda –y más precisamente a esa exigencia– de originalidad y perfección. Por ello impactan expresiones como “El abuso de la imagen deja presumir pobreza de ideas” (p. 157). Pero inmediatamente reúne los valores y suaviza el tono para reconocer los aciertos:

Sus referencias y descripciones tienen notable valor documental. Describen en lo externo los problemas venezolanos de aquella parte del país –en mucho semejantes a los de la otra montaña– en forma y método tan claros como en pocas obras nacionales de su índole. Si manejase con conciencia y plenitud el idioma, y hubiese severamente castigado la prosa, habría colmado con su libro las aspiraciones literarias de su generación. A pesar de lo anterior, aún no veterano del idioma, su prosa viril, prometedor y joven ofrece las expresiones del realismo contemporáneo –nuevo realismo– y estampa a cabalidad dentro y fuera el ambiente, la tierra y las almas, salvando el peligro de la contemplación literaria paisajística que en otros libros venezolanos paraliza la vida y acción fundamentales (pp. 158-159).

Este es su estilo, esa es su manera de enjuiciar y a veces, ante la aparente severidad, se forma un juicio de valor que es resultado de un criterio afianzado por las lecturas y fustigado por el horizonte, quizás exasperado, de su formación académica.

Con mucha responsabilidad Angarita Arvelo había asumido la tarea y con claridad sabe –y lo reafirmaría años más tarde– que el “movimiento de crítica entre nosotros no depende de aumento o disminución de la produc-

ción literaria. Depende de la calidad, personalidad e independencia de los críticos. De sus conocimientos, experiencias, formal vocación”<sup>16</sup>. Lúcido juicio que otorga al autor rasgos de modernidad y una fina intuición que tiene asideros en la teoría de la literatura.

### **Una historia muy personal de la novela venezolana**

El “Último capítulo” es una brevísima exposición de fe. Comprende de conjunto el valor literario de muchas de las novelas publicadas hasta el momento y reconoce que la crítica ha estado atenta y, más aún, habla de la vigilante actitud de nuestros críticos. Luego pasa a deslindar lo que era el elogio complaciente frente al análisis sesudo y profundo de sus intérpretes:

Para fortuna de nuestras letras, entre nosotros casi han pasado el aplauso, el entusiasmo y los elogios incondicionales. Viene el período de la observación estudiosa y honrada, del examen independiente e imparcial, del análisis técnico crítico y de la labor bien dirigida de saneamiento artístico. Detrás de nosotros, separada del ambiente modernista que amparó nuestra iniciación, se siente la proximidad de otra generación formada en libertad de expresión y de ideas, de la cual ha de esperarse el espíritu crítico de valorización y rectificación como de la buena semilla nobles frutos. Esa generación continuará la obra de defensa de nuestra literatura tan querida y tan asumida por nosotros (pp. 167-168).

Ciertamente, en este último balance, deja establecidos los autores que han dado a conocer obras más próximas a la fecha de cierre de la redacción de su libro; destaca algunos nombres. Unos olvidados y perdidos ya pa-

---

<sup>16</sup> Angarita Arvelo, Rafael. La crítica literaria en Venezuela, art. cit., p. 12.

ra la historia, como en el caso de Miguel Toro Ramírez, Antonio Reyes y José Ramírez; otros, con una obra consistente y sostenida en los años posteriores como Ramón Díaz Sánchez. A su novela *Mene* (1936) reconoce suficientes méritos:

Hasta tanto otro autor, o el propio Díaz, enfoquen nuevamente este escenario y lo produzcan en novela de vigor y realidad, *Mene* seguirá siendo nuestra más aceptable novela del petróleo. No quiere ello decir aceptable por su construcción, conexión e hilación [sic]. Aceptable por su veracidad, su seriedad y su claridad de hechos. Si Díaz Sánchez hubiese ligado sin festinación sus personajes, sus cuadros y el ambiente, la novela se habría concretado airosa en unidad de arte y de relato, muy cerca de la obra maestra (p. 169).

Y así, comenta muy brevemente la obra de Julio Ramos *Los conuqueiros* (1936), Juan Manuel Rondón Sotillo, *Tierras caribes* (1938) y ofrece apenas una noticia sobre la publicación ese mismo año 1938 de las novelas *La carretera*, de Nelson Himiob, y *Puros hombres*, de Antonio Arráiz.

Lo que hemos reiterado como una forma expositiva que obedece a un personalísimo estilo, cierra el libro como un comentario donde se explicitan sus motivaciones. Sin duda, es ésta una historia muy personal de la novela venezolana –que es una forma válida de asumir los retos críticos e históricos– aunque se corra el riesgo de ser tildado de “dogmático”, poseer mala fe o intención dañosa<sup>17</sup>. Con todos los cuestionamientos y objeciones que se le pudiesen imputar, esta obra explicita su plan y establece los linderos de sus búsquedas y aspiraciones:

---

<sup>17</sup> Véase Planchart, Julio (1972). “Una defensa más y *Peonía*”, en su libro *Temas críticos*. Caracas: Presidencia de la República, p. 196.

Serenidad sin vehemencias, discusión sin irrespeto, historia cierta, crítica con estudio formal, pasión por nuestra literatura y defensa de la misma, amor por nuestra novela y por la gloria que ella nos refleja, y un sentido de libérrima apreciación, expuesto en cada palabra como dentro de cristales –lo que está en mi temperamento y vive en mi sangre como en mi espíritu– han presidido la confección de este libro que anhela contribuir patrióticamente a la cultura venezolana, que cumple con mis deberes de hombre de letras y que ofrezco a mis contemporáneos con sinceros deseos de utilidad (p. 171).

El libro –es fácil intuirlo– no tuvo una difusión tan amplia como pudiera pensarse. Sus puntos de vista polémicos contribuyeron tal vez a que la misma fuese “discutida y negada por sus adversarios”<sup>18</sup>. El plan del libro, la selección del corpus de obras y autores estaba más en el camino de ofrecer la visión personal de un lector que asume riesgos críticos. El contenido en general es severo, por ello muchas veces polémico pero, ciertamente, respetuoso y mesurado. Quizás la sensibilidad epidérmica de algunos marcó su silenciamiento, ¿no es acaso inquietante el hecho de que la obra no se hubiere reeditado en los setenta años siguientes a su aparición berlinesa?<sup>19</sup> Vista en perspectiva, la obra de Angarita Arvelo inicia los estudios sistemáticos de nuestra literatura, pone al día la trayectoria de un género y hace una radiografía de su proceso.

Sus aportes no soslayan los esfuerzos que le antecedieron. Quizás sea éste el impulso pionero de construir una historiografía que tendría lúcidos seguidores. Para los lectores nuevos de nuestra literatura, este panorama expuesto con un estilo tan personal por Rafael Angarita Arvelo, tendrá sin

---

<sup>18</sup> Medina, José Ramón (1992). *Noventa años de literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila, p.191.

<sup>19</sup> En la compilación de Gabriel Jiménez Emán, *El ensayo literario en Venezuela*, se incluyen cuatro capítulos de esta obra (véase el tomo I, pp. 351-359).

duda mucha utilidad. Sin embargo, el no presentar una explícita identificación con postulados teóricos y metodológicos, ya iniciados en los años 20 para la interpretación de las escuelas, los movimientos y las tendencias literarias, así como el análisis de las obras concretas, la crítica de Angarita Arvelo basa su empirismo en su disciplina de lector, en su bagaje cultural y, sobre todo, su perspectiva intelectual no pierde de vista el compromiso que el escritor debe tener con el arte, con el idioma y con su tradición.

### Angarita Arvelo y la historia de la crítica literaria en Venezuela

Este volumen que ahora impulsa el Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes incluye además de la *Historia y crítica de la novela en Venezuela*, dos valiosos textos posteriores de Angarita Arvelo. El titulado “Memorial de Bad Nauheim” (1942) y su ensayo “La crítica literaria en Venezuela”. El primero es una aproximación de vivencias a los hechos de la II Guerra Mundial, especie de diario, crónica o confesión, es un intenso relato que mezcla muchos de los elementos propios de la imaginación con el cotejo de hechos graves y reales, definitivamente históricos. El segundo es el resultado de un esfuerzo de síntesis que preparó el autor especialmente como Discurso de Incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, en 1954<sup>20</sup>. También se dio a conocer en las páginas de la *Revista Nacional de Cultura*<sup>21</sup>. Nuevamente se hace un planteamiento panorámico en el cual revisa, siendo fiel a sus propósitos,

---

<sup>20</sup> Véase Academia Venezolana de la Lengua (1983). *Discursos académicos*. Presentación de Pedro Pablo Barnola, edición, notas bio-bibliográficas e índices de Horacio Jorge Becco. Tomo IV. Caracas: Italgráfica, pp. 233-252.

<sup>21</sup> Angarita Arvelo, Rafael (1954). La crítica literaria en Venezuela. *Revista Nacional de Cultura*, 105, pp. 9-20. Cito por esta edición indicando en el texto la página correspondiente.

[u]na crítica generosa sin flaquezas, severa sin excesos, erudita sin desplantas de sabiduría, independiente de cuanto está en el ambiente cual el aire que todos respiramos. Creada para señalar sobre generaciones de hoy y de mañana puntos de fundamental aprendizaje en el arte de las letras. De nuestros letras venezolanas (p. 9).

Haciendo gala de sus conocimientos de lector atento, destaca la obra de José Luis Ramos, Andrés Bello, Cecilio Acosta, Felipe Tejera, autores a los que atribuye una especie de “edad primaria” en la disciplina crítica.

La conciencia en torno a los usos de la lengua y a la justicia del estudio y conocimiento de la misma lo llevan a valorar la obra de Julio Calcaño con amplia generosidad:

¿Qué es *El Castellano en Venezuela*? En concepto mío representa la obra más perfecta producida hasta la fecha por nuestra crítica de literatura. La más delicada, entendida, penetrada del lenguaje, de su filosofía y de su psicología nacionales como el agricultor de la tierra que cultiva. La mejor concebida, documentada y acertada. Hermosa obra para el pueblo, creada sin prejuicios de retórica o de selección, fortificada de ciencia y de estudios como de murallas las grandes ciudades medioevales (p. 10).

Este juicio de valor antecede la defensa que hace de la obra de Calcaño frente a la medianía de la época que no quiso reconocer sus aportes ni el esfuerzo de valía de su autor. Por ello insiste con exactísima convicción en el impacto que la obra tuvo y en el reconocimiento que generaciones posteriores dispensaron a esta obra. Este juicio le sirve como corolario para proclamar el cierre de una edad antigua de nuestra crítica y sin pasar por la edad media, comienza a situar lo contemporáneo, lo nuevo, lo joven.

El autor asume su oficio de historiador como una profesión de fe. Y se enlista en las filas de quienes tienen el deber de consagrarse a leer, estudiar, comprender nuestra literatura y lo asume si delegar responsabilidades:

Muchos de los que trabajamos con desprendimiento, vocación y conocimiento por la grandeza de nuestra literatura; por su evolución recuperativa intensiva hacia planos de gracia, serenidad, arte noble; por limpiarla de pasiones, errores, adesios, falsos oficiantes, microbios con peste de disolución; y actuamos convencidos siempre de que sólo para después de muertos hay justicia, estimación valorativa despojada del veneno que en ocasiones tiende a desmerecer cuando no a aniquilar, tenemos convicción de que al fin de cuentas todo se hace en honra y provecho de nuestras letras. De que bien vale la patria que nos produce esta lucha en apariencia hoy infructuosa. Seguramente fecunda, clara en el futuro como fecundas y claras son semillas de buen fruto (p. 12).

Su examen valora la obra del malgrado Luis López Méndez, y considera como una “muestra de perlas” su *Mosaico de política y literatura* (1890). La obra de César Zumeta la reconocer a partir de la óptica valorativa de Santiago Key Ayala. Luego destaca *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, de Gonzalo Picón Febres, que había cuestionado severamente en su *Historia y crítica* de 1938. En este ensayo parece rectificar sus puntos de vista:

De cualquier manera como se le juzgue, justo es convenir en que *La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve* representa el ensayo más metódico y preocupado sobre nuestras letras, extendiéndose hasta las primeras manifestaciones de la subsiguiente generación o sea la del 908 (p. 14).

Pero es a la trayectoria intelectual del zuliano Jesús Semprum, a la que Angarita Arvelo dedica encomiables elogios. Crítico del modernismo, autor de una obra dispersa que pudo haberse convertido en la más original y certera de su tiempo, le cuestiona sin embargo, sus opiniones lacerantes contra *Peonía*. Para el zuliano, la que Angarita Arvelo y luego toda la crítica posterior consideraron piedra angular del proceso narrativo venezolano,

es merecedora de epítetos como: “chabacana, rastrera, descosida, sin originalidad”, frente a lo cual disiente el historiador de nuestra novelística:

Grave falta del crítico, tan ligera como apreciación de bibliografista criollo, contra lo cual protestamos cuantos tenemos el orgullo de proclamar la *Peonía* de Romero García nuestra primitiva gran novela de fundación. El punto de partida exacto de la actual novela venezolana (p. 17).

Así mismo, comenta los aportes de Luis Correa a partir de su *Terra patrum* (1939) y Julio Planchart, autor de una obra que es –en su opinión– por mil razones recomendable, *Tendencias de la lírica venezolana* (1940). Y cierra su bosquejo crítico con breves comentarios en torno a la obra de Mariano Picón Salas que si bien, en su opinión no es un crítico literario propiamente, “otros géneros literarios como el ensayo puro universalista o como distintos aspectos de arte, historia y biografía son su realidad” (p. 19). De igual manera descarta en el panorama de nuestros críticos literarios la obra de Fernando Paz Castillo o Rufino Blanco Fombona. Casi al final del ensayo, reafirma su propia profesión de fe y su programa pragmático como crítico e historiador de nuestra literatura:

Bien o mal, enamorado del culto y de la defensa de nuestras letras –enamorado de nuestra Venezuela que trasciende espíritu y pujanza en la obra de nuestros escritores y poetas– busco y buscaré sin vacilaciones la realidad de nuestro arte literario en su pasado, su presente y su porvenir. Avisar, alertar, vigilar las nuevas promociones. Advertirlas con prudencia y beneficio. Crearles ruta más ancha que la nuestra. Abrirles camino de sol en medio de las minúsculas, repetidas tempestades literarias criollas.

Puedo ufanarme de ello. Con aciertos, con fallas, con señalamientos libérrimos, sin atender en literatura a ideologías políticas, sociales o económicas en pugna, únicamente me preocupan el mejoramiento y defensa de nuestras letras venezolanas (p. 20).

Finalmente, luego de una muy breve referencia a Arturo Usler Pietri y a sus *Letras y hombres de Venezuela* (1948), da paso a una rápida enumeración de autores que en su opinión sí merecen el calificativo de críticos literarios: Pedro Pablo Barnola, Pascual Venegas Filardo, Rafael Olivares Figueroa, Fernando Cabrices, Luis Beltrán Guerrero, Eduardo Arroyo Álvarez, y José Fabbiani Ruiz. La nómina cesa al filo de los años cincuenta<sup>22</sup>. Su labor como crítico queda encaminada; su aporte es insoslayable. Los lectores nuevos podrán atestiguar sobre la pasión de Rafael Angarita Arvelo por las letras nacionales, por sus novelas y sobre todo, por todo aquello que se pudiera convertir en mérito, en hallazgo; superados los complejos de inferioridad frente a otras culturas del mundo, la literatura venezolana reclama un lugar en su presente, sus críticos deben ayudar a construirlo.

**Gregory Zambrano**

Mérida, junio de 2007

---

<sup>22</sup> Aparte de Angarita Arvelo, en 1966, Pedro Díaz Seijas reconoce la carencia de una crítica seria y rigurosa, precisa que "...en la literatura venezolana de las últimas cuatro décadas, pocos nombres han tomado en serio el ejercicio de la crítica literaria. Acaso podríamos mencionar con precisión dos: José Fabbiani Ruíz y Luis Beltrán Guerrero" (1966), en su libro *La antigua y la moderna literatura venezolana*. Caracas: Armitano, p. 622.

## BIBLIOGRAFÍA

- Academia Venezolana de la Lengua (1983). *Discursos académicos*. Presentación de Pedro Pablo Barnola, edición, notas bio-bibliográficas e índices de Horacio Jorge Becco. 8 tomos. Caracas: Italgáfica.
- Angarita Arvelo, Rafael (1938). *Historia y crítica de la novela en Venezuela*. Berlín: Imprenta de August Pries Leipzig.
- ——— (1954). La crítica literaria en Venezuela. *Revista Nacional de Cultura*, 105, pp. 9-20.
- Cardozo, Lubio (1982). *El criollismo, período de estabilización de la narrativa nacional. Una hipótesis*. Mérida: Editorial Venezolana.
- Crema, Edoardo (1950). *Interpretaciones críticas de literatura venezolana*. Caracas: UCV-Facultad de Humanidades y Educación.
- Díaz Seijas, Pedro (1966). *La antigua y la moderna literatura venezolana*. Caracas: Armitano.
- Fabbiani Ruiz, José (1939). Historia y crítica de la novela en Venezuela. *Revista Nacional de Cultura*, 5, pp. 62-63.
- Jiménez Emán, Gabriel (comp.) (1988). *El ensayo literario en Venezuela*. Tomo I. Caracas: La Casa de Bello.
- Larrazábal Henríquez, Osvaldo (1980). *Historia y crítica de la novela venezolana del siglo XIX*. Caracas: UCV-Instituto de Investigaciones Literarias.
- Mancera Galletti, Ángel (1958). *Quienes narran y cuentan en Venezuela*. (Fichero bibliográfico para una historia de la novela y el cuento venezolanos). México: Ediciones Caribe.
- Medina, José Ramón (1992). *Noventa años de literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.
- Pérez, Trinidad (1975). "Prólogo" a *Tres novelas ejemplares*. La Habana: Casa de las Américas, pp. 7-33.
- Planchart, Julio (1972). *Temas críticos*. Caracas: Presidencia de la República.
- Rodríguez Ortiz, Oscar (1987). *Venezuela en seis ensayos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Semprum, Jesús (1956). *Crítica literaria*. (Edición preparada por Luis Semprum y Pedro Díaz Seijas). Caracas: Villegas.
- ——— (1939). *Estudios críticos*. Caracas: Editorial Élite.



## Nota a la presente edición

La reedición de *Historia y crítica de la novela en Venezuela*, reproduce aquella publicada en Berlín, por la Imprenta de August Pries Leipzig, en 1938. Hemos conservado la puntuación y la ortografía original, adicionando algunas correcciones relativas principalmente a títulos o a nombres de autores cuando se trató de evidentes erratas de transcripción. Se incorporan también dos valiosos textos posteriores de Angarita Arvelo: El titulado “Memorial de Bad-Nauheim”, recogido en la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) número 116, mayo-junio de 1955, pp. 32-51 y su ensayo “La crítica literaria en Venezuela”. El primero es una aproximación a hechos de la II Guerra Mundial, que pudieran ser considerados un testimonio muy personal del autor. Este texto se mantuvo inédito por muchos años hasta la ocasión en que fue recogido por la *Revista Nacional de Cultura*. Precedido de una brevísima y elogiosa nota introductoria, se resalta su valor histórico, distanciado ya de los hechos que le dieron origen. El segundo se corresponde con el Discurso de Incorporación del autor a la Academia Venezolana de la Lengua, en 1954. También se publicó en la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), núm. 105, julio-agosto de 1954, pp. 9-20, edición que sirve como base de este ensayo. Estos últimos conservan los elementos formales de sus ediciones iniciales.



---

**P A R T E   I**

**Historia y crítica de la novela en Venezuela**

**Primeras manifestaciones**

Nuestra novela no tiene casi pasado. Una sucesión de obras por lo general imitativas nunca podrá determinar su verdadera historia artística. En el siglo anterior, formándose como se formaba la nacionalidad, más entregados los espíritus a las luchas políticas partidistas y a la ocupación de la guerra civil que a las abstracciones intelectuales puras, nació el género sin rumbo autónomo, desprovisto de la independencia que en el escritor garantiza la originalidad. Venezuela era entonces un revoltillo heroico. Luego de la epopeya, todavía en la fiebre de la guerra, sustituida la finalidad de una patria libre por las aspiraciones individualistas, en el origen de los partidos políticos, los hombres del país se debatían y combatían por el predominio del respectivo partido: por el mando de los suyos. La tierra venezolana, aún marcada por las huellas libertadoras, húmeda de la sangre revolucionaria, continuaba circulada de banderas y soldados, transida de clarinadas épicas, anotada de cadáveres inútiles. No es razonable pedir a aquellos tiempos —período conformativo de un pueblo que venía extraordinario de Ayacucho— tranquilidad y contracción espirituales para la obra de arte literario al margen de las inquietudes ambientes. Porque los capacitados para producirla estaban urgidos por solicitudes inaplazables del momento psicológico y político. Y porque los aptos —de contar con los dedos de la mano— obligados a la época, inspiradores y conductores del pensamiento nacional recién nacido, habían necesidad de espacio y serenidad, realizaciones ilusorias cuando

cuerpos y espíritus apenas eran elementos tomados de los desconciertos y caóticas fluctuaciones del país en sus primeros tanteos de autonomía.

Años después de la muerte del Libertador permanecía intocado el género novelístico. La literatura nacional se congestionaba de periodismo político, parrafadas panfletarias, memorias y narraciones guerreras. La novela es un producto de mayoría. El ambiente de tales épocas sólo inspiraba por lo épico y también por el recuerdo fúnebre, la ansiedad política o la aprehensión de la guerra civil: toda nuestra historia esquemática del siglo pasado. Pero en el substratum de esos tiempos, como bajo la tierra ensangrentada de las batallas la semilla del árbol y de la flor, se revelaban y modificaban, con vivacidad tenaz y ascendente, el sentimiento literario, la preocupación artística, las vocaciones intelectuales que iniciaron la naturaleza nacionalista de nuestra literatura, prevista y apostolada por don Andrés Bello.

A pesar de las luchas políticas encendidas y de las repetidas contiendas armadas, el espíritu venezolano, avisado de lecturas extrañas, cruzado por las ráfagas dinámicas impulsivas del romanticismo francés (anticipado entre nosotros –en acción– por el romanticismo de la revolución), comenzó a producir débiles relatos novelescos, imaginaciones y narraciones en extremo amaneradas, sugestionadas por cierta fantasía poética romántica falsa e inartística, tan imprecisas como los ecos de una multitud lejana. Rumores de novela, presagios de novelistas, balbuceos de escritores. Fue característica curiosa de nuestros primitivos autores de novelas, reprochables en el género, la de significar unidades ejemplares en el ensayo filosófico o literario, la historia, el periodismo y la oratoria. Fenómeno demostrativo de que el novelista específico no será siempre aquel que sea gran escritor, artista del idioma: será el que prefije en vocación y naturaleza las cualidades sintomáticas tradicionales de ánimo y de penetración inherentes al autor de todos los tiempos viejos y de todos los tiempos nuevos.

Determinar cuál es la primera novela formal –intención de novela– publicada en Venezuela carece de importancia para la crítica literaria por cuanto los primeros intentos apenas han de tomarse como tales intentos y no como obras calificadas. Parece ser que el impulsor de más categoría fue Fermín Toro. Poco halaga el que fuese este autor o el que fuesen el otro o los otros. Por síntesis debemos establecer que desde las obras genéricas de don

Fermín Toro *Los mártires*, *La viuda de Corinto* o la parte conocida de *La Sibila de los Andes* a *El amor de una niña* o *El castillo de Tancorville* de García de Quevedo; desde las novelas indianas de José Ramón Yépez, las filosóficas de Guillermo Michelena y las inconexas de Juan Alfonzo a los folletones de José María Manrique; de *Blanca de Torrestella* de don Julio Calcaño a *La expósita* de don Felipe Tejera, y de cualesquiera de estas últimas a las especulaciones imaginativas de *Una noche en Ferrara* de don Eduardo Blanco, y aun a su *Zárate*, obra de mejor ingenio y agilidad, todo el historial primitivo de nuestra novela queda como pasatiempo literario, regodeo intelectual de espíritus preparados para el arte de bien escribir sin la vocación novelística que presta inconfundible fondo de originalidad a la novela.

Hasta la última década del siglo pasado nuestra novela fue ficticia, inverosímil, suerte de imaginación o de fabulación más o menos deplorable, aliñada de cursi estilo poemático o de reflexiones filosóficas moralistas. Mientras la oratoria, el ensayo político, filosófico o artístico cultural tomaban cuerpo serio, y el periodismo político combativo florecía con brío, y el género histórico se ilustraba de notables escritores, y a las ciencias físicas y naturales representábanlas hombres eminentes, y la poesía se daba en obra grande y poderosa, magnífica como el canto propio sonoro, y la pintura culminaba en creaciones extraordinarias, y la música penetraba la gloria humana con el *Popule Meus* de Lamas, la novela nacional embrionaria se complacía de ridículas fantasías, de un exotismo literario desventurado, de amaneramientos extraños en un país como el nuestro, abocado al conocimiento de las fuentes vernáculas por el ambiente que lo ampara, auténtico y autóctono, lección perenne de la tierra tropical.

Las novelas escritas –si posible es denominarlas novelas– durante esta primera época se entrañan en el movimiento francés romántico. Muestran la impresión formalista y sentimental que dejaron los libros de Rousseau, Chateaubriand y Saint Pierre. Víctor Hugo y los románticos franceses terminaron por quitarles –de modo indirecto– la personalidad y la originalidad. La mayor parte de los personajes de esas obras discurren en discursos moralizantes o amorios, en divagaciones literarias superficiales o en teorías inoportunas, pujada y repujada cada frase como para una oración pública. En muchas de ellas hay princesas e infantes de leyenda. En otras, la acción se

cumple en lugares inventados, en países casi de sueño cual podrían serlo algunos de Europa para la generalidad de los venezolanos de entonces, sin los medios de comunicación y travesía que hoy abrevian y facilitan los viajes. No fueron novelas. Fueron obras de mayor o menor estimación literaria dentro de la construcción idiomática, mas no dentro del radio novelístico.

Uno de los escritores más interesantes del siglo XIX, don Julio Calcaño –vivió varios años del siglo actual– profundo en el conocimiento del castellano, airoso en el escribir, castizo por el modo y el vocablo, ofrece en su *Blanca de Torrestella* efectivo ejemplo de la desnacionalización inicial de nuestra novela. Este escritor, autor del primer volumen interesante de cuentos venezolanistas, al intentar la nombrada obra falsea premeditadamente por lo exótico y lo ficticio, hecho que hasta la crítica benevolente de su tiempo le imputó siempre con justicia. Quedan en ella campante el idioma y descalabrado el género. En tiempos de don Julio Calcaño, período evolutivo de nuestra novela, comienza a manifestarse entre los escritores que se comprometían en ella la huella o influencia de los novelistas españoles de fines de siglo, influencia no del todo bien depurada porque algunas veces el folletón español, abanderado por Fernández y González, se confundía entre nosotros, a los efectos técnicos, con los modelos ejemplares provenientes de Larra, Valera, Alarcón, Pérez Galdós o Pereda. Asimismo es imprescindible anotar –observación ajena y acertada– la atracción y dominio ejercidos sobre los escritores del tiempo antes referido por la novelística descriptiva inglesa, tipo Walter Scott, y por las novelas mal traducidas de Goethe como el *Wilheim Meister* o como *Dos hermanas*.

## Tradiciones y leyendas

Algunos de los que en nuestro país se ocuparon de escribir historia literaria o, más propiamente, historia de nuestra literatura con aliños de crítica, entre los cuales aparecen don José María de Rojas, siempre descentrado con su *Biblioteca de escritores venezolanos*, don Felipe Tejera, laborioso sin color literario, con sus *Perfiles venezolanos*, y Gonzalo Picón Febres con su obra *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, así como también los historiadores sólo historiadores, nunca diferenciaron los novelistas escritores de novelas –ficción entonces, fantasía, irrealidad bajo intención de novela– de los escritores de tradiciones, leyendas o consejas, y aun de los folkloristas y de los cronistas de sucesos populares. Tal género especial, frente por frente a la novela en el siglo XIX hasta antes de los cinco años postreros, ofrece a su favor cuantioso y copioso balance, digno de estudio por su riqueza y variedad.

Un nombre ilustre lo ilustra: el de don Arístides Rojas. Después lo siguen, notables a su vez, Daniel Mendoza, Tosta García, Sales Pérez, Celestino Peraza, –autor de la gran narración *Los piratas de la sabana* que alcanza casi las cualidades de una novela–, Tulio Febres Cordero y otros que más o menos cumplieron con dicho género. La tradición se escribe para dejar recuento de acontecimientos desnudos y ciertos, bien, por presenciados, bien, escuchados de boca del pueblo. Recoge en estilo narrativo sencillo parte del alma popular sin mayores aspiraciones. El género global –narraciones y tradiciones– aun cuando se incorpore con espíritu novelesco, fantasía del pueblo, es de todo punto distinto del género novela, organismo complejo, programático y delicado, al cual en multitud de ocasiones sirve el otro de armazón y fundamento. Por tales razones este ensayo incluye únicamente aquellas obras acusadas o tenidas por novelas en la historia literaria venezolana.

En junio de este año murió en Mérida, ciudad de letras y de letrados, uno de los más eminentes representativos del género Leyendas y Tradiciones. Se llamó don Tulio Febres Cordero. En la eternidad de nuestra literatura, como los altos de nieve y de luz en la eternidad de la montaña andina, su nombre queda blanco y luminoso, mantenido por el fervor de las generaciones y por el mérito de una obra de arte, de amor patrio y de investigadora

curiosidad que en el tiempo parecerá mejor. Mérida lo dio a la vida y en Mérida quedó en la muerte. Venezuela lo conserva en su más alta posteridad.

### **Error de apreciar lo particular para referir lo general**

Ligera apreciación la de Gil Fortoul al afirmar en su *Historia constitucional de Venezuela* (página 143, Tomo II) que del [1]830 al [18]47 no aparece personalidad literaria venezolana eminente capaz de “acaudillar una caracterizada literatura nacional”. Don Felipe Tejera, en la introducción a sus *Perfiles venezolanos*, insiste en la ausencia de una fisonomía especial en nuestra literatura. En el curso del siglo XIX, desde el [1]830 al antepenúltimo de sus lustros, se define notable y considerable la literatura venezolana. Son gloriosas la poesía, la historia y la oratoria. Se cultiva con excelencia el ensayo político, social o filosófico. El castellano se esculpe con aquel arte profundo y primoroso que culmina en la prosa estilizada de Cecilio Acosta. Los poetas y los escritores se suceden cada uno con su respectiva personalidad original, tendidos los más a la especulación de las canteras vernáculas, bajo la sugestión de nuestros tesoros históricos y naturales, encendidos en el amor de la patria como en un fuego sagrado. Los anima el ímpetu romántico y más luego –a los poetas– el modelo parnasiano, anteriormente inmediato al modelo simbolista. Ciertamente que por razón del modelo las obras alimentaron elementos exóticos. Su parte medular, su fondo anímico, queda venezolano e inalterable. Ello resulta hasta consecuencial si se tienen en cuenta el estado psicológico y el literario de la época. Un país nuevo como el nuestro, sin tradición literaria propia, socorrido por la española, instruido en mucho por la ideología romántica francesa, no podía materialmente producir, por fenómeno de creación espontánea, su arte literario característico, libre de corrientes intelectuales extranjeras. Las viejas literaturas europeas, –muy en singular la castellana– sufrieron en ese siglo, cual si fuesen párvulas, graves penetración e influencia de la francesa y de la inglesa. Fue necesario el fenómeno fisiológico del crecimiento –transcurso de los años– para que las admoniciones proféticas de don Andrés Bello retoñen en el espíritu venezolano venezolanista orientándolo hacia la consagración y solidificación

de la literatura de presencia nacional, con su fisonomía peculiar, su norte despejado y su andamiaje feliz: fuerte e íntegro su cuerpo, vigorizado por obras eficientes. Es indudable –después de lo expuesto– que las opiniones citadas de Gil Fortoul y de Tejera aluden de modo indirecto a la novela en formación, género no revestido de personalidad para los tiempos ya señalados. Opiniones arbitrarias y anticríticas, porque prejuizan sobre lo global literario partiendo de manifestaciones únicas y aisladas del pensamiento nacional. Aparte de esta falsa apreciación –ligera en Gil Fortoul como casi todos los juicios de los historiadores sobre literatura– ambos escritores aciertan y coinciden al anotar la labor de señalados espíritus admirables en las letras, descaminados en el género, legos e inseguros en la novela. Ejemplo: *La historia constitucional de Venezuela* infiere de las novelas de Fermín Toro: “Sólo merecen mencionarse como ensayos semi-románticos nada originales”. Don Felipe Tejera –autor él mismo de *La expósita*, novelín sin suerte y sin arte– apenas si recuerda los nombres de las obras novelísticas de Toro.

### La victoria realista

Para el [1]880 se precipitaba en crisis la revolución literaria romántica. Recargada de su gloria, la literatura universal sufría la decadencia de esta escuela. Estaba ahíta de los trenos iracundos; de las músicas enamoradas; de la amada, la luna y el crepúsculo; de las tragedias espantables creadas por la imaginación alígera –y fácil– de los autores, y de las obras fantasistas y sensibleras que desmejoraban e irritaban el sentimiento artístico literario. Los promotores y fundadores del movimiento que prologó el prefacio a *Cromwell* y magnificó la victoria de *Hernani* colocaron los cánones e inspiraciones del romanticismo en lo más alto del pensamiento humano, y reaccionaron contra el adocenamiento dominante, y eternizaron su momento histórico con obras siempre en ritmo de tiempo, nunca menguadas u olvidadas –genios, geniales–, y suplieron al mundo la emoción fresca, la exaltación armoniosa y el sueño cándido e inefable de la libertad, la belleza y el amor, todo sobre la tierra dura y real, sobre las cosas desnudas y grotescas, vestidas por ellos de gracias y galanuras insospechadas. El ciclo duró aproxima-

damente cincuenta años. Cuando el romanticismo ocupaba casi en su totalidad el espíritu literario de los pueblos –ya agonizante–, y comenzaba a corromperse en las especulaciones intelectuales, y a pervertir lo creado como una ánima enferma, y a repetirse monótono en los autores como los discos para fonógrafo, y a ser obstáculo a las nuevas direcciones cuando antes fuera su impulsor, y a deformar y mentir la verdadera substancia de la naturaleza y del hombre, se produjo en Europa la rebelión literaria realista –con menor escándalo, con mejor funcionamiento– tal como en el año [18]30 se había pronunciado el movimiento romántico reaccionario.

El realismo literario –artístico en lo general– destruía la entraña romántica. Fue la entrada de la verdad y de la vida, imperio de la naturaleza donde todo era fantasía e irrealidad. El cementerio romántico se abrió con sus cadáveres y sus monumentos para la historia. El alba realista traía la verdad de la vida sobre el sueño artificial de las almas. Y las almas, tras el conflicto grave y tremendo de los sueños con la luz meridiana y con el ritmo fuerte y vibrante de la vida, tímidas y espantadas al principio, estimuladas por su sentido íntimo, por el instinto potencial que las salva, lentamente, suavemente, como en un rito grato y peligroso, se penetraron del ideario y del programa realista hasta saturarse de ellos y renacer como intuitas de fuerzas cósmicas avasalladoras.

Se estableció el realismo en la novela –realismo metódico, técnico– cuando en la poesía, por extraña contradicción, funcionaba apacible aquel helenismo grandioso y rigorista que precedió al encanto simbolista. Resultaba duro entonces –aún con los antecedentes liberales ideológicos y culturales de nuestro país– defender las creaciones de Zolá. Escrúpulos moralistas y propaganda clerical anatemizaron la nueva escuela. Zolá era un anticristo. Blasfemias sus obras. Peligro social sus trabajos. (Fortuna grande la de Venezuela –y ello es timbre de toda la historia de nuestra evolución espiritual– al no prestar la atención reclamada a propagandas de semejante especie. Somos los habitantes de un país liberal que nunca ha creído ni creerá en los extremos perseguidos por los profesionales de la fe. Somos –para nuestro bien– indiferentes a estas cuestiones que en nada desvían los fines de nuestro pensamiento.) Razón por la cual, con nuestro retardo histórico tradicional, se trató de ensayar en la novela los métodos realistas de la época. In-

dica Picón Febres que con la *Débora* de don Tomás Michelena se hace la primera tentativa realista venezolana. Esta obra, viciada de mal castellano, marquetada de galicismos, sin armazón novelística, adquiere tan escaso interés que es aventurado calificarla como novela en realidad realista. El mismo autor publica tiempos más tarde –[1]891– una especie de tradición novelada bajo el título de *Un tesoro en Caracas*, de forma satírica, y otro proyecto de novela: *Margarita Rubinstein*, muestra cabal de su exotismo. En esta obra sólo resulta apreciable, signo del tiempo, exponente de la evolución que se iniciaba en nuestra novela, una no incidental inclinación psicologista inspirada probablemente en los perfeccionadores y reformadores del sistema básico de Zolá.

### Valor contribucional del *Julián* de Gil Fortoul

He leído la primera edición del *Julián* de Gil Fortoul, editada en Leipzig, por el año de 1888. El historiador nacional de más vigorosa definición también espiga en la novela. Como un simple *dilettanti*. No es su género, aun cuando la citada obra tenga para la crítica y la historia relevante mérito documental. La promoción literaria a la cual pertenece este autor, anterior inmediata a la de los escritores de nuestro 98 intelectual –paralela esta última a la española– prepara y anuncia el movimiento artístico cultural subsiguiente, dirigido de modo patriótico y acendrado a la personalización y propiedad del arte literario nacional. En *Julián*, obra autobiográfica de ambiente madrileño, exposición de las pasiones y proyecciones temperamentales de su autor, se aprecia a las claras, desde el punto de vista documental, una lección de la técnica realista –o naturalista– revolucionaria en aquel tiempo. Es un ensayo –puramente ensayo– de la novelística nueva en el [18]88 ofrecido por un escritor nacional, interpolado de resabios romántico idealistas, creación transitiva, alerta a nuestros espíritus de aquel tiempo. Bajo las advocaciones de Bourget, intérprete del instante psicológico literario, el personaje central, ante las escenas del mercado madrileño, reflexiona:

Sentía hacia aquellas escenas poderosa atracción. Huele mal eso, pero eso es la vida desnuda, sin ropajes hipócritas... ¡si yo pudiera! – Haría un libro palpitante, hermoso, cuajado de tipos reales, de pasiones violentas, de sentimientos conmovedores. Los personajes se moverían por sí mismos, hablarían esa lengua pintoresca de intencionada del mercado; se destacarían sobre un fondo lleno de luz meridional; no serían enfermizas creaciones de la fantasía; serían esos mismos que acabo de ver [...].

Dos ensayos de novela publica después: *¿Idilio?* y *Pasiones*, de ambiente nacional, relativo el segundo a las postrimerías de Guzmán Blanco, más de propósito ideológico revolucionario que de novelística precisa. Gil Fortoul se reduce en estas obras a la narración novelada autobiográfica. Concibe y vitaliza en ellas un personaje denominado Enrique Aracil, doble intelectual del autor que no trasciende por razón de la propia naturaleza intrascendente de tales libros. A estilo de los grandes noveladores franceses y españoles, pretende vincular episódicamente al tipo creado sucesos de la vida política y galante del país. El acierto eminente que lo distingue como historiador no lo asiste como novelista. Las nuevas generaciones –me atrevo a afirmar que también las viejas– no conceden personalidad alguna literaria a su Aracil. Y si bien es cierto que estas nuevas generaciones disienten del autor en los aspectos de su ideología particular, están acordes –justicia del tiempo, quilates de la labor– en conceptuarlo como nuestro historiador liberal más interesante, realizador de la *Historia constitucional de Venezuela*, género en el cual conserva su alta e irrecusable primacía. Acordes en conceptuarlo –en cuanto a literatura pura se refiere– como *dilettanti* inquieto y pintoresco. Desacordes con él en acción y en política.

Del [18]88 al [18]90 se intensifica la agitación literaria venezolana. Ante las dificultades editoriales nuestras, los autores optan por editar sus obras en Europa. Leen los escritores jóvenes entusiasmados a Zolá, a Bourget, a Dumás, quizás a Maupassant. Asimismo los penetra suave y edificante influencia de la novelística española bajo don Juan Valera, Alarcón, Larra, Pereda y Pérez Galdós. Doliente exalta las almas americanas la *María* del colombiano Isaacs. Hay ya realidad de escritores. Los del 98 inician sus pasos artísticos e inseguros. Acaso Romero García prepara ya su *Peonía*. Acaso

Miguel Eduardo Pardo ha guardado entre sus papeles, en espera de oportunidad, aterrado de sí mismo, su *Todo un pueblo*, hiel y vinagre. El panorama literario perfila personalidades, libros, figuras, modernas ideas. La literatura venezolana se decide en este tiempo de recuperación y de reincorporación por lo propio: por el paisaje, por el ambiente y las almas vernáculas en un impulso salvador, con sentido opuesto a la falsedad y la informalidad que la destruían. Encuentra su fijación, tan ausente en obras anteriores como *Dos fieras* de José Antonio Calcaño o como *La tía Mónica* y otras desaceratadas del doctor Aníbal Domínicí, para concentrarse en una nueva palpitación artística nacional, realista, libre, renovadora, tangible ya en nuestra novela como parte de su existencia. Hacia el [18]94 publica Francisco Betancourt Figueredo su novela *Guillermo*, construcción sentimental y sencilla. Para los gustos de ese tiempo, todavía contaminados de lo ideal romántico, *Guillermo* satisface y complace. Tal obra es menos desagradable y con mayor lineamientos que las demás de su estilo publicadas después como *El triunfo del ideal*, de Pedro César Domínicí, o como la *Lucía*, de Emilio Constantino Guerrero.

### Fundación y signo de *Peonía*

El momento literario nacionalista requería la intervención de espíritus audaces, libres y jóvenes que lo galvanizaran. De espaldas a la fantasía, frente por frente al aire venezolano, dentro de las cosas y las almas nuestras como las raíces de nuestros árboles y el agua de nuestros suelos, *Peonía* es el heraldo y es la realidad de la novela efectivamente nacional. No es de calco su estructura. Su texto encierra gran parte del alma vernácula. Viven y expresan sus personajes una vida venezolana corriente e integral. Su conjunto, habida cuenta siempre de la época en que fue escrita, lo conceptúo de hoy para ayer como magnífico. Son cuadros venezolanos vinculados entre sí de manera tan estrecha e íntima, tan buenos, desnudos y acabados, más hermosos cuanto más sencillos, que aún hoy, evolucionada nuestra novelística hacia opuestas direcciones técnicas –que no en fijación– se leen con ese entusiasmo actualista proveniente de las obras de creación fundamental. La re-

velación realista –y psicologista– del *Julián* de Gil Fortoul, ajena esta obra al programa nacionalista de *Peonía*, toma cuerpo desnudo y autónomo en la novela de Romero García hasta constituir en ella, por los tiempos de los tiempos, la primera novela venezolana, espejo y lección de patria, victoria y guía del nacionalismo literario que luego de muchas novelas descaminadas como las de Díaz Rodríguez –gran escritor, gran artista– y de muchas torpes imitaciones, defendido y mantenido con decoro y posterioridad a *Peonía* por espíritus modestos, tenaces e ilustres como el de Urbaneja Achelpohl, pervive y se reforma esplendido en nuestro sector novelístico con autores de calidad y esperanza como Gallegos, Pocaterra, Uslar Pietri, Padrón, Díaz Sánchez y Meneses.

Manuel Vicente Romero García, hombre inquieto y vivaz, metido en andanzas políticas, apasionado y violento, auspicia su *Peonía* bajo el patronato intelectual de Jorge Isaacs, autor de *María*, en una época (la dedicatoria está fechada en Macuto, a 14 de marzo de 1890) en que la gracia y desventuras de la protagonista colombiana provocan copiosas lágrimas sentimentales. Contiene esta dedicatoria una vertical profesión de fe:

[...] Sin embargo –dice–, acaso encontraréis en ellas [las páginas] ese sabor de la tierra que debe caracterizar las obras americanas. *Peonía* tiende a fotografiar el estado social de mi patria: he querido que la Venezuela que sale del despotismo de Guzmán Blanco, quede en perfil, siquiera, para enseñanza de las generaciones nuevas.

Repetidas veces la crítica literaria nacional ha emitido sobre *Peonía* opuestos y contradictorios juicios, poco acertados, errados en su mayoría. A los unos les falta el sentido analítico crítico independiente. Nacen los otros de posiciones literarias antagónicas y en el fondo –quizás– de convicciones políticas también antagónicas. Se resienten algunos de la conciencia pseudoromántica modernista contraria a la realidad de las almas y de la vida. Y otros de la ideología egoísta del modernismo mal entendido, envilecido de princesas con estrellas en la frente y de palacios con jardines de oro, bordados de estanques donde flotan los cisnes rubenianos como emblemas líricos. Angostos y estrechos muchos de tales juicios, turbados por prejuicios val-

buenistas, sublevados por la claridad venezolana pura de las cosas y de las almas radiantes en el libro. Dichas opiniones críticas –con todo– están acordes en un concepto general: *Peonía* significa el primer intento meritorio de novela nacional. No basta a sus proyecciones históricas definirla así. Es imprescindible –obligatorio para los hombres de mi generación– definirla en su verdadero valor literario novelístico, en su alta calidad patriótica, en las resultas de su valor contribucional de arte venezolanista: en sus ulteriores consecuencias sobre la evolución de nuestra novela.

Los escritores de mi tiempo –promoción del año [19]18– estamos obligados a la rectificación histórico literaria de las obras capitales de nuestra literatura. Nos asisten las ventajas de poseer un sentido crítico apolítico, despejado de sectarismos de partido y dependencias políticas e intelectuales. No nos seducen, como a Picón Febres, la elocuencia y aparente hermosura de las palabras. No presiona nuestras actividades aquel malhadado espíritu de escuela que, como en Semprún, acuchilla las más ecuánimes apreciaciones, negándose de modo sistemático e inalterable a las manifestaciones inversas a su momento literario. No pertenecemos a escuela alguna. Buceamos la patria nueva –e histórica– y desplegamos nuestros propósitos artísticos hacia una reafirmación literaria nacionalista más depurada que justificará en *Peonía*, con cuenta de espacio y tiempo, un ejemplar señero de nuestras letras.

No extraña que Semprún, tenido por el crítico del modernismo literario nacional, en su reseña bibliográfica sobre *El último Solar* de Rómulo Gallegos, escriba: “Romero García quiso componer un libro realista, pero no puso en él arte legítimo, que acaso era extraño a su temperamento. *Peonía* resultó una novela chabacana, rastrera, descosida, sin originalidad”. Absurda esta opinión. Sin reparo alguno, el signo de *Peonía* es su originalidad: el arte y el tacto para introducir lealmente el elemento venezolano –lo sencillo nacional– en el conjunto novelístico que conforma en este libro una pronunciación artística completa. Acaso a Semprún, hombre en extracto de su generación, irreconciliable con cuanto careciese de matiz modernista, falto del espíritu amplio y avisado del crítico para examinar con serenidad y arte las obras contemporáneas disidentes de su escuela literaria, lo indispusieron el exacto lenguaje de los campesinos, la crudeza realista de ciertas escenas y

el empleo incomparable y soberano de las palabras: la captación folklórica irreprochable de los diálogos, prez y arte de la novela. Quizás habría preferido solazarse en *Peonía* con los cisnes y los elefantes y el azul modernistas. O con el realismo fabulístico de los libros novelados de Díaz Rodríguez. O con el criollismo de bucares y apamates que él mismo define en otra conocida nota bibliográfica de la inolvidable revista *Cultura venezolana*.

Picón Febres sitúa *Peonía* en lugar inferior a *Todo un pueblo* de Miguel Eduardo Pardo y al *Guillermo* de Betancourt Figueredo. Picón –novelista a su vez– aun cuando escribió un libro de historia literaria nacional meritorio por su conjunto y por los datos que suministra, al penetrar los libros en tono de crítica falla de simpatías, de gusto personal, de sentido de apreciación. Su vocación de orador romántico –buen orador– le resta personalidad como crítico. Por lo cual su ya recogida opinión queda como gran parte de sus opiniones críticas. Picón nunca –lo sabemos– adquirió la fama y nombradía en el género logradas por Semprún. En nuestros días he leído sin asombro un trabajo del señor Julio Planchart sobre las obras de Rómulo Gallegos, anteriores a *Doña Bárbara*, en el cual se la imputa al texto de *Peonía* el estar recargado de prosa periodística. Sin asombro por cuanto el enjuiciamiento unilateral de este escritor es su fórmula de exclusivo uso.

Puntualicemos las cualidades literarias y artísticas de esta novela venezolana, sus defectos y su verdad. Los novelistas españoles de aquel tiempo –Valera, Galdós, Pereda, Alarcón– socorren sus diálogos con exceso de palabras y de teorías inaceptables para nosotros, usuales en el señalado tiempo. Inyectaban en las frases de sus personajes sus propias teorías artísticas, sus conceptos sociales y políticos. Estas disgresiones, perjudiciales a la acción de la novela, entendíanlas como inherentes a la ideología de la obra, plena de ellas, reforzada hasta el discurso. Lo que ahora repugna en el diálogo novelístico –tan difícil– entonces parecía natural. De donde la exposición de ideas políticas, sociales, filosóficas y religiosas que en veces domina la charla de *Peonía* –principalmente la de su protagonista– y los diálogos inspirados en esas ideas que intervienen el libro, al examinarlos hoy en espacio y tiempo, con criterio de crítica histórica, no menguado por la especiosa costumbre de empequeñecer a determinado autor para alabar a otro, están de acuerdo con el procedimiento y modelos literarios de la época. Ca-

si podría asentar: son sincrónicos al [1]890. La agilidad del diálogo corto, vivaz y encendido que cala ciertos capítulos de *Peonía* –ceñido al ambiente y al habla sencilla, no inventada, del campo– es inconfundible: no tiene comparación en alguna otra novela nacional subsiguiente.

Por la manera de sus diálogos campesinos; por el aire nacional que trasladan y reflejan a fidelidad; por la llaneza de la frase, la real expresión de los dichos y su incomparable colorido venezolano, tomado siempre del ambiente que reproduce, queda en muchos de sus cuadros o capítulos como el más limpio ejemplo de diálogo corto de nuestra novelística. Capítulos hay que se resienten de resabios evocadores y clamativos: Son el sedimento romántico que interviene la novela. Si se tienen en cuenta el temperamento combativo y militante del autor, su pública diatriba contra la dominación guzmancista, su ideología reaccionaria, tendida al mejoramiento social y político del país y a las necesidades de reforma urgentes que proclama, y –en especial– la época de su publicación, lógico será justificar esas intervenciones en gracia a la calidad y significación globales del libro. La crítica de menudencias sólo la utilizan hoy medianos espíritus. El programa contemporáneo de crítica consiste en enfocar, totalizar y definir con grande, desprendida inapetencia por el detalle. Las intervenciones aludidas de *Peonía* son pequeñas cuñas ideológicas propias del momento efervescente político y literario en que se escribió la novela. Años más tarde otro escritor realista venezolano –Rómulo Gallegos– con disgresiones sentimentales y contemplativas sobre el paisaje llanero, de belleza literaria extemporánea, suspende la acción novelística con mayores espacios que los de *Peonía*.

Contra las opiniones sustentadas hasta ahora por los críticos nacionales, de acuerdo con mi tiempo y con la certidumbre de que los hombres de letras del país así lo confirman –hechas las salvedades naturales– estoy artística, históricamente convencido de que *Peonía* es nuestra primera novela formal; de que su procedimiento realista responde a maravilla del ambiente, de nuestra naturaleza, de nuestras almas y de nuestros campos; de que su fijación es básica en nuestra literatura, y de que con ella se establece y se funda la verdadera novela venezolana. El ánimo campesino y aldeano espeja al sol y a la luna de las noches de enero con perfil puro y claro: como las fogatas de las quemadas en las haciendas, como el color dorado de los cerros

en el atardecer de los días de agosto. Está allí aprehendida de lo vivo esa ánima en uno de sus aspectos característicos: el rural. La parte de vida nacional clarificada en esas páginas comparece ejemplar en nuestra literatura. Romero García fue un realista semiromántico. La trama o enredo de su novela es romántica: la forma y la intención, realistas. Nacionalista, su conjunto. Sin exageración o parcialismo, en acto de justicia honrado y seguro, podría aplicársele la definición que Menéndez y Pelayo dio de Pereda, gran novelista de la naturaleza:

Su realismo es vigoroso y crudo; aborrece de muerte los idilios y las fingidas Arcadias; tiene horror a los idealismos falsos y optimistas, y, no obstante, hay en sus cuadros idealidad y poesía, lo que en sí tienen las costumbres rústicas.

### Domínici, *Mimí* y *Todo un pueblo*

Pedro César Domínici escribe varios ensayos de novela al final del ciclo literario antes indagado. Es un aficionado a la literatura. Un escritor de mínimos recursos, parroquiano del modelo extranjero, intoxicado de lecturas no nacionales. Tiene anotados éxitos fugaces con su *Tristeza voluptuosa*, *El triunfo del ideal* y *Dionysos*. Se hace imposible catalogarlo entre los realistas o entre los románticos auténticos. A mucho decir, será un pseudo romántico. Lleva a sus obras elementos sensuales evocativos, circulantes bajo una prosa con pretensiones poéticas. Figuraciones, sus personajes. Su procedimiento en *Dionysos* es simplemente imitativo. *El triunfo del ideal*, como divisa de libro, mal no estaría en alguno de los que solían editarse por entregas semanales. Como creación literaria es ramplona. (Amores de un conde y de una plebeya.) *Dionysos* se denuncia por sí mismo –hasta por el aspecto editorial de la primera edición– obra casi de préstamo, sugerida por aquella hermosa y armoniosa *Afrodita* de Pierre Louys, monumento de arte y de belleza, paradigma de novelas reconstructivas. Libros al estilo y norma de *Dionysos* fortalecen la acusación lanzada varias veces –en pasados tiem-

pos— contra las letras americanas: servilismo de lo europeo y en especial de la dictadura literaria francesa.

Data de ese mismo final de ciclo literario —novelístico— la aparición de *Mimí*, pretendida novela de Cabrera Malo. Para este tiempo vibra ya en la conciencia nacional el sentimiento venezolanista prefijado por obras fundadoras como *Peonía*. Los escritores —y aun los oradores aficionados como Cabrera Malo— solicitan aliento y motivo para sus obras en la materia venezolana. Bajo tan laudables signos aparece *Mimí*. Lejos el autor de la técnica novelística, tendido al fracaso de sus sueños literarios, sólo ofrece una obra forzada, declamativa, pobre de arte, perdida de vaciedades, apuntalada con frases de discurso efectista. Uno de los contados aciertos críticos de Picón Febrés fue el de freír a lo lindo *Mimí*, hecho extraño en el escritor emeritense, predispuerto siempre a la benevolencia, perdonavidas literario que apenas señala agudezas de crítico legítimo, decorosamente veraz, en sus opiniones sobre *Mimí* y —también— cuando revisa *Maldita juventud* de Arévalo González. *Mimí* es un libro olvidado con justicia. Vive su olvido en nuestro carnero literario del siglo pasado. El citado autor escribió *La Guerra*, también olvidada, y hace cerca de doce años publicó en una revista caraqueña, por entregas, un esperpento que presume de novela venezolana. Lo nombra *El reflejo de los remansos azules*. Basta y sobre con el título para descartarlo. No ha sido publicado en volumen para fortuna de nuestra novela.

He leído y releído varias veces *Todo un pueblo* de Miguel Eduardo Pardo. He reflexionado en los móviles de su publicación. He meditado en las aprehensiones producidas en el autor por su obra, las cuales impidieron su publicación durante algunos años después de escrita. He inquirido su condición social, sus relaciones particulares, el origen de sus rencores y de sus odios urbanos. He tenido a la lectura un ejemplar de la primera edición (Madrid, Imprenta de La vida literaria, 1899). En primer término la considero misérrima de arte. En segundo, misérrima de estilo. Misérrima de gracia y de seriedad en tercero y postrer término. Duramente se discutió en Venezuela sobre *Todo un pueblo* y sobre la revisión de costumbres y caracteres que inventa. ¿Representa una orientación en la novela venezolana? ¿Es la obra de un artista, el libro de un escritor? ¿Constituye una diatriba mezqui-

na contra su ciudad natal, aquella “Villabrava” pequeña y corrompida que según él apenas incuba vicios, horrores y porquerías? Me inclino por lo último. Deduzco que Pardo fue un hombre al margen de la sociedad capitalina, del círculo llamado “mundo social”, antaño delimitado a las claras por clases. Perteneció quizás a la clase media inferior. Acaso tuvo contratiempos originados de su condición. Las amarguras personales envenenadas por la distancia y por el tiempo, hincharon su libro de indirectos vituperios. Este libro se consagra como un ataque violento e injustificado contra la sociedad –el mundo social– de cierto pueblo imaginario que en su descripción resulta ser Caracas. Un contenido de frases desgalonadas, escritas a tono de reproche vengativo, dirigidas a desacreditar e impugnar la vida y costumbres de una clase social superior a la suya, aludida con rencor y con odio. En las notas liminares a la edición ya referida, defendiéndose de antemano contra la acusación que hoy reproduzco, lanzada en todo instante sobre su obra, insinúa que ella en nada concierne a determinada ciudad, que “Villabrava” es una ciudad por él concebida, y que no es “la historia de una ciudad sino el reflejo de una época”. Estas salvedades no lo absuelven: lo comprometen más desagradablemente con Caracas.

Cabe observar ahora –desde mi promoción y de mi tiempo– una notoria, sistemática tendencia de casi todas las novelas venezolanas que especulan motivos urbanos hacia la captación de Caracas por sus solos aspectos corrompidos o viciosos y no por los nobles, generosos, valientes y admirables. Tal así las novelas de Díaz Rodríguez. También *El hombre de hierro* y *El hombre de oro*, de Blanco Fombona. Y *Maldita juventud*, y *El Cabito*, y *Vidas oscuras*, y *La trepadora* en su parte segunda. Para el desquite, ojalá desvelen a conciencia y profundidad las nuevas generaciones el reverso caraqueño, soberano y glorioso. Miguel Eduardo Pardo sobrepasa el límite de toda observación psicológica, política y social para incurrir en un libro casi difamatorio. En cuanto a reflejo de época –como apunta– lo considero rencoroso. Lo leemos a disgusto. En justicia ha de indicarse *Todo un pueblo* entre las obras novelísticas nacionales no descartables. Está subordinada a un plan realista, inspirado en la escuela de Zolá. El texto parece como de crónica descriptiva, y la calidad literaria es amanerada y sin fisonomía. Las exageraciones de Picón Febres llegan a conceptuarla como novela superior

a *Peonía*. Arrebatos de orador. El crítico apenas la incluye entre las obras de nota en la historia de nuestra novela.

### Lo contemporáneo – El 98 venezolano

Lo contemporáneo en la novela data en el país del [18]98. Entonces en Europa tenían ya sitio de museo los dioses románticos. Imperaban la reacción realista fuerte, los tópicos psicologistas y el espíritu naturalista. El prefacio a *Cromwell* y la victoria de *Hernani* figuraban en la historia literaria lejos de las nuevas promociones. Claras y lúcidas fluían de las obras recientes la naturaleza y la vida, revelación exacta de los hombres, las ideas, las pasiones, los amores, las almas y las cosas. Aquella semipenumbra del romanticismo en ímpetu, poblada de quimeras estelares, músicas dulces o trementes, voces de ángeles celestiales o infernales y ecos fantásticos de tragedias o de alucinaciones fuera del conocimiento cotidiano del mundo, se desvanecía en un amanecer humano y terrestre que por su fuerza de luz mostraba en todos sus aspectos y medidas las realidades ambientes. Zolá cosechaba la semilla plantada por Balzac y esparcía sobre las conciencias, atónitas de sí mismas, su arte de la verdad y de la vida.

Antes de nosotros llegaba a Venezuela el movimiento literario universal con retraso más considerable que el de ahora. Para ese tiempo el realismo no preocupaba a fondo nuestras letras. Ciertamente el *Julián* de Gil Fortoul y el *Todo un pueblo* de Pardo, y con profunda comprensión venezolana *Peonía* de Romero García, proyectaron posibilidades realistas. Nuestros escritores del 98, por el tiempo de origen, se iniciaron románticos o semirománticos individualistas tal así como nosotros los escritores del año [19]18, por nuestra primitiva formación, quizás nos iniciáramos modernistas, desviados por la guerra –gracias a la crisis espiritual e ideológica de la postguerra– hacia la actual posición definitiva universal que nos asiste y obliga. Si de ellos hubiesen sólo surgido esperpentos novelados como los de sus contemporáneos Domínicí, Cabrera Malo o Emilio Constantino Guerrero, vacío y no cifrable quedaría su aporte novelístico. Un elemento inesperado, con raíz americana y fisonomía afrancesada aun cuando universalista –grave raíz clásica

sica castellana— penetra entonces la literatura hispanoamericana: el modernismo. El caminado camino, sin sombra de árboles orilleros por la poda diaria de flores y de ramas, se curva de improviso hacia rutas insospechadas, ampliándose en avenida larga y melodiosa, estampada de lagunas con cisnes y de glorietas con marquesas de fantasía. Músicas gálicas e hispánicas fusionaban allí sus notas en una sola, compacta armonía artística. No pudo reproducirse como distintiva en nuestros escritores de este ciclo la vieja hiperestesia romántica porque había perdido ya su humanidad y porque la reacción modernista los desviaba en lo formal de sus inclinaciones primitivas. Se acogieron al verbalismo de la nueva escuela como a signo no del todo en pugna con sus orígenes semirománticos. Un poeta de Nicaragua —el ilustre poeta de América— creaba la modalidad. Debía la palabra expresar su música autónoma: un conjunto de palabras —párrafo, estrofa o poema— representa un conjunto de músicas encadenadas por la sinfonía literaria. Bajo esta divisa que los cuentos de *Azul* establecen, bajo el culto de la forma y del ritmo externo de la frase, nuestros escritores del 98 sienten la renovación artística férvidos y juveniles, época de musicismo literario en que D'Annunzio condicionaba a la prosa su melodía poética y en que amanecía por España el estilo armonioso y sonoro de Valle-Inclán.

El tormento de la frase se impone en este ciclo pasado —ciclo contrario al nuestro no flaubertiano— hasta constituir en los primeros tiempos del primer escritor del 98 (Díaz Rodríguez) su fundamental preocupación literaria: un narcisismo desplazado en preciosismo o estilismo del cual casi sí se despoja en sus últimos días de arte y de producción. Tal modalidad da a nuestra novela, a su trama, enredo o andamiaje, y a sus figuras y cuadros, vestimenta de oro y pedrerías como la de una reina de leyenda, desvalorizando con el lujo y pesadez de esta vestimenta su sentido novelístico efectivo, su firme y segura acción, escondida bajo luces y filigranas como para que no se la advierta y justifique. Después de *Peonía*, oriente de nuestro renacimiento venezolanista, el preciosismo literario, nacido del modernismo americano, sacrifica sin proponérselo la norma realista sobre la cual presume construirse la novela. Recarga de metáforas y de florituras la realidad venezolana que para su belleza no necesita adorno así como para su amargura tampoco necesita préstamos de retórica o trabajos de orfebrería. Las nove-

las representativas de esta promoción, singularmente las de Díaz Rodríguez, conectan la ideología del momento histórico, una ideología reformativa y protestativa, con médula individualista, demasiado frondosa de palabras, demasiado confusa de acción. Imaginaciones lírico literarias –épico-literarias si se quiere– amorosas de lo novelesco, abrumadas de música y de color, sueltas dentro de un aspecto venezolano que la vanidad y el orgullo de tal música y de tal color deformaron hasta lo inverosímil, deformando en devoción a la forma lo específico novelístico que, de no desnaturalizarlo como lo hicieron, constituiría la esencia y substancia de tales novelas.

(En la venezolana, cual en otras literaturas, no se ha suscitado con todo rigor como materia de disputa la delimitación de generaciones o promociones. El asunto amplía momentáneamente la perspectiva de este libro. Interesa por lo literario y está vivo en nuestra historia. Lo contemporáneo en letras se cuenta entre nosotros desde el 98, con el inmediato antecedente de la época ilustrada por Lisandro Alvarado, Gil Fortoul y Zumeta. A su arbitrio explica Díaz Rodríguez en 1928, por carta dirigida a Max Henríquez Ureña, publicada en el número 82 de *Cultura Venezolana*, que su promoción del 96 corresponde a la española del 98.

Explicación unilateral y egoísta, acaso fundada en que durante el año referido aparece *Sensaciones de viaje*. Con termómetro de tiempo y espíritu desligado de ese tiempo –nuestro espíritu revisionista y nacionalista–, después de estimar el punto de partida universal de la época, fácil resulta deducir que la generación nacional de Díaz Rodríguez, Blanco Fombona, Pedro Emilio Coll, Urbaneja Achelpohl, Mata, Morantes y Racamonde, es en tiempo y espacio paralela a la española de Valle-Inclán, Baroja, Benavente y los Machado aun con las diferencias individuales de edad. Sólo por mérito de aquel agudo, sobrecitado sentido del orgullo y de la vanidad, matiz distintivo de la obra y de la persona de Díaz Rodríguez, puede entenderse su infundada aclaratoria. Quizás también para proclamar en el texto de la carta su negativa imitación de Valle-Inclán, especie insidiosa propalada sobre su literatura, a la cual se le señala también descubierta devoción por D'Annunzio.)

## Díaz Rodríguez en la novela nacional

Nadie negará –inclusive los que encontramos incompatibles el estilo e ideología de Díaz Rodríguez con sus actuaciones públicas– que su obra literaria es hoy prócer en nuestras letras, liquidada y estudiada por nosotros ante el silencio medroso o displicente de aquellos de sus contemporáneos a ello obligados por imperativos de arte, de dignidad y de conciencia. Entre el escritor de frase miniada, lapidario del estilo, y el novelista creador de novelas realistas, obligadas al propósito y técnica necesarios, surge una lamentable oposición perjudicial a la novela. El preciosista, artista del idioma, inmolado al novelista, captador inmediato de las cosas, las almas y el ambiente. Sus novelas –con excepción de *Peregrina*– no son poemáticas a pesar de las abundantes páginas poéticas en ellas distribuidas. Son literarias –buido el estilo, labrado como el encaje de piedra de las catedrales medioevales– concebidas bajo la advocación del período modernista y de la frase brillante. Altas y ejemplares como obras de estilo literario. Desorientadas, desgarradas como novelas, deliciosas mentiras con vestidos de realidad, semejantes a las muchas del género producidas con personajes inconformes, inadaptados, con fondo de guerra civil y exterior musical, salvadas de entre esas muchas sólo por su irreprochable pureza estilística.

En su época promueve la publicación de *Ídolos rotos* trabajos y re-vuelos crítico-literarios que el propio tiempo ha cubierto de silencio. Sobre costumbres caraqueñas años atrás había publicado Miguel Eduardo Pardo su *Todo un pueblo*, libelo infamante y triste, confección de pacotilla, referido ya en el capítulo anterior de este libro. *Ídolos rotos*, aderezado del estilo y arte revelados por *Sensaciones de viaje*, igualmente especula, descubre, vitupera y hasta menosprecia aspectos sociales de Caracas. No se le puede perdonar a Picón Febres –por lo general fuera de lo crítico y de lo natural humano– el que compare esta primera obra novelada de Díaz Rodríguez con la nombrada de Pardo. Entre la una y la otra hay diferencias semejantes a las de una estatua ateniense con un muñeco bárbaro. Picón dice: “*Ídolos rotos* huele a odio en todos sus capítulos, trasciende a desprecio por Caracas, respira cruel venganza”. (Una flor del jardín de errores sembrado por el autor de la *Literatura venezolana en el siglo XIX*.) Es una interpre-

tación violenta la de catalogar *Ídolos rotos* entre las sátiras ordinarias contra las costumbres de Caracas, entre las obras escritas para expansiones y desahogos personales. La sátira social de Díaz Rodríguez, su diatriba férvida de este libro, es edificante, desbordada sobre su pueblo como tónico o paliativo, dibujada de ese acento profético que anuncia al artista, venezolano juvenil. Diferente en arte y en propósitos a la de Pardo. Nacida la de éste burda y gacetillera para atacar con despecho, la de Díaz Rodríguez esclarece con orgullo tal como en una buena, acaso airada e incomprendida lección ciudadana.

Este libro del modernismo literario venezolano trae un personaje danunziano. En este personaje –Alberto Soria– quiere el autor reflejarse en pensamiento y acción igual a como en los grandes poemas novelados de *El fuego* y *El placer* su autor se vierte total y temperamentalmente. Producto del ambiente semiidealista, semipatriótico de la época, nutrido a fondo de literatura renovada de ideas sociales y políticas reformadoras, Alberto Soria es figura sin novedad en el mundo y en Venezuela: es el no entendido de todos los tiempos, suplido de superioridad, iluso de sus valimientos, rebelde a las intrigas sociales, a los pecados sociales y al politiquero venezolano inverterado que cada un día más se perfecciona en comedia y en miseria. Y –justo es confesarlo– quimerista de una patria mejor, elevada sobre sus mezquinas evoluciones internas, sobre la ruina de sus almas a planos de cultura y luz históricamente honorables. Lo infecundo de este libro es su recargo de literatura y su descuido novelístico que lo desprenden de la tierra y de la carne venezolanas, fuera de nuestra realidad, al revés de cuanto se propone el autor. Bajo nuestro ambiente y con nuestras figuras, en el libro todo resulta sólo como ambiente y figuras del autor.

La florescencia del estilismo culmina en 1902 con *Sangre patricia*. Reaparece el tema de la guerra civil. Tan trajinado y rebuscado es el motivo por nuestros escritores que para nosotros ahora, hombres de guerra sin guerra, no ofrece atracción, ni entusiasmo, ni lo conceptuamos original dentro de propósitos puros de arte o de utilidad social. Insinúa el hombre de este libro –Tulio Arcos– mucho de lo que fue en temperamento y psicología Díaz Rodríguez, mucho de sus íntimos impulsos, mucho de lo que quiso y no pudo ser en la vida: elemento dinámico, de acción y de selección, acogido

en la juventud al concepto de que “la revolución es santa”. *Sangre patricia*, libro antagónico en lo formal de la posición realista que sigue, con sus vacíos psicológicos y sus armoniosos excesos literarios, se apunta en la historia de nuestra novela como un libro de bello y buen escribir, gracia grave y labrada, espejo del idioma, emoción de su creador, muestra eficiente –sin embargo– de la antítesis vital establecida hasta su fecha entre el novelista y el escritor.

Para el estudio crítico de Díaz Rodríguez, estas dos novelas –*Ídolos rotos* y *Sangre patricia*– no aumentan o disminuyen los quilates de su obra total literaria y artística. De no haberlas publicado, estarían sus dimensiones de escritor tan ciertas y completas como hoy con ellas lo están. Porque el maestro de nuestras letras contemporáneas, el artista y el estilista, el escritor venezolano de ideología maciza y patriótica, comparece en sus otros libros no novelados. Está de cuerpo entero en sus *Sermones líricos*, en su discurso sobre Diego de Lozada, fundador de Caracas, y en aquella profesión pública de fe en su arte, de decoro y de belleza que fue su último discurso, pronunciado con ocasión de un agasajo a cierto transeúnte literario español –García Sanchíz– de calidades muy inferiores a las del orador. También juzgo justiciero, en juicio sintético comprensivo de sus trabajos, determinar que toda la obra literaria de Díaz Rodríguez se entiende inspirada por el más diáfano, patriótico interés. Tenía la aspiración de una patria grande, fuerte y compacta, viviente de su tradición del Libertador, tendida a la superación cual si se le anunciaran delicias de tierra prometida. Aspiración de su obra, objeto de sus novelas. Si sólo en función de arte y de belleza hubiese alentado su vida –para lo cual sus propios medios de fortuna holgaban–, y si sólo su historia perteneciera en absoluto a nuestra literatura, y otras actividades de política gomecista no lo hubiesen halagado, su pensamiento tomaríamoslo nosotros con devoción semejante a la que tuvieron los escritores del 98 venezolano, y tenemos nosotros y los que vengan después de nosotros, por el pensamiento y obra de Cecilio Acosta. Pero el arte de Díaz Rodríguez, limpio en el libro y en el discurso, cincelado como un monumento, magnífico de patria y de renovación cultural, se contradice con aspectos no liquidados de su vida política: no presentidos al imaginar el Tulio Arcos de su novela *Sangre patricia*.

De esta obra a *Peregrina* o *El pozo encantado* hay una distancia de veinte y cuatro años. Ya en el [1]926 ha desvestido el escritor su estilo de barroquismo, de florituras preciosistas superfluas, de las mil y una filigranas que bordan sus anteriores novelas. Ha dicho y publicado sus discursos, sus creaciones capitales. Su prosa es ahora nutrida, expresiva de ideas nacionales galanas y profundas, conformada por la ideología patriótica directriz de su arte. Ha cambiado el satírico de *Ídolos rotos* y el orfebrista de *Sangre patricia*. Mantiene siempre el manantial poético rumoroso en todas sus páginas. El esplendor del paisaje avileño está consubstanciado con su prosa singular y noble. Se inspira en el entendimiento de la luz y del color de nuestros campos, sencilla aprehensión de la tierra y de sus rústicas almas, móviles en ella como el aroma de las flores crecidas al amor de nuestros cerros. Aquel lejano poeta eclógico y viril, sonetista del Ávila, autor de sonetos antológicos no apagados por su gloria de escritor, produce en ese año una novela campestre, novela rústica, flor de literatura narrativa bucólica. Su hacienda cafetera se encuentra al pié del Ávila. Por las faldas del monte, en viejas trochas indígenas o españolas, en los ranchos escondidos como nidos, en la siembra al sol verde y amarilla y en el ambiente de su fundo –animado de espíritus simples– discurre *Peregrina* como en un compás de música vernácula, alma de esos campos, vivido retazo de costumbres y escenas rurales con su sujeción premeditada a los sucesos generales venezolanos que vigorizan la acción. Delicado espíritu poético el circulante como sangre en la novela. Precisa la captación de los campos y de sus gentes. Visión venezolanista, de calco iluminado, sin el desdibujo antiguo de la prosa, sometida a lo novelístico esta prosa como el volante al impulso de su conductor. Se hace aquí tan vibrante e inefable el relato, y está tan pleno de lo novelístico y de lo vernáculo que el lector venezolano escucha allí indefectiblemente, como en una abstracción extraordinaria, el propio ritmo inconfundible de la tierra. *Peregrina* significa en la obra de Díaz Rodríguez su verdadera novela venezolana, de calibre y construcción superiores a las otras dos ya analizadas. Arte literario novelístico venezolanista purgado de recursos chabacanos y de jergonzas al uso de los criollizantes de pasadas generaciones. Comprobación positiva de que equívocos anteriores –sus otras dos novelas– pueden subsa-

narse, justificándolos la íntima evolución personal, con una creación posterior como *Peregrina*, tomada al natural de nuestra naturaleza, vivida al pie del Ávila, entre los amores y las desventuras de nuestros campesinos, mientras el escritor acaso –en examen de conciencia– hallaba que no todo en su vida había sido fecundo y que sólo entraría en nuestra posteridad por las únicas ejecutorias eternas y cristalinas de su arte y de su estilo.

### Criollismo y nacionalismo

Entre aquellos hombres que velaron sus armas literarias en *Cosmópolis*, memorables luego en la época feliz de *El cojo ilustrado*, uno había sencillo, amoroso de la tierra y las cosas campesinas, autor de cuentos extracta, característicamente venezolanos que en el tiempo de *Ídolos rotos*, de *Sangre patricia* o de *El hombre de hierro* aparecía con suavidad y sin bullicio, predicando con honesta, frecuente humildad la vocación de su tiempo hacia la cantera propia, hacia el tesoro esplendido e inexplorado de nuestro paisaje y de nuestra vida nacional, intocado por aquellos primeros autores que, como Fermín Toro y –después– Eduardo Blanco y Julio Calcaño, fallaron al escribir en Venezuela novelas con material extranjero. Se llamaba este escritor Luis Urbaneja Achelpohl. Escribió en venezolano castizo y abandonó por derecho y consecuencia de su posición la orientación de nuestra literatura entonces denominada “criollismo”, hoy día definida “nacionalismo”, cantera productora, mediante mejoramientos y superaciones que la evolución ha suplido, de la novela venezolana de costumbres y de ambiente no urbanos. Es la fundación de Romero García, camino abierto por *Peonía*, exposición de aspectos de la patria bajo el decoro y la honestidad del escritor no doblegado a las exigencias del público grueso.

La orientación criollista en nuestra literatura, debatida y especulada hasta la desnaturalización, deja de ser para nosotros un enunciado y se convierte en matiz y médula literarios definitivos. Es nuestro nacionalismo alquitarado. Entre el criollista y el preciosista de nuestro modernismo existen aparentes divergencias de motivos y expresiones. Son externas, curiosos espejismos literarios. Modernista Díaz Rodríguez y modernista Urbaneja

Achelpohl. El primero personifica en tonos dilatados, fuera de lo ambiente, al estilista del idioma prendado de la frase melodiosa y perfecta. En igual tiempo de escuela y de promoción, imbuido de lo ambiente, personifica el segundo al estilista del criollismo: un escritor que en frase también armoniosa, irisada de los colores nacionales, ornamentada de la savia y del color campesinos, creaba sus obras connaturalizadas con esa realidad y substancia de nuestro país solamente en *Peregrina* alcanzada por Díaz Rodríguez.

Manifestación literaria de edad meridiana es el criollismo. (Nunca estará por demás recordar las admoniciones de don Andrés Bello al respecto de consolidar la fisonomía auténtica y autónoma de nuestra literatura.) En un momento histórico en que los escritores venezolanos, bajo la fuerza inconsciente de la tradición y de la tierra, buscaban y trabajaban el sentido ambiente artístico, nace el criollismo como resultado de tal fuerza, impulso patriótico espiritual difundido en las almas como advertencia de labor original y nueva. Fue la desestranjerización de nuestros escritores, la vuelta a lo nuestro, el imperio de la tierra caliente al sol tropical y de su tradición luminosa como el mismo sol. Hubo un criollismo de arte, venezolanista y un criollismo de ocasión, oportunista. Las lecciones de *Peonía* las aprovecha y refina Urbaneja Achelpohl en la pintura de nuestros campos y en la de sus hombres. Con más acierto en sus cuentos que en su novela *En este país* o que en su esbozo novelístico *El tuerto Miguel*, Urbaneja recoge admirablemente –en el sentido de arte universal latente en toda obra nacionalista– el sentido exacto y despejado de las costumbres y tipos que especula, la expresión venezolana característica que se robustece en nuestras letras con las novelas de Rómulo Gallegos o de Pocaterra. ¿Cuál criollismo el de Urbaneja? La entrada de buena ley en nuestras letras de nuestra vida nacional, trasladada a la acuarela –verdad– pero pura e íntegra, capaz de consolidar una fijación hecha hoy realidad cernida y revisada. Quizás *En este país*, novela de importancia venezolanista, no exprese por sí sola la posición del autor y su trascendencia histórica en lo que a novela concierne. Su obra nacionalista se compone de su intención y conjunto literarios, de su totalidad venezolana, de su espontánea, honorable versión de lo nuestro a su estilo agradable y risueño: de su inalterable contemplación de nuestro ambiente, firme hasta su muerte como en sus días iniciales, cuando una generación afrance-

sada (el adjetivo es de Semprún) confundía el estilo de la novela con su andamiaje, la literatura con el personaje, la fábula con el ambiente.

Consecuencias inmediatas y fatales se derivan de esta posición defendida por Urbaneja. Escritores advenedizos la emprenden con obras –cuentos en especial– escritas a base de palabras rústicas ordinarias, grotescas, y de nombres de árboles criollos. El matapalo y el bucare funcionan desesperadamente en libros, cuentos y páginas literarias. Nuestra literatura se congestiona de nuestra flora en un lapso aborrecible que parece concluir con la publicación tardía de *Bucares en flor*. El criollismo primitivo se alambica, descompone e infecta. Aún así el legado de *Peonía* continuó incólume en manos de Urbaneja. Tales aventureros de nuestras letras dejaron apenas el recuerdo de su fallida actuación. Porque la obra de arte perdurable no depende de las palabras: depende de la substancia. Porque la ideación venezolanista que en poesía culminaba para aquel tiempo majestuosa en la *Silva criolla* y en las *Crepusculares* de Lazo Martí no puede adulterarse con extravíos folklóricos e invenciones de mentida proveniencia popular. La literatura venezolana no se apuntala con nombres o palabras de flora y de fauna: es vital, ambiente, alma y naturaleza aprehendidas con espíritu de arte y con honradez de escritor.

Después del criollismo fundador –incluyendo intentos no logrados de novelas urbanas como *El Cabito*, *El hombre de hierro*, *El hombre de oro*, las tres novelas de ciudades de Pocaterra y *Reinaldo Solar* y *La trepadora* de Gallegos– por un proceso más o menos de treinta y seis años, la novela venezolana, así como toda la literatura, se garantiza y galvaniza en su concepción nacionalista, virtuosa y generosa, expositiva de todos y cada uno de los aspectos nacionales –sociales, políticos y psicológicos– cualquiera que sea la posición de escuela o de estilo del autor. El criollismo de *Peonía* y de la obra de Urbaneja son los puntos de partida de lo que sentimos y realizamos al amor y al amparo de nuestro nacionalismo. *Doña Bárbara* y *Cantacaro* son novelas del llano venezolano. *Las lanzas coloradas* de Uslar Pietri reviven la novela histórica con técnica y formación esenciales de nuestro tiempo. *La guaricha* de Padrón anuncia otra presencia joven y magnífica de novelista. Díaz Sánchez también con su *Mene*. Al nacionalismo novelístico se ofrecen vírgenes aun a pesar de los varios ensayos, la novela urbana sin po-

lítica, la de nuestros absurdos económicos, la de nuestros problemas agrícolas y étnicos. Faltan también a la comprensión y aportes venezolanistas la novela de la costa y la novela de la montaña, tragedia o alegría de nuestras realidades. Novelas novelas. Obras de arte nacionalista –producidas por obligación de la función social del escritor– que parece interesar la sensibilidad de los más recientes escritores.

La vida de Urbaneja Achelpohl duró hasta este año [19]38. Joven ancianidad la suya, corrida entre jóvenes alegres, alegre siempre frente al paisaje de montículos que enmarca El Valle. El año pasado publicó otro intento de novela *La casa de las cuatro pencas*, sin mayor o menor éxito, como el de *El tuerto Miguel*. Pero su vida misma, dentro de su amor a la naturaleza, será en la historia de la literatura nacional como una sonrisa brillante y como una enseñanza de la más acendrada venezolanidad.

### Aspectos generales de principios del siglo

Dominante en su universalidad de gran escuela literaria, el naturalismo francés fue preceptiva de arte al día para nuestros escritores de los primeros tiempos de este siglo. El modernismo, impregnado originariamente de las postreras emanaciones románticas, complicó el naturalismo de preciosismo como en Díaz Rodríguez y el criollismo o venezolanismo de palabrería popular. Lo fisiológico, lo patológico y la tesis social ocuparon la mayoría de ensayos novelísticos. La propaganda pro divorcio se hace en *Mimí* y en algún otro libro ya olvidado. Perseguían el “caso” y, al no encontrarlo, lo inventaban. Nada importante se produjo en la novela. El género la tomó entonces, exclusión hecha de los novelines sentimentales cursis de fines del siglo pasado y de principios del actual, por lo típico palabrero, por lo externo y lo superficial, colmado todo él de realismo lírico, de naturalismo sensualista, de copiado psicologismo, de paisajismo acuarelista –cartel de dos o tres libros–, obediente a escuelas directivas de Francia, circunscritas hoy en autoridad de momentos históricos literarios a la historia de la novelística europea, corregidas, discutidas y reformadas por los autores contemporáneos para los cuales la novela (no en decadencia como dice Ortega y Gasset) asu-

me los contornos de una profunda, reaccionaria renovación. Las posiciones francesas del siglo XIX, con un Balzac formidable, un Zolá crudo y creador, mejoradas por Maupassant en lo psicológico y lo experimental, seguidas por espíritus ibéricos de elección –escritores del 98– conducen a nuestros novelistas por pistas inseguras, donde virtualmente había de precipitarse el antagonismo entre la concepción esquemática importada y el sentido vocativo ambiente, tropical y romántico, contemplativo y añorante que en obras de esencia nacionalista como *Peregrina* o como *En este país* inspira las páginas mejores.

Dos aspectos despejan ya el plano de nuestra novela. (Comprendidas las obras capaces de resistir la denominación de novela.) El paisaje nacional primero: tierra coronada de cerros, tierra abierta, sin horizontes visibles como el mar –llanuras de hombres bravos y de bestias bravas–, tierra de la costa, húmeda del agua caribe. Hay trazos de tipos criollos, ilusas excursiones de folklorismo, ingenuos recuentos de las guerras civiles, tragedias rústicas indefinidas por razón del desconocimiento del alma y costumbres regionales referidas. Imaginan algunos autores realizar obra específica con diálogos provincialistas, con esa especie de argot regional que marca una de las más destacadas diferenciaciones entre los varios Estados de la República. El diálogo –maniobra técnica– lo escriben vacío, contaminado de literatura oscura, palabras de personajes que en la vida cotidiana hablan y discuten de manera distinta. Muñecos sin gracia, fantoches de papel, gentes oratorias que usan giros y vocablos de correctísima construcción pimentados de jerga popular. Dos o tres de estas novelas parecen libros de jardinería, informativos de la flora nacional. Parrafadas fuera de circunstancia abultan la obra, evocativas de los árboles, las flores silvestres y las hierbas de nuestros campos y bosques sin que a la acción novelística aporten elemento alguno consistente. Y así la naturaleza de una novela –nervio, acción, vibración– se corrompe o diluye bajo gravámenes de literatura contemplativa impuestos por el autor, sólo comprensibles en aquellos que suplen su impotencia para la acción con lagunas de paisaje interceptivas de la novela.

Segundo aspecto: el urbanismo político. Figuración de actores sobre pantallas municipales, dispuesta la escena con épocas y acontecimientos de la política nacional, creados los diferentes cuadros según caprichos indivi-

duales, distinguiéndolos siempre apasionada desviación histórica del instante relatado. Casi todas las novelas nuestras de esta especie tienen fines personalistas de parte del autor. Sin alcanzar ejemplaridad, sin pena y gloria, algunas de entre ellas cumplen el propósito novelístico. Pero despiertan intencionadas confusiones sobre el momento contemporáneo descrito. Por satisfacer tales fines personalistas desnaturaliza el autor los hechos históricos, niega lo verdadero, falseándolo, y recubre la acción de sospechosas tonalidades cuando no de agresiones imperdonables. (Hoy parece tener un superior porvenir la novela urbana, motivada de política, sobre la regionalista y la paisajista: nuestra existencia personal y nacional, en el conjunto ciudadano, está siempre, tradicionalmente, vinculada a la política del país, y el paisaje regional y la vida de algunas de nuestras extensiones territoriales representativas han sido ya trajinados con aciertos que honran el género en nuestros días.)

Atracción comparable a la del vacío sobre los cuerpos ejerce la política sobre el hombre de letras venezolano. Queda explicado en la primera parte de este libro cómo los escritores tipo Juan Vicente González distrajerón la pura vocación literaria en las discusiones políticas y en el laboreo individual de su partido. (De nuestros clásicos se aparta prócer y límpida la figura de Cecilio Acosta, radiante en el pasado con claridades no atenuadas por pasiones o actitudes políticas momentáneas.) Somos políticos por naturaleza y por tradición. Menos mal que a los hombres de mi tiempo no nos perjudican credos o ideas partidistas por haberse destruido en sus propios elementos componentes: el jefe y el color. Y porque nuestra visión y concepto de la política se confunden en una ideología perfecta de la patria, del Estado y de nuestro porvenir nacionalista. A nuestros novelistas de comienzos del siglo continúa descentrándolos el ideario político personalista. Y la novela desplazada en política o la política desplazada en novela valen en ellos por pequeños rasgos o cuadros aislados y no por el conjunto de arte que debe animar la novela.

## Dos novelas de Blanco Fombona

Se publica en esta época –presidencia del general Castro– *El hombre de hierro*, novela de Rufino Blanco Fombona, escrita con los excesos de pasión y de expansiones satíricas personales que distinguen la obra novelística de este autor, uno de nuestros escritores y divulgadores más eminentes. Novela urbana con asidero político que cuenta con el éxito fugaz de su momento pero que no ilustra para nada la historia de arte y de originalidad de nuestra novela nacional.

Por temperamento y por vocación, Blanco Fombona es un poeta y es un escritor. Por su propia inquietud vital, templada en la acción, cursada en horas viajeras y cosmopolitas, y por la delicada vena poética en él latente con fuerza no menguada en los hervores de la polémica, este escritor quizás habría llegado a la obra perfecta si esa propia inquietud vital, principio de indisciplina artística, no hubiese dirigido siempre como con fiebre sus creaciones literarias –no las poéticas– y si la inoportuna violencia de sus opiniones políticas no desarticulara sus más felices libros. Su *Hombre de oro* es un libro sin preceptiva de arte. Pretende novelar un accidente social de la vida capitalina bajo la presidencia de Castro. Está cundido de personajes políticos de la época, de ridículas escenas como aquella de La Victoria, de aspectos recogidos a las volandas de nuestros hombres y de su época. Grave error para un novelista que como testigo ocular de muchas de las escenas descritas está obligado a una veracidad independiente y no a una personal, desmedida desfiguración. Nosotros, escritores muy posteriores, con el germen vocacional de la política latente para realizaciones de patria sin partidos políticos –con agrupaciones sociales–, curados del prejuicio perturbador de *El hombre de oro* y de las alusiones personales deprimentes, consideramos estas dos obras de Blanco Fombona en plano muy inferior al de aquel novelín de Carnevali Monreal, *Bolívita*, publicado por los días del [1]901 en un periódico de La Victoria, suerte de ensayo venezolanista o criollista que ha de contarse como inolvidable contribución de arte y de estilo a la novela nacional.

Blanco Fombona ha vuelto a la patria después de la muerte de Gómez. Con él –y con la transformación política actual– llegaron a Venezuela

aquellas de sus novelas publicadas en el extranjero, prohibidas por la dictadura. *La bella y la fiera* y *La mitra en la mano*. Con todo, su lectura no hace rectificar el concepto emitido sobre la composición de su obra novelística. Pero en cualquier momento que se trate de nuestra literatura contemporánea y de nuestros grandes escritores, el nombre de Blanco Fombona aparecerá como uno de los más ilustres.

Don Tulio Febres Cordero y Gonzalo Picón Febres, más a tono el primero como escritor de tradiciones y de leyendas y el segundo también más a tono como orador, trabajador laborioso de otros géneros, dejan en la historia de nuestra novelística sus ensayos de respeto. *Fidelia* y *El sargento Felipe* honran la cultura emeritense. Son obras de arte y de la época aun cuando su significación particular carece de trascendencia literaria.

### Enjuiciamiento del *El Cabito*

En diciembre del [1]909 aparece en París (Imprenta Cosmopolita) *El Cabito*. Estaba ya cerrado en Venezuela el ciclo político de la presidencia Castro. Los odios y rencores reprimidos se descongestionaban en publicidades violentas, fenómeno natural de todo momento histórico transitivo. Entre los abogados que sirvieron cargos judiciales durante aquel extinguido régimen vivía en Caracas, nacido en el Táchira, oscuro y silencioso, un Juez de apellido Morantes que en su juventud y en su provincia se iniciara en poesía con poemas y humoradas a lo Campoamor, parroquiano también de Becquer. Entiendo que viajó en el mismo barco en el cual viajaba a Europa el presidente Castro. Su vivir callado, su personal simplicidad y su apartamiento de las cosas de arte y de literatura sólo anotaban a su favor cifras anodinas de mediocridad. Nadie suponía en él al autor de la obra más leída y discutida en mi país durante los quince primeros años de este siglo.

Llegó *El Cabito* a Venezuela bajo la firma responsable de "Pió Gil", seudónimo con el cual luego suscribiría una serie de libros panfletarios fuera de la novela. Ensayo de novela urbana con motivo político. Su estilo es el de panfleto. Su objeto es personalista. Su propósito es de realismo político y social moralista. Su texto está gravado por detestables arrebatos de un var-

gas-vilismo que pretendía copiar las majestades soberanas de Montalvo. En el Prólogo afirma: “Esa deficiencia de la justicia revolucionaria, en lo que se refiere a Venezuela, trata de subsanarla este libro”.

Es un libro injusto y en mucho falso. Como *Peonía*, aspira a describir una época de la política venezolana. La describe a su manera, adulterando con insidia la mayor parte de los sucesos que traslada. No podrá ser libro de justicia aquel que lesiona la verdad histórica. El presidente Castro, con todos sus pecados y errores, con todas sus violaciones e inconveniencias, está tenido por sus contemporáneos y por el juicio histórico como uno de los hombres individualmente más viriles y completos de entre los que han dirigido al país. Personaje central de *El Cabito*, aparece en el libro con los rasgos y actitudes del hombre amedrentado por el peligro, empequeñecido cuantas veces tuvo a prueba su valor personal. Diríasele un muñeco de guiñol travieso, perverso y cobarde. Es tiempo de que la justicia venezolana actual comprenda el objeto de este libro y sus extraviadas acusaciones.

*El Cabito* reproduce con mayores lineamientos los defectos ya tradicionales de nuestra novela urbana y política. Los hombres en él asomados fueron muchos de los acompañantes del presidente Castro y es acaso en las referencias sobre tales hombres donde está lo mejor del libro. Algunos cuadros quedarán como excelentes, descritos con humano y observado realismo. Pero el estilo, mezcla de estilos altisonantes, satíricos y panfletarios, mengua la solidez novelística. Si el autor hubiese castigado sus pasiones y sus rencores, y castigado su estilo, y revelado su personaje central tal como fue en la vida, y podado de hojarasca literaria sus capítulos, y estudiado el arte de la novela más amorosamente que el arte del panfleto, y huido lo caricaturesco y mezquino, habría logrado sin duda alguna la más clara y juiciosa de nuestras novelas urbanas y políticas. No tuvo en cuenta nada de ello. Tuvo en cuenta la explotación del momento nacional del [1]909 y escribió su libro para los lectores de ese momento. Éxito de librería y éxito económico. El calor de arte, la gracia técnica y la honestidad literaria no se le descubren en parte alguna. Quizás cuando se estudie completa la obra de este escritor aparecerá *El Cabito* como el primero de sus panfletos y como una equivocación de novela.

Termina en un relajamiento inesperado del estilo agresivo y cálido campante en la obra. Final de folletón que reduce todavía más las cualidades novelísticas de Morantes. Un final mucho más dañoso al libro que todas las pasiones e invenciones del autor. Hombre misántropo, de literatura violenta –campo de desahogo para sus angustias, miserias y malicias reconcentradas– oscurece su modalidad, desafina su nota, pierde dominio al concluir su *Cabito* con descripciones sentimentales incongruentes que tienen como única explicación el amaneramiento del autor y el contagio que sufriera de *María*, de Vargas Vila y de Montalvo. Prueba al canto de que Morantes no tuvo vocación de novelista es la de que toda su obra posterior está integrada por panfletos. *El Cabito* es un panfleto con cierta rencorosa y deforme forma de novela.

Libros como *El Cabito* –aún con todos sus defectos– significan un hito en la historia de nuestra novelística. No acusa su posteridad dirección o influencia en el género y –sin embargo– sería injusto restarle sitio y valimiento en esa historia. El criterio unilateral de Morantes no capta la natural esencia artística de la novela. Su plan, su estilo y su personalismo políticos, amalgamados de elementos espurios, biliosos e inconvenientes, impidieron el logro del gran libro que pudo ser *El Cabito*. A decir verdad, esta obra (descartado su final melodramático) rompe con las sensiblerías amorosas, trágicas, sentimentales y lloronas que pesaban sobre la novela venezolana. (Las gentes se apasionaban entonces con las novelas de doña Virginia Gil de Hermoso, autora de *Incurables*, lacrimatorio femenino muy distribuido en nuestro país que merece un recuerdo de simpatía sin compromiso.) No bastaba contra tal tremendo peso la labor orientada y orientadora dirigida en el cuento nacional hacia su venezolanización e independencia totales. Mientras el cuento acrecía su personalidad y se enriquecía con aportes relevantes, la novela descendía sin esperanzas para el [1]909. Consecuencialmente, la aparición de *El Cabito*, presunto espejo de una época nuestra –desleal caricatura de un hombre– a los efectos crítico-históricos precisa en la evolución de la novela venezolana ese hito ya aludido que bien será principio de nuevos aspectos y término del ciclo novelístico abierto por *Peonía*.

## Tres novelas urbanas de Pocaterra

Por algún tiempo cede el campesinismo de *Peonía* al urbanismo de *El Cabito*, antecedendo a este último el de Díaz Rodríguez y el de Blanco Fombona. Aquella nota plástica del campo venezolano, matiz de la naturaleza lúcido y vivido en nuestra tradición literaria como parte especialísima del alma vernácula –matiz de Romero García y de Urbaneja, color postrero y armonioso de Díaz Rodríguez, poesía de nuestro paisaje, acción de nuestros hombres– se refugia aparentemente en el cuento, trabajado por escritores de probidad e integridad artísticas en lucha con la banda de aventureros de nuestras letras que bajo consignas de oportunismo o seducciones de publicidad sin recato, pretende en toda ocasión crear un pseudo arte venezolano con enlace y construcción de frases mal oídas al pueblo y peor trasladadas, con fondo de mentira y personajes fingidos y supuestos, todo fuera del medio y del ambiente: adesivos forjados para fatalidad de nuestra literatura, placer del público grueso, descrédito para el exterior. Esta clase de producciones contribuye irremediabilmente a fortalecer en los extraños –y mucho en los propios– el criterio de que la novela venezolana por lo general está compuesta de jerga popular y de rústicas, ridículas manifestaciones. A no ser por las obras capitales de nuestro tiempo, muy por lo bajo andaría el género.

Después de *El Cabito* prosigue el cultivo de la novela urbana. *Política feminista* de José Rafael Pocaterra describe, con acierto regular, cierta época de la vida política regional valenciana. Es la novela de Valencia, ciudad hermosa de Venezuela. (Posteriormente la editorial América –Madrid– de Blanco Fombona la reimprime bajo el título de *El doctor Bebé*.) Daba esperanzas este libro. Se vislumbraba en él el anticipo de un próximo gran novelista. Con el defecto de todos nuestros autores urbanistas, pimentada de política local y de observaciones unilaterales, pujada de odios y de rencores personales no tan descarnados como en otras obras del autor, *Política feminista* –en plan de novela y no de expresión– acusa calidades superiores a las de *El Cabito* aun cuando éste sea de más amplia observación y fondo urbano. En gracia al vigor y firmeza de sus cuadros, a la precisión novelística de sus personajes y al enredo articulado e ininterrumpido, podría absolverse a Pocaterra de sus errores sintáxicos, de su gramática volandera y de sus fal-

tas de estilo. Muchas de sus páginas –de este libro y de todos los demás suyos– descosidas y precipitadas se rehabilitan de improviso por ingeniosos improntus novelísticos que resuelven de modo original y poco común un capítulo, una situación o un hombre.

En Maracaibo publica luego la novela de Caracas, *Vidas oscuras*, y más tarde en Caracas la novela de Maracaibo, *Tierra del sol amada*. Al examinar la anterior nombrada Semprún lo califica de “novelista de ciudades”. El novelista de Valencia, tendido al éxito, al revés de los escritores en plenitud de facultades, declina tan visiblemente en *Vidas oscuras* y en *Tierra del sol amada* que un solo libro de cuentos suyo (*Cuentos grotescos*, Imprenta Bolívar) lleva a término segundo su figura de novelista y a término primero eminente su personalidad de cuentista nacional. Caso diferente al de Rómulo Gallegos, quien se inició cuentista de escasos aciertos y está consagrado hoy en la literatura universal como uno de los grandes y fuertes novelistas de América.

*Vidas oscuras* es la menos estimable de las obras de este autor. Su Caracas es anecdótica, sin su natural ambiente. Una Caracas de los tiempos del general Andrade, de ambiente pobre y sin estudio. Los capítulos guardan antagonismo los unos con los otros y los personajes, entre los cuales figuran gentes del Llano y gentes de la capital, no tienen entre sí conexión alguna: caprichos, dibujos, esquemas, algo inconcluso o aquiloso, semejantes a esos hombres de mínima estatura que a los cuarenta años representan tan sólo quince. Nada aporta tal obra a nuestra novelística. Muy poco se la recuerda en Venezuela. *Tierra del sol amada* es el libro mejor proporcionado y acondicionado. Ofrece principio y fin según es imperativo en el género. Maracaibo es por su actividad y por su comercio la segunda ciudad venezolana. Las pasiones y los odios parecen como si estuviesen allí estimulados por el sol bravo y quemante que la alumbra. Los aspectos urbanos, sociales, mercantiles y parte de los políticos de esta ciudad son observados con más despejo por Pocaterra que los de Caracas en *Vidas oscuras*. Los personajes resultan vitalizados y urbanizados cual si hubiese ánimo de corregir errores pasados. Un temperamento individualista y particularista como el del autor, capaz en su ingeniosa violencia, o en sus actitudes combativas de estarse siempre al centro de acontecimientos desgraciados, no podía por menos en

esta obra que insinuar, afilar rencores locales perjudicando con alusiones y personalismos impersonales el curso artístico y sereno de la novela. En su apostilla crítica sobre *Tierra del sol amada* insinúa Semprún parte de las inconveniencias del libro. El crítico era maracaibero y el de mejor derecho para objetar e indicar en este caso tanto más cuanto que él manifestó siempre justa afección por Pocaterra. Una afección que comparto con admiración y con lealtad.

Las tentativas novelísticas de Pocaterra, aun con la mediana realización de *Política feminista*, están hoy desplazadas por su personalidad de cuentista venezolano. Al revisarse minuciosamente su obra literaria y pormenorizar en juicio separado lo bueno y lo malo que ella encierra, se destacará en verdad y fijeza su contribución al cuento nacional como de mayor interés y mérito que su empeñada, constante labor de novelista. Este autor mantiene su originalidad dentro de la general literatura nacional y su libro *Memorias de un venezolano de la decadencia* es hasta hoy el documento más completo e interesante de nuestro tiempo.

## Capítulo de referencias

De acuerdo estoy con aquellos escritores e investigadores que estiman tiempo perdido al detenerse a detallar, en pequeñas incidencias literarias, obras de muy relativos méritos con mínima contribución al avance y prestigio de un género de expresión artística. La crítica estudia hoy lo representativo capital y pasa por alto lo menudo corriente: cuanto no determine un autor verdadero, una obra representativa, un tiempo de arte con cuerpo en una literatura. Un autor sin importancia –y mucha es su abundancia en Venezuela– no vale la pena de recordarlo.

¿Podría detenerme en el examen de *Tierra nuestra*, libro de narraciones venezolanas impropriamente denominado novela por su autor? Samuel Darío Maldonado, personaje de nuestras letras y de nuestra política, estudioso, indisciplinado dinámico, recoge en grueso volumen ([1]920) admirable cantidad de ideas, teorías y observaciones meditadas durante sus frecuentes viajes a través del territorio nacional. Esta obra es un anecdota-

rio, una experiencia indigenista por las selvas de Guayana, un libro de humanidades venezolanistas y una colección de cuadros, paisajes y hombres de la patria. No una novela. Para serlo faltó al autor lo novelístico y le sobraron curiosidad, elementos, naturaleza y teorías en contradicción con el novelador. *Tierra nuestra* tiene su lugar entre los ensayos nacionales que en forma dialogada y lata refieren algunas de las cuestiones interesantes guardadas en el interior de nuestro país y en el fondo espiritual de nuestros hombres. En esta especie de obras podría incluirse sin aventura *Irama*, breve relato de “costumbres y paisajes guajiros” ([1]920) del cual es autor el escritor zuliano Elías Sánchez Rubio.

Carlos Elías Villanueva, perteneciente a la generación de Gallegos y de Pocaterra, ha trabajado con entusiasmo inquebrantable nuestra novela. Uno de sus primeros ensayos –*Villa sana*– es hijo directo de *Todo un pueblo* de Pardo. No llega a publicar todavía un libro realmente definitivo en el género. Su última obra, *La charca* ([1]924), “novela de los días de la guerra y del odio”, comprende comedimiento y conexión en grado más aceptable que la nombrada *Villa sana* (Pardo quiso primeramente intitular la suya *Villa-brava*), que *Cumbre y cieno* y que *Lejanías que triunfan*, intentos anteriores bien olvidados en nuestra literatura.

La aparición de *La trepadora* de Rómulo Gallegos, en 1925, altera inesperadamente el curso natural y fastidioso de la novela nacional en aquel tiempo.

### Afirmación de un escritor

Los escritores del año [19]18 asistimos al crepúsculo modernista. Nacimos dentro de aquel florilegio verbal –orfebrería y barroquismo– que engalana las páginas naturalistas o postrománticas de nuestros autores de esos tiempos, vacilante ya en la prosa de Gallegos. La renovación ideológica producida en el mundo, después de la guerra se la presentía, se la sentía venir. Sus proyecciones todavía no calababan nuestros espíritus. Continuaban los poetas coetáneos simbolistas y modernizantes. Nos encantaba en Venezuela a

los jóvenes la acuarela holandesa de Ramón Hurtado e interpolábamos la literatura de expresión palabrera musical –estilismo–, signo elegante de tono y de estilo. Intento de tímido urbanismo, gémula precoz, pobre, presurosa y con destino poco sonado, en este tiempo –primera aventura de novela en nuestro ciclo literario– da al público Enrique Bernardo Núñez su *Sol interior*. No tenía interés y no dejaba su contenido prever tan siquiera al escritor que años más tarde haría de su *Cubagua* una de las obras de verdadera belleza literaria venezolana.

Ha sido Núñez un escritor precipitado. Su revelación como ensayista tuvo más éxito que su *Sol interior*. En el prólogo a su segundo intento de novela confiesa: “Imposible te parecerá, lector amigo, que otra novela salida de mi entendimiento llegue a tus manos, cuando precisamente la crítica le prohíbe cultivar su arte”. “¡Nunca! –díjeme– semejante fuero del pensamiento me está vedado: no soy un novelista”. Alude al recibimiento por la crítica de *Sol interior* demostración humilde de fracaso. Al contrario de lo corriente, la personalidad de Núñez cobra recios ánimos de su primer descalabro, siente la virtud de lo porvenir, estimula en firme la vocación artística y en plenitud de dominio, de tenaz energía impulsora, se entrega al trabajo de la nueva obra con la lección y experiencia de la anterior.

Perseverante en sus deseos novelísticos, un tanto más disciplinados y corregidos su pensamiento, acción y técnica, publica en el [1]920 *Después de Ayacucho*, obra relacionada con el ambiente nacional en épocas de la Guerra Federal. Tampoco satisface esta segunda producción. La crítica la dispensa una benévola frialdad que mortifica su condición de autor. (Quizás ahora aprecie Núñez sin pasión y susceptibilidad lo razonable de la crítica con respecto a este libro). *Después de Ayacucho*, distanciado de la gracia y el arte novelísticos, de literatura inoportuna y sobrante, valorado por muy contadas escenas de cuenta, muestra inequívocamente al escritor en vías de lograr un estilo y una personalidad en nuestra literatura. En su texto está al descubierto el futuro autor de *Cubagua*.

El asunto de *Después de Ayacucho* es el socorrido de la Guerra Civil y –peor– el del hombre del campo, peón y aparcerero, que de la noche a la mañana, por incidencias de la guerra, se hace Jefe, venga afrontar de clase, se enamora desde chico de la hija del señor de la hacienda, hembra mantuana,

y todo termina en matazón de guerra civil y en un “le amo” que se pierde entre tiroteos de mosquete y gritos de “Viva la Federación”. A juzgar por el añadido del final, el autor aspiraba a realizar en su Miguel Franco un personaje episódico de nuestra democracia a ejemplo de escritores europeos tipo Baroja o Valle-Inclán. Hasta la fecha nada nuevo nos dice sobre su personaje y así lo creo de mejor prudencia.

En un lapso de once años trabajos literarios de otra índole llaman su atención. Contagiada de persistentes y gentiles galicismos, su prosa se aviva elástica, vibrante, saneada por el tiempo y por la lectura. Lentamente, sin las precipitaciones iniciales, a golpes y pasos medidos, afirma su cartel entre los escritores de mi generación. La editorial Le Livre Libre, de París, en el [1]931, publica su novela *Cubagua*. Estamos ante un gran libro venezolano. No se concibe cómo nuestros escritores, nuestras revistas y periódicos, mientras consagran parrafadas laudatorias y vacuas a libros medianos e ínfimos, generalmente cargosos para nuestras letras, hayan saludado con tan pequeño y como forzado entusiasmo la incorporación de esta obra magnífica a nuestra literatura. Es probable que la costumbre de no leer lo nuestro y la de referirse a los libros sólo por el título y el autor, sea causa de tal desapercibimiento. A *Cubagua* le falta, para su justicia y divulgación, el examen crítico honesto que le lleve a su sitio digno de estilo y de tono.

“En el centro de Margarita, La Asunción erige sus paredones de fábricas abandonadas hace mucho tiempo y las tapias blancas de sus corrales ornamentadas de plátanos. El color es la magia de la isla”. El estilismo de nuestros primeros tiempos –con la vecindad de Díaz Rodríguez– y el paisaje de fondo que defiende muchas de nuestras obras narrativas –sol y mar esta vez– reaparecen en *Cubagua*. Sólo que ya el estilo no es de floreos y perdidas divagaciones. Se le observa tenso, musculoso, macizo, poético y armonioso como el mismo ambiente que contiene y refleja. El autor ha estudiado con deleite y arrobo el color de aquella nuestra Margarita de las perlas, isla caribe, también amada de Díaz Rodríguez. Su estudio es el de un costumbrista con sentimientos de poeta y entradas de historiador. *Cubagua* encierra lo poemático, lo trágico y lo maravilloso de aquellas regiones donde la leyenda desfigura en poesía popular hechos y hombres como el mar en espumas el vigor de sus aguas. Las gentes de este libro, las cosas y el paisa-

je están contados de modo tan propio y singular que las últimas frases se quedan grabadas en nuestra ánima como ecos íntimos subconscientes: “Ya no son voces que se alzan del amor: murmullos, clamores vagos, extremeceadores, palpitanes, infinitos. Todo estaba como hace cuatrocientos años”.

Para los escritores del año [19]18 representa *Cubagua*, por su gravedad y armonía, el más notable libro novelesco correspondiente a nuestro ciclo literario.

### Presencia y realidad de Rómulo Gallegos

Por el camino del cuento ha llegado Rómulo Gallegos a la novela venezolana. En nuestra historia literaria el lapso del [1]915 al [1]920 es el de la multiplicación del cuento. La campaña de *Pitorreos-Fantoches* lo estimula a tal punto que los para esa época principiantes escritores, con vocación o sin ella, lo acometen febrilmente. La revista *Actualidades*, en cada uno de sus números hebdomadarios, sirvió durante algún tiempo un cuento de Gallegos, inédito o tomado del volumen *Los aventureros*, publicado antes por el autor.

Un fondo descriptivo de paisaje nacional y una creciente compenetración de nuestro elemento humano con rasgos agudos que, por lo general, se diluían en la extensión plástica, en la abundancia explicativa de lo externo ambiente, distinguen globalmente el cuento de Gallegos. Esta distinción anuncia sin duda al novelista que en Caracas –[1]920– ensaya su porvenir literario con *El último Solar*, primera de sus novelas, saludada por Semprún en frases de adivinadora precisión:

En *El último Solar* encuéntrase el ambiente venezolano tal como lo hemos respirado desde la niñez. Más que los personajes mismos, es el ambiente el que nos da esa impresión de exactitud. La atmósfera del libro es familiar para nosotros, y esto es ya un mérito de primer orden. El plan de la obra se presta para producir tal impresión, pero es acaso demasiado vasto porque intenta abarcar en su ámbito muchos factores sociales. Es casi seguro que en sus libros venideros gallegos limitará las dimensiones del marco y

así tal vez gane su producción en intensidad lo que pierde en amplitud.  
(*Cultura Venezolana*, Junio de 1920).

El protagonista de este libro continúa esa tradición de personajes inconformes establecida en nuestra novela desde *Peonía*, la cual afortunadamente parece morir, para más no renacer –por exceso de especulación– tal como Reinaldo Solar muere, bajo la visión de la gran gloria patria, bajo el símbolo que para todo venezolano es el Ávila, monte tutelar de Caracas. (Aludo al héroe literario, repetido por Díaz Rodríguez y Gallegos. El gesto lo dan siempre el Libertador y el Ávila).

Su segunda novela concreta el cambio radical y vital que en su naturaleza de escritor opera un temperamento ya libre de los personajes y de los motivos preestablecidos en nuestra novela. *La trepadora* data del [1]925 y según manifestación del propio autor “es ansia de mejoramiento y, por lo tanto, implica confianza en el porvenir. Hasta ahora nuestra literatura ha sido amarga y desesperanzada, pero ya es tiempo de amar y confiar un poco”. El escritor de acción, de presencia y continente, asienta en firme su nombre. Lo sentimos en el ambiente como se escucha el paso de una fuerza armada por la calle. Su ficha literaria se imprime con la seguridad de próximos sucesos.

En el año de *La trepadora* iniciaba el autor de este libro sus averiguaciones y observaciones de crítica literaria. Frente a escritor de tal novela que con juicio y previsión tan intuitivos renovaba el género con aspiraciones de mejoramientos ulteriores, escribí la siguiente nota bibliográfica de la cual hoy –trece años después– me siento satisfecho.

En la labor hasta ahora conocida de Gallegos, integrada por cuentos, notícu- las literarias, novelas y ensayos de teatro, se observan invariablemente una tradición de bien entendido criollismo, una tendencia nunca menguada de arte por el arte propio, una fervorosa alegría por las cosas y por la vida nuestras tan claras y definidas, tan sinceras y espontáneas –enmarcadas dentro de su disciplina espiritual siempre mejor impuesta– que por su calidad y validez lo han colocado en lugar de primer orden entre los escritores del país. Para el que examine su personalidad, al través de los cuatro o cinco volúmenes publicados, el escritor parecerá a cada instante más acen-

drado y el observador con facultades retentivas más amplias y perfeccionadas. Pertenece a esa clase de espíritus hechos al esfuerzo, llevados por las íntimas convicciones, para los cuales las únicas finalidades trascendentales del arte y de la vida son la adquisición de aspecto personalísimo e inconfundible, el mejoramiento útil y progresivo de las ideas, el depurado evolucionar hacia términos de verdad y de belleza que completen las aspiraciones perseguidas.

Del contexto de *La trepadora* se desprende lo anterior enunciado. El libro es venezolano. Los personajes, aun cuando por momentos pierden agilidad y movimiento humanos, paralizándose como fantoches sin cuerda, son tomados de la vida nuestra, llevados al libro dentro del ambiente nacional. Se advierte al autor nacional conocedor del medio, copista del panoramas y de hombres, indicando el camino de la novela venezolana discreta y real, sin remiendos de palabra, sin acomodos de tramoya, sin el recurso del habla popular desnaturalizada, empleado candorosamente por algunos pseudo escritores criollistas, por culpa de los cuales, por ese malabarismo de jerga campante en sus escritos; por ese ambiente de matones, jugadores, pillos, trampistas y seductores que mal esbozan; por esa falsa revelación de costumbres y de gentes, los lectores mismos, prevenidos con razón, ponen en cuarentena obras que, como esta de Gallegos, tienen derecho a imponerse sin reservas.

La primera parte de *La trepadora* realiza hermosos cuadros de almas y de paisajes venezolanos. Junto al arrebatado atrabiliario y juvenil de Hilario Guanipa; junto a escenas de vida rural y campesina; junto a la irrupción de los Guanipa, tipos hoy desaparecidos de la existencia provinciana; junto a la figura hidalga de don Jaime y a la flor romántica, sensual y exquisita que es Adelaida, está vívido y colorido, con su sol, su verdor y su hermosura; con sus árboles, sus bosques y sus sombras; con sus quebradas, su agua cantora, sus bestias pacíficas, sus casaes arropadas en las simas, bajo el cerco de los cerros, y su cielo de azul maravilloso, el paisaje vernáculo que algunas veces diríase incendia el alma de Hilario con su tupida complicación de colores o se adormece en las pupilas de Adelaida con la tierna vaguedad de oro de sus lejanías.

Vida de Caracas es el resto del libro. Aquí el paisajista literario, pintor de hombres y de gentes campesinas, se cambia por el novelista urbano. Entre una obra de ambiente rural, de almas sencillas y desnudas cuales son las que viven la primera parte de *La trepadora*, y una obra ciudadana, de ambiente elegante, de mujeres olorosas de Coty y vestidas según la moda de París, escritas ambas obras por Gallegos, quizás tendría mayor éxito, más interés artístico, la motivada en sucesos, hombres y paisajes del campo (1925).

Hasta esa fecha lo urbano resulta endeble y flaco en gallegos y sólo sus capacidades comprensivas del campo, del llano y de la selva hacen la posterior grandeza de sus novelas. Nacido en la ciudad, no ha sabido captarla o no la ha vivido. Por lo cual aquel fragmento vibrante y acabado que es la primera parte de *La trepadora* abrumba y empequeñece el urbanismo de la segunda parte, deleznable e incierto como si estuviese escrito por persona de mínima vida ciudadana. Y esa primera parte de esta novela que en la obra del autor hace espacio y personalidad, preñándolo sobre nuestra literatura con presencia imperecedera, es la voz del temperamento o de la sangre: lo vocacional que luego ha de llevarlo al llano y más tarde a la selva guayanesa para plasmar en libros lo grande, lo trágico y lo hermoso de nuestras regiones grandes, trágicas y hermosas.

Toda una evolución. Del acotador filosófico de las postrimerías de *El Cojo Ilustrado*, del cuentista de *Los aventureros* y del comediógrafo de *El migrado del año* asciende el escritor al novelista presunto de *El último Solar* y se rectifica en ideología, ratificándose en novela, con *La trepadora*. Virtualmente, desde este libro, se presiente la obra por venir. Como cuando al lejos de los caminos dorada nube de polvo anuncia la cabalgata.

Esmerado, ponderado trabajo de artista. El escritor que ha sentido la atracción de nuestras inmensidades geográficas y espirituales, de la tierra caliente y vibrante de nuestros Llanos, donde “diez mil son los caminos” y un solo corazón la tierra grávida de sol, cumpliendo para consigo mismo ideas de arte, realidad y verdad, publica en Caracas ([1]929) la novela que, dando universalidad y conocimiento a su personalidad literaria, da también amplia universalidad americana –universal– a la novela venezolana representativa.

*Doña Bárbara* ocupa a seguidas de su aparición uno de los ángulos fundamentales de la novela americana contemporánea, tomados los otros antes por *La vorágine*, *Don Segundo Sombra* y *Los de abajo*. (Rivera, Güiraldes, Azuela, Gallegos.)

En el 1929 se encuentra el temperamento novelístico y literario de Gallegos –su modernismo realista o naturalista– frente a procedimientos puramente técnicos objetivos, esquema de hombres y de cosas firme como el acero de las ensambladuras, simple aprehensión de momento, tiempo y lugar. (Palabras, almas, hechos, todo a la desnudez, como las hojas y las aguas.) Se encuentra a la vez –inherencia relevante de su espíritu– frente al contacto externo, epidérmico, sensual de la naturaleza; frente a un sino vocativo que desvía la expresión cabal de la “novela” hacia la ficción poética: que retrata las cosas, las gentes y el paisaje por el sistema fotográfico de “iluminación”, siempre bajo el dominio de una formidable fantasía –lírica o épica– caudalosa y avasalladora, cursada en el libro como en su cauce río de aguas versátiles, suaves en veces, arrogantes otras, turbulentas de tarde en tarde, cuando llegan las grandes crecientes invernales.

Ante estos procedimientos que en el fondo hacen inclinaciones paralelas del autor, urgida de realizaciones poemáticas, cual si aspirase a fundir opuestas modalidades, a crear vértice de convergencia para lo suyo temperamental, crea Gallegos su *Doña Bárbara*. La novela de acuarela o de paisaje agonizaba. Para nosotros, escritores muy posteriores a Gallegos –de tiempo cambiado– la prosa recargada de observaciones y contemplaciones, revestida y repujada, acicalada como para la fiesta una mujer, y el argumento, aquel ovillo ininterrumpido desenvuelto de orilla a orilla, rápido o lento según las vueltas del carretel, ofrecen interés inactual, anacrónico, alejado el conjunto de las normas sintéticas aconsejadas por la vida de actividad y ritmo presuroso que galvaniza nuestra edad. Gallegos en *Doña Bárbara* atiende a su edad y formación literarias. Y siendo como es escritor de transición, su novela más famosa viste admirablemente las virtudes y defectos literarios de los últimos modernistas. Lo novelístico y lo contemplativo poético –en medio al realismo total– formalizan en este libro página a página, capítulo a capítulo, cierta lucha sorda y desbordada que debilita las partes de mayor fuerza con depresión de actores y de escenarios.

¿Es *Doña Bárbara* una novela genérica y típica como el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes? ¿Es una novela de amargura, adentro de la tierra y de los hombres como *La vorágine*? ¿Es una tragedia bárbara como las de Valle-Inclán, una sinfonía de tono mayor, un canto casi heroico a los Llanos venezolanos? Las dos obras americanas citadas son autobiográficas, con literatura de memorial. *Doña Bárbara* es novela a todo viento, desprovista de aquel elemento personal que distingue los personajes de Romero García, de Díaz Rodríguez y aún al Reinaldo Solar del mismo Gallegos. La estratificación de su novela, imaginada sobre un mapa de caracteres, se descompone por el aire oprimido entre capa y capa superpuestas, y ese aire es el ingrediente de poesía copiosa que desvanece a excesos de prosa –magnífica prosa– la energía y acción de ciertas escenas tomadas de lo vivo, lo hondo y carnal de nuestras llanuras: de la palabra dicha por el peón, del gesto bizarro y varonil, de la boca en promesa, del joropo que si a muchos impresiona por su alegría y calor, en mí deja siempre efectos de música sentimental y primitiva. Cuando hombres y naturaleza comparecen más firmemente (escenas de la vida llanera), y vibra el espíritu ambiente su ritmo fiel en las descripciones, y recuerdos de tradicional bravura recorren el ánimo, y en el capítulo se imponen –realidad brillante– el gesto y la hazaña, el Llano y sus llaneros (la tierra, el hombre y la bestia), y nos poseen el aura y gracia de aquella región venezolana, solar de los centauros de Boves, centauros de Páez; cuando nos entusiasma hasta el extremo la calidad de la escena y la sangre se precipita encendida por nuestra arterias, un paréntesis pictórico, inoportuno aunque hermoso, intercepta la acción magnética, magnetismo llanero, para dar paso al canto evocador y descriptivo: a la acuarela sobremanera plástica, cromolitografía innecesaria. Porque el caudal de su prosa, detenido por la acción –acción pura– destruye sistemáticamente la represa momentánea formada por la acción e inunda violento como muchedumbre en rebelión contrarias haciendas.

Quizás el autor quiso cantar con esmero, finura y espiritualidad propias del poeta epicolírico las grandezas y horrores de la llanura venezolana, sus misterios, paisajes, tristezas y alegrías. Cantar, contar y novelar son procedimientos distintos. Cantar, y está el poema. Contar, y está la narración. Novelar, y está la vida espectral, cierta y grave, desfigurada si se la extiende

en capítulos tocados de contemplación sensual y asombrada. Narrar: es la maestría de Gallegos. Sus escenas narrativas, escritas al calor y tono de los Llanos –aquellas de la doma, el rodeo, la caza de caimanes y el joropo– dibujan cuadros perfectos y acabados, singulares en la literatura nacional. Son cuadros de la acción, campos de la acción llanera, donde lo humano excluye lo literario paisajista: donde es el hombre típico el centro vital y dinámico del cuadro.

Como el *Zogoibi* del argentino Larreta –libro que por su mediocridad no admite paralelo con el de Gallegos–, *Doña Bárbara* es un libro de símbolos tal y como han sido símbolos todos los personajes de este autor, desde Reinaldo Solar hasta el de *Pobre negro*. Doña Bárbara es la llanura, devoradora de hombres. Luzardo la idea civilizadora, fuerte y reconstructora. Marisela el amor clásico. El Brujeador, como en las películas, villano imprescindible. Pajarote, el llanero clásico. Antonio, la fidelidad hereditaria. Todos, la llanura. Con argumento casi pelicularo, tanto más cuanto que doña Bárbara se pierde con las aguas del río, mueren los malos y Luzardo se casa con Marisela.

El tipo femenino de doña Bárbara, de mucha semejanza, nunca de imitación, con el de *La vorágine* –turca Zoraida Ayram–, sensuales y trágicas ambas, resiste autónomo y claro hasta la tercera parte de la novela. De aquí en lo adelante, imposibles las descripciones y narraciones monumentales, se liquida literariamente tal así como se liquida en *Canaima* Marcos Vargas. Se convierte en una sombra de su vida así como sucede en las leyendas edificantes donde el criminal se torna santo, humilde el orgulloso, desprendida y redimida una mujer como aquella, cacica del Apure. De la mujer vigorosa, audaz e imperativa –pelo en pecho–, apenas llegan al final del libro su sombra y una barca sobre las aguas pobladas de caimanes. Luzardo, figura central, a pesar de la decadencia del libro, se conserva sin pérdida o demérito de su personalidad.

*Doña Bárbara* eleva nuestra novela a sitio de representación –ángulo del cuadro– en la novela americana. Está acreditada no sólo por sus cualidades típicas extraordinarias sino por la armonía de su prosa, la elegancia de su estilo y su original riqueza idiomática. Es un robusto ejemplo de perfección literaria, una obra en la cual cada capítulo, aisladamente, significa

una jornada de poema, una estancia de gracia o de espanto, un avance seguro a la prosa de rasgos melódicos que por instantes insinúa sus posibilidades de poesía no escrita en verso. Acaso por su personalísima manera de manifestar sus personajes, transformados por su imaginación y a su albedrío, sus conversaciones pecan algunas veces de largas y académicas, entremezcladas de habla regional. Quedaría bien ello en un poema. Para una novela más natural es lo natural. (Güiraldes da a sus gauchos el habla gaucha pintoresca e inalterada.) Novela y narración poemática. Polos opuestos que Gallegos no logra acercar porque son los pronunciamientos irreductibles de su temperamento.

Esta obra capital de nuestra novelística fue reformada desde su segunda edición con la supresión del prólogo y del epílogo, hecho del autor encomiable y sincrónico por medio del cual *Doña Bárbara* –8 ediciones– reviste una presentación novelística más cónsona con nuestro tiempo. Cuarenta años de *Peonía* a *Doña Bárbara*. Hitos perpetuos ambos libros en la historia de nuestra novela. Primer paso serio el de Romero García. Universalización irrecusable el de Gallegos. La historia que aquí se escribe y critica debe contarse: Antes de *Peonía*. De *Peonía* a *Doña Bárbara*. Después de *Doña Bárbara*. Gran honor para un escritor el que una de sus obras sea punto de llegada y punto de partida en una literatura. Igual que el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, gaucho por fuera y por dentro. Gallegos puede justamente exclamar: “Llegar es un pretexto para partir de nuevo”.



No agota *Doña Bárbara* el llano venezolano. En el correr del tiempo las virtudes de aquel ambiente se filtran y clarifican en el espíritu del escritor. Un lustro después de la referida novela, edita en Barcelona de España (Editorial Araluce – [1]934) *Cantaclaro*, su segunda novela de nuestros Llanos.

Numen generoso el Llano para la literatura de Gallegos. Numen y paisaje. Paisaje que absorbe como tal –protagonista viviente– las páginas de *Doña Bárbara* y que en *Cantaclaro* estiliza y limpia sus propios componentes con progresiva propiedad. Si en la primera ese paisaje lo hace todo –elemento creador, elemento disolvente–, nos lo descubre en la segunda escogido por

lo castigado, despojado de contemplaciones, casi llevado al esquema. La acción novelística se tiende densa y tensa, suprimido en mucho, que no del todo, el paisajismo estacionario y complacido de anteriores novelas. El paisaje global –plástico– ya no intercepta los pasajes tan forzosamente. Ahora ocupa lo secundario, telón al fondo de la escena. La vida ahora, exacta y cristalina –lo humano–, preside las jornadas: es lo principal que regula el relato cual si fuese sistema circulatorio con el Llano por centro de entrada y de salida.

También el estilo asciende a latitudes de mejor serenidad. La acción doblega y moldea el estilo, diferente a como en *Doña Bárbara*, donde el estilo arropa y obstaculiza la acción. Florentino Cantaclaro personifica en sí mismo todos y cada uno de los llaneros típicos venezolanos. (Otro símbolo en la obra del autor.) Es el Llano humanizado y en movimiento, captado en uno de sus indígenas tal como en *La ilustre casa de Ramírez* Queiroz vitaliza en su protagonista a Portugal. Gallegos reincide en este libro al reproducir su defecto conocido de dar al habla popular entonación y gramática de gente culta. Está fuera de lo contemporáneo dialogar así, con malicioso deajo llanero y construcción correcta, personas de opuestas educaciones: peones y doctores, señoritas y palurdos. La charla entre “El caraqueño”, “Cantaclaro” y el “baquiano” asume contornos de discusión teórica, demasiado grave para la sencillez y nivel cultural de los circunstantes.

El discurso de Juan Parao –si cabe la denominación– es magistral así como el personaje mismo. Discurso estilo clásico, de filiación cervantina, acuñado con habilidad en la novela como los del *Quijote*. El temperamento del autor lo recarga de literatura admonitiva. Sin embargo: subyuga e impone con noble elocuencia varonil. El capítulo “Corridos y contrapunteos” tiene, por su gracia vivaz, su exactitud y su belleza llanera, relieves de original maestría.

Paisajes hay en esta obra –igual que en las demás del autor– en los cuales al crítico se le hace imprescindible el reproche, sobre todo cuando el ambiente de lo grande llanero o de lo impetuoso pasional se enrarece para referir cuestiones nimias o confesiones particulares de algún personaje escritas con tan poca deliberación humana que desaliñan el conjunto novelístico. Pobre e inconsiderada es aquella respuesta de Angela Rosa a Payara

cuando éste, próximo al matrimonio, la interroga sobre su seductor: “Tengo 18 años. Soy de temperamento sensual”.

Tanto en *Doña Bárbara* como en *Cantaclaro* la civilización sobre el Llano está representada por un doctor. Luzardo y Payara son universitarios sustraídos a la civilización para internarlos, con patriótica, preconcebida intención cultural constructiva, en la vida llanera que a su contacto recibe saludables reacciones. Prosigue su sistema de símbolos. Por ello la novela discurre al cobijo de una brillante literatura con mucho de retoque y los personajes se disuelven como ecos, como gritos, como brotes cósmicos admonitivos. Hacia el final el fervor patriótico los desdibuja. Se esconden en determinado sitio de la novela como en espera de la llamada creadora que los devuelva a la acción. Quizás *Cantaclaro* no sea el más importante de estos símbolos. El Llano romántico, coplero y leyendario por él caracterizado, anverso del medallón venezolano que en su reverso ofrece su otra verdad verdadera, la de “Juan el veguero”, desfallece con el regreso a “El Aposento”. Quizás el símbolo –llanero y nacional– de más poderosa envergadura es Juan Parao. Porque en símbolo –efectivo– se queda, muy distinto a lo que sucede con “el estudiante”, que no es símbolo sino humanidad viviente y estimulativa de nuestro tiempo y por su humanidad imperecedera no perece en la novela.

*Cantaclaro* no será mejor novela que *Doña Bárbara*. Pero desplaza una unidad de acción humana y artística cohesiva que no se encuentra en la otra novela. Es una novela de indisputable independencia, de elevación patriótica, de humanísimos capítulos eslabonados que para nada –ni por sospecha– recuerda a *La vorágine* y que se acredita por su fondo poético y prodigioso donde la llanura está en el hombre y no en el paisaje: donde el paisaje queda subordinado al dominio del hombre como en la sabana el toro al lazo del soguero.

A *Cantaclaro* lo siguen hasta hoy *Canaima* y *Pobre negro*. En el haber novelístico del autor, en su trayectoria de arte y de creación, permanece todavía en mi concepto como la más completa, interesante, definida y acabada de sus novelas.

---

No sé a tiempo cierto si fue antes o después de ir al Llano cuando estuvo Gallegos en Bolívar, en “Guayana de los aventureros”, en la selva cauchera, en las minerías y pueblos circunvecinos. Entiendo –me lo ha dicho Urbaneja Achelpohl– que en la primitiva construcción de *Doña Bárbara*, ideada bajo el título de *La coronela*, parte había relativa a tales lugares antes dichos. La verdad es que otra de las grandes expresiones de nuestra naturaleza está en la selva guayanesa, con sus fabulosas y trágicas industrias, su “Orinoco pleno, Orinoco grande” y sus hombres de riesgo y aventura. La necesidad temperamental de motivos y escenarios como estos y el estudio y documentación directos allí verificados lo llevan a crear la novela y drama de nuestra selva oriental con ambiente más fuerte y cargado que el llanero. Difícil empresa si se tiene en cuenta el hecho de existir con *La vorágine* una novela documental de las Gaucherías colombianas vecinas a las nuestras y de haberse publicado en Colombia *Toá*, relato novelesco de preciosos méritos informativos y testimoniales. Gallegos salva el escollo a golpes de original talento y produce con su *Canaima* (Araluce, Barcelona, [1]935) una grandiosa novela de aquella tierra, de aquella selva, de aquellas minas, de aquellos seres y de aquellos ríos que indiferentes se eternizan entre la vida y la muerte. Novela de

Guayana de los aventureros, la de los innumerables ríos de ignotas fuentes que la atraviesan sin regarlas –aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta–, la de la trocha de sabana y la pica de montaña al rumbo incierto por donde debieran ser ya los caminos bien trazados, la de inmensas regiones misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre, la del aborigen abandonado a su condición primitiva, que languidece y se extingue como raza sin haber existido como pueblo para la vida del país. Venezuela del descubrimiento y la colonización inclusos. Pero la vida de la brava empresa para la fortuna rápida: selvas caucheras desde el alto Orinoco y sus afluentes hasta el Cuyuní y los suyos y hasta las bocas de aquél, sarrapiales del Caura, oro de las arenas del Yuruari, diamantes del Caroní, oro de los placeres y filones inexhaustos del alto Cuyuní [...]. Guayana era un tapete milagroso

donde un azar magnífico echaba los dados y todos los hombres audaces querían ser de la partida.

El escritor se conmueve ante el espectáculo. La naturaleza, sin amedrentarlo, le sobrecoge. El paisaje está también tomado por el hombre en gran escala. Supremacía directriz de lo humano al funcionar en la naturaleza como elemento novelístico. Poesía soberbia y austera la que impregna el libro sin abrumar los personajes, sin desdibujarlos, envolviéndolos en el ritmo salvaje de la selva, del agua y de la muerte. Poesía en las pasiones, los ríos, la aventura, la fortuna, el amor y la tragedia; en el oro de cochano y en el caucho de las caucherías; en la mujer breve que asoma como señuelo de esperanza o de reposo, y en la india amorosa, joya autóctona, habida como premio del gesto y de la hazaña. Todo reaparece en esta última novela de Gallejos bajo el matiz poemático –su tradición literaria–, característico de sus anteriores novelas, virtud y defecto a un mismo tiempo que borda cada jornada con rasgos amables de geografía y costumbrismo.

El estilismo modernista, inseparable del colorismo literario, el vocablo sonoro, armonizante con la naturaleza descrita, y el uso discreto de imágenes y comparaciones, forman en *Canaima* conjunto de arte excelente más compacto y ligado que en las obras precedentes. Presigue la evolución del escritor con avance seguro. Estos hombres de *Canaima*; este Marcos Vargas natural, magnífico y venezolano; estos Jefes Civiles rapaces, con sus matones y guardaespaldas; estos asesinos refugiados en la selva, familiares de la muerte; estos extranjeros aclimatados, y los indios escuetos, y aquel Manuel Ladera, propietario generoso, y aquel cacique político Ardavín, y aquellos personajes inferiores vivientes en el libro, ajenos a forzadas situaciones del autor, indudablemente que comparecen y discurren con la normalidad humana y simple ya prefijada por los personajes de *Cantaclaro*: firmeza mejor de *Canaima*. El capítulo “Ases y suertes”, ruda y cruda escena de una jugada en Upata, merece el calificativo de perfecto. No así “Tormenta”, en el cual el autor comunica toda su fantasía, toda la potencia de su numen, al logro de algo que en el cine podrá ser espectacular, pero que dentro de la novela resulta bastante fuera de acción. Porque desatar el ímpetu, el vigor y la fuerza avasalladora de la naturaleza, el misterio trágico y alucinan-

te de la selva sacudida por la tempestad sobre el hombre también ímpetu, fuerza y vigor, fascinado por esa selva, calado por el “mal de la selva”, trazando en plano literario el momento del hombre frente y contra la selva o de la selva frente y contra el hombre, y articular ese hombre desnudo y enloquecido a tan artificiosa lucha, es ficción que aun cuando pudiese provenir del “mal de la selva” y fundarse en tal estado psicopatológico, sobrepasa la resistencia humana y la considero como exceso imaginativo –fervor poemático– de importancia nula en la novela.

Gallegos define sin sospecharlo la esencia y sustancia de su obra global de novelista en el capítulo “Las palabras mágicas” al referirse a su Marcos Vargas: “Aventura de gran escenario”. *Canaima*, “sombria divinidad de los guaicas y mariquitares, el dios frenético, principio del mal y causa de todos los males que le disputa el mundo a Cajuña el bueno”, presenta aspectos más enterados y comprendidos de nuestras caucherías y minerías guayanesas que muchos de los llaneros descritos en *Doña Bárbara*. Vibración y triunfo del hombre sobre la selva y sobre los hombres. Aventura y verdad de aquellas regiones tan ignoradas por la mayoría de nosotros, donde la fortuna atrae y la muerte espera mientras florece de pepitas de oro o de monedas efectivas la caja de los contratistas. Canto, en el fondo optimista, tendido hacia la resurrección de las virtudes primitivas de la raza, tanto más meritorio cuanto que la verdad real y visible de esa raza es el físico degenerado y el alma destruida y olvidada, huida como el viento por entre las selvas o como el agua de los ríos de colores diferentes.

Semejante a como sucede en *Doña Bárbara* y en *Cantaclaro*, los capítulos finales de este libro decaen irremisiblemente. Marcos Vargas se abandona a la vida indígena, entre indios, con su india, sin mayor trascendencia. A juzgar por sus primeras partes, *Canaima* debiera mantener hasta el fin su tono poderoso y ponderado de novela grande. El último capítulo resume, a manera de epílogo, el destino de los personajes. Y Marcos Vargas no muere. Queda vivo y prometedor, brote de hombre nuevo. Ojalá *Canaima* sea sólo la primera parte de un ciclo de novelas venezolanas con Marcos Vargas como protagonista. O con actuaciones de ese hijo que aparece enviado de la selva a la ciudad, mestizo y completo, flor de cruce prometedor para el horizonte nacional. Siempre que se movilice y funcione fuera de la ciudad, tro-

piezo de Gallegos. Alguno se extrañará de que en toda oportunidad opine sobre el tropiezo –tropiezos– de Gallegos cuando interviene sus novelas de gran escenario con estampas y cuadros urbanos. Esta es su verdad. *La trepadora* habría sido su primera gran novela si toda ella fuese encuadrada en el campo venezolano. Su gran error está en haberle dado una segunda parte con “vida de Caracas”.

*Canaima*, como *Cantaclaro*, circuló clandestinamente en Venezuela durante los últimos tiempos de la dictadura gomecista. Fue recogida por las autoridades en nuestras librerías. Los fardos que la contenían estaban guardados en las oficinas de la Prefectura de Caracas después de muerto Gómez. Dicen que uno de tales fardos sirvió de almohada póstuma en cierto lugar reservado de dicha Prefectura al cadáver de Eustoquio Gómez, muerto en justicia cuando todavía pretendió dominar una situación que el pueblo venezolano y los hombres nuevos de Venezuela habían lapidado para siempre.



En literatura, como en el juego de bolsa, hay alzas y bajas inesperadas. ¿Es que las acciones del escritor están sujetas al evento de fluctuaciones exteriores? Quizás no. La obra ya de cuerpo entero del escritor es carta jugada, realidad calificada, hecho cierto, analizado, valorado e histórico. Se integra por un libro, una sucesión de libros, una labor sistemática de arte y consagración o por su influencia y aporte a la literatura nacional. Lo que sube y baja según su calidad es el mérito de cada nueva producción. Tal como si dijésemos, en lenguaje industrial, el valor individual del último libro, lanzado al público bajo el tipo de cotización adquirido anteriormente por el autor. Todo libro nuevo siempre será un azar.

Cualquier escritor sin obra literaria obtendría entre nosotros verdadero éxito con una novela como *Pobre negro*, la más reciente de Rómulo Gallegos. Para este último –la personalidad más vigorosa de nuestras letras actuales– apenas representa cierto vacilante propósito de coordinar en novela el problema que algunos dicen histórico y social del negro en Venezuela. ¿Es que en efecto existe este problema en nuestro país? Nuestro conglomerado étnico es esencialmente impuro. Sus elementos constitutivos –blanco, negro, indio– están hoy de tal modo unidos, mezclados, amalgamados, que pa-

rece casi imposible formalizar ahora expedientes de pureza de sangre igual a como se hacía en la Colonia o a como se hace en la Alemania racista. El negro densifica para sí en Venezuela un porcentaje de mayor elevación. Nuestro carácter, nuestra psicología, nuestra violencia temperamental están en mucho sujetos al elemento “negro” diluido en las generaciones, explicable por la poca abundancia de población y por el imperativo fisiológico que los hombres cumplen a pesar de repugnancias de color y de olor. Nuestros re-  
tozos democráticos hasta la fecha han sido si no negros del todo, al menos mantenidos en su mayor parte por los negros. ¿Es un problema el negro en Venezuela? Invirtiendo la tesis novelística, y situándonos dentro del campo profundo de nuestra negrada, podríamos interrogar: ¿Es un problema el blanco en Venezuela? Alguna vez, sobre todo en el caso de Gallegos, espíritu de vanguardia en la viviente Venezuela al día, debemos pensar y preguntar conforme a nuestra conformación étnica, conforme a las direcciones democráticas de nuestro país. La jefatura de todos nuestros asuntos ha estado casi siempre sometida a una minoría blanca que todo lo absorbe y lo devora. En su triste condición, el negro fue en todo tiempo la carne de cañón. Si reuniésemos a todos los negros de Venezuela para pedirles opinión sobre ellos mismos, sobre el país, sobre nuestras industrias, nuestra agricultura, nuestra pesca o nuestro comercio, es casi seguro que consultarían con un blanco o que designarían un blanco para representarlos. De esta inferioridad intelectual y social obtiene el blanco indiscutible provecho. No es, cual sucede en esta novela de Gallegos, que el negro toma a la blanca por su fuerza o por su violencia: es que la blanca se entrega al negro porque en su lunática locura considera aquello como un derecho de superioridad. Entre las sombras nocturnas, errante por los corredores de la hacienda como una sombra blanca en las sombras negras, la mujer pálida y febril que detiene al negro en fuga, arrebatada e histérica, impone su deseo de blanca aun cuando muy de cerca se escuche el gritar de los perseguidores.

*Pobre negro* en sus primeras partes ratifica el estilo de *Canaima*. Vuelve la novela de “gran escenario”. Ahora es la costa venezolana, cerca del Caribe bravío e impetuoso, como en celo de la tierra y del cielo. Se recrea en los comienzos la prosa en el adjetivo heroico como el guerrero al limpiar sus armas para el inmediato combate. (Por primera vez para mí leo en esta pro-

sa el calificativo “alargadosa”. No lo había visto emplear hasta la fecha. Indudable que Gallegos conoce mejor su uso ya que como aporte de novedad para el idioma no lo considero útil, elegante o de buen gusto.) *Cantaclaro* va quedando lejos en el circuito literario del autor. Es un libro diáfano y original entre las fallas de *Doña Bárbara* y los altibajos de *Canaima* y de *Pobre negro*. Mientras fuera de nuestro país seguirá *Doña Bárbara* tenida como una de las más formidables novelas americanas, los escritores preocupados de Venezuela encontraremos perfectamente que *Cantaclaro* puede ser la más delicada y exacta de nuestras novelas. Si Gallegos volviese en próximas y mejor meditadas obras al estilo y la gracia de esta última antes citada, su labor literaria obtendría satisfacciones extraordinarias y más en alto pondría la calidad de nuestra literatura.

En *Pobre negro* se especula con poco tacto y mucho desacierto un caso en el cual la Patología y la Sociología criollas sirven de asidero al drama que luego ha de parecer truculento. Un tambor –conocido tambor de nuestros negros, de todos los negros del mundo y de los negros que viven *El Emperador Jones* de O’Neill– penetra con sus notas la noche sensual y tropical. El negro quiere baile en la noche de fiesta. Se rebela contra la prohibición del amo. Los ecos del tambor clavan de alfileres su cuerpo. Salta en fuga hacia el tambor, por entre la oscuridad espesa, por entre la hacienda sin luces. Su paso es indeciso. Corre o camina azorado, con miedo y con firmeza, igual que si fuese a cometer algún delito. Se halla frente a la casa de la hacienda a pesar de que otro es su rumbo. En el corredor divisa una sombra larga y blanca. Alta la hora nocturna. El negro siente terror: aquello es un fantasma, un aparecido. La sombra, “como por obra de embrujamiento”, llega hasta donde tiembla pálido el negro. Lanza un gemido y cae a tierra. Es la blanca, la hija del amo. De este negro aterrado y de esta histérica de novela ha de nacer el héroe posterior de la novela. Todo esto nos es “embrujamiento”. Es llana y escuetamente un folletón.

¿Es que Gallegos ha querido para su última obra el tipo del hijo o de la hija de buena familia que en Venezuela, por fuerza de taras hereditarias y de complicaciones morbosas, viene traído de la histeria o de la epilepsia a señalar mancha y mengua de la tradición familiar? Fácil le habría sido cualquier otro recurso. A diario vemos el negro que sube hasta el blanco y el

blanco que baja hasta el negro: la negra que se casa con el blanco o viceversa. Para ello sólo basta la herencia ancestral: sífilis, alcohol, epilepsia, trastornos nerviosos. Cualquier caso de los conocidos quedaría bien. Pero eso de crear una novela a base de la real irrealdad de Ana Julia Alcorta y del dudoso aprovechamiento de un negro que mira el cuerpo histérico estremecerse sobre la tierra oscura, cruzada por los ecos de un tambor que llama y manda, pertenece sin duda a la truculencia. El negro se pierde en el libro y en el tiempo. A los nueve meses nace, en medio de los silencios y discreciones que bien conocen las grandes familias en estos casos, el mulato protagonista de la obra. Para darle mayor libertad y objeto a su vida, la madre muere sin más ni menos en el parto. El chico figura como el hijo de un matrimonio de las dependencias de la hacienda. Gallegos falla al bucear la Sociología criolla con escafandra de brujo. *Pobre negro* ha de estudiarse sin prevención pero con la seguridad de que es la más novelesca de sus novelas. También acaso la que contiene mayor sentido de humanidad y de libertad. Se defiende allí al negro con calor, como el abogado en las buenas causas. La proyección democrática es firme y seria. Quién sabe si el accidente de este libro se deba a la vida política del autor en los días de su creación. Se publica en el lapso comprendido entre su salida del Ministerio de Educación Nacional y su entrada a la Cámara de Diputados, lapso de histórica congestión para nuestra democracia recién nacida. Si bien es cierto que el autor ha afirmado varias veces que no es político y que la política no será su medio, no es menos cierto que esa política nuestra le ha restado muchas horas de actividad y de actuación. Ojalá el escritor domine en él sobre el político. Para prez, honra y acrecimiento de nuestra literatura.

En mi estudio pormenorizado de toda su obra, desde *Los aventureros* hasta este *Pobre negro*, he indicado repetidas veces que únicamente nuestros grandes escenarios —el llano, la costa, la selva— constituyen la vida y la ponderación de sus novelas. La vida urbana o municipal, el ambiente y las almas de la ciudad, aun cuando se trate de pequeñas poblaciones, son elementos todavía inasibles para él. Pisa allí siempre en falso. Su prosa es al modo de forzada creación que parece matizar las ideas, haciéndolas pesadas como cargas sobre espaldas de negro. La vida de la familia Alcorta en el pueblo de la acción, y la vida del mismo pueblo, resultan precarias. Literaria-

mente precarias. Psicológicamente precarias. En cuanto se aleja de lo urbano y vuelve al “gran escenario”, al campo o a la llanura por donde pasa la guerra o a la selva sacudida por el viento y por la tempestad, recobra su grandeza de narrador. De aquí que el primer capítulo “Tambor” y el intitulado “Fascinación” sean perfectos. El capítulo “Venezuela” es un doloroso y trágico cuadro de nuestras guerras civiles.

Luisana es una radiante figura de mujer. En la guerra, ella y el pueblo están magníficos. Por su vocación democrática, la “mantuana” desciende al pueblo, a Pedro Miguel. Un espíritu de derechas no comprende estas cosas. Fermín asoma como una nota amarga y sufrida en el folletón de los Alcorta. Su lepra es tan novelesca como la historia de Ana Julia. La figura simpática y curiosa del libro es don Cecilio. Una mezcla de don Simón Rodríguez y de don Lisandro Alvarado. En lo descriptivo y en lo típico Gallegos se mantiene tan fuerte y airoso como en las mejores páginas de sus otras novelas. Soberrano es el baile de los diablos pueblerinos ante la pequeña iglesia urbana.

Quede a Gallegos la satisfacción de haber escrito un libro que nunca llega a *Doña Bárbara*, que nada tiene de *Cantaclaro* y que está más abajo de *Canaima*. Un libro de mediana repercusión después del cual considero justo esperar otro de mejor proyección, de mejor confección, vestido de las altas y universales cualidades novelísticas que informan su obra de artista y de literato.

## Teresa de la Parra

La cultura literaria de Teresa de la Parra, muy avanzada cuando le llegó la muerte, fue exterior e interiormente francesa. No puede dudarse que su tradición, sus convicciones, sus motivos y sus ideas fueron en extricto los de una hija de gran familia americana con raíces en la España de la fundación, tal como se les observa todavía en nuestras casas de abolengo hispánico. También su psicología. Su estilo y su expresión fueron los del ciclo literario francés correspondiente a *Ifigenia*.

Una revolución produjo en novela y en estilo, después de la guerra, la novelística –técnica para la prosa– de Proust. Toda la América de habla es-

pañola conocía ya en el año [19]22 las admirables traducciones que de su obra hizo Pedro Salinas. En aquella hora de desconcierto ideológico y artístico, turbado y en niebla el espíritu como en el despertar de trágicas pesadillas, empeñada la poesía en desviarse de lo normal, la novela y el arte creados por Proust crearon una horizontal definida. De allí manaba el agua inicial. Su estilo singularísimo, su posición curiosa y su expresión de arte precipitaron un arte con su estilo sin precedentes. En Venezuela correspondió a esta extraña y dulce Teresa de la Parra manifestarse alta y en alto, independiente de imitativos servilismos, dentro de las modalidades del gran escritor francés.

Ana Teresa Parra Sanojo tiene en *Ifigenia* el principio de su historia literaria. Fue el primer premio del Concurso de Autores Americanos de 1924. Un principio de noble y justa fama. Además de lo minucioso, discriminativo y descriptivo de su prosa, rica en detalles al microscopio, *Ifigenia* aporta la misma vocación auto-biográfica de los libros de Proust. Con espíritu libre, talento verdadero y encantador gusto femenino pudo nuestra compatriota superar cualquier influencia, dominar cualquier admiración interna y salirse, del ambiente de *Swan* para producir en esencia y en acción un libro del todo y por sobre todo muy venezolano.

Su prologista Míomandre escribe que la ingenuidad es su característica. Ello constituye un acierto porque la literatura de esta mujer extraña y dulce fue siempre confesional. No será infundado asimismo deducir que, conociendo como conocía nuestro medio, bajo presión de temores y prejuicios parroquiales, prefiriera formar con parte de su nombre cristiano el nombre literario de Teresa de la Parra, famoso hoy en las letras hispanoamericanas.

*Ifigenia* comprende las memorias de “una señorita que escribió porque se fastidiaba” y está señalada en nuestra literatura como el mejor libro escrito por mujer venezolana. No es una obra maestra pero es la obra maestra de nuestro acervo novelístico femenino. Grata y sentimental obra que trajo un estilo y un arte no generalizados entre nosotros y que dio a la autora continental nombradía. Ada Pérez Guevara con su *Tierra talada* y Trina Larralde con su *Guataro*, recientemente publicadas, no alcanzan éxito primerizo semejante al de *Ifigenia*. La primera está en camino del arte que Teresa de la Parra ya conocía y acendrababa al iniciarse. La segunda murió hace

un año, en plenitud de porvenir cuando su espíritu desvelaba con fuerte y penetrante impulso verdades y problemas de nuestra vida que habría sabido someter a su demostrada vocación novelística.

A varios idiomas ha sido traducida *Ifigenia*. Teresa de la Parra paseó por los cenáculos literarios europeos y americanos su figura blanca y transparente, figura poética ella misma, igual que en un ritmo romántico y moderno. Era pálida, y su mirada, vertida desde unos grandes ojos profundos, trascendía misterio. *Ifigenia* está, ofrecida a la memoria de un muerto o de una muerta, “a la paz blanca y fría de tus dos manos cruzadas que no habrán de hojearlo nunca”. Si en Francis de Miomandre tuvo Teresa de la Parra su prologista, apologista y traductor, en la ilustre chilena Gabriela Mistral encontró su alabanza póstuma, escrita con extraña y dulce admiración.

Las *Memorias de mamá Blanca*, su segundo libro, no resiste comparación con *Ifigenia* a pesar de que en él ratifica sus hermosas, cualidades de escritora. Creo que *Ifigenia* y Teresa de la Parra son una misma nota extraña y dulce en la historia de nuestra novela.

### *Las lanzas coloradas y La guaricha*

Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón, inmediatamente posteriores a nuestra generación –unidades del año [19]28– han adquirido nombre y reputación con sus primeras novelas. *Las lanzas coloradas* del primero y *La Guaricha* del segundo ocupan ya lugar honroso en nuestra novela contemporánea.

Noble afán que algún día se sabrá apreciar el de qué, por mucho tiempo, en los años postreros de la dictadura, los nuevos escritores trabajamos con vehemencia y con pasión una obra literaria que siendo venezolana, hecha dentro de nuestra propia vida, dentro de lo puro y lo serio de nuestra sensibilidad, impusiera en la historia sus contornos delimitadamente honestos. Nos amparábamos bajo cierta reserva ansiosa y discreta –excepto conocidos elementos– merced a la cual el arte de escribir con decoro y hasta con propaganda jamás fue interrumpido o corrompido mientras esperábamos de la muerte de un hombre la liberación política de nuestro país. Supimos man-

tener nuestra independencia ideológica artística al margen de toda política y salvarla así en obra y hechos personales cuantos podemos decir hoy alto y en alto que vivimos con guarda de nuestro honor, de nuestra dignidad y de nuestra profesión de fe literaria el ciclo nefasto cerrado en diciembre del año [19]35. Este ambiente lo cultivaron de igual modo nuestros compañeros subsiguientes hasta reproducirlo en las limpias ejecutorias de *Las lanzas coloradas* y de *La guaricha*.

Ha de recordarse que todavía para el año [19]31, fecha de la obra de Uslar, la novela venezolana, comprendidas en ella sólo las capaces de resistir esta denominación, se definía por las dos orientaciones estudiadas en este libro, sobre las cuales ratifico:

El paisaje nacional es la primera: tierra coronada de cerros, tierra abierta, sin horizontes como el mar –llanura de hombres y bestias bravos–, tierra de la costa, húmeda del agua caribe. Hay aquí trazos indefinidos de tipos criollos, excursiones ilusas de folklorismo, sentimentales recuentos de las guerras civiles, tragedias rústicas imprecisas por razón del desconocimiento del alma y costumbres regionales que se pretende referir. Algunos autores presumen realizar obra formal con diálogos provincialistas, esa especie de argot regional que constituye una de las diferenciaciones más destacadas entre los varios Estados de la República. El diálogo –maniobra técnica– les resulta vacío, contaminado de literatura, oscuro reflejo de personajes que nunca (en la vida cotidiana) hablan y discuten de tal manera: que discurren mecánica, oratoriamente, usando giros y vocablos controlados de gramática, pimentados de jerga popular. Muchas de las novelas pertenecientes a esta clase indicada parecen libros de jardinería, informativos de la flora nacional.

Frondosas parrafadas abultan la obra, evocativas de los árboles, las flores silvestres y las hierbas de nuestros campos y bosques sin que a la apreciación novelística donen elemento alguno consistente. La naturaleza de una novela –nervio, acción, penetración– se corrompe o diluye bajo gravámenes de literatura contemplativa (parrafadas) impuestos por el autor, sólo comprensibles en aquellos que suplen su impotencia para la acción con lagunas de paisaje fatales a la novela.

La otra especulación es el urbanismo político: figuración de actores dentro de un escenario municipal, con situaciones y épocas de la política venezolana, señalados los diferentes cuadros por una indiscutible desviación histórica del instante relatado. Casi todas las novelas clasificables en esta “especulación” tienen un objeto personalista de parte del autor. Ciertas de entre ellas cumplen el propósito novelístico, sin alcanzar ejemplaridad, pero justo es también confesar que ofrecen grandes confusiones para el estudio del momento contemporáneo descrito. El autor, a los fines de su personalismo, desnaturaliza los hechos, niega lo verdadero, falseándolo, y recubre la acción de una tonalidad sospechosa algunas veces perdonable. La novela urbana, motivada de política, parece tener un superior porvenir sobre la regionalista y paisajista si se tiene en cuenta que nuestra existencia personal y nacional, en el conjunto ciudadano, está siempre, tradicionalmente, vinculada a la historia política del país.

*Doña Bárbara* califica la actualidad de la novela venezolana. Alcanzamos con ella una posición americana eminente –y universal– en la evolución del género. Cerrado ya en Europa el ciclo naturalista y realista, en Venezuela le pone su punto memorable esta novela de repercusiones trascendentes. Después de ella cambia la posición espiritual. La generación actual busca otros signos dentro de su gran comprensión venezolanista. Busca rutas si no originales al menos nuevas. Como la vida misma de ahora, tiende a manifestaciones sintéticas de lo perseguido: elemento subjetivo, captación introspectiva. Huye la señal innovadora, directriz de sabias luminarias, trazada por Proust en lo prolífico psicológico, en lo observativo microscópico, para indagar fórmulas más seguras, de síntesis preconcebida. Suprime la contemplación literaria, complacencia del paisajismo, sacrificio de la acción novelística. Suprime diálogos que deforman la presencia característica del personaje. Suprime el párrafo modelado a cincel –como se decía ayer de los preciosistas– y se pronuncia, de acuerdo con la hora artística universal, por la interpretación de los asuntos y de las creaciones mediante una técnica sistemática y sistematizada, programa de los nuevos autores.

Razones suficientes las anteriores para deducir que Uslar Pietri, en su novela *Las lanzas coloradas*, concreta la nueva posición del género en

nuestro país. Su técnica, reveladora del aprendizaje logrado en la lectura de Joyce, es despejada, limpia, precisa. Breve el relato, firme la acción, segura la palabra que desplaza potencia como propiedades absolutas los comprimidos medicinales. Descarga las figuras de detalles: son matices del libro. El fondo –intencional– no lo hace la naturaleza, motivo incidental: lo crean las figuras, prefijando como espejo de sus actuaciones el ambiente total, la situación histórica nacional del momento que refleja. Es una novela de arte nuevo, quizás un tanto festinada. Advierto –y ello en mayor valimiento del autor– que para la novela de reconstrucción histórica poco es el crédito concedido entre nosotros. Más de un autor joven, con disposiciones y cultura artística sobradas, ha encallado al acometerla. Uslar Pietri salva airoso el banco de arena mortal: su libro, informado de novedad y de técnica contemporánea, es un vibrante cuadro novelístico de nuestra epopeya, trágico y glorioso como una victoria de la guerra.

Este joven autor había ya antes asomado su arte en el libro de cuentos *Barrabás y otros relatos*. Editorial Élite, 1928. Nuestra tradición de buenos cuentistas halla en él renovación prometedora. *Las lanzas coloradas* está editada en Madrid, Editorial Zeus, 1931. Ha sido traducida al francés por Jean Cassou, Edit. Nouvelle Revue Française, París, 1932, y al alemán por G. H. Neuendorff, Edit. Der Bücherkreis, Berlín, 1932. Una casa editora chilena la utilizó para su biblioteca de ediciones económicas. En el año pasado, Edit. Élite, Caracas, publica bajo el nombre de *Red*, su segundo volumen de cuentos, de más mérito y dominio que el primero. El cuento “Lluvia”, con el cual comienza su más reciente libro obtuvo el premio del Concurso de cuentos nacionales promovido en 1955 por la revista *Élite*, suscribiendo el veredicto respectivo Fernando Paz Castillo, Carlos Eduardo Frías y el autor de este libro.



Tres aspectos señala *La guaricha* al examen crítico venezolanista: el literario, el novelístico y el puramente episódico –de individuales episodios– informado el último por sucesos o acontecimientos que el libro refiere a cuadros y que guardan entre sí la sola relación de los nombres y del ambiente.

Una definición tan aventurada como esa de que “nuestro paisaje es

Llano y Montaña” habrán de contradecirla los espíritus de la costa –y el espíritu sustancial del país– oponiendo el tercer elemento inconfundible de nuestro paisaje, formado por el mar y por la costa. El hombre de la montaña siente la atracción del llano como una curiosidad temperamental. Con mayor urgencia siente –lo digo yo, nacido en las altas montañas– la atracción del mar como un interrogante vital que lleva en la sangre y le está en el alma. Detrás de los erguidos cerros, más allá del horizonte azul con niebla o nieve, presiente el agua crispada en olas tan levantadas como los cerros, agua con flanco de espumas, rumorosa de acentos semejantes a los del viento por entre las selvas. Nuestro paisaje es también mar y costa –costa y mar caribes– tonos vividos de la fisonomía nacional.

Tal definición y la del montañés venezolano, primeras frases del libro, son poco felices tanto más cuanto que el autor alude al montañés de las montañas orientales cual si fuese el característico de Venezuela, englobando en su definido –quizás sin intención– al montañés de las montañas occidentales, al montañés andino, del Yaracuy o de Lara, tipo típico, figura en carácter y psicología de las que aún conservan su pureza originaria, rebelde por instinto propio, y por la libre lección diaria de su montaña, a todas las contaminaciones, a todas las complicaciones que puedan afectar su espíritu indígena.

El contenido de este libro avisa sus tres partes con pequeños exordios literarios denominados “Primera sugerencia de la montaña”, “Segunda sugerencia de la montaña” y “Tercera sugerencia de la montaña”. Signos o disertaciones circunstanciales inútiles para una novela. Podría suprimirlos o reducirlos el autor sin desvirtuar la acción y méritos del libro. Tableros ideológicos. Despeja en ellos una tierna y a la vez recia ideología que mejor trajeada, con supresión del espejismo proveniente de metáforas fáciles de novedad bastante dudosa, hijas naturales de la imagen que en la antigua poesía hispánica Góngora creaba a ciencia y conciencia, afirmaríala realidad de un escritor nuevo, observador de nuestras cosas graves y transparentes. El abuso de la imagen deja presumir pobreza de ideas. Es hermoso leer por ejemplo en un escritor contemporáneo español esta imagen: “alba, telar del día”. No es hermoso encontrar en Padrón imágenes como la siguiente, relativa a uno de sus personajes en contemplación del paisaje: “camaleón empa-

pado de luz tornasol". Tampoco la palabra "sugerencia" debe figurar en nuestro vocabulario de acción. Porque nuestro tiempo es de cosas exactas como los trazos de geometría. Lo de "sugerir" dejémoslo para neorrománticos y modernistas. Nuestra edad no acepta los puntos suspensivos.

Creo que a este libro lo califican de poemático. No lo juzgo así. El autor se propuso escribir una novela de su montaña. Quitarle las tres "sugerencias" y habrá desaparecido del libro lo poemático. Es indudable –si llegamos al fondo– la existencia de un profundo temperamento poético, de una gran fe lírica, de una armoniosa vibración venezolana. Todo ello le viene del ambiente aprehendido que resulta lo vital de Padrón. No será nunca poemático adjetivo como *Cantaclaro*. Su ritmo está al sordo sonoro, animado en cosas y gentes, tierra y alma efectivas –no literarias o poéticas–, sostenidas por su humanidad, afincadas en lo grave de la montaña, donde no es posible la literatura recreativa. Las frases forzadas, las imágenes de mal gusto y los recursos de cuña deslucen el vigor narrativo. Aun con tan menudos y corregibles defectos *La guaricha* no es libro de contemplaciones: es un libro preocupado, adjetivo y subjetivo, indagación amorosa y patriótica de los estratos más escondidos e intactos de la montaña. Sus referencias y descripciones tienen notable valor documental. Describen en lo externo los problemas venezolanos de aquella parte del país –en mucho semejantes a los de la otra montaña– en forma y método tan claros como en pocas obras nacionales de su índole. Si manejase con conciencia y plenitud el idioma, y hubiese severamente castigado la prosa, habría colmado con su libro las aspiraciones literarias de su generación. A pesar de lo anterior, aún no veterano del idioma, su prosa viril, prometedora y joven ofrece las expresiones del realismo contemporáneo –nuevo realismo– y estampa a cabalidad dentro y fuera el ambiente, la tierra y las almas, salvando el peligro de la contemplación literaria paisajística que en otros libros venezolanos paraliza la vida y acción fundamentales.

Desde el primer aspecto estudiado –literario– el título *La guaricha* no cabe al libro. Dice el autor: "Las guarichas son las hembras jóvenes de la montaña". El término se aplica sólo a la india joven y doncella. No aparece por lado alguno la guaricha –mujer– en el libro. Surgen mujeres desdibujadas, incidentes galantes y sensuales que apenas sirven para mayor fondo y relieve a

los caracteres masculinos. Está la hembra fecundada, magnífica y formal, compañera de José Mayo, guaricha antes de funcionar en el relato. Pretender como pretende Padrón por vía de símbolo que la montaña es una guaricha sería contradecir la historia oriental del país. Esa montaña está fecundada. Parte es de nuestra tierra. No es doncella: ha producido el hombre y el fruto. Su huella ilustra nuestra historia. Su presente es el de una matriz activa que en hombres y frutos perennemente contribuye al provenir de Venezuela. “Entre tanto los hombres permanecen aferrados –sordos y mudos– a la tierra como a sus guarichas”. No puede ser. Porque la guaricha al tener hombres –hombres aferrados– deja de ser guaricha para cumplir como mujer.

La inclinación juvenil a efectos de frase, equivocado trámite de las ideas, turba la observación y la serenidad del escritor y lo induce a simplicidades que acaso expuestas de otra manera interpretarían su intención y objeto: “Los caminos son un problema nacional porque son un paisaje venezolano”. Enunciado irreflexivo. El paisaje nuestro, en sus diferentes aspectos y matices, es lo menos problemático de nuestra vida. Está fuera del comercio, es auténtico y es nuestro color, nuestra lección, nuestra naturaleza libérrima e insuperada. Nuestra intocable realidad.

Tiempo y disciplina proveerán el espíritu de este escritor que a los veinte y tres años publica *La guaricha*, espejo y estampa de su tierra. Una mejorada y rectificada labor sobre su prosa, y una limpia de sus elementos, semejante a la limpia de los conucos, dará a su literatura por venir la fisonomía que aún no ha adquirido. El andamiaje es sólido y recomendable.



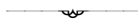
La acción novelística de *La guaricha* se mantiene por sólo un vínculo intencional: la montaña. Y la montaña no deja vivir sus personajes. Se los traga. Los despide sin rumbo conocido. Sus proyecciones arruinan al más fuerte de ellos –José Mayo– y al que pudo ser la encarnación misma del ambiente: Antonio Ramón, hijo mayor de Mayo. Pauta vieja y nueva es conservar la acción de la novela de modo que al concluir haya en efecto término y no parezca como primera parte de un libro que tiene sin escribir su continuación. Cierto que en algunas obras actuales del género se aprecian como secundarios los personajes, movidos a impulsos momentáneos, inmoviliza-

dos luego de realizar dicho impulso, desprendidos de la acción como si no hubiesen existido en ella. El objeto de un novelista es cumplir con sus creaciones. No abandonarlas entre las páginas de un capítulo o desaparecerlas entre incidentes narrativos que no les conciernen. Punto es este en el cual se manifiesta la condición poética de Padrón: Se deja llevar por la imposición subconsciente de la montaña hasta perder y no hallar más –inconstante– sus personajes.

La mayor parte de nuestras novelas venezolanas caracterizadas traen siempre en lo narrado, con intervención de los personajes principales, un incendio y un cuadro de guerra civil, en especial de reclutamientos. En *La guaricha* –con excelente descripción– hay el incendio y hay el reclutamiento. La intimidad venezolana ofrece aspectos tan oportunos y adecuados como los referidos, menos trajinados y socorridos. Hartos estamos de diatribas sin fruto contra los Jefes Civiles, los comisarios y viejos caciques regionales.

Encuentro urgente el que los nuevos escritores abandonen en la acción novelística tales hechos y personajes para presentar otros de los muchos que suministra nuestra vida nacional y provincial. De los muchos inexplorados que discurren, parten y comparten las posibilidades e interioridades de la democracia venezolana. Padrón ha tenido la habilidad de incluirlos en su libro al sesgo. Tal como si hubiese estado a punto de suprimirlos.

Desde este segundo aspecto –novelístico– la acción se concreta a la montaña misma en su caracterización ideológica. La novela pierde su sentido de novela, desarticulada e inconexa. Sólo actúa avasalladora la montaña que se ha tragado a sus personajes. Y sigue en cinta de otros que siendo de ella –y ella misma– más acabada y reluciente vida tendrán en libros venideros.



En lo episódico de cada capítulo –el hecho y la hazaña individuales– está lo más original y completo de *La guaricha*. Sorprende a la edad del autor tan cruda, leal y natural comprensión de su tierra, de sus hombres y del paisaje que los vitaliza. Para nada entran en cada episodio aislado la fábula, la patraña, la inventiva a que suelen acudir otros escritores de oídas y no por testimonio personal. La cualidad introspectiva del autor revela los hombres y el ambiente de verdad, relieve de lo visto, oído y captado sin cuentos de

camino. Los incidentes con el comisario Guarisma, el capítulo “Zarache hermanos, detal de licores”, los episodios de José Mayo y de Antonio Ramón y el rapto de Palminda, guaricha fugaz, acreditan el autor como uno de los recientes y buenos comprendedores –escritores a fondo– de la vida venezolana no siempre tomada con honradez y arte honesto en su ambiente, fijaciones y proyecciones.

*La guaricha* se editó en la Edit. Élite, Caracas, 1934. En esta misma editorial venezolana, el año pasado, publicó *Candelas de verano*, volumen de cuentos calificados como “novelas” por el autor. No son las “novelas” del gran Unamuno y los considero como simples ensayos de cuentos. Su porvenir literario parece indicarle la novela como el camino más propio para su vocación y su temperamento. En el año actual, en los cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos, ofreció *Fogata*, farsa en tres actos que tampoco puede compararse con su primera aplaudida novela.

## Último capítulo

Llegamos a nuestros días, a nuestros actuales momentos de renovación política e ideológica, con una envidiable representación venezolana en la novela. No es ya la época en que, paralelos a los abusos administrativos, surgían los abusos e intromisiones de la literatura. Nuestra mayor edad en novela detiene el atentado aún en su intención original. La presencia de obras maestras y la vigilante actitud de nuestra crítica –venida muy a más hoy en Venezuela– liquidan con fiera regularidad los ensayos novelísticos que de tarde en tarde aparecen sin norte, sin parte y sin arte. Para fortuna de nuestras letras, entre nosotros casi han pasado el aplauso, el entusiasmo y los elogios incondicionales. Viene el período de la observación estudiosa y honrada, del examen independiente e imparcial, del análisis técnico crítico y de la labor bien dirigida de saneamiento artístico. Detrás de nosotros, separada del ambiente modernista que amparó nuestra iniciación, se siente la proximidad de otra generación formada en libertad de expresión y de ideas, de la cual ha de esperarse el espíritu crítico de valorización y rectificación co-

mo de la buena semilla nobles frutos. Esa generación continuará la obra de defensa de nuestra literatura tan querida y tan asumida por nosotros.

En los últimos años merecen recordarse como obreros empeñados de la novela a Miguel Toro Ramírez, Antonio Reyes y José Ramírez. Sus libros no son ejemplares y quizás sea forzado pedirles algo mejor para mañana. Hay en ellos simpatía nacional y trasladan cuadros de nuestra vida que los salvarán del olvido.

*Balatá* de Francisco de Paula Páez, Edit. Élite, 1936, se publica en Caracas. Viejo caminador de la tierra venezolana, conocedor de las regiones guayanesas donde antes situara Gallegos su *Canaima*, Páez ha escrito un libro que con un calificado plan novelístico, mejor manejo del idioma y menos palabras entraría en la clasificación de las novelas interesantes contemporáneas.

Un escritor de nuestra promoción es el zuliano Ramón Díaz Sánchez. Cerca de Maracaibo se extienden los grandes campos petroleros, las explotaciones en gran escala contratadas por compañías extranjeras. Estos campos, estas explotaciones y la vida allí remante son en cierto modo nuevos para Venezuela. El petróleo es un accidente inesperado en nuestra historia, en nuestra economía y en nuestra legislación interna. Hace cuarenta años había noticias de su existencia en el estado Táchira. Desde hace más de treinta años tratamos en propiedad y conciencia del Zulia como de fuente fabulosa del mineral. Luego de Monagas y finalmente de todo el país. Brota de la tierra y se nos ha filtrado –con provecho– en la evolución y rumbo de la República descubriendo salidas insospechadas a nuestras actividades. Allí tiene Gallegos un nuevo gran escenario de novela. Allí ha buscado Díaz Sánchez, con percepción directa, tipos, cuadros y ambiente para su *Mene*, Caracas, 1936. Hasta tanto otro autor, o el propio Díaz, enfoquen nuevamente este escenario y lo produzcan en novela de vigor y realidad, *Mene* seguirá siendo nuestra más aceptable novela del petróleo. No quiere ello decir aceptable por su construcción, conexión e ilación. Aceptable por su veracidad, su seriedad y su claridad de hechos. Si Díaz Sánchez hubiese ligado sin festinación sus personajes, sus cuadros y el ambiente, la novela se habría concretado airosa en unidad de arte y de relato, muy cerca de la obra maestra. Por estas últimas razones le negué mi voto como jurado –y ello con sentimientos

de estímulo para el autor— en el Concurso de Novelas promovido por el Ateneo de Caracas en el año de 1935. Estímulo justo por cuanto en el porvenir literario de este escritor pueden señalarse promesas que poco a poco serán hechos de valor para nuestra novela y para nuestra literatura.

Julio Ramos es un joven escritor que reúne a su vocación periodística aficiones por la novela. He leído *Los conuqueros*, 1957, Caracas. Creo ha publicado posteriormente otro libro novelado.

El poeta Rondón Sotillo me envió a Berlín su primera novela, *Tierras caribes*, Caracas, Edit. Cooperativa de Artes Gráficas, 1938. Está relacionada con el oriente venezolano, con la vida interna de regiones que como las de Sucre conocen el sol, el mar, la gloria, la miseria y la tragedia. Finaliza trágicamente en Caracas, cuando los sucesos políticos de la muerte de Gómez. Mucho calor poético, mucha frase poética y mucha poesía en la novela. En los trances de rudo realismo, dentro de la frase y la expresión venezolanas, el elemento poético retoza semejante a un niño sin educación. Quizás podándola de literatura poética quedaría más propia la novela, al rojo vivo sus dolores y sus angustias, al azul desnudo sus amores, al negro severo sus fatalidades. La poesía hace daño a la prosa de la novela así como la prosa desnaturaliza el carácter y armonía de un poema.

Después de salido Castro de Venezuela, Morantes publicó en Europa *El Cabito*, novela de la dictadura. Durante tal dictadura también se publicaron algunos relatos novelescos menos importantes que en su oportunidad este libro menciona. Después de muerto Gómez, comienzan ya a aparecer sobre su dictadura relatos novelescos, ensayos de novela o novelas puras. La época de Gómez, los hombres y mujeres que lo acompañaron; los caracteres opuestos influyentes en su política; las prisiones, el peculado, la muerte o el exilio de millares de venezolanos; las tragedias, los accidentes, las rebeliones, las delaciones y los golpes frustrados; Maracay, la vida y muerte de todo el período, y la vida entera de Venezuela durante aquellos interminables 27 años, completan atrayente campo de acción para nuestros actuales o futuros novelistas. Hay material fuerte e inmenso como para llegar a algunas novelas fuertes, modernas y reales. Hay material fuerte e inmenso como para llegar a ese deseado ejemplar de novela municipal o urbana que sólo a medias se encuentra en nuestra historia literaria. Porque aun cuando en el cur-

so de esos 27 años tuvo más preponderancia que nunca el imperio del Comisario, del Jefe Civil, del General y del analfabetismo, no debemos olvidar que también, bajo la presión absorbente y deprimente, con condescendencia de buen negocio, la vida de la ciudad, la de sociedad, la cultural, la burocrática, la capitalista y la banquera marcharon muchas veces –no siempre– al compás del ritmo que entonces se escuchaba en Venezuela. Tengo noticias de que *La carretera* de Nelson Himiob y *Puros hombres* de Antonio Arraiz, ambas novelas de este año, escritas por escritores de la nueva generación, son novelas sobre nuestra última tremenda dictadura.



Serenidad sin vehemencias, discusión sin irrespeto, historia cierta, crítica con estudio formal, pasión por nuestra literatura y defensa de la misma, amor por nuestra novela y por la gloria que ella nos refleja, y un sentido de libérrima apreciación, expuesto en cada palabra como dentro de cristales –lo que está en mi temperamento y vive en mi sangre como en mi espíritu– han presidido la confección de este libro que anhela contribuir patrióticamente a la cultura venezolana, que cumple con mis deberes de hombre de letras y que ofrezco a mis contemporáneos con sinceros deseos de utilidad.

Muchas horas de mi vida las he consagrado a su ordenamiento y publicación porque mantengo una inquebrantable fe en el porvenir y prosperidad de nuestra novela. Nuestro tiempo es de rectificaciones y de ratificaciones. Al ratificarme en esa fe, al expresarme con este acento de convencido o de creyente, estimo rendir un homenaje a nuestra cultura venezolana y al porvenir de nuestra novela.

Berlín: diciembre de 1938

---

**P A R T E   I I**

**Memorial de Bad Nauheim (1942)**

La *Revista Nacional de Cultura* se complace en publicar este capítulo del próximo libro *Memorial de Bad Nauheim*. Es un documento con datos de particular interés sobre el internamiento diplomático de su autor, el renombrado crítico R. Angarita Arvelo, quien ha estimado oportuna su publicación sólo después de más de diez años de terminada la Segunda Guerra Mundial.

**Mes primero del internamiento**

• ENERO 8

Bad Nauheim, balneario de verano en suroeste de Alemania. Llegamos a las seis de la tarde. Pleno, crudo invierno.

En vagón de segunda clase, por la Postdamer Bahnhof, salimos de Berlín. Al alejarme de esta ciudad, toda en nieve y en guerra, me di cuenta del amoroso cariño que por ella siento. Fue como si me hubiese despedido de la más íntima de mis amigas. De la más grata de mis camaradas.

Diez horas de ferrocarril para ser recibidos en la pequeña estación del pueblo por un Oficial de SS muy prusiano, muy reservado. En el tren tuvimos forzadas compañías.

Se nos dijo en Berlín que seríamos atendidos durante el viaje por funcionarios del Ministerio de Negocios Extranjeros. Sólo vimos funcionarios de la Gestapo.

---

A pie recorremos la distancia en realidad corta que media entre la estación y el Bristol, hotel moderno a fines del siglo pasado, hoy de tercera categoría.

Viene en el mismo tren lo que queda de las Misiones diplomáticas de México, de Cuba y de Venezuela.

Este trance debió corresponderle al último Ministro nuestro en Berlín, dos meses antes de la suspensión de relaciones trasladado a otro país. Vivió y gozó los mejores tiempos de la guerra allí. En nuestros países hay el concepto de que servir en Alemania ahora es servicio heroico. Para algunos ha sido servicio de gran rendimiento material y festivo.

La primera persona que encontré en el hotel, al entrar, fue mi compañero muy querido Eduardo Marturet, traído de París, donde desempeñaba funciones especiales de nuestro Ministerio.

Antes que nosotros, instalados están ya colegas de Cuba, de Colombia, de Santo Domingo y de Guatemala.

En el Grand Hotel está la Misión norteamericana.

Un funcionario en traje civil, jefe al parecer de los otros, distribuye las habitaciones.

Recibo para mi hijo y para mí dos comunicadas, sin baño, en el segundo piso. Observo al funcionario que, en mi carácter de Jefe de Misión, merezco mejor atención puesto que algunos menudos miembros de otras Misiones se hallan instalados con todo el confort posible, incluido baño.

Me responde en alemán, alto y altivo el tono de voz. Buen venezolano, por el país que llevo en la sangre y por la sangre que llevo del país, rechazo la forma usada para conmigo. Se produce el primer incidente. Quedan en su puesto mi país y mi persona. Momento después me hace saber el funcionario que lamenta el asunto, por apenarlo, y que dentro de poco tiempo cada quien estará en su lugar.

La Misión colombiana, relativamente numerosa, fue la primera en ocupar el hotel.

• ENERO 9

Pintoresca estación de verano esta de Bad Nauheim, sitio de cura y reposo para enfermos del corazón. Durante el invierno permanecen cerrados los hoteles, por no estar preparados para bajas temperaturas, y porque en este tiempo no ofrece el sitio atracción alguna.

Sin resultados satisfactorios hasta este momento, han hecho lo posible por acondicionarlo al invierno, tan terrible esta vez que la gente afirma no conocer otro peor.

Bajo guarda, en este día inicial de nuestro internamiento, se nos permite corto paseo por el pueblo.

El viejo funcionario de la Gestapo que va con nosotros cumple su oficio con discreción. Probable que para él somos prisioneros de guerra.



Entre velos de niebla, desde la colina que avistan los ojos vacíos de una torre de setecientos años, pequeño y silencioso en el valle, Bad Nauheim eleva sus columnas de humo al cielo, más libres que nosotros.

Formamos grupos extraños. Los paisanos miran entendidos y con indiferencia. Somos americanos. Venimos de pueblos que nunca escucharon nombrar. Estamos bajo la protección de la Gestapo.



Parece alegre el Bristol después de nuestra llegada. Mujeres de nuestra América, en la impuesta aventura, hablan y ríen en torno nuestro. Cristalece el castellano sus palabras y entre nosotros el alemán se siente extraño –lengua dura y grave– como una música de despedida. Como últimas notas de una partitura que no volveremos acaso muy pronto a escuchar.

• ENERO 10

Tengo hoy la impresión de que hace muchos meses estamos aquí. Frente al hotel, por la calle ancha, pasan prisioneros franceses de guerra. Me resisto a comparar su situación con la nuestra.

La protección oficial a nuestras personas está representada en el hotel por cuatro miembros de la Gestapo, por un portero que por las noches se

atiborra de cerveza, y por una servidumbre de muchachas amables y simples, bajo gran control, en cada instante de buena sonrisa y buen cuerpo. Nada por hacernos desagradable la vida.



Nos visita el Cónsul General de Suiza en Frankfurt. Viejo sordo y simpático que pone mucha atención cuando se le habla. (La Suiza representa nuestros intereses en Alemania y también los de la mayor parte de los países, ibero-americanos, además de los norteamericanos).

Le explico la deficiente instalación y le ruego poner en claro, ante las autoridades alemanas, el caso de Marturet, Agregado Civil de nuestra Legación en Francia, admitido provisionalmente por las autoridades de ocupación en París para proteger compatriotas e intereses que allí nos quedan, y traído al internamiento sin justificación alguna.

El Gobierno alemán, procediendo de modo inquebrantable e inesperado, interna también a Marturet como perteneciente a mi Misión. Por fatal condescendencia, obtenida en bien de los venezolanos aún residentes en París, este funcionario permanecía en dicha capital, comisionado especial de Venezuela, sin que por ello modificara el cargo por él servido ante el Gobierno de Vichy. Hasta ahora todas las protestas han sido inútiles.

Guardo la impresión de que este Cónsul suizo, aun cuando puso gran interés a mis explicaciones, no las pudo escuchar.



Un día de menos en la vida. Un día de más en Alemania. Comienza a inquietarme el aislamiento.

#### • ENERO 11

Comparte con nosotros esta vida el Ministro de un grandioso y belicoso país americano. Todo un general de barba en punta que, dentro de su estudiada, aparente tranquilidad, no puede evitar cierta sonrisa ambigua, ciertos inocentes cambios del blanco al negro o del blanco al amarillo en los ojos cuando las criadas trajinan por los pasillos o suben las escaleras.

Medita sobre un libro de caza que nunca lee y se acaricia la barba con tan sensual expresión que provoca deseos de preguntarle si tiene lastimada la piel del rostro.

Es optimista. Afirma que seremos tratados como nos corresponde y que nada nos faltará. Debo observar aquí las gentes y sus actitudes. Una cosa es conocerlas en la ciudad y hasta llevar amistad con ellas. Otra vivir bajo el mismo techo, en esa repugnante intimidad que nos lleva al conocimiento de miserias y flaquezas individuales imposibles de descubrir en el trato social y normal corriente. Creo ya comprender hoy ciertas cuestiones que al principio me sorprendieron. Creo percibir ya el hormigueo de espíritus mínimos y torcidos.

Los que más complican y protestan son los mejor albergados. Ante los funcionarios alemanes –ante el joven, inflado funcionario que nos visita varias veces al día para oír nuestras solicitudes– aparecen galantes y cordiales. Después, con arrogancia patriótica, maldicen a Hitler y comentan el provenir y grandeza de los soviets.

El joven funcionario responde a la antigua tradición prusiana autoritaria, poco simpática. Es ayudante de SS, representante aparente del Ministerio de Negocios Extranjeros, administrador de nuestra situación. Tiene buena educación y la pierde en cada minuto bajo el peso de supuestas responsabilidades incompatibles con su condición de ayudante. Ordena, manda, impone, saluda o no saluda cuando viene solo. Es el *Führer* de este hotel sin libertad. Cuando acompaña al jefe no habla, ni manda, ni impone: Calla, obedece y trasmite órdenes. Habla un alemán muy distinto del tierno de las canciones de bosques y ríos, del que anima los viejos lieds germánicos, nacidos como flores del pueblo a orillas del Rhin o en el fondo de los bosques rodeados de lagos donde están los tesoros de la leyenda y del mito. Su idioma es de artillería.



Triste vivir. Alternan la risa juvenil de una azteca que canta con los ojos, y la mirada baja, conventual, de una colombiana amiga de la lectura, mientras su marido se entrega al deporte de conferencias intermitentes entre compatriotas.

Nuestro espacio vital, como el zoo para los animales, es el Bristol. Para mí todo es igual. Me dominan las preocupaciones de la patria lejana y de la mujer que me quiere como la quiero yo.

• ENERO 13

Llega hoy su primera carta. Bajo mis ojos se anima la escritura cual si músicos interiores pusieran a sonar con son de plata las frases. Oigo la voz de Dolly y Dolly está en Berlín.

• ENERO 14

El ayudante Randow nos convoca a los Jefes de Misión para urgente conferencia, después del mediodía.

Algunos comprendemos el alemán. Pero exigimos a un funcionario de Guatemala, casado con alemana, servir de intérprete.

Concurren el SS representante del Ministerio de Negocios Extranjeros y su ayudante, ambos en traje militar. El ayudante no puede hablar.

Se nos informa que régimen establecido para con nosotros será:

Los Jefes de Misión pueden circular libremente durante el día por el pueblo. El personal de cada Misión saldrá dos veces por día, con guarda de protección, autorizando utilizar las horas de la mañana para compras. Dentro de pocos días algunas Misiones serán trasladadas al Hotel Kaiserhof, más moderno, a fin de descongestionar y de normalizar la instalación.

No es ingrata la impresión. Sonríe el General e introduce los dedos en la barba sin lavar. Pina Barinas, de Santo Domingo, reclama la presencia en el pueblo de una de sus amistades de Hamburgo.

• ENERO 15

Mi hijo y yo paseamos el balneario. Somos extranjeros, enemigos del momento. Pasamos quizás desapercibidos. No encontramos miradas de odio o gestos insolentes.

Parecemos turistas equivocados en un pueblo ahora sin turismo. Estas gentes simples y sencillas ignoran la situación geográfica de nuestros países de América y es posible nos confundan con personas que solicitan hotel para la primavera.

Por la calle diviso al General en gran actividad. Entre y sale con rapidez de varios locales. Después desaparece tras la puerta de un teléfono público.



Un trabajador se dirige a nosotros. Lleva su hacha en la mano diestra. Es blanco, fornido, de palabra resuelta.

Comprende que somos extranjeros, americanos –le decimos– de Venezuela.

No sabe dónde queda Venezuela. Pero conoce que nuestras relaciones están rotas con Alemania.

Me pone sobre aviso al principio el hacha que levanta y desciende con ritmo ambiguo e igual. Se junta a nuestros pasos y dice:

–En el Frente del Este, en la Guerra Mundial, fui soldado. Tengo mi Cruz de Hierro. Mi hijo de diez y ocho años es ahora soldado en el mismo frente, iniciado como yo entonces. En el primer combate ganó ya su Cruz de Hierro. Ustedes los americanos comprenden no muy bien por qué nosotros somos soldados. Es nuestra necesidad y también es nuestra tradición. Aquí entre nosotros, en Bad Nauheim, nada desagradable les sucederá. Vayan por cualquier lado, como si estuviesen en propia casa. Ahora, es bueno que sepan: Si a los alemanes en su país los maltratan, nosotros no los respetaremos a ustedes.

Sigue calle abajo, con el hacha en la mano, luego de decirnos cordialmente:

*–Auf Wiedersehen.*

• ENERO 16

Derrota el frío. Trato de caminar por la calle, en compañía del dominicano. Desistimos.

Nos sorprende en el hotel la mala nueva de que están suspendidas las disposiciones sobre nuestro régimen de internamiento. Herr Randow convoca a conferencia, excepción hecha del General.

Le pregunto sobre el misterio. Afirmo estar ignorante de cuanto sucede. Con palpable sentido evasivo agrega que deben de haber estallado intrigas.

Le tiemble la barba como hierba al viento primaveral. La mayoría comienza a evitar su conversación. Todavía antes de aclararse el asunto que nos desconcierta lo oigo afirmar que se halla bien y que no reclama nada por razón de alojamiento, servicio y manutención. Refiere que en la Guerra Civil fue hecho prisionero y que desde entonces le parece aceptable lo peor.

Tales confesiones no entusiasman a los suyos.

Uno de sus Secretarios y el Agregado Militar, sin que él lo sepa, protesta ante tan incompresible pasividad. Sólo otro funcionario, escapado de Seminario, corea:

—Tiene usted razón, mi General. Usted posee la experiencia que a nosotros nos falta.

Cuando el General se retira, rectifica:

—Es un hombre curioso. Caigo en cuenta de que sus asuntos aquí no están en orden.

Hay un Jefe de Misión que habla en privado siempre con Randow. Lo acompaña por lo general su mujer que sabe el alemán como el castellano. Ella es de origen alemán, nacida en América.

En todo instante, los dos están mejor enterados que todos. Según ellos, el General ha realizado algo anormal. No me asombra tan vaga insinuación. Está conforme con la psicología nacional.



A las tres de la tarde, en el mismo salón donde fueron promulgados hace un día y medio nuestras limitadas libertades, Randow discurre. Está solo. Tono autoritario, cuello estirado, rostro inexpresivo color mate. Ojos fijos, boca en movimiento casi mecánico.

No asiste el General. Por medio del intérprete, que la mayor parte de las veces traduce infielmente, nos penetran las nuevas medidas restrictivas tomadas. Proviene de un caso abominable y terrible acontecido en el hotel. Concepto nazi.

Ruego se nos precise si el abominable y terrible caso complica a alguno de los presentes o a algún miembro de nuestras Misiones.

Randow afirma que no y que, a pesar de serle vedado referir los deta-

lles y la gravedad de lo sucedido, fácil nos será deducir quién es el autor puesto que no está en la sala.

Replico que no es honorable, ni correcto, el que la falta de uno perjudique a todos. Randow se limita a rogar que lo hablado quede entre nosotros, para no obstaculizar la averiguación, y que el interesado deba ignorar cuanto se ha dicho.

Pide más de lo normal. En seguida queda a solas con el Jefe de Misión que parece merecerle más confianza. Nosotros no comprendemos los asuntos existentes y permanentes entre ellos dos.



Se nos ha suprimido el aire y la luz de la calle. Nos queda el recinto del hotel, con su ambiente ya tan recargado. El General continúa su libro de caza. Esta vez creo que lee al revés.

Los demás se alejan de él como inquietos. Me acerco resuelto y le refiero la conferencia. Dice que nada ha hecho y que nada sabe. Quizás sea un mal entendido. La Gestapo no entiende de malos entendidos.

• ENERO 17

Las consecuencias del caso abominable y extraordinario nos sublevan. La Misión más numerosa, por la cantidad de familiares que tienen sus miembros, es la mejor instalada. A diario celebran dos y hasta tres conferencias, suerte de sesiones secretas que presumo lentamente se reflejaran en la marcha común, obligada e interior de nuestras vidas.

Conocemos ya, sin sus intimidades, el caso abominable y extraordinario.

A los dependientes del General se les hace difícil aceptar la paciencia y pasividad asumidas. Cuando protesto por la ausencia de baño en mis habitaciones, el General objeta que le basta con tenerlo no muy lejos. Su cuarto es pequeño y frío. Afirma sentirse bien y no juzga conveniente pedir más por ahora.

Ha pedido que le dejen venir su amiga de Berlín. Ignora que a su llamada acudió ya su amiga de Frankfurt y que la Gestapo no le permitió quedar ni una hora en el pueblo.

Creo que vive bajo la presión de un complejo de inferioridad sexual tan grave que lo obliga a pensar en posesiones que no le es posible realizar. Es un amador teórico, teórico e inofensivo.

Persona de buen juicio me pareció siempre en Berlín. Le tuve sincero y buen aprecio, a pesar de sus veleidades galantes, de su generalato prematuro y de la ligereza de sus amigas.

La vida bajo el mismo techo del hotel me enseña a conocer éste y otros hombres en su aspecto vital verdadero, infinitamente egoísta, infinitamente mínimo y triste.



Una chiquilla de diez y ocho años hacía servicio de camarera en el cuarto del General. Fresca, atrayente y hasta provocativa. Su cuerpo pequeño y duro, flor nazi en nuestros jardines sin flores, merece un atropello de hombre sin mujer. El General quiso cambiar caricias. Hubo forcejeo, y la muchacha, con huellas del guerrero en los brazos y en no sé cuáles otras partes, pidió amparo a la Gestapo.

Levantaron sumario bajo juramento y crearon en expediente lo que Randow llama caso abominable y extraordinario.

En cambio, me parece el caso humano y natural. No es –como algunos opinaron– que la muchacha fuese expresamente enviada al asunto. Es que el General, como a muchos de los presentes habría pasado en igual situación, le sucedió lo inevitable.

Nuestra camarera es vieja y fea. Quien sabe si, pasado algunos días más de internamiento, comience a encontrarle gracia y atractivos.



En la vida normal alemana es extraño este caso porque la violación feroz y terrible que nuestras leyes castigan nunca sucede, salvo el caso de delincuentes natos.

A los quince años las mujeres, muy al contrario de los hombres, sienten vocación por el amor. Sin problemas, sin conflictos, sin tragedias de honor o de familia. Para la mayoría de los países nórdicos, no occidentales, el honor está en el nombre y en los hechos. Nunca en el sexo. El amor es así

sencillo y grandioso como un bosque con músicas de viento. Como un mar sin confines. Como una armonía de la sangre.

La camarera del caso extraordinario se acuesta con un muchacho de otro país, también internado. El amor aquí, por cuanto no implica interés económico, es de libérrima elección para las mujeres. Un General americano, con barba o sin ella, no logra imponer sus deseos a la humilde paisana que no lo acepta. Esa entrega dulce y absoluta de la mujer alemana –campesina o gran dama– es sólo deliciosamente vocativa. El amor se alcanza con amor o por amor. Jamás por presión o por dinero.

No es tampoco libertad o liviandad. Es religión. Libres de los prejuicios y de los preconceptos que corrompen al occidente, las mujeres de este país –nervio, miel, gloria honesta, alma tierna y brava– cumplen el amor con gracia profunda y candorosa. Porque llegan a su realidad sin mancha de perversión original.



Posible que el General en aquel momento olvidara el lugar para sentirse en plena guerra civil de su país.

Lo cierto es que la derrota se refleja sobre nosotros y no hay uno de entre nosotros que lea libros de caza.



Los venezolanos no cultivamos las conferencias misteriosas y a media voz. Mantenemos nuestra personalidad en el medio de este hotel sin personalidades.

Me place hablar claro y alto. Nací altivo y bueno como mis montañas. No cabe duda que mi temperamento y mis actitudes repugnan al espíritu de los que jamás se atreven a descubrirse, en la ilusión de no ser descubiertos, y de los que en secreto aspiran a mejor situarse y a mejor averiguar la vida de los otros.

Fuera de aquí, tengo mi personalidad. Me complace la vida alegre y burlona de este dominicano que se ríe de las grandes virtudes, de los grandes hombres de este hotel, y que siempre tiene para cada ocasión un apunte irónico y fuerte.

Empieza a sentirse la política doméstica del conciliábulo. El Libertador, en sus últimos tiempos, tuvo que sufrirla en grande y con proyecciones siniestras.

No sé por cuál asociación de ideas recuerdo ahora las intrigas que tanto daño le hicieron en sus días dolorosos y finales.

• ENERO 18

Domingo, México, Colombia y Venezuela seremos trasladados mañana al Hotel Kaiserhof. Comenzamos esta vida de Bad Nauheim varias Misiones iberoamericanas internadas. Juntos pasamos horas gratas e ingratas. Nuestras noches se alegraban cuando Pina Barinas contaba cuentos de color subido o cuando en el juego de póker la partida cobraba animación. Divertían las barbas y la paciencia del General. Nunca fue tampoco motivo de tristeza la presencia juvenil y cordial de las camareras.

El grupo de las conferencias celebra hoy una sesión secreta. Se diría un Estado Mayor discutiendo planes de campaña. Puede que sí, puede que no.

López, su señora y el ayudante Randow salen. Después de la suspensión de libertadores, es la primera vez que un Jefe de Misión va a la calle.

En la figura de la dama encuentro cierta gracia honesta, alegre y triste. Tiene cierta sonrisa de sangre blanca e india, molde teutón en tierra de Guatemala.

Nos dicen al regresar que estaba en Kaiserhof y que les parece excelente, moderno, cómodo, elegante. Han escogido sus habitantes, las de los suyos y, entre otras, las mías.



Cartas y cartas de Dolly. Llegan seguras como ella misma. (Para todos es libre el correo interior). Le escribo con el alma. Un alma escribe así como los ojos hablan o ríen. Ella y yo tenemos una sola alma viva y clara como el agua. Escucho su voz y ella está en Berlín.

• ENERO 19

Disto cien metros más o menos el Kaiserhof del Bristol. Terminado el almuerzo, dispone Randow que en primer término salga el grupo colombiano.

México y Venezuela seguimos una hora más tarde. Los del primer grupo, ya instalados, toman el té en el gran salón de fiestas del hotel.

Mi habitación, compuesta de cuarto para dormir –mi hijo y yo– salón de recibo y sala de baño, me place. López tiene en el mismo piso la suya, con tres habitaciones, sala de recibo y sala de baño. Los demás parecen satisfechos.

Mis vecinos son: por un lado, funcionarios de la Gestapo, y por el otro, un Vicecónsul colombiano, con su mujer y su hijo.

El General recibe una habitación del segundo piso, con baño. Es pequeña e incómoda. Sin embargo, asegura complacerle. Los funcionarios de su dependencia quedan brillantemente alojados.

Marturet tiene habitación semejante a la del General. Acero, bien instalado dispone de baño vecino.

Pero el frío es intenso. Opinan las gentes del lugar que en diez años atrás no se presentó invierno como el de ahora. Enfermaremos seguramente. Es insuficiente la calefacción. Preferimos quedar en los salones del hotel que ir a nuestros cuartos. Funciona mejor el calor para el segundo y tercer pisos. Trabajan sin descanso para mejorar la situación, lo cual es difícil porque el hotel es para verano y no para invierno.

Algunos del grupo conferencista demuestran desagrado. López comenta que los suyos le reclaman la escogencia de habitaciones.

Comprendo que no pensó en la falta de calefacción. Un simple funcionario consular dice que en el Bristol estaba mejor que en cualquier otro, Jefe o subalterno. En este hotel, por lo contrario, está más o menos en lugar semejante al General.

Nos damos cuenta de que el Agregado Militar, moreno oscuro, manifiesta a Randow su gratitud por lo bien instalados que, tanto él como su familia, se encuentran ahora. Muy mono, muy calentito su apartamento, correspondiente al de López en el primer piso.

Por la noche, luego de cenar, el General usa su suave voz de opereta para acompañar aires populares de su país que una compatriota toca al piano.



Hay en las paredes, colgados con orden de colegio, muchos cuadros de equitación que ilustran leyendas en latín, alemán, francés e inglés. El General ha dado ya su opinión sobre los caballos allí pintados.

Música y tranquilidad a las diez de la noche. Tengo cierta aprehensión por nuestro cuarto tan frío. Siento el aura de una gripe irremediable. La directora de camareras me facilita un calentador eléctrico.

Gruesa es la nieve que cae fuera. Coloco el retrato de Dolly en mi cuarto, mi calor en el frío, mi luz en el día y en la noche. Tengo hoy carta suya.

#### • ENERO 20

Vivimos en este Kaiserhof individuos de tres distintas nacionalidades. Conjuntos heterogéneos, sin padecimiento del uno al otro.

Hay elementos calificados y acondicionados de última hora en los otros. Hay una española, por casarse con un Secretario de Legación, con su pequeña hija. Hay una alemana tomada como de la familia y bajo la protección de un Cónsul General. Hay algunos de esos Agregados Civiles que acostumbra nombrar los Gobiernos americanos en Europa para facilitar estudios y que, en trances como el actual, pequeños grandes hombres de hotel, se desfiguran en personajes importantes.

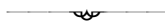
Me preocupa el estudio del ambiente y de las personas. Comienzan a formarse grupos. Se respira ya con dificultad.

Se inicia la mutua averiguación de vidas. Con los míos, junto a mi hijo que es mi camarada y junto a Marturet que es seguro y leal, me considero aparte de tan curioso convivir, lejano en mi patria, abierto los ojos sobre el porvenir.

Me considero más que nunca feliz de ser venezolano, de tener carácter y sangre venezolanos, de hablar en venezolano, el idioma español, con el acento de dignidad, honestidad, claridad y varonía que ilustra nuestra tradición.

Trato de explicarme las razones de tanta nimiedad, de tanta escondida susceptibilidad, de tanta prevención subterránea no declarada, fabricadas furtivamente como un plan de contrabando. Sigo el curso de algunas sonrisas. Hay gentes más peligrosas cuando sonríen que cuando atacan. Un hombre sin propia personalidad, sin experiencia de los otros hombres, de las mujeres y de los chicos, estaría confundido –perdido quizás– en mi caso.

Preparo los míos a vivir esta vida que la guerra y el servicio nos ha deparado. Ante todo, debemos refrenar, aplacar, dominar la expresión justa y altiva de nuestro carácter nacional.



Me dice el Jefe de Misión que habla con Randow que éste insinúa la conveniencia de delegar en uno de los Jefes de Misión –somos tres– la representación del conjunto, a fin de canalizar las distintas demandas diarias que la necesidad impone.

Pregunto al General su parecer, reservándome el mío. Le parece demasiado totalitaria la proposición y piensa que debe aclararla con Randow.

Estimo ingrata la propuesta. No debo delegar en otros funcionarios responsables de mi cargo.

Manifiesta Randow que por desgracia no fue bien comprendido. El proyecto, surgido en una conversación, se refiere sólo a la escogencia de un funcionario cualquiera para las peticiones domésticas corrientes. Por ejemplo: limpiar un *WC*, mudar de cuarto, pedir el barbero o el médico, comprar salchichas, remedios y demás cosas por el estilo.

El General explica que para él aquello no tiene interés y que nombren al que quieran. Reitero mi punto de vista y ruego no comprender nuestro grupo en el asunto porque nuestras solicitudes privadas son muy pocas y porque, en último caso, cuando sean muy urgentes, estoy obligado a hacerlas directa, personalmente.

Más tarde Randow comprende mis razones. Deseo librar mi grupo de la supremacía –pasajera e interior– de otros.

Luego de cenar –calor del vino– me aborda el autor del proyecto:  
–Usted y yo estamos encontrados.

Tuve intención de responderle que de antemano lo sabía, desde antes de salir para Bad Nauheim. Mi tranquila, avisada respuesta lo desconcierta:

–No es natural sentirse así por motivo tan pequeño. Estamos en un lugar donde cada uno debe defender lo suyo.

Tocan y cantan las mexicanas. El General acompaña y desafina.

• ENERO 21

Es mantenida la prohibición de salir. Se nos permite acercarnos durante una hora a lo que llaman jardín, espacio guardado con rejas, cubierto de nieve. Prefiero el hotel.

A las nueve y media de la noche un representante suizo –joven de pipa y bufando a cuadros– me solicita urgentemente.

El Gobierno de Venezuela –dice– en cuenta de nuestro internamiento, ha internado la Misión alemana en Caracas. Mi orgullo nacional se siente como dentro de agua de rosas.

Para evitar demoras en el canje, pide cablegrafiar a Caracas, conducto suizo, asegurando encontrarnos bien y en no desagradable situación. No creo poder complacerlo. Suiza necesita salvar su responsabilidad y hallar sin rémoras el camino del canje diplomático. Nuestro internamiento es una disposición alemana irrevocable, nada pudiendo realizar la Potencia protectora por levantarla.

Dentro de esta situación de hecho que nos conserva sin libertad, propongo obtenga la Legación suiza del Gobierno alemán un compromiso escrito en el cual se acepte viaje directo de mí, de mi hijo, de Marturet y los nuestros para Berna, cuando llegue el momento del canje. Una vez en mis manos la aceptación escrita, solicitada de acuerdo con instrucciones recibidas de mi Gobierno al romper relaciones, informaría en la forma pedida por el suizo con el objeto de no interrumpir por el internamiento de los alemanes en Caracas, el canje tan suspirado por nosotros. Me niego a cualquier otra solución.

Casi todos los internados, al conocer mi conversación con el suizo, aclaman a Venezuela y brindan por ella. Llega al alma el “Viva Venezuela”. Hace olvidar las intrigas ocultas y permanentes. Mi hijo está feliz. Canta en voz baja el *Gloria al bravo pueblo*.

Marturet brinda generosos. Por su parte, el General aplaude entusiasmado. Varias veces exclama:

–¡Viva Venezuela!

Minutos después, otro Jefe de Misión me declara que, en mi caso, él habría ya entregado el radiograma, porque sólo le importan ahora su familia y su salida de Bad Nauheim.

Antes de dormir, en nuestro cuarto, escucho la voz de mi hijo –sangre y espíritu de la patria– que canta con fervor:

–Gloria al bravo pueblo  
que el yugo lanzó...

• ENERO 22

Once de la mañana. Ha mudado de ideas el colega que anoche estuviera por el envío del radiograma. Me dice que encuentra muy correcto mi modo de proceder. Nada me sorprende el cambio. Entre la noche y el día el buen sueño.

Vuelve el suizo sobre su tema. Ratifico lo dicho anoche.

Carta de Dolly. Me remite de Berlín flores y naranjas.

Al atardecer viene otra vez el suizo. Comunica que el asunto lo prefiere tratar el Gobierno alemán con el nuestro por mediación de Suiza. Preveo que este es un nuevo ensayo para convencerme. Responde sentirme con ello contento, libre de responsabilidad.

No pongo en duda su buena fe, sus buenos oficios. Es joven, inexperto en el arte de ocultar lo verdadero. Estoy seguro de que mañana volverá.

• ENERO 23

Al Cónsul General en Hamburgo de uno de los países americanos que rompieron relaciones con Alemania le han permitido partir para Suiza, con su mujer enferma. Esta noche su hijo, internado en nuestro hotel sin ser diplomático, irá a saludarlo de paso en la estación.

Sus compatriotas se quejan hoy más que nunca de mal trato recibido. Marturet comenta que mientras más concesiones obtienen, mayores son las protestas. Delante de los funcionarios alemanes sonríen y algunos hablan con ellos en alemán.

No se reforma el sistema de vida impuesto. El aire del hotel abrume. Los compañeros del Bristol acompañados de un Gestapo, pasean dos veces al día.



El suizo me busca. He estudiado con serenidad el asunto y concluyo en que somos nosotros los más interesados en que los diplomáticos alemanes salgan de Venezuela puesto que, mientras más los retengan allá, más largo será nuestro internamiento.

Acepta el Gobierno alemán nuestra salida directa a Suiza, tal como el principio lo dispuso nuestro Gobierno. Suiza garantiza el cumplimiento del arreglo cuando llegue el día del canje. Sin vacilar entrego el texto de radiograma. Mis compatriotas están de acuerdo.

Encuentro al Cónsul internado de un país amigo. Me felicita. Protesta de nuevo su amor por Venezuela. A sus sesenta y más años sólo desea terminar la vida en nuestro país porque en él se halla mejor que en cualquiera otra parte del mundo. Desea vivir con los suyos en Mérida, frente a la Sierra de la leyenda aquilina, donde el cielo parece más cerca y la existencia discurre clara y honesta como el agua que baja de esa Sierra. Recuerda ahora que cierta vez me dijo en Berlín:

—En mi familia tengo de todo. Hasta la desgracia de un hijo nazi.

• ENERO 24

Enferma pasajeramente uno de los colegas, Jefe de Misión. Lo visito y está satisfecho.

Randow le ha comunicado que tanto él como su familia pueden salir por la ciudad con entera libertad.

Tal tratamiento lesiona mi dignidad y la del General.

Para este último todo es indiferente. Introduce los dedos entre la barba y mira partir sonriente a la familia del enfermo que va de comprar al pueblo.

No concibo esta desigualdad de situación. No comprendo por qué, habiendo aquí tres Jefes de Misión, sea uno tratado de diferente modo que los otros dos.

Puede el General mantenerse en su estudiada pasividad, proponiéndose con ella lograr finalmente la venida de su amiga de Berlín.

Tengo mi sangre y tengo mi temperamento nacional. Durante el día espero alguna notificación de Randow. El pequeño *Führer* no viene.

Después de cenar el General y su grupo cantan con acompañamiento de piano. Uno de los Secretarios no canta. Mientras toma champaña roja alemana ríe con estrépito, con tal abundancia, que su risa domina la música y el canto.

• ENERO 25

Termino mi Memorándum de protesta por el tratamiento de favor concedido a otro Jefe de Misión. Debo entregarlo enseguidamente al representante suizo.

Mi madre es hija de llanero y voy con la vieja divisa llanera, mi divisa de siempre:

“Por delante de mí, la cabeza de mi caballo”.

Temprano llega Randow. Un funcionario de otra Misión le manifiesta haber recibido encargo para constituirse en intermediario o retransmisor de las peticiones por hacer ante las autoridades alemanas en el hotel.

Escucho asombrado. Luego explico a Randow que la Misión venezolana no ha delegado en nadie función interior alguna y que nuestras solicitudes del momento sólo serán transmitidas por mí mismo. Ello por previsión y para evitar posibles confusiones. Frente a la cordialidad fingida o interesada de otros, los venezolanos nos escogemos a nosotros mismos, nos representamos nosotros mismos.

Randow acepta conforme la explicación. Poco me importa el comentario interno. Mi responsabilidad es para con mi país, y mi dignidad es venezolana.

• ENERO 26

Discusión tenemos. La voz seca y chocante de Randow sube y baja en tono furioso. La del Secretario que ayer se dijo encargado para las peticiones generales, se oye muy corta.

El caso es personal. Randow grita que todo es pura fantasía y que lo reclamado es parte de una farsa demasiada ordinaria.

Un funcionario alemán refiere más tarde que el Secretario dio licencia para arreglar desperfectos en el baño de su cuarto, los cuales se hicieron a su pedido, y que, una vez todo en orden, agradeció el trabajo.

Su reclamación a Randow afirma que los trabajadores entraron a su habitación sin permiso y que trataron de abrirle las maletas.

Ingrato el incidente por cuanto el Secretario no replicó las pesadas y fuertes frases de Randow.



Entrego al suizo mi Memorándum de protesta. Ofrece averiguar cuanto antes y darme pronto resultado. Queda admirado.

Agota esta vida nuestros nervios día a día. Hay especímenes humanos que dañan cuanto miran y que certeramente amargan con placer nuestros momentos de internamiento, de alejamiento del mundo.

Comienza a resentirse mi sistema nervioso. La mezquina e indescripible lucha que aquí se libra entre sonrisas y apretones de mano desconciertan mi carácter, mi condición de hombre leal.

Me considero con suficiente personalidad para elevarme por sobre el nivel general. Marcho con mi divisa, con el pensamiento de mi patria, con la compañía de mi hijo y con la luz de Dolly, amor el más noble y tierno de mi vida.



Se conversa, se forman ya grupos definidos, se lee, se juega al dominó o al ajedrez. Otros juegan a los dados vermouthe con cognac.

Alternan las comidas entre días aceptables y días malos. Es mínima la ración de carne. De tarde en tarde hay pollo, liebre o pato. No faltan los vinos.

Por la noche tocan al piano o bailan con música de electrola. El General es el cantor que más canta aquí.

Hoy, con deseos de cordializar, he organizado un obsequio para todos en la comida. La chica española que está aquí prepara spaguettis napolitanos magníficos. Para cada mesa vino y champaña del país.

Se brinda por Venezuela. Por algunas horas se adormecen la intriga y la pena que nos angustian.

Me retiro enfermo. Tengo por delante de mí cuatro o cinco días de sufrimiento físico.

• ENERO 27

Oigo decir desde mi lecho que hay visitas. Son dos señoras de origen alemán, nacidas en América, hermanas de la esposa de un Jefe de Misión. Parece que una de ellas está casada con cierto personaje de la antigua Skoda Werk, hoy del grupo Hermann Goering Werk.

Extraño por el hecho de no permitir visitas a los internados.

Conferencias del grupo especializado. Cuentan que de este tipo singularísimo de reuniones, para contradecir preferencias a la vista, sale como consigna poco sincera clamor contra sistema tan desigual cual el impuesto por la Gestapo. Clamor externo contra el beneficio recibido.



Escribo desde el lecho. Duermo poco. Carezco de apetito. Deseo frutas frescas. Inútil deseo.

Pasables estas noches de insomnio si Dolly estuviese junto a mí. Tendría entonces mayor seguridad de la vida.

Fiel camarada, compañero sin par, Rafael, mi hijo, me acompaña.

• ENERO 28

Randow ha venido de visita. Inquieta si necesito médico.

Esta noche ha llegado, traído de Amberes, el compatriota doctor Pedro Abreu, Vicecónsul nuestro en dicha ciudad. Consecuencias de la ocupación alemana. Lo acompañan su esposa, alemana de nacimiento, y dos pequeñas hijas.

Las visitantes hermanas de la esposa de un Jefe de Misión pasan casi todo el día en el hotel.

Recluido también junto con nosotros está Porfirio Rubirosa, diplomático dominicano que comienza a lograr fama galante internacional. Es de tipo mulato fino. Deportista, culto, discreto, educado como pocos.

La noticia de su actual romance con Danielle Darrieux hace subir sus acciones entre el elemento femenino.

Las visitantes alemanas ya mencionadas no quieren abandonar Bad Nauheim. Entran en juego la vehemencia temperamentalmente española y

la ilimitada, desconcertante sensualidad germánica. Rubirosa se da cuenta de ello. Dandy, muy dandy, aparenta ignorarlo todo.

Durante estos días de quebranto recibo casi a diario cartas y envíos de Dolly.

Mientras escucho fragor de bombas, aviones y ametralladoras aliadas sobre la no lejana Frankfurt am Maine, mi soledad se hace armoniosa. Está plena de inmaterial presencia de Dolly.

Nace ella –forma, gracia, espíritu, porvenir– en Valencia de Venezuela. Su padre ya muerto era alemán. De Caracas su madre. Al quedar junto con sus hermanos, huérfana de padre, fallecido aquél, en El Valle, la familia es recogida por el abuelo teutón con residencia en Heidelberg. Viejo irreducible militar prusiano que jamás toleró el castellano en su casa.

Es ella de nuestra sangre. Sus ojos conservan el brillo incomparable que lucen las mujeres de nuestra Valencia. Sueña con nuestro país como con su destino. Nos quiere. Se siente muy de nosotros a pesar de la raza de su padre y de los esfuerzos hechos por el abuelo para vincularla a la tierra alemana. La conocí en 1937. Tenía veinte y un años en flor.

Me colma de fortaleza, de consuelos, de alegría. Trae el amor sin odios que antes me negara la vida. Toda ella me pertenece en esta renovación definitiva de la existencia. A cambio de su juventud, de su belleza espigada y blanca, dorada de sol como nuestras flores de la montaña por mayo, y de su admirable confianza en nosotros dos, juro adorarla y quererla hasta más allá del amor, del tiempo y de la muerte.

#### • ENERO 30

Mejoro con dificultad. 28 grados bajo cero no parece temperatura para convaleciente. El personal de servicio atiende solícito mis necesidades. Música de electrola, repite sin cesar, de modo desesperante, hora a hora la canción francesa *Jatanderé toujour*.

De buena fuente aprendo –radio sincronizado a las dos de la mañana– que la proposición de México, Colombia y Venezuela en la Conferencia de Río, sobre ruptura inmediata de relaciones con las potencias del Eje, no tuvo unanimidad. Argentina y Chile han formulado reparos. (Datos para la historia del panamericanismo).

Recuerdo que la noticia de ruptura de parte de Venezuela llega a mi conocimiento en Berlín alrededor de las once de la mañana del primero de enero.

Comunicación telefónica de nuestro Ministro en Berna –discreto, interesante Jaime Picón Febres– me sitúa sobre aviso.

Aun cuando tengo cortadas mis comunicaciones con Venezuela, al día siguiente recibo cablegrama oficial de nuestra Cancillería con instrucciones que el Gobierno nazi de antemano había previsto haciéndolas de cumplimiento imposible.

No tuve ayuda alguna para los trabajos de organización y entrega a Suiza de Archivo, muebles y demás pertenencias de nuestro Gobierno en la Legación.

Hasta último momento sólo a mi lado, resignada y temerosa, la pequeña dactilógrafa, muchacha medio judía que logré colocar en la embajada de España, dirigida entonces por el Conde de Mayalde. Hice la correspondiente entrega al Ministro suizo, con Memorándum de cada cuestión. Con inventario, llaves y demás. Las claves en uso fueron incineradas previamente.

Zérega Fombona, último Ministro nuestro en Alemania, dos meses antes del rompimiento había logrado del Gobierno nuestro su traslado para Madrid. Me ganó en este caso, cual se dice en lenguaje hípico, por un cuerpo.

En tanto se satisface y divierte a los demás en su apartamento madrileño del Ritz, me toca como Consejero Encargado de Negocios a.i. soportar las desventuras y la inanición del internamiento. Humano destino.

Recuerdo hoy con gratitud que exulta cierta impresión recibido el día antes de mi viaje a este apartado, sosegado lugar.

Dentro de mi coche, estacionado frente al apartamento que ocupaba en Kurfürstendamm, encuentro delicado paquete envuelto en papal azul celeste. Contiene retrato de hermosa, deportiva muchacha amiga, compañera diaria de Tennis, y hoja de papel también celeste con las frases siguientes en alemán: “Al mejor de los camaradas y al mejor de los amigos. Recuerdo de Anna”.

Sin complicaciones, sin ambigüedades, sensible, sensitiva, impetuosa, con mucho de bosque y sonos de viento entre pinares, Anna de mil delicias, tan fresca y sonrosada como luz de amanecer, me dice inteligentemente

adiós de esta tan suya manera. Anna supo a tiempo la presencia de Dolly en mi vida. La sabía ya antes. Espontánea, sincera, decidida, sensible, impetuosa, mujer de espíritu sin prevenciones. De cuerpo para copiarlo en colores o en mármol sobre los tiempos.



Nueva visita de Randow. Tiene instrucciones para otorgarnos a mi hijo y a mí deferencias iguales a las concedidas para otro Jefe de Misión y su familia. Efectos de mi reclamación.

El Cónsul suizo planteó a las autoridades alemanas, como problema de inaplazable solución, el establecer diferencias en el trato de los internados, tomando en cuenta conexiones particulares alemanas e influencias políticas internas –nazis– favorables a cada cual.

Cuestión de elemental decencia, aún en país sometido a régimen totalitario, liquidada provisionalmente a nuestro favor.

Tengo libertad para ir a la calle solo o con mi hijo. Para pasear por los alrededores coronados de colinas minúsculas. Para ir a la farmacia, a los comercios, a las calles siempre –de día– congestionadas de aldeanos impasibles. Para galantear la linda, espigada manicura de la barbería que sonrío de mis palabras y me presenta como delicioso, cercano, lejano paraíso cuanto va en ella –blanco, oro, porcelana animada– de los pies a la cabeza que se le ilumina de cabellos color de miel.

Visitas no aceptan todavía. Dolly no obtiene permiso aún para venir. Tampoco permiten visitar a los colegas americanos del Grand Hotel o a los centroamericanos del Bristol. La Gestapo vigila. Dentro del hotel el grupo “conferencista” baila al son de la electrola y bebe con fruición vinos del Rhin o del Mosela. La risa reina de risas del Consejero de México sube más alto que el tono musical y se vuelca sobre el hotel con extraña repercusión que desconcierta.

• ENERO 31

Recuperado ya por completo me reintegro a la vida del hotel.

Algo pesado observo en el tono de las conversaciones. Ciertos grupos hablan en voz baja.

Marturet conviene en que más franco ambiente nos rodeaba en el Bristol. No hubo tiempo allí para pugnar por supremacía interior. Nadie reprochaba como suele hacerlo ahora el Cónsul colombiano Quijano:

—Me quedo mucho tiempo en el cuarto porque es repugnante darse cuenta de cómo aquí comentan y averiguan la vida ajena.

Se acentúan actividades secretas contagiosas tendientes a contraponer los unos contra los otros. Si los vigilantes alemanes tomaran en serio tales actividades y el modo como se realizan, comprenderían entonces que estos internados latinoamericanos no pueden conllevar armoniosamente vida prolongada dentro del mismo hotel. Vida de corrientes subterráneas antagónicas bajo influencias de geografía, de historia y de personalísimos preceptos propios sólo de almas al servicio de la intriga. De pasiones tan anárquicas como deplorables.



Desde Berlín Dolly envía telegrama. Paseo por el pueblo. Fuera del hotel olvido preocupaciones internas. Me preocupan mi patria querida, Venezuela grandiosa, y Dolly en Berlín sometida a bombas y ataques aéreos.

Regreso dos horas después. De minuto en minuto descubro mejor a los demás. Algunas personas que en Berlín parecían cordiales se delinear aquí sin saberlo, con su característico pronunciamiento humano, exacto e inconfundible.



No ha vuelto a leer el General libros sobre caza. Impasible permanece en tanto otros revuelven el ambiente.

Desde su posición inalterable argumenta hacer sometido a Suecia, país protector suyo, recabar del Gobierno alemán la razón de mantenernos en internamiento. Hace días no lo visita representante alguno de dicho país.

Tenemos los venezolanos aquí la buena suerte de vivir sin elemento nuestro femenino, excepción hecha de la señora Abreu, nacida en Alemania, hija de padres alemanes. Buena suerte por cuanto ello nos diferencia de los demás, congestionados de familia que a la larga habrá de tomar parte en este desconcierto interior semejante al sube y baja de la marea.

Pienso pedir al General me facilite alguno de sus libros de caza para leerlo cuando suba la marea.

### **Mes segundo del internamiento**

#### **• FEBRERO 2**

Sobre la nieve el sol resplandece. Verde blanco en los pinares. Blanco, amarillo desvaído en las pequeñas colinas circundantes.

Esperanzas de libertad se van con enero. Nuestra reclusión se prolonga más allá de la cuenta.

Nada de Venezuela. Casi a diario cartas de Dolly. Berlín continúa bajo intermitentes, copiosos bombardeos de aviación. Cada bomba tiene más de dos mil kilos de volumen individual.

Vamos al parque del pueblo mi hijo y yo. Encontramos a Isa, huésped del Bristol, alemana ciento por ciento. Su marido, funcionario diplomático centroamericano, se entrega con devoción tal al juego de ajedrez que la olvida sistemáticamente.

Berlinesa. Intriga por lo estrafalario y por su afectada humanidad con aire de comedianta en retiro. Pasear el parque le permiten las autoridades por prescripción médica.

Fornida, alta. Velo multicolor muy de farsa cubre en parte los cabellos en desorden. Aun cuando camino con paso de soldado, luce femenino e incierta al sonreír entre la sombra de sus grandes ojeras violeta de sonámbula o de actriz en desgracia.

#### **• FEBRERO 3**

Para nuestro almuerzo nos acompaña como invitado bienvenido –bien esperado– el representante suizo Caillat-Bordier.

En la mesa de Venezuela. Sorprendidos los grupos. Cambian miradas de interrogación que a la vez son preguntas y respuestas. Celos.

Más tarde alguien dice:

–Monopolio del suizo.

Cortesía no significa monopolio. Si dado es cumplimentar a quien nos representa, grato también atenderlo y compartir esta vez manteles con personas de tanta atracción, de tan limpias buenas intenciones como este suizo que inspira confianza y que cuidado extremo manifiesta hacia nuestra situación.



Isa en el parque. Nieve con viento por entre menudos senderos sin huellas.

Multicolor por su atuendo, de físico destacado, habla siempre del marido. Poco sincera respecto de su rey de ajedrez sin reina y sin torres. Persegue romances imprevistos bajo el sistema aquel de las casadas liberales que mientras más alababan lo propio mayor empeño pone en castigarlo.

Pasión arrebatadora la de este juego para el marido. La mujer en cambio cultiva la suya del azar. Lo que se presente aun cuando sea fugaz. De entre los folletones alemanes que lee escoge el héroe. Lo humaniza en cualquiera de nosotros.

Me permito preguntarle con galante picardía si algunas veces, durante el sueño, al rezar protuberancias exquisitas de mujer, murmura él tierno o exaltado frases sacramentales cual “Jaque al Rey” o cual “Juego la Reina”. Baja sonriente los ojos sobre el busto en desafío y responde:

—Ojalá fuese así. Ni en sueños.



Define como “microbios” a elementos ayunos de bondad que luchan sin tregua contra cuantos los situamos —por desprecio o por temor— al margen de nuestra cotidiana, incolora vida actual. Seres comparables a gérmenes patógenos reproductores de cólera, sífilis, bubónica.

Todo lo relajan. Todo lo aniquilan. Deforman la mejor de las actitudes. Adulteran la mejor de las ideas.

Odio y cizaña distribuyen desde la mañana hasta la noche. Humildes ante la Gestapo, malignos dentro de los grupos, anárquicos sobre el ambiente cual si el Kaiserhof fuese a modo de prisión medieval de por vida para los que aquí estamos por accidente del servicio y de la guerra.

Situados al margen, quiera que no convivimos con ellos en razón de la igual, general condición de internados diplomáticos.

Digno de estudio el criollo latinoamericano cruzado de blanco con indio. De blanco con negro. De negro con indio. En cualquiera de tales casos, la mujer refleja impulsos raciales preponderantes según la mayor o menor densidad de mezcla en la sangre. Momentos hay en que algunas se asemejan a chinches hinchados de intriga que en donde se asientan dejan marcas rojinegras, signos fecundos disolventes.

Imperio del diablo han establecido en el hotel. Inconscientes informadores de la Gestapo.

• FEBRERO 4

Entrego al representante suizo Memorándum especial para remisión sin demora a su Legación en Berlín.

Dolly entre bombardeos y privaciones. Necesito verla. Así como a otro Jefe de Misión le autorizan visitas, reclamo tratamiento igual.

Carta suya. De mi paso por la vida –combatido siempre de modo turbio más por odios regionalistas disfrazados de nacionalismo unitario agresivo que por principios de política, de arte o de ideología– recojo su realidad y su influencia inmerecida para dar gracias a Dios por ventura tan inmensa y para proclamarla bendita e infinita como la misma naturaleza que nos produce.

La sueño con los ojos abiertos. Está dentro de mí como la luz en el aire y en el agua. Es el amor de la tierra y el amor por el cielo.

Me dieron otras sus árboles del bien y del mal cargados de manzanas sencillas y soberbias. Sólo de manzanas. Dolly por lo contrario resume presente y porvenir. La aspiración vital humana del paraíso entre dos bajo el mismo techo. Con vista sobre huerto sombreado por manzanas de ramas que inclinan el peso de frutas en sazón acaso superiores a las del Viejo Testamento.



Al póker se juega por la noche. Significativa separación de grupos. Ambiente espeso. Alusiones aisladas indirectas.

¿Símbolo de unidad panamericana? ¿Símbolo de democracia criolla de opereta?

Esta divergencia en aumento de grupos tan disímiles, sometidos a común existencia, recuerda imperfectamente aquellas democracias de importación que florecen sin raíz en nuestros países americanos luego de morir o ser derrocados los detentadores totalitarios del poder. Aparecen entonces como en la fábula el lobo vestido de cordero, de león el mono, el tigre de buey pacífico, de paloma el águila, la liebre de animal tranquilo doméstico y de caballo de raza el asno, con arneses de plata y humos de líder.

• FEBRERO 5

De nuevo al mediodía Isa en el parque. Ante la naturaleza de blanco mate húmedo, por entre pinos centenarios que clavan sus agujas sin expresión contra el aire, cerca de vieja fuente rústica cegada por hielos delgados como espigas, representa con énfasis su comedia de luces y de sombras. Paisaje de Hamlet.

Notas escribe para su libro sobre la guerra. Tan penetrada del momento, tan actriz dentro del bosque, diríase escucha voces interiores que la mantienen en trance. Nada en ella se incorpora. Apenas soy su espectador de cada día.

Regreso al hotel sin restos de carmín en el rostro.

• FEBRERO 6

Para Alemania somos “internados diplomáticos”. Prendas a devolver cuando los suyos regresan de América.

Nuestra condición se asemeja a la de los inhabilitados civiles. Recluidos bajo fiero invierno en balneario de verano. Cero comunicaciones con nuestros países y con nuestras familias.

Múltiples ojos invisibles de la Gestapo vigilan. López, el de Colombia, y yo podemos ahora llegar al pueblo. Ir a la barbería, a la iglesia, al cinema. Prohibido visitar los colegas centroamericanos del Bristol y los colegas norteamericanos del Grand Hotel.

Regular al régimen interno de nuestro Kaiserhof. Regular el servicio. Habitaciones amplias, limpias, cuidadas por muchachas del país seleccionadas por la Gestapo. Sólo que poseen sangre moza ardiente que anula preven- ciones o recomendaciones con el amor caritativo. Amor de la sangre en los

veinte años o amor sabio desbordante de los treinta en un país con su entera juventud muriendo en los frentes de guerra.

La calefacción mejora. Sube la temperatura. Hacia la madrugada sienten pasos femeninos por los pasillos, frases entrecortadas que súbito se detienen, rumor de puertas al cerrarse o al abrirse. No dejan dormir. Menos dormir en soledad y calma.

Para época dura de restricciones no resulta deplorable nuestra manutención. Lo contrario comentan entre sí grupos que luego ante Randow se complacen en alabarla.

Según observa el suizo –nuestro suizo– superior nuestra comida a la de los norteamericanos en el Grand Hotel.

Vinos del Rhin y del Mosela a discreción. Cognac, champaña y cerveza del país igualmente. Vermouth de Italia –aliada Italia– cuanto se pida. Pago de contado.

De entre el personal de servicio sobresale por sus ambiguos ademanes y por su rostro de efebo frustrado un camarero, en tiempos lejanos bailarín de teatros. Se ruboriza cual doncella cuando algunos le gastan bromas de doble sentido. Sobresalen por su parte, blanco el delantal sobre la enagua azul oscuro, primaveras vivientes, las muchachas paisanas que atienden frescas y simples como frutas de la región.

El General las contempla –por experiencia– sólo cuando ellas no se aperciben.



Suele los de la Gestapo charlar con varios de nosotros de modo amable, tranquilo, humano. (Himmler, jefe absoluto, suerte de potencia vengativa y cruel que hace temblar de espanto al país, camina con pasos mínimos de paloma. Mira a través de sus lentes blancos montados en oro de manera inexpresiva e inocente).

Convencidos están del triunfo final. Insisten entre cumplidos sobre el error –criterio alemán– cometido por América al irse con los Aliados.

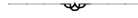
–Esta guerra es de sorpresas –concluyen– y el mundo conocerá los efectos del “arma secreta” que el *Führer* reserva para decidirla.

• FEBRERO 7

Llega de Berlín el representante de Suecia, nación encargada de los intereses de México.

Gordo el tipo. Comunicativo, atento, afable. Lo espera el General.

No aporta novedad alguna. Visita de cortesía.



Reprochan al Cónsul Quijano su encendido afecto por Venezuela. Responde que la patria del Libertador es su patria vocacional aun cuando haya nacido en la suya muy querida.



Falla Isa en el parque. Sol pálido agonizante sobre Bad Nauheim, pueblo similar a los otros de Alemania. Todos trabajan, beben cerveza y comen salchichas con patatas.



Exulta la ternura de Dolly en su carta de hoy. Delicioso el castellano germanizado que escribe. Por lo general usa el francés para nuestra correspondencia. Esta vez intercala párrafos de nuestra lengua entre párrafos irreprochables de la otra.

Sufre y odia la guerra. La vive por fuerza del destino. Destino que entre los dos hemos de rectificar.

A mis años, fuerte dentro del espacio y del tiempo, el amor surge ambicioso, realista, intelectual, físico e ilimitado. Es el amor de amores. Siento la vida en plenitud de meridiano. Tal como a las doce del día la tierra nuestra, transida de sol, henchida de trópico fecundo, madre de nuestras grandezas, de nuestras alegrías, de nuestros dolores y de nuestras miserias.

• FEBRERO 8

Domingo, misa en la iglesia católica. Numerosos fieles entre la gente del pueblo.

Encuentro al amigo Cunningham, de la Misión americana.

Primera conversación después de nuestra charla de Berlín. Habitamos distintos hoteles aquí y apenas hasta hoy podemos hablar.

Rafael, mi hijo, y yo saludamos compañeros del Bristol. Pina Barinas trabaja aún por traer sus amigas de Hamburgo o de Bremen.

El cura, anciano sonrosado, gafas negras, bendice por igual americanos y alemanes. El canto gregoriano y la música del coro me retrotraen hasta mi San Cristóbal natal, ciudad del alma rodeada de montañas y con un río que la orilla entre sementeras cultivadas con tanto esmero, tanto júbilo y tanto consagrado trabajo cual la vida misma vida de los hombres a ellas entregados con amorosa devoción de hijos.

Recuerdo cuando nuestro buen padre cura rezaba misa a las cinco de la mañana y yo acólito le servía hasta por tres veces el vino de consagrar. Vino sabroso y atrayente que el párroco –más tarde Arzobispo– traía de Italia en botellas largas contraselladas.

Entre los pinos Isa. Imponente su mirar de segundo acto. Debo parecerle actor. Nos internamos por el bosque. Hacia la fuente sin chorro, casi muerta bajo su radiante sudario de nieve. Nieve con sol.

• FEBRERO 10

Inmerecida la vida de ahora. Superficial como la de cualquier persona sin norte. Sin puntos cardinales determinados.

Satisface ser dueño de uno mismo. Dueño del espíritu en viaje constante por el mundo. Entre soledad y aislamiento, entre música monótona de electrola y vecindad de “microbios”, concentro y acendro noble afán de silencio multiplicado de ideas.

El tiempo corre para los demás con juegos de cartas y de domino, de ajedrez o con chismes nefandos. En apostar copas a los dados. En bordar las damas y en contarse lo que a todos sucede. Sin llegar a lo que algunas hacen a la sordina.

Canta el General a veces canciones de su tierra acompañado por compatriotas sin entusiasmo.



Visibles maniobras de “microbios”. Parecen luchar entre ellos –unos contra otros– como animales en celo. Concluyen unificándose en ataque nunca frontal contra el escogido. Los subleva el elemento superior.

Retornaremos a nuestro mundo al término de este internamiento. A nuestro mundo de afectos y de luchas. Nuestro mundo americano, en el cual Venezuela abre sus brazos de manera amorosa que da siempre el fruto para el porvenir y el hombre para la historia. Cada cual ha de recobrar su legítima personalidad dentro de sus calidades humanas características. El “microbio” desaparecerá de nuestra vista para continuar reproduciéndose entre los suyos.

Por asociación subconsciente de ideas recuerdo todos los días la historia de nuestra Independencia. Con su noche del 27 de septiembre. Con las sublevaciones del Perú oligárquico. Con el fracaso idealista de la Gran Colombia.



Arregla el General sobre cuadros del suelo carreras de caballos representados por ceniceros. Juego de jugador, bien jugado para que los demás pierdan.



Lectura posterior de comedia escrita por el Secretario Navarro. Judas Iscariote, líder de Judea, personaje central. Aplausos diplomáticos.

• FEBRERO 11

Cantos y canciones vienen a menos. Poco se escuchan aquellas “rancheras” mexicanas de los días iniciales que a discreción entusiasmaron. Nada de *Alma llanera* y otros aires nacionales venezolanos. A veces, con etiqueta de valse vienés grabado en Viena, suena el *Sobre las olas*, viejo, delicioso valse inimitable en el cual desde México Juventino Rosas sorprende e ilusiona por su naturaleza triste de amor, juventud, amargura, lamento. Plagio impresionante por tratarse de música muy de América. Muy del México sentimental e indio. Muy de su tiempo. Delicada expresión del momento ro-

mántico ultra sensible que hacia los fines del siglo XIX conmueve el espíritu de nuestros países. El espíritu de sus artistas de selección.

---

Más estirado que nunca Randow. Su concepto del deber y de la disciplina es el prusiano esencial de todos los alemanes desde el padre de Federico el Grande hasta Hitler.

Todavía no convienen sobre la vista de Dolly. Otros, especialmente otro –argumento– han tenido mejor fortuna.

Honesta mi demanda, simple como el agua, no vinculada a cuestiones de índole internacional, se inspira en lo humano normal y en derechos de “internado” que no es por lo tanto “prisionero”.

Parece cual si en su mente algo le señala bondad y cortesía puesto que ofrece de nuevo abordar el caso en Berlín con posibilidades de bien resolverlo.

Ocasión la primera en que lo encuentro estimable.

---

Desespera examinar la posición y suerte de Dolly en Berlín. Venezolana para Venezuela. Alemana para los alemanes. Lo último equivale a inevitable enrolamiento inminente para la guerra. Para hospitales de sangre, servicios asistenciales, trabajo de oficinas, manuales, del campo, en los ferrocarriles o en cualquier equipo femenino de la defensa.

---

Nuestro Gobierno, el Gobierno de Venezuela que de modo tan inespereadamente civilista preside mi primo hermano Isaías Medina Angarita –militar de escuela, civil en el poder– vela por nosotros sin duda alguna.

Suiza en su encargo marcha discreta. Todo en trámites. El internamiento se alarga. Aumentan la guerra y sus estragos. Basta contemplar en el vecino hospital numerosos jóvenes aún sin barba, casi adolescentes, tendidos sobre catres al sol invernal insuficiente con los pies envueltos en promontorios de gasa medicinal. Proceden del frente ruso. Inútiles antes de los veinte años.

Cárcel completa. Algunas de las cárceles del General Gómez como la Rotunda o el Castillo de Puerto Cabello.

Como las que soportó mi hermano Pancho en Caracas y en Puerto Cabello, sombrías, trágicas e insanas, las prefiero bajo mi terrible impotencia al ambiente de veneno que nos rodea entre sonrisas y “buenos días”.

Veneno de nuestra América sin ingrediente alemán alguno. Revuelve el estómago como emanaciones de cadáver en descomposición.

• FEBRERO 12

A Baden-Baden, balneario internacional antes de la guerra, lugar de lujo y de diversión con hoteles de primer orden, Casino de fama mundial e instalaciones refinadas para turistas y gentes de dinero, trasladan hoy de Berlín las Misiones diplomáticas suramericanas que rompieron relaciones con Alemania después de la Conferencia de Río de Janeiro.

Si Venezuela hubiese esperado hasta la Conferencia en alguna forma más agradable se nos habría evitado esta obligada coexistencia del Kaiserhof. La declaración oficial de ruptura fue hecha en Caracas por el Presidente en la noche del 31 de diciembre de 1941.

En la vida de reclusión, intrigas ruines individuales dañan, destruyen lo más noble, lo más digno de cada cual. Entre hombres. Cuando conviven como aquí mujeres de otras patrias también, superlativa resulta la complicación.

Envidia con tristeza a los de Baden-Baden. De haber “microbios” allá posible sean mejores que los nuestros. Diferentes como hormigas rojas destructoras llamadas en Venezuela “bachacos” de minúsculas hormigas que en fila casi militar transportan fragmentos de hojas para la común vivienda.



Rafael, mi hijo –amada prolongación de mi vida–, reproduce en claridad, temple y firmeza de nuestra incólume tradición de familia.

Leal e integro nació. Tal como mis padres. Tal como la abuela heroica que nos enseñó a vencer miserias y amargas desde niños, contra la descomposición económica rayana en el hambre reinante en nuestra casa antes próspera, casi rica. Tal como el abuelo llanero de ojos azules que la Federación aventó sobre nuestras tierras, padre de un hijo rubio, con ojos iguales

a los suyos y a los de mi madre, para el cual fue la guerra su ambiente habitual. Aquel mozo garrido y valiente que proclamaba en tiempos tranquilos “Ya viene la paz con todos sus horrores” y que alcanza la muerte de gran soldado en la Libertadora. En la toma de Caja la de Agua de Barquisimeto.

Tanto Rafael –16 años– como yo procedemos en plan de auténticos venezolanos. Impasibles ante dobleces, vacilaciones, chismes, intrigas de comadres. Somos semejantes a islas lejanas del Caribe rodeadas por todas partes de tiburones.

Marturet mantiene igual posición.

Hay por las noches incursiones en dominios femeninos imposibles durante el día. Brazos febriles que abrazan. Bocas sabias en el amor a escondidos. Cuerpos estremecidos que entonces se confunden por entero dentro del internamiento como si jamás hubiesen sido poseídos.

Necesidad física aquí el amor. Animal y normal como el de todos los animales.

• FEBRERO 13

Por su nombre mismo el “Club de la Botella”, fundación interna de aficionados, no amerita explicación. Funciona a *como dé lugar* según dicen los de México. Varios actúan sobresalientes, quizás para olvidar el diario fastidio o para alejar recuerdos que obsesionan. Lo cierto es que de algo sirve aquello de *Marina*.

*A beber, a beber  
las copas del licor  
que el vino hará olvidar  
las penas del amor.*

Noche de representación burlesca. Farsa grotesca judicial en la que se juzga malversación de fondos por un Tesoro de Círculo.

De juez se atavía el General. Abrigo de lana roja sobre los hombros (abrigo de señora). En la cabeza bonete medieval. La barba aguda y el rostro pálido parecen más de contrabandista que de magistrado.

Pintura oscura en torno de los ojos. Igual que en otras oportunidades extraordinarias o como reincidente contempla las camareras alemanas del Kaiserhof, del negro al blanco, del blanco al negro le suben y bajan los ojos.

Fachas ridículas fiscales, defensores, y reo. Por togas, abrigos de las señoras.

Versos cursis, cojos en el debate. La pantomima queda como mascarada femenina sin mujeres.

Las mujeres están entre los espectadores. Isa no asiste.

---

Paralelo al “Club de la Botella” marcha el “Club de la Pachuca”. Ambos alegres, despreocupados. Traspasen linderos de resistencia física. Pachuca es la capital del estado de Hidalgo, en México.

• FEBRERO 14

Cambian de habitación al General. Le dan en el piso tercero apartamento semejante al de López en el primero y al del Mayor Lozano en el segundo.

Agradece satisfecho a Randow. Entre los suyos, comentarios de sorpresa. Cuentan en voz baja historias malignas.

Al incorporárseles recibe congratulaciones. Los que referían historias malignas se apresuran servilmente a consagrarlo el mejor de los amigos. El hombre más prominente de su país.

---

Suelen las señoras formar grupos separados. Hablan y tejen. La palabra entre ellas hace de aguja que teje y desteje vidas ajenas.

---

Viento violento ventea la nieve del bosque. Isa intranquila como el viento. Derrotado regresamos al hotel.

Espera la atmósfera. La sentimos sobre nosotros como presión preparada. Mientras el marido cavila ante el tablero de ajedrez, sube ella indiferente por la escalera central. Reina sin corona.

---

Luego de cenar nos reunimos los venezolanos en cualquier parte del salón. Charlamos de la patria. De nuestra política. De nuestras lejanas familias. De nuestros proyectos. Del brillante Gobierno que realiza nuestro Presidente el General Medina Angarita. De múltiples, distantes recuerdos queridos por todos.

Repite por milésima vez la electrola (más bien fonógrafo) el vals vie-  
nés de siempre.

Me devuelvo en el tiempo hacia la Viena grandiosa e imperial. Su espíritu de música, de sueño con filtración de bosque, y de extraña, prístina armonía, resiste entre ritmo indolente el terror, la ocupación alemana, restricciones, pre-guerra y persecuciones políticas como esas rocas milenarias que en el fondo de los mares permanecen en el propio sitio después de la tempestad.

Era 1939, año inmediato del *Anschluss*. Viajo solo de Budapest a Viena. Mi amigo de juventud, Miguel Pérez Carreño, compañero de pensiones cuando estudiantes, médico excelente hoy, perito en la ciudad, dice en Berlín no deber preocuparme por compañía puesto que he de encontrarla allí de primera. En el bar del hotel, a la hora del aperitivo.

Vive aún –“saudade” deliciosa– dentro de la más encendida añoranza aquella chica vienesa por los cuatro costados, sensual y perfumado cual aire de sus frondas, camarada sin par durante mis días allí. Lo encuentro justamente en el bar del Grand Hotel, entre damas acaso tan encantadores como ella.

Juntos recorreremos en propiedad sitios históricos, calles bordadas de palacios, plazas con estatuas de reyes o de artistas. Puedo conocer al detalle monumentos de arte mayor, mansiones imponentes, de los Harzburgos en donde perviven sombras imperiales de Emperadores y de la reina María Teresa, bastión irreductible de la cristiandad. Teatros, museos, y la iglesia de San Estéban, depositaria de reliquias del santo.

Betty me conduce con candor de rito hasta cierto local en donde hay reservados cubiertos por cortinas opacas para gozar de completo aislamiento, obligatorio el consumo mínimo de una botella de vino nacional.

Vive conmigo en el hotel y, sin embargo fiel a su tradición, segura de la cortina cerrada que camarero alguno levanta sin previo aviso se desnuda espontánea para entregarse a usanza inmemorial aun cuando incómoda. Rito cumplido. Vestida de nuevo, exclama plena de fervor municipal:

–*Wien bleibt immer Wien.*

Viena sigue siempre Viena. Viena del cielo y de la tierra. Nada importa cuanto le suceda en el tiempo y en la historia. La sangre es musical, ardiente como los bosques en verano. El valse, la mujer y el vino dominan con enervante, célico poder de triunfo. El río azul –Danubio de Strauss– corre por entre las almas. Corre por entre las venas. Quien pudiera como en la Biblia detener el sol y allí sin pasar de los cuarenta años.



Fumo largo puro negro del Brasil. Antes del internamiento, a cambio de café venezolano adquirido en el puerto Libre [sic] de Hamburgo, obtengo en Berlín tres paquetes de estos puros “charutos” que no resultan despreciables.

Entre espirales de humo, sobrecogido por la visión, se manifiesta la figura blanca estilizada de Dolly. Sus ojos de tímido mirar sonríen como en el tiempo de Seefeld, lindo pueblecito del Tirol, cerca de Innsbruck, donde vivir es comienzo de felicidad. Donde en el recinto de antigua capilla gótica, convertida en cervecería y restorán, muchachas paisanas danzan por las noches al son del acordeón, y el júbilo toma aspectos de humana inhibición. Breves, alegres noches tirolesas que pasan sin fatigas y con encanto como en cuento de otros mundos. Nieve de casi el metro cubre las calles. A diestra y siniestra sonos de fiesta, risas juveniles, rumor de besos primaverales en plenitud de invierno. Dolly impalpable desaparece en tanto se escuchan distantes explosiones de bombas.

• FEBRERO 15

Comparable la mujer alemana al bosque clásico del país. Tiene como florecilla de los campos sombreados por pinos y abetos de troncos graves, raíces de larga penetración, nidos ocultos de ruiseñores entre las ramas. Bravía, impetuosa, como soplo de huracán que los árboles estremecen y po-

nen en temblor aldeas y ciudades. Decidida en el amor y en la vida con absoluta conciencia de su valor. De su entrega sin temores. De su goce sin remordimientos.

Forma de heroísmo y de sacrificado, sonrisa, éxtasis, arrebató, lealtad, generosa claridad, dura e impasible en el castigo. Fortaleza, grandeza y tenacidad le vienen de la fabulosa selva germánica. Del bosque sonoro milenario, origen de guerreros bárbaros, fragua de genios, hadas y gnomos del cual salen hombres salvajes vengativos que llegan hasta la Roma imperial conquistadora del mundo. De ríos que ilustran en plata el marco de las ciudades y riegan campiñas con espigas al sol apuntadas. Del lago –sus lagos– con ondas copias de velajes sobre las cuales boga el cisne wagneriano y se vierten millones de suspiros de Gretchens enamoradas.

Le vienen igualmente de dioses amantes del agua, las siembras, el misterioso secreto de las minas. De montañas enhiertas con caminos de piedras construidas por guerreros cubiertos de pieles de animales, obedientes al aviso de bocinas hechas con cuernos para la caza o para la guerra. Del paisaje poético simple, agreste o abrupto que muchas guerras abonan de cadáveres, muchas flores aroman en abril y mucha sangre de muchas campañas humedece. Del horror de contiendas sin tregua. De madres con hijos en ellas muertos. De glorias superlativas pasadas e inmensas en hora de victoria. De amarguras desgarradoras, infinitas, inconsolables, en hora de derrota.

Cuánto de bravo, intenso, romántico se anima en la naturaleza: lo grande, lo minúsculo, la flor, la canción, amor, dolor, tristeza, miseria, encendida victoria, plegaria del alma, protesta airada contra el destino, sumisión de oveja, altivez de águila. Cuánto alegre como claror de alba y vibra con acento mitológico en la edad que vive. Toda la Europa del centro –del corazón– envuelta en lieds del padre Rhin con fascinadora influencia de Alberto Durero, de Beethoven o de Goethe. Todo lo que comprende pasión, ternura, lealtad, abnegación, energía, sacrificio e ingente desprendimiento en este su mundo poblado de leyendas que tiene vejez de piedra labrada de Nuremberg y armonía igual a la de la catedral de Colonia. Semejante asimismo tal armonía a la del eco entre peñascos y oquedades a donde llegan la luz, el viento e indistintos vuelos de murciélagos ahítos de sangre. Todo el pasado, el presente y el porvenir, rasgo de asombro, resumen de espíritu, vaso dilecto,

miel de flores, vinagre del que restaña heridas de Cristo en la cruz, manantial de aguas leves o desbordantes según el momento, todo ello lo encarna, lo expresa, lo integra por derecho y por tradición la mujer alemana. Propio, auténtico brillo cual nuestros cocuyos del trópico cuando iluminan sombras nocturnas silenciosas con sus ojos de estrellas errantes e inquietas. En la sucesión de los tiempos, con límpida personalidad ascendente, con la selva, el lago, el río y las montañas en su ser consubstanciado, fuerza galvánica es para reconstruir pueblos sobre ruinas de guerra. Para rectificar rumbos tras de la derrota. Para forjar hombres nuevos que elevan el amor, la paz y la confraternidad sobre restos de antiguas grandezas desvanecidas junto con el disparo postrero del cañón en la guerra.



Divierte la charla de Isa. Dialoga como en el teatro. Tomamos té de manzanilla en el café próximo al bosque. Enseguida el bosque.



Despreocupados como en días de paz, grupos de internados preparan para la noche fiesta de carnaval.

Contradice la fiesta el Cónsul Quijano, alegando ser ella manifestación de contento y merecer nuestra vida aquí recogimiento, en vez de máscaras y baile.



Entre jóvenes –aún entre internados– ratos de complacencias son normales. Lo curioso está en que hay mayoría de viejos. No toman en cuenta que frente al hotel funciona el hospital de sangre en el cual se escuchan constantes gritos de dolor de soldados alemanes casi adolescentes, inválidos procedentes de la campaña en Rusia. Tristes residuos de la guerra, sin ojos los unos, sin manos o sin pies los otros. Deformado el rostro otrora esplendido, el brazo manco, hinchados los miembros próximos a la gangrena.

Bien valen los sufrimientos del prójimo una juerga para ellos. Una mascarada irresponsable suficiente a exhibirlos en su ratificada deformidad de espíritu.

---

Viste de bárbaro teutón el General. Juega ya sin timidez su juego de ojos.

De mojjanga los demás. López de Colombia y el Agregado Militar mexicano portan smoking, blancas barbas, cabellos empolvados.

Damas hay aderezadas como para la ópera. Las de color comparecen menos cursi.

Alternativamente la electrola va del valse vienés a la ranchera mexicana. Del pasillo colombiano a nuestro vibrante joropo nacional.

Marturet, Rafael y yo observamos. Sin disfraz. Somos público asistente.

Progresan el alcohol. Vinos del Rhin, brandy alemán, champaña Henkel, producto el anterior del cual es copropietaria la esposa del Canciller del Reich von Ribbentrop.

Sobrepasan la música risas atronadoras del Secretario Navarro. López danza oscilante. De lado le cuelgan las barbas postizas de algodón. El militar las lleva ahora en la parte posterior del cuello.

Más alcohol. El General no bebe. Se hace fotografiar.

Nuestro Vicecónsul resulta celoso. No permite bailar a su mujer. Indiferente ella. Nada ignoran los “microbios”.

Del grupo colombiano alguien ofrece de beber a la señora. Violento el marido arrebata la copa y la tira al suelo.

Tanto el oferente como el marido están ebrios.

Necesario intervenir. Se calma los ánimos. Sonríe complacida la señora mientras marido y oferente se abrazan copa en mano.

Alegría artificial desborda. Hijos o hijas menores cuidan papás de equilibrio inseguro. Rueda sobre el piso un Jefe de Misión sin poder levantarse. El militar rompe su asiento.

Dos Gestapos de guardia son llamados al brindis. Con efusión los abrazan y palmorean.

Carnaval estúpido, insoportable. Solo entre los otros, aislado el pensamiento, pendiente de los míos, encuentro sin sentido la inmensa vulgaridad humana dominante. Nuestro ambiente está muy lejos de Bad Nauheim.

---

Me agrada el buen vino alemán, blanco amarillo, uva del Rhin o del Mosela. Tomarlo puro y frío en copas de cristal largas talladas alemanas. El vino, la mujer y el paisaje obligan de por vida a Alemania. Faltan paisaje, mujer, sonrisa del país. Bebemos con devoción. Con melancolía.

Esta noche, fiesta de internados diplomáticos en el Kaiserhof de Bad Nauheim. Sobre Berlín –sobre Dolly– bombas aliadas cada vez de mayor escalofriante calibre.

---

• FEBRERO 16

Fatigados los rostros. Navarro sospecha sus impertinencias de anoche. Tres años de conocerlo. También a Esperanza, compañera española de figura esbelta armoniosa. Linda hija tienen nacida en Estocolmo.

Para las alemanas casadas con latinoamericanos diplomáticos aquí internados –pocas son– su patria avanza en la guerra bajo cifras de victoria. Hitler lo anuncia con carácter de artículo de fe. Se complacen con noticias de radio y con lecturas de periódicos de la capital. Alguna de entre ellas realiza esfuerzos visibles por reprimir gestos de disgusto cuando se habla contra el *Führer* o contra la inevitable ruina de Alemania a causa de esta guerra que, contradiciendo la competencia vocacional del Estado Mayor integrado por Oficiales de superioridad técnica sin comparación, parece desarrollarse conforme a criterio empírico nacionalsocialista y no conforme a lo que son, valen y conciben Generales tipo von Brauchwitsch, tipo von Runstedt, –*junkers*– ni tipo Erwin Rommel, estratega genial, pueblo puro, héroe del desierto.

• FEBRERO 17

Vuelve Caillat-Bordier. En tanto caen copos de nieve como lluvia en goterones, Rafael estudia con fervor nuestra historia de Venezuela.

Lenguas se hace el suizo sobre la estupefacción del Ministerio de Negocios Extranjeros nazi al imponerse de la fuga de mi automóvil.

Cristóbal Loscher Blanco, compatriota amigo, políglota, viajero simpático, me presenta en Berlín –antes de la guerra– joven alemana de toda fidelidad con inteligencia casi latina, clave para resolver cuestiones sin posible solución. En cualquier aprieto –dice– Eva dispone de modos para salir de él con suerte.

Se establece entre ella y yo amistad de verdad sin amagos sexuales o sentimentales. Entonces solía acompañarme de mi pareja en el juego matinal de *Tennis*, empleada de Ministerio. Muchacha de piel tan suave como sus cabellos, sonrosada al natural, imperial desde su torre soledosa de diez y ocho años, a la cual debo horas de embeleso integral, de intimidad tibia y perfumada que confunde ardorosamente bocas, brazos y almas. Conoce la inminente, inmediata ruptura de relaciones con Alemania. Era el diciembre de *Pearl Harbor*. Sacharias su nombre. Para toda la vida su recuerdo.

Eva lo supo al momento. (Lo sabía ya). Me hace jurar tenerla al corriente de cuanto se produzca.

Suiza escogida por Venezuela –por la mayoría de países americanos– para encargarse de nuestros asuntos. Dispuesto nuestro internamiento en Bad Nauheim. Entregué archivos, muebles, pertenencias y demás objetos de la Legación al Ministro Jefe de la Misión encargada de nuestros intereses.

El Gobierno del Reich ordena entrega sin apelación a nuestra representante de los vehículos particulares pertenecientes a diplomáticos.

Eva viene al instante. Sus ojos verdes oblicuos y su matiz de trigo al sol –27 años– clarean la oficina sin perturbarla. Mira como semidormida. Como si las pestañas fuesen vallas de metal oscuro que impide abrir los ojos por completo. De primera vista parece insomne. Cuando habla en cambio articula con tal precisión y tal energía que crea lúcida confianza en ella.

Urge salvar el coche. Sacarlo de Alemania sin pérdida de tiempo. Llevarlo hasta nuestra Legación en Berna, donde lo recibirá ese caballero ejemplar, hidalgo sin tacha que se llama Jaime Picón Febres, nuestro Encargado de Negocios en Suiza.

Telefonea con prisa Eva. Cita concertada. Dos horas para arreglar el caso.

Quedo incrédulo. Al tiempo exacto retorna. Trae pasaporte alemán de emergencia con visa para Suiza. Asimismo carnet de chofer recién expedido.

Lo que sucede tiene mucho de aspecto mágico. Aumenta mi devoción por esta increíble mujer que sonrío y mira como en sueños. Lleva sola el auto. Afirma que al serme de tal modo útil cumple apenas lo prometido al compatriota Cristóbal Loscher Blanco, ausente ahora, quizás perdido definitivamente para ella.

Falta en su pasaporte únicamente el permiso oficial alemán de salida. Permiso del Ejército. Al otro día, víspera de nuestra partida para el internamiento, logra obtenerlo. Su influencia dentro del Ejército ha de ser poderosa puesto que la Gestapo a nada se opone.

¿Dónde el radio de acción de su influencia? ¿Dónde poder de tanta extensión mediante el cual fácil le es salir de Alemania a Suiza en plena guerra y llevar vehículo diplomático de salida negada?

El automóvil Buick de mi propiedad, color negro, modelo 1939, viaja a Suiza. Conduce Eva.

Lleva suficiente gasolina hasta para llegar a Berna. No acepta recompensa alguna. Por carecer de divisas tan sólo recibe orden de francos suizos imputables a gastos de traslado y de retorno.

En nuestra Legación de Berna deposita el vehículo salvado.

Al imponerse el caso pide el Auswärtiges Amt (Ministerio de Negocios Extranjeros) explicaciones a la Legación suiza en Berlín, pretendiendo reenvío del vehículo. Inútil demanda por encontrarse ya en nuestra Legación, territorio venezolano.

Sobre la suerte de Eva nada he podido averiguar. Le escribo a su dirección de Berlín y la carta es devuelta a causa de no hallarse la destinataria. Pido a Dolly telefonarle. Informa no responder el número de su apartamento.

¿La habrán detenido, castigado o fusilado? ¿La habrán concentrado en alguno de esos horribidos campos de aislamiento, terror de alemanes y judíos?

No perdona la Gestapo. La bella muchacha de mirar semidormido, de andar semisonámbulo, quizás ya bajo tierra, entre miles de cadáveres que la guerra y el régimen interno rudo e inflexible entierra, por todas partes. Quizás incinerada junto con miles de cadáveres sin nombre en alguno de esos

gigantescos hornos crematorios construidos a tal fin cuando exhaustos quedan los cementerios.

Es o era de la casta generosa que en flor de vida, colmada de vitales entusiasmos, perfecciona sobre la tierra brava tradición de mujer universal alemana. Virtuosa en el amor, soberbia en el sacrificio, vulnerable por la amistad. Toda ella bosque, lago, montaña, río, leyenda, roca que el oleaje vence, prado con flores y pájaros donde niños semejantes a serafines bendicen la naturaleza. Donde bien pueden reposar el héroe después del combate, el artista después de la creación, el hombre del pueblo luego de trabajo diario.

• FEBRERO 19

Un mes hoy en el Kaiserhof. Nuestros países, nuestras familias, nuestro servicio poco gana con este vivir forzado e imprevisto.

Suplico de convivencia inapelable. Época la más deplorable de mi existencia.

Varios aprecian nuestra actualidad como especie de vacaciones pagadas. Se come, se vegeta por cuenta del Estado respectivo.

Víctimas se autoproclamarán mañana los que mejores tratos obtienen. Describirán sufrimientos y angustias imaginarios. Paladín será el “microbio”. Santificados todos cual si hubiesen observado juramentos de orden religiosa.

Sufrir la inferioridad ambiente es realmente insufrible. Intrigas entre hombres, fáciles de sortear. Entre hombres y mujeres, problema de insoluble continuidad.

Nota del día: El General logra trato paralelo al de los otros Jefes de Misión.

Esperanza, la española de cumpleaños. Congratulaciones a granel.

Baile de gala por la noche. Damas de traje largo. Smoking los caballeros.

Música de fonógrafo. Recuerda el salón de aquellos barcos trasatlánticos repletos de turistas que en la alta mar festejan con estrépitos alegrías del vivir.

Se baila. Se bebe. Espectadores siempre nosotros. No cuadra vestir de etiqueta para danzar al compás del fonógrafo cuando nuestra condición

de “internados” repugna tal diversión. Cuando frente al hotel hay hospital de sangre que a diario registra dos o tres muertes de jóvenes aún sin cumplir veinte años.

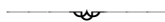
Desgracia o fortuna el que cada uno conoce aquí la vida privada del otro. Marturet, Rafael, mi hijo, y yo nos comprendemos. Rafael murmura en voz baja:

–Viva Venezuela.

• FEBRERO 22

Golosinas, –lo que en alemán llaman Delikatessen– remite Dolly desde Berlín. Ha aprendido con su madre, nacida en Caracas, el arte de las “conservas de leche”.

Después de cinco años de amor casi idílico nos carteamos como novios que jamás se han besado.



De tarde en tarde prosperan discusiones sobre la guerra. Sobre aspectos superficiales de su marcha al día. Muchos ignoran que la presente es guerra de material ante todo. De materias primas. El que primero se agote pierde sin remisión. En ello –subestimación del propio potencial– el error de los alemanes.

Escucho al General opinar acerca del Extremo Oriente y la táctica militar empleada allí. Dice que con los cien mil hombres que en Java tiene bajo su mando el General Wavell es posible salvar el Asia del Japón. Estrategia de mesa de hotel.

Frente a Nueva York, en el mar Caribe, en el Golfo de México, por aguas de Buenos Aires y Montevideo, de lado y lado del continente, a distancia no mayor de sesenta kilómetros de nuestras costas venezolanas, de día o de noche los submarinos alemanes maniobran con agilidad que pasma. Si las potencias del Eje poseen reservas primas para resistir cuatro o más años las inmensas reservas aliadas, vagas posibilidades se les ofrecen de triunfo. Si se les agotan dentro de los tres primeros años del conflicto, y no hallan donde obtener nuevas, derrota trágica. Tienen hombres, cerebros técnicos militares sin par al servicio de su causa, espíritu de sacrificio, mariscales y generales

como jamás en la historia. Los aliados tienen lo mismo. Sólo que sus reservas son tan extensas casi como los mares. Un tipo de las calidades de Rommel, con soldados y sin material de guerra, ha de ser la imagen final de esta segunda pugna mundial por la que estamos internados en Bad Nauheim.

---

Días sin bajar al salón Isa. Los “microbios” propalan que el marido, descendiendo de su paraíso de reyes, reinas, torres y alfiles, le propinó golpes severos con traumatismos a la vista en el rostro como consecuencia de la intimidad en el matrimonio.

• FEBRERO 24

A la manera de mosca presa en tela de araña, el Vicecónsul está complicado en lío de damas.

Lo boicotean. No lo saludan. No lo admiten en conversación. Deambula por el hotel solitario y nervioso como animal en castigo.

Obra de “microbios”. Microbio él mismo, no aceptado por los otros. Funcionan intrigas, conciliábulos secretos de mujeres. El lío no vale la pena por nacer de indiscreciones. La tormenta se aprieta en su torno con sigilo. Con silencio.

Fumo mi puro del Brasil más agradable que cuando aquí se proyecta o se conspira. En el norte de Sur América nación puntera es Venezuela. En Berlín entre explosiones de bombas y humanas angustias, la mujer “tierra prometida” que ha aprendido el arte de las “conservas de leche”.

---

La animadversión contra el Vicecónsul debemos liquidarla. Marturet me acompaña.

Nada de satisfacciones por hechos o dichos que le imputan sin fundamento. Seguro estoy –estamos– de que no agradece cuanto por él se haga. Pronto reaparecerán los inconvenientes que su inferioridad produce.

Reincidente específico. Se liga a ciegas con el primero que le conversa. Luego con otros y otros. Nunca piensa en que todos se contradicen entre sí y en que a la larga resulta estar con todos y contra cada uno.

Acorde conmigo cuando estoy presente. A la contraria cuando no lo estoy. Curiosa muestra humana que sobre nuestra cada vez más agria vida en común provoca sin reflexión variadas, difíciles complicaciones.



Tarde o temprano concluirá el internamiento así como tarde o temprano concluirá la guerra.

• FEBRERO 26

Caillat-Bordier, suizo amable por los cuatro costados, anuncia que los Jefes de Misión huéspedes de Bristol tienen permiso para circular con entera libertad por el balneario durante el día.

En el Bristol parece no influente el trabajo de los “microbios”. Pina Barinas ha logrado comunicación con Hamburgo y con Berlín.

La urgencia allí es de cigarrillos. Cuentan que uno solo de ellos sirve para cuatro o cinco personas.

En el Kaiserhof hay quien recibe partidas hasta de cinco mil *Camel*.

Para Isa encontré entre mis maletas tres paquetes de *Chesterfield*.

Otra vez en el parque. Ojeras crecidas, ojos de fatiga, inquieta en la acción cual si en ella interiormente hubiese temores subconscientes, miedos al pecado, previsiones fatídicas.

• FEBRERO 27

Por la calle Pina Barinas. Aire risueño, charla cordial. Recela podrá sermos reducida la libertad de paseo ayer establecida. Ha tropezado con el General en plan de caza.

Recorremos a nuestro antojo el balneario. Hasta las siete de la noche. Régimen cuartelario de puerta cerrada enseguida.

Muy de acuerdo con mentalidad tan rígida, tan tiesa, tan sin elasticidad como la alemana, se nos impide visitar el Gran Hotel, albergue de los norteamericanos y de los Oficiales nazis. Podemos ir al cinema, a la barbería, a la pastelería. No al Grand Hotel.

Morrinson, Cónsul General de los Estados Unidos, último Encargado de Negocios a.i. en Alemania, casado con griega, Jefe de Misión, no concu-

rre a oficios religiosos dominicales –consejo de las autoridades locales– para no encontrarse con colegas internados en otros hoteles.



De Roberto Despradell, antes Ministro dominicano en Berlín, ahora con igual cargo en Lisboa, me llega simpática misiva.

Llano, simple, leído a cabalidad, fuerte en leyes y en letras, se satisface de pertenecer a la plutocracia. Sus dineros los porta siempre consigo. Billetes grandes norteamericanos. No cree en banco y tampoco en comerciantes honorables. Desconfía como nuestros campesinos de montaña arriba. En Berlín dormía con abultado portafolio debajo de la cama y, a la mano, bastón con estoque y pistola bien cargada.

Tacto, ponderación de gente con ideas en su puesto, hacen de él persona de la mayor amenidad. De la más clara cordialidad.

Conoce al dedillo la historia política de Venezuela. Devoto de nuestro Libertador y del destino de nuestra patria.

Guardaba en Berlín cuidadosamente colección de botellas de vino de Borgoña o de Burdeos, cosecha 1929. Cuando invitaba a manteles en su casa ofrecía sus vinos como joyas de antología clásica vinícola. El vino que servían de tales botellas era vino corriente del país –vino de garrafón– comprado a ínfimo precio.

Su amistad de veterano, de americano no inglés que habla buen castellano, y su indefectible amor por nuestras glorias, ocupan lugar de preferencia entre mis recuerdos.

• FEBRERO 28

Del piso segundo, justo de las habitaciones situadas sobre la mía, trascienden durante la alta noche discusiones, risas, vulgares avinadas, chocar de copas, canciones de América con zapateos y gritos estridentes.

El alboroto de anoche sube de tono. Rafael y yo escuchamos golpes de cuerpos al caer sobre el suelo. Voces inseguras entremezcladas –masculinas, femeninas– irrumpen en la hora con acento de escándalo en barrio mal recomendado.

No dormimos. Lloro en sí mayor alguna dama. Copas y botellas entrecocan. Los vigilantes de la Gestapo dejan hacer porque aquello, según sus instrucciones, pertenece a la vida privada.



Cumpleaños de Mimí. La gracia de su tierra, el color de su tierra están en ella con vigencia de primavera. Aquella tierra suya tapatía del “jarabe” y de las mozas garridas en donde nacer significa alegría y vivir bondad de la providencia.

Simulacro de recepción. Las damas de gala. Champaña alemana por cuenta del marido. Esperanza aprovecha la oportunidad para lucir de nuevo elegante traje de ópera.

El abril de Mimí, moreno indio con ojos coruscantes de mulata, atrae por lo que de trópico expresa y por el modo floral como marcha ante nuestras miradas de por sí irrespetuosas a causa de la abstinencia que nos desespera.



Dueño feliz el que posea llave para tan cercano, tan superlativo tesoro. Vanidoso se recrea a su lado el marido, libando copa tras copa mientras los demás bailan o felicitan.

Concluyen la fiesta entre protesta por cierre del bar. Mimí va a su habitación sola. El marido no puede seguirla. Queda roncando sobre un diván del salón.

A poco regresa acompañada de su hermana. Lo conducen entre las dos al cuarto. En el Kaiserhof todavía siguen dispersas risas de parranda. De las habitaciones se escuchan abrir y cerrar de puertas con precipitado empeño.

## Mes tercero del internamiento

### • MARZO 1

No recuerdan los habitantes del pueblo invierno de tamaña crudeza.

Circulan noticias reconfortantes. No sabemos de donde provienen.

Tal como en sitios de reclusión, como en cárceles, campos de concentración, ciudades antiguas sitiadas, presagios de libertad conmueven.

Piensan algunos que la Gestapo presume cerca ya el fin. Otros, que Randow lo deja entrever. Otros, que el suizo.

La amiga de Berlín escribe al General sobre lo mismo.

Prematuras alegrías. Aún en suspenso el permiso para Dolly.

Complace observar como decae, después de dos meses de trabajo enconado, el dominio de los “microbios”.

Marturet solidario y firme. Rafael distrae su fastidio escuchando música nuestra, grabaciones de joropos y de corridos, alma de la patria. Así cercana e intensa.

Los otros grupos cubren siempre apariencias, manifestándose unidos y ocultando cuestiones íntimas divisionistas.



Buenas nuevas en carta de Dolly. Ha visitado al Ministro de Suiza en Berlín, encargado de nuestros asuntos, para rogar la petición de permiso sobre su venida a Bad Nauheim. Steiner se llama, y responde que de su parte hará lo posible por obtenerlo y que, siendo la decisión únicamente del Gobierno alemán, estima oportuno el que ella misma se dirija al Departamento competente. Con gentileza digna de gratitud, comunica por teléfono al protocolo y anuncia la visita al Consejero Schleinitz.

Bien la recibe y bien la atiende. Dolly razona con mis razones. Nuestra entrevista carece de relación política internacional. Es honesta necesidad de dos personas con vinculación jurada en la vida ante perspectivas de separación.

El funcionario explica estar en principio prohibido visitar a los internados diplomáticos de Bad Nauheim a causa de incidentes anteriores poco recomendables. Alega ella precedentes de permisos otorgados a otros y co-

mo argumento de fondo, ser depositaria de mis papeles y asuntos personales dejados en Berlín.

Promete Schleinitz complacerla. Con la sola dilatoria de que será días antes de concluir el internamiento.

Mucho y poco. Mucho por haberlo logrado. Poco por corresponder el retardo al sistema tradicionalista germánico de condenar a distancia hechos aceptados como de realización inmediata.

• MARZO 3

De paso para Berna nos visita Schubert, Consejero suizo de Legación.

Vaguedades. La visita en sí tiene conexión con la sorpresa del Gobierno alemán ante la fuga de mi coche.

Pregunto por Eva. Ignora su destino. Eva Ruth Stefan, destino al vacío, amiga de Cristóbal Loscher Blanco.

Ratifica cuanto a diario repite Callita-Bodiére. Que el canje diplomático está muy adelantado. Que faltan apenas detalles técnicos. Que no sucederá antes de un mes o más.

• MARZO 4

Herr Packsac, alto funcionario nazi, vive en el Grand Hotel, sede de la Gestapo, sitio de internamiento para los norteamericanos.

Visita al Cónsul Quijano. Concedida licencia para que el hijo de tendencia nacionalista socialista concluya estudios en Berlín.

Apreciable caballero el Cónsul Quijano. De sus hijos el uno parece simpatizante alemán. El otro discurre sobre Economía dirigida. El otro es anglófilo.

Le han permitido como agregado de familia una muchacha alemana que luce tímida, con sonrisa de melancolía no excepto de atracción.



A Berlín va Mimí. Consulta médica. La acompaña Margot, la hermana, que habita justamente sobre nuestro apartamento. Se les despide con la canción *Ojos Tapatios*. Jalisco puro.

El General mira indiferente. Como en los días iniciales. Menos le brillan los ojos. No se explica la negativa sistemática sobre visitar Bad Nauheim su amiga de Berlín.

Ayer, Pina Barinas fue con él al café. Cuenta encontrarse cerca de dos damas de merienda. Casanova entra en acción. Una se levanta y se encamina hacia el lugar de reserva que en Alemania señalan con letras iluminadas:

*Damen – Herren.*

Casanova hace lo mismo. Minutos más tarde retorna con el pañuelo sobre la boca y la mirada descompuesta.

No puedo afirmar la veracidad del incidente. Pina refiere a veces hechos propios como hechos de otros.

• MARZO 5

Reunión en el segundo piso. Prohibida lectura de comedias.

Garrizosa, hijo del Cónsul que los alemanes dejaron partir para Suiza, comerciante colombiano en Hamburgo, sorprende con varias décimas humorísticas circunstanciales dedicada a los Jefes de Misión aquí internados.

Tales décimas envuelven intención poética cordial. No tiene corte clásico y adolecen de defectos técnicos en la versificación. Estampa lírica sin pretensiones de obra maestra, concebidas para solaz y esparcimientos dentro de la vida incolora que nos rodea. Bosquejo de los característico de cada persona en este tiempo común del Kaiserhof.

Ejemplo de elegancia o de elevada cultura no son. Demuestran con lucidez que todavía no se ha perdido por completo entre nosotros los buenos sentimientos.

Place copiar algunas.

(López, de Colombia)

*De un hombre rico es su talla,*

*Ancha y altiva su frente.*

*Goza extraordinariamente*

*Si uno pierde la batalla  
En la "Pachuca" canalla.  
Cuando ve una copa entera  
Su propio placer supera  
Pero sucede que al cabo  
De fiestas, le entra un "guayabo"  
Que él llama de otra manera.*

(Angarita, de Venezuela)

*Es de una talla mediana.  
Su cabello invoca al cielo  
Sus ojos miran al suelo  
Un cigarrillo lo engalana  
I en la tarde y la mañana  
Como haciendo un gran trabajo,  
Para arriba y para abajo,  
Horas tras horas pasa él  
Caminado en el hotel  
Pensativo y cabizbajo.*

(Rubirosa, de Santo Domingo)

*Es de talla: Bien parado  
Son sus ojos: primavera  
Su cabello: ¡antes era!  
I su boca es un pecado.  
Es un hombre tan rasgado  
I de tanto repertorio,*

*Que es un caso muy notorio.  
I entre la gente, ya boba,  
Unos gritan: Casanova  
Otros es: Don Juan Tenorio.*

Paseo por el salón, cigarro en mano. Agrupo datos para este libro que quizás sirva alguna vez como argumento de comedia cinematográfica.

Incierto lo de *mirar al suelo*. Alto y en alto mantengo la mirada como expresión de familia, de raza, de la tierra natal con cerros enfilados hacia el espacio. Nada existe en la vida que me obligue a bajarla.

Champaña alemana. Ovación al poeta. Las parejas danzan como en fiesta de libres.

• MARZO 8

Orgullo, satisfacción, honor servir a nuestra Venezuela. Servirla sin utilidad nacional como en el caso nuestro, perdiendo tiempo que a nadie beneficia y a todos perjudica, comprende cierta oscura tragedia humana personalísima de importancia sólo para el que la sufre. De cero importancia para el Estado.

Nuestros días sin sosiego de Bad Nauheim, entre tanta gente chata, ruin y malévola, sublevan como cuando tres barrotes de prisión el penado escucha cantar de pájaros entre árboles.



Siluetas pueblerinas la de la iglesia católica en este domingo de invierno con niebla penetrada de sol. Torrecillas de cuentos, tímidos pronunciamientos góticos, inspiran poesías y ternura. Las campanas llaman a misa.

Del coro surgen notas sagradas, vivaces esta vez anticipos de primavera.

Añooro la casa en donde nací, con su jardín de rosas en el centro de cuatro corredores coloniales. La imagen bendita de nuestra Virgen del Carmen, aparecida progresivamente en colores de inimitable originalidad. El lecho de mi padre cerca del altar. El rosario nocturno que la abuela, gran mu-

jer de otros tiempos –temple singular– reza entre lágrima y aflicción, rogando por nosotros y por el alma del hijo querido muerto en la guerra.

Aquella fe tan límpida como sufrida de la abuela crea en nosotros niños –agobiados por la ruina– voluntad de combate por el provenir, fuerza contra la flaqueza, ánimo para la lucha, seguridad en la acción.

Rezo como cuando niño. Pido al Señor descanso y premio para el alma de la abuela. Alma de nuestras almas.



Desde el parque invita Isa. No quiero ir. La encuentro hoy cursi, extremadamente cursi. Al pasar junto de ella me decompone su perfume barato, química de guerra, producto de laboratorio alemán.

• MARZO 10

Entre los nuestros hay presencia germánica femenina predispuesta a dividirnos. No lo alcanza. La soportamos con paciencia ilímite y soportamos su visible desamor por nuestro país. Preferimos conceptualarla como enferma hiperestésica, exaltada nerviosa, irresponsable en actos y palabras.

El juego de dominó, recurso reconocido es en cárceles, hospitales, casas de salud, pensiones de estudiantes.

Durante el día y en primeras horas de la noche jugamos. Una partida México–Venezuela concierta el General. Marturet conmigo. Con él Lozano, su Agregado Militar.

Ganamos cómodamente. Ofrecemos desquite. No lo aceptan.



Los colegas del Bristol serán trasladados al fin para nuestro Kaiserhof.

• MARZO 12

Súbita claridad en el aire. Nuestra habitación se baña de sol mensajero de la primavera. Me siento renovado, predisuesto a cualquier hecho heroico. A cualquier acción infantil.

Primer tibio sol del año. De leve oro pinta la nieve de los tejados. Por los corredores del hotel las muchachas de servicio cantan canciones populares alemanas.

• MARZO 13

Previa venia de Randow hablo por teléfono con la Legación suiza en Berlín.

Nuestra liberación se acerca. No se sabe cuando.

• MARZO 15

Mi amigo Cunningham, de la Misión norteamericana, ratifica la información de Suiza.

• MARZO 18

Mayoría somos los que en este hotel –igual que en el Grand Hotel, en el Bristol y en Baden-Baden– porfiamos tenazmente por el término de nuestra situación.

No merece vivirse la vida sin libertad aun cuando el caso sea accidental. Alejados de nuestros países, de nuestros afectos, de nuestros intereses, del mundo exterior, todo tan cerca de nosotros y tan imposible como el agua en el mito tantálico.

Sobreviven esperanzas. Sólo que, como en los penales, comenzamos a perder la noción del tiempo.

Otros –contados– anhelan prolongación del internamiento. Son aquellos que comen, duermen y vegetan bajo la merced gratísima de no pagar. De hacer economías.

Contrarias para ellos –para sus planes– noticias de libertad.



Alguien escucha por la radio que Estados Unidos fleta barco sueco para intercambio o canje de diplomáticos en Lisboa.

Los que se refuerzan económicamente con el internamiento califican de mentira la buena nueva. Uno revela que por correspondencia de “brujas”

la situación se prolonga tres meses más. Otro calcula quedarnos hasta la conclusión del conflicto. Otro proclama de gozar la primavera en Bad Nauheim.

• MARZO 19

Pesimistas las impresiones. Regresan las Lozano de su segundo viaje; a Berlín.

No nos apercibimos de que el ambiente parece distinto. Cantos y bailes por la noche. Nosotros el dominó.

Bien oliente la atmósfera casi primaveral. Isa no lleva ya colores chillones en el turbante.

Dolly esta en el sol. Con el sol.



Orden inapelable de los alemanes suspende nuestra exigua correspondencia con el exterior.

La imponen debido a tratamiento igual aplicado en Norteamérica a diplomáticos suyos allí concentrados.

Jamás la hemos practicado a nuestro antojo. Por intermedio de la representación suiza en Berlín, previa censura oficial alemana, apenas he recibido breve carta de nuestro Encargado de Negocios en Berna, fecha 25 de enero. De Lisboa una carta de Roberto Despradell. Nada más.

Ministro Medina, de Nicaragua, número del Bristol. Barba entrecana de melodrama. Hijas bonitas, superficie tranquila, cafetos en flor.

Antes del internamiento representa su patria en Alemania, Francia, Suiza e Italia. Al propio tiempo Inspector General de Consulados en Europa.

Las hijas expresan sol de nuestra América Central. Durante mis viajes he conocido muchas damas nicaragüenses. Únicas en el lenguaje del país. Una de ellas, de piel sonrosada con vello de luz, espigada y esbelta, con garbo de reina y nombre de mar, estará de por vida en mi sangre y en mi mente como horizonte perdido en el desierto.

Departa con el grupo Montero de Cuba. Tipo silencioso, bueno insignificante. Comenta la supresión de correspondencia. Medina propone protesta conjunta enérgica.

Cualquier protesta no ha de alterar el sistema alemán que nos “protege”. Montero y la hija de sonrisa desviada, la que insinúa su amanecer de trópico entre miradas de corza tímida, acorde conmigo.

• MARZO 20

Pesimismo. En la calle ensaya el General conversar con chicas que se le ríen burlescamente.

Deposita dos cartas en el correo. Mal método. En el hotel tiene buzón y no halló razones para ello.



No pasea Isa el parque con sol. Figura de invierno, comedante de escenario gris.

• MARZO 21

La primavera en este pueblo estrena sol pujante. Pájaros cantan y reuelan bajo cielo azul recién lavado. Hierba color paja del parque se reanima hacia el verde con liquidación progresiva de la nieve.

Montero confiesa –jamás lo hace– ser terrible compartir esta vida con gente del mismo idioma y de diferente cultura. De legítima incultura.

• MARZO 23

Rumores sobre visita a Bad Nauheim de Danielle Darrieux estrella de cine francés. Amiga, novia, prometida del dominicano Rubirosa.

• MARZO 25

Desde ayer está en el pueblo. Por excepción, ofrenda al ilusorio, estúpido entendimiento germano-francés, tiene permiso de varios días para reunirse con Rubirosa.



El General y Guardia, Cónsul cordial de Panamá, platican sobre visita tan ostentosa.

---

En la calle los encontramos. Rubirosa presenta. Menuda al par que apretada de carnes. Bellos ojos claros distraídos como en ausencia. Piel de trigo candéal. Pequeña joya humana resplandeciente. Callada cual figura de vitrina. Casi muda más allá de la boca de sueño. Camina como gata consentida. Provoca la impresión femenina y felina de semejante animal en celo. Libélula humana, forma de amor iluminada, mujer con ritmo íntimo peculiar que discurre sobre el tiempo como si el mismo tiempo se detuviera para rendirle pleitesía.

Enamorada del amor legítimo, específico, devota del hombre que la conmueve, no se percibe de la sensación que produce.

Se alejan triunfales. La comprimida silueta occidental, el paso tierno, felino y el perfume esencial parisino que desprende pertenecen al mundo –por ahora– perdido para nosotros.

---

La señora López puede visitar hermanas casadas con alemanes que residen en otros lugares. Dolly no puede venir todavía. Danielle Darrieux está en Bad Nauheim.

• MARZO 27

Pocos los días de sosiego interno. Subterránea inquietud exalta de nuevo los grupos.

Mujeres hay en el Kaiserhof dueñas de infausta fuerza personal para teñir de oscuro el ambiente. Comparable a los especímenes marinos que enturbian el agua cuando se les descubre.

---

Incidente entre los Quijano y Randow. Palabras cruzadas fuertes en alemán. Simpático el viejo, enemigo de chismes y de enredos. Se retira airado. Escribe un libro posiblemente inverosímil. Posiblemente idealista. Irreprochablemente bolivariano.

No sabemos si su actitud es de protesta contra Randow o contra el Jefe de su Misión.

---

Dentro de tres días –esta vez cierto– los internados del Bristol serán trasladados a nuestro Kaiserhof.

Reuniones secretas de los “microbios”. Temen por las comodidades de que gozan. Seres de categoría ínfima, serán alojados como lo que son.

Isa y su profesor de ajedrez vienen con los del Bristol para nuestro Kaiserhof.

• MARZO 29

Soy supersticioso por natural vocación. Desde la infancia me aterran las mariposas negras, los espejos rotos, el paso obligado bajo escales portátiles. Asimismo el canto nocturno de los pájaros, aquel son como de muerte; de nuestras “pavitas” que anuncia desgracia. Paraguas abiertos dentro de las casas. La mirada de los bizcos o tuertos. Gatos blancos, sombreros sobre camas, cuadros torcidos, sal escapada de los saleros en la mesa.

Conmigo elementos subconscientes de fatalidad, supervivencias ambientes ancestrales. La relación entre anuncios psicofísicos que preceden cualquier hecho adverso y la realidad posterior de dicho hecho confirma siempre lo que ciertos espiritualistas denominan “premonición”.

Mi espejo de mano cae al suelo en pedazos. Apresurado los recojo y tiro lejos, muy lejos de nuestra habitación.

Rafael sonrío para calmar la aprehensión que me altera.

---

Telegrama de Dolly. Su hermano Cristóbal, de servicio en el frente oriental, considerado como “desaparecido” por el Estado Mayor Alemán.

De Cristóbal, humanista vocacional, apenas de veinte y cuatro años, autor de curioso libro sobre viajes por Asia, hombre para el provenir, nada se sabrá jamás. Desaparecido quiere decir en lenguaje de guerra “muerto no se sabe dónde” o “prisionero no se sabe dónde”.

Pienso en la madre venezolana. En sus sufrimientos bajo la jefatura del suegro prusiano, militar de la primera guerra, rico terrateniente de Heidelberg que nunca permitió en su casa la lengua nuestra castellana.

Tres los hijos. Casada la mayor con comerciante alemán viudo de brasilera. Dolly la segunda. Cristóbal el tercero. Nacidos todos en Venezuela. Sirve el último la campaña de Francia. Doctor en Humanidades, simple soldado de Compañía. A principios de enero en el frente ruso.

En los aires o en los vientos su tumba. Carne de cañón, joven espíritu restado a la vida en sacrificio sin trascendencia. Parecido a Dolly en lo físico. Desaparece en primavera mientras a miles de jóvenes acontece lo mismo. Justamente cuando los bosques comienzan a cubrirse de verde y los campos de esta guerra a nutrirse de cadáveres insepultos.

• MARZO 30

Los internados del Bristol llegan contentos a nuestro hotel.

Viejos amigos, compañeros de causa igual. Hallarán aquí, sin participación alguna de los alemanes, todo lo que ha contribuido a relajar nuestra convivencia.

Nuestra moral se deprime por tensión nerviosa intermitente. Sin luchas sordas personalistas, enconadas aviesamente, el internamiento habría resultado más llevadero.

Tragedia la de persona con ideas básicas de arte, de cultura, de decencia y elevación al vivir por fuerza entre gentes que no pueden comprenderla. Más sin entre esas gentes predominan elementos afroamericanos y trepadores diplomáticos.

Prefiero explosiones de bombas espantables como las percibidas durante bombardeos de Berlín a las intrigas, desplantes, vulgaridades de cualquier funcionario diplomático internado aquí en Bad Nauheim.



Bienvenida de gala bajo dirección del General. Velada pueblerina con perorata inicial, poesías de Acuña, música folklórica.

Charla amable en castellano inundado de mexicanismo. Navarro no ríe. Recita poemas de *Prosas profanas*.

El colombiano Argáez vence al Coronel Lozano en asaltos de esgrima. Mimí y Margot, Margot y Mimí entonan canciones de Jalisco.

De pronto Isa promete lectura de alguna página de su libro sobre la guerra. Falla en el intento.

Randow, estirado espectador, parece no comprender la velada.

Con acento de pasillo colombiano y exagerada gesticulación alguien recita el *Nocturno* de José Asunción Silva, aquel de la “sola sombra larga” que dicen inspirado por la hermana del poeta. Gran poeta de América.

Tal como en las fiestas de provincias, el viejo Medina de Nicaragua, barba redonda sesentona, agradece el agasajo en nombre de sus compañeros del Bristol. La barba en el instante es trampa para atrapar palabras. Allí mueren porque las pronuncia escurridas. Hacia abajo. Nadie logra escucharlas.

#### • MARZO 31

Nos desvela como ácido en el estomago la inseguridad del viaje. Libertarnos de esta incompatible convivencia que, de proseguir, arruinará nuestro sistema nervioso.

En la habitación de Marturet, rompiendo con asombro desconcertante la charla amigable, se produce incidente personal con colega recién llegado del Bristol. Bueno, inteligente, alegre, vivaz. Tiene mala bebida. Sin alcohol, tipo atrayente. Con “tragos”, agresivo e impertinente.

Deploro asunto tan inusitado. La agresión se repite al mediodía. Advierto en forma cordial pasiva lo inadecuado de su actitud. Ruego comedimiento y no servir de instrumento de los “microbios”.

Pausa hasta la noche. Vino o brandy alemán de efectos contraproducentes para el colega. Continúa libando.

Después de cenar, en tanto funcionarios alemanes se festejan con viandas y vinos en el comedor privado del hotel, conversamos en el vestíbulo tranquilamente. Desde el centro de la gran escalera el intemperante colega gesticula e insulta. Imputaciones personales que al más cordero de los hombres sublevan e impulsan al castigo.

Aún así, conteniendo propios, justificados impulsos, pido discreción, respeto a los demás. Contesta que por “miedo”, palabra infamante para hombres de mi raza, no voy cerca del sitio en que se encuentra.

Me disparo sobre la escalera, colmado de cólera, rota la paciencia puesta a prueba. Pego como en los días de juventud. Fuerte y atinado. Queda marcado por varios días. No le pegué más por no encontrarle capacidad de resistencia. Le quito un cuchillo antes no visto que pretende esgrimir entre gritos ya inconexos.

La mayoría aprueba. Los alemanes opinan que ellos habrían procedido de manera semejante o peor. La lección está dada.

Hora más tarde lo tropiezo. Con adhesivos y señales de golpes. Comprende su disparate. Lo lamenta. Ha vuelto a la razón. No me interesa como enemigo. Nos damos las manos.



Abril [sic] termina con flores en los parques, luz de vida en las mujeres, lejanos ecos de bombas sobre Frankfurt, tinieblas no disipadas respecto del internamiento. Bad Nauheim se recobra en claridades, limpio y sonriente como las hojas, como la hierba, como el chorro de la fuente en el bosque. La nieve desaparece. Nuestra esperanza busca horizontes. El barco sueco fletado para intercambio de diplomáticos en Lisboa se ha hecho a la mar.

### **Mes cuarto del internamiento**

#### **• ABRIL 3**

Tres días de permanencia en la habitación. Nuevo constipado.

Trabajan afuera los “microbios”. Isa pregunta por mi salud.

Dolorida, pesarosa por la muerte del hermano, Dolly escribe tiernamente.

Para mi cumpleaños de mañana envía regalos semejantes a ella. Golosinas fabricadas por sus manos. Viene a mí su pensamiento igual que aura benéfica. Aliento que convence contra toda angustia.

Marturet y Rafael conversan temas de Venezuela. Acero y Abreu cumplen con visitarme. También Randow.

Esta compañía de Rafael, mi hijo, es la de joven camarada que conoce el deber y lo realiza con esmerada simpatía. Presencia de la sangre.

A lo largo del insomnio, cuando se apagan ruidos de la calle y en el aire se arropa la noche, veo a Dolly con los ojos cerrados. Sonríe en la sombra. Llama y no la alcanzo. Mira inconmensurable como figura de fábula. Parece cantar como alondra o como manantial de la montaña.

Juro que vino y se fue. No pude tocarla. Estuvo tan cerca de mí que no concibo cómo la deje partir. No grité para que nadie lo supiera.

• ABRIL 4

Nací al fin del siglo pasado en una riente, bella ciudad de nuestras montañas.

Traspaso hoy año más de vida. Año más cerca de la muerte.

Sucesión ininterrumpida, incesante de luchas, de amarguras, de alegrías, de trabajo, de tenaz vocación frente al futuro.

Periodista a los doce años. Escritor incipiente, lector sin límites, estudiante de bachiller.

Constitución de la montaña, voluntad indomable, deseo jamás quebrantado de llegar a hombre con nombre y con honor. Lecciones aprendidas en el hogar, en los cerros que encuadran la ciudad y en las aguas del río que se curva por entre el paisaje vernáculo con dibujos ornados de maíz, de cafetales en flor o de potreros al verde extensivo donde pastan animales de estampa sencilla, signos del ambiente, fuertes como la naturaleza circundante.

Caracas luego en la vida y para la vida. Amada ciudad vibrante en mi espíritu, al unísono del San Cristóbal natal.

La Universidad y el doctorado. Profesión de abogado ejercida con éxito sorprendente.

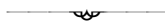
Literatura militante y campante. Tengo obra. Me satisface por ser reflejo imperecedero de mí mismo y por el deseo de utilidad para Venezuela. Multiplicados odios provenientes de política o de posiciones contrarias, literarias nunca, podrán extinguir la intención y el contenido de mi *Historia y crítica de la novela en Venezuela*.

Diplomacia en Colombia primero. En seguida cinco años de Alemania. Aquí el encuentro con Dolly.

Desde esta altura que mira el descenso o desde este declive del destino humano, estoy satisfecho del tiempo pasado. La obra de literatura que-

da al porvenir confiada. Entre nosotros –quizás principalmente en mi caso– sólo después de la muerte viene la justicia.

Soy como los niños. No me doy cuenta del camino hacia la muerte.



Este aniversario lo paso enfermo, desolado. El internamiento continúa sin atisbos de término.

Dentro de mi cuarto lleno de sol, frente al retrato de Dolly, medito sobre el azar de nuestra forzada exclusión del mundo en guerra. Percibo ecos de bombas que caen por lados de Frankfurt. Nuestra legítima, efectiva vida está en América. En cada uno de nuestros respectivos países. El *Continente enfermo* de César Zumeta no puede ser el nuestro. Europa es el continente de la muerte.

• ABRIL 7

Noche del baile en el Kaiserhof. Las damas en traje de opera. Smoking y hasta frac los caballeros.

Marturet baja con nosotros. Todos con trajes de calle.

Para la mayoría cada noche debe haber sarao. Mientras durante el día se lamentan como prisioneros, cuando llega la noche se disfrazan de bailarines. Sonríen a los Gestapos y beben hasta no poder más.

Razón tienen los alemanes al definir que aquí no hay personas angustiadas.



La fiesta ha debido ser copiosa en libaciones. Despierto a las cinco de la mañana. Voces altas, carreras por los corredores. Tocan puertas, cantan aires canallas negros y zapatean como en los joropos nuestros.



Entre los recientes incorporados al Kaiserhof están un papá con barbas del siglo XIX, la mujer que lleva a todas horas sombrero adornado de pluma grotesca arrabalera y cuatro hijas de prima calidad, silenciosas e intimi-

dadas al parecer. Bajos los ojos de llama, parecen temerosas de cualquier incorrección como animales después del castigo.

Pasada la media noche, en tanto duermen las barbas y la del sombrero de pluma en punta, circulan semiaéreas por los pasillos cual fantasmas adorables, menudos, sin ruido, sin zapatos.



La incorporación de los del Bristol cambia, amplía el ambiente.

Mal funciona el antiguo centro de intrigas. No cabe duda de que los “microbios” han de reorganizarse. Tornarán insólitas amarguras, enredos detestables, golpes de cruel intención. De estudiados efectos.

En las comedias radiales de Caracas el número de la *Familia Buche y Pluma* es muestra fidelísima de nuestra criolla, pintoresca psicología capitalina. Aquí encuentro a lo vivo algo igual. Esta familia de barbas y pluma sobre el sombrero reza antes de comer. Más tarde sus fantasmas juveniles discurren a través de la noche en calma acaso como desquite contra el obligado paso de comedia diario.

• ABRIL 14

Jugador de *base-ball* en la juventud. Hombre de mi tiempo o sea hombre deportivo.

Hemos formado ahora novenas para jugar en el jardín. Solo tres bases a causa del terreno en extremo reducido.

Hoy he alcanzado la primera base con tirada al suelo sorprendente. Como en lejanos días.

Marturet y Rubirosa capitanes de novena.

Paisanos y paisanas del pueblo concurren como espectadores desde la calle. No comprenden el juego. Les gusta.



Dominó hasta las doce de la noche. Marturet, Rubirosa, el General, Guardia, Lozano y otros.

Bailan, gritan, y ríen los demás en el salón. No tienen penas, ni angustias, ni deseos de libertad.

Permiso para llamar a Dolly por teléfono. Su voz, canto de vida y de esperanza, llega a mis oídos.

• ABRIL 16

Cielo y sol despejados de esta primavera devuelven el sol y el cielo que el invierno, época severa de internamiento, había alejado rotundamente de nuestra vida.

Estamos muy cerca del fin. Dolly vendrá pasado mañana. Notificación de Randow.

• ABRIL 17

Telefonea desde Berlín el Agregado suizo Caillat-Bordier. Se trata de alquilar al Gobierno alemán el local de nuestra Legación.

Semejante asunto ya no me incumbe. Suiza, encargada de nuestros intereses, es la que puede decidir de acuerdo con el Gobierno de Venezuela.

Opino que ante cualesquiera eventos por venir preferible depositar en lugar seguro muebles, libros y existencia junto con el Archivo. El estado actual de la guerra hace comprender que Berlín no tendrá pronto lugares seguros.



Prosigue el *base-ball* en la mañana y dominó por la noche. Algunos bailan. Otros tejen y destejen vidas ajenas.

Hermosa dama, hermana de una de las internadas, visita el Kaiserhof. El General –juego de ojos– danza con ella alegremente. Presentación de Rubirosa. La dama no baila más con el General. Rubirosa la conduce.

El “Club de la Botella” y el “Club de la Pachuca” se han fusionado. Igual tradición. Iguales excesos.

• ABRIL 18

Buen amigo alemán, tipo ejemplar desinteresado con influencias entre los suyos, sin prejuicios de política en guerra, ha trabajado anónimamente por la venida de Dolly. Gratitud de por vida. ¿Logrará quedar con vida al tér-

mino de la guerra? ¿Podré encontrarlo entonces? Los hombres son por el momento ficha del frente o carne de bombas en las ciudades y en los campos.

Cuatro días en Bad Nauheim. Llegará al Park-Hotel, a una elegante habitación con flores y sol. Nido en el interior del bosque verde y riente.

Permitido salir con discreción por las noches durante la estada de Dolly. Material extra superior para los “microbios”.



La mujer blanca con abuso de carmín en los labios que cambia de traje por lo menos cuatro veces al día me mira con mirada inquisitiva.

No tiene espíritu al modo de las porcelanas de imitación. Su cabeza es como bazar de telas o como tienda de segunda mano. Pero es joven y pertenece a alguien que usa anteojos y no ve lo que sucede.

Rodeada de alabanzas y de intrigas femeninas, piensa en reina sin ser azafata tan siquiera.

Sabemos lo que ahora acontece. El propietario aparenta ignorarlo.



Siete de la noche. Flores por todas partes en el Park-Hotel.

Llega Dolly, victoriosa e inquebrantable como su voluntad. En sus pupilas veladas de lágrimas, en su boca entreabierta cual clavel de mi tierra y en figura de líneas sin error vibran acentos de esperanza.

Beso de muchos días. Beso que sólo conocen los amantes al reunirse tras meses de separación. Entera está conmigo, tierna, prudente como novia. Tiene el abril, su sol en meridiano perenne, su voz de perfumado tono y su manantial de alegrías que fecundan el alma puesta a sus pies como alfombra del oriente o como húmeda, soleada arena de las playas.

Confieso que los alemanes han sido gentiles. De ellos en el internamiento no recibo agravio alguno. El permiso a Dolly junto con el estudio crítico desapasionado de su alma nacional –bélica, fiera, inflexible en el aspecto histórico; sentimental, cordial, generosa en aspecto de relaciones humanas– duplican este hondo cariño admirativo que al país profeso.

Los “microbios”, nuestros “microbios” de América, en cambio han realizado lo imposible para amargar el internamiento.

---

Tantos asuntos que por hablar tenemos, tantas mutuas deducciones e impresionar por hablar, se reducen a silencio. Al inmenso placer de estar solos. De sabernos identificados hasta más allá de la muerte. La noche fresca de Bad Nauheim ampara nuestra dicha mientras lejos retumban explosiones de bombas y cerca la fuente del parque canta cual si espíritus amorosos animan en ella ímpetus más intensos que la guerra. Más fuertes que el odio, la venganza y el terror. Tan fuertes como el destino de la humanidad.

• ABRIL 19

Fecha de Venezuela. El movimiento municipal de Caracas en el [1]810, extraña compenetración de clases sociales coloniales contradictorias, constituye paso grande y primero hacia nuestra liberación del dominio español.

Rafael, mi hijo, al despertar, pone a repicar desde su pequeña victrola las notas de nuestro *Gloria al bravo pueblo*.

El vecino de la izquierda protesta la música porque no lo deja dormir. Rafael como respuesta sube el tono y la repite.

---

Voy al Park-Hotel. Rafael me acompaña. Quiere a Dolly con afecto leal porque la comprende. Ella corresponde de modo incomparable.

Somos felices. El mundo ahora no es tan despreciable como lo parece.

Permitido a Marturet cenar con nosotros en el Park-Hotel. El amigo alemán que habla español y muchachas del pueblo organizan fiesta íntima deliciosa. Presente Venezuela. Al final, aplausos de todos, cantamos nuestro Himno Nacional.

• ABRIL 20

Fuera del Kaiserhof, con Dolly al lado, creo evadirme del estrecho mundo egoísta del internamiento.

Paseamos Bad Nauheim en compañía del querido amigo Guardia, panameño de la mejor cepa, al cual molestamos en el hotel por el tamaño des-

mesurado de sus pies. Dolly expresa ingenua alegría de campánula, de linda flor abierta al sol de abril.

De ser posible habría subido hasta el campanario de la iglesia y tocado a la vez tumultuosamente las campanas.

• ABRIL 21

Dolly partió hacia Berlín en el tren del mediodía. Fuimos, somos, seremos felices. Derecho ganado en existencia de unidad y superación.

—Hasta luego —nos hemos dicho en la estación. Su pañuelo del adiós, agitado desde la ventanilla del tren, semejaba ala suave. Su sonrisa tuvo calidad de clave perfecta sobre el tiempo. El tren que se la lleva u otro idéntico, habrá de devolvérmela.

---

Al Kaiserhof lo encuentro distinto. Tres días libre de su atmósfera envenenada, de sus intrigas subterráneas, de su saña mezquina. Tres días de Dolly y con Dolly. Quedan pocos días de Bad Nauheim. El permiso de Dolly envuelve anuncio de final. ¿Podré llevarla conmigo? Los alemanes así lo dejan entrever. No dan seguridad. Probabilidades apenas.

Obtengo certeza de que la dejarán salir como venezolana para el lugar de Europa en donde prestaré servicio. ¿Suiza? ¿Portugal? Tiempo al tiempo.

Hecho seguro definitivo que nulifica la propaganda de los “microbios” sobre no existencia aquí de sentido humano noble, de interpretación elevada de la vida, de espíritu justiciero honorable que extrae lo bueno y lo justo de entre la despiadada relajación específica de nuestra humanidad. Nuestra humanidad en guerra.

---

No me sorprende que algunos murmuren en el Kaiserhof. Duele la ventura ajena. Miradas de discreta insolencia. Esperanza hace alusiones amables al respecto de Dolly. No hay falsedad en ellas. Otros congratulan con ridícula falta de sinceridad. Isa felicita amigablemente.

---

Nuestra todavía el “alba de oro”. Breve como el abrir y el morir de las flores, la estada de Dolly refuerza energías. Agua de dos ríos confundidos antes de entrar al mar nuestras dos vidas. Sentimos el propio mar creado por obra y gracia de nosotros mismos.

Ilimité la amargura sobrellevada. Tras de cada sonrisa, ataque sordo. Tras de cada apretón de manos, acciones desleales, brotes de insidia y de venganza.

Imposible olvidar este tránsito del internamiento. Ventaja de haber descubierto el doble fondo de personas a simple vista inofensivas.

Rafael, pequeño hombre, jura ante el porvenir su carrera militar. Marturet, compañero sin reparos, conforme con nosotros.

• ABRIL 27

Presumen los suizos nuestra partida entre el siete y el diez de mayo entrante. También los alemanes.

---

Realizo junto con Guardia el paseo cotidiano por los alrededores del pueblo.

Serio, comprensivo, inteligente este hombre de Panamá. De acuerdo en muchos puntos interesantes. No sufre influencia de radio alemana o de radio extranjera. Piensa que nuestra realidad americana es bastante diferente de cómo tratan de explicarla hoy. Tiempo al tiempo.

• ABRIL 30

Marturet invita para fiesta de despedida en salón especial del hotel. Estamos todos los venezolanos, acompañados de amigos insospechables. Guardia entre ellos.

• MAYO 1

Los “microbios” desplazan su última andanada. Propalan que la fiesta de Marturet fue orgía con final de riña.

Gracias le sean dadas. Los Gestapos que allí observaron protestan y en alta voz los recriminan por innobles.

• MAYO 3

La Legación suiza informa por teléfono, desde Berlín, tener instrucciones de nuestro Gobierno sobre nuestro viaje directo a Lisboa en unión de todos los diplomáticos internados en Alemania.

Tal disposición difiere de lo convenido antes. El Gobierno alemán había aceptado mi traslado directo a Suiza llegado el momento del canje de diplomáticos. Intermediario el representante de Suiza.

A fines de enero, por vía de represalia, el Gobierno de Venezuela interna los diplomáticos alemanes residentes. Para facilitar las negociaciones del canje general, en las cuales todos estamos interesados, convine en pedir a nuestro Gobierno la salida a Estados Unidos del Norte de los diplomáticos alemanes afirmado que en cambio podría partir en viaje directo a Berna.

Lisboa, frente al Atlántico, ciudad de tradición, de escondida belleza, punto definitivo señalado para el canje. Instrucciones son instrucciones y servicio es servicio. Descartado el viaje a Suiza.

• MAYO 9

Nada ha pasado en el Kaiserhof. Premura en el arreglo de equipajes. Torna la máscara de vida ordinaria hipócrita. Alegría por todas partes. Las muchachas de servicio, alemanas con corazón universal, parecen llorar.

Durante la noche, en celebraciones de despedida, el General ha vuelto a cantar rancheras de su país y van más allá de la efusión aquellos que fabricaron dolor e inquietud.

• MAYO 12

Día último del internamiento. Llegan las misiones internadas en Baden-Baden. Satisfechos todos.

Hablo con Dolly por teléfono. La espero pronto en Lisboa. Palabra de oficiales alemanes es palabra de honor.

Partimos en tren expreso esta noche de Bad Nauheim, balneario de verano en el suroeste de Alemania. Plena, incomparable primavera para enfermos del corazón.

Sin velos de niebla, desde la colina que avistan los ojos vacíos de una torre de setecientos años, pequeño y silencioso en el valle, Bad Nauheim eleva sus columnas de humo al cielo, libres como ahora nosotros.

FIN



Terminado en Caracas, a los 23 días del mes de agosto de 1958



---

**P A R T E   I I I**

**La crítica literaria en Venezuela**

Más de medio siglo hace que en nuestro país, de costas largas, puntero al norte de Sur América, de espíritu geográficamente sensible a luces de afuera, intelectualmente liberal y revolucionario, se demanda, se propugna, se clama por los buenos oficios, remedios e influencias de una crítica literaria que beneficie en fondo y forma la obra de nuestros poetas. La obra de nuestros escritores.

Una crítica generosa sin flaquezas, severa sin excesos, erudita sin desplantes de sabiduría, independiente de cuanto está en el ambiente cual el aire que todos respiramos. Creada para señalar sobre generaciones de hoy y de mañana puntos de fundamental aprendizaje en el arte de las letras. De nuestras letras venezolanas.

Destinada a conservar y a reverenciar nuestros legítimos valores. A defenderlos contra intervenciones de arribistas, oportunistas, falsos genios de bengala con duración de horas. A fijar rumbos, destruir abalorios, edificar conceptos. A establecer sentido de justicia, gracia y equidad cuando ese mismo sentido sufre amenazas de corrupción, consentimiento o reprobables debilidades personalistas. A dar al César lo que es del César y al Dios lo que es del Dios.

Posible no parece su realidad durante tiempos de luchas partidistas internas, de guerras civiles, de mutuo desconocimiento entre nuestras regiones. Aun así, con el alma primitiva nacional en flor de guerra, balbuceante bajo angustias cercanas o lejanas de combates, asaltos, derrotas o triunfos, amanece rica de humanidades, fuerte en ciencia y en conciencia, aque-

lla vocación de nuestros clásicos por la pureza y por la grandeza de la obra que crean mientras otros disputan en ciudades y campos predominio de soldados.

La obra y cualidades intelectuales de José Luis Ramos ocupan sitio primero en la historia de nuestra crítica. Sólo con recordar sus *Observaciones sobre las lenguas* o su incomparable *Disertación sobre el verso endecasílabo en español*, basta para reconocerle primicia, profundidad, maestría. Humanismo. Literatura pura. Crítica de filosofía idiomática acompañada de técnica del lenguaje tan densa como superior.

Bello deja en su vasta labor continental universalista, jamás superada, rasgos de crítica edificante pedagógica destacados siempre en sus escritos con sobria propiedad de maestro. De sabio.

También Cecilio Acosta. También don Felipe Tejera, prócer literario del cual pocos suelen acordarse. Nuestra literatura le debe, entre otras producciones de mérito, el libro *Perfiles venezolanos*, trabajado con datos biográficos y juicios críticos de cada personaje. Benévolo por lo general, ajeno a pasiones y apasionamientos, suministra noticias de crecido valor para cuantos estudiamos con vocación, voluntad y equilibrio las manifestaciones del espíritu literario venezolano. La obra de nuestros grandes y la de nuestros pequeños hombres de letras.

Considero adecuado para nuestro tiempo –para la especificación histórica de nuestra crítica– fijar como edad primaria el período que va de José Luis Ramos a don Felipe Tejera.

El ideal romántico todavía enciende luminarias que han de apagar vientos de fin de siglo. Lo retórico priva sobre lo ideológico. La gramática de cuello estirado, negro levitón, permanente sombrero de copa, continúa adusta como juez sin sueldo. En Francia comienzan a trabajar su mármol inexpressivo los parnasianos. La reacción modernista, proclamada desde América, avanza sobre España sus proyecciones nunca esperadas. En Venezuela conmueve ya la poesía de Pérez Bonalde –*Vuelta a la patria*, poemas dolientes de *Flor*– mucho más que estrofas académicas del propio señor Tejera o de cualesquiera otros retóricos de igual estilo.

Presencia, preeminencia e influencia de don Julio Calcaño cambian suave, moderadamente la marcha cansada, monótona de nuestras letras. Al

parecer severo e inabordable como la mayoría de escritores de aquel tiempo, este ilustre compatriota, autor del primer volumen formal de cuentos publicados en Venezuela –cuentos de guerra–, regaña sonriente con la generación para el momento de veinte años de nuestro 98 literario y se complace en patrocinarla con estímulos de maestro a pesar de acometidas hechas contra él por jóvenes como Gil Fortoul y Eloy Guillermo González. Tal así lo reseña más tarde Jesús Semprún en un juicio crítico sobre *El castellano en Venezuela*.

Poeta, gramático, novelista, cuentista, orador, polemista, don Julio Calcaño entra en la posteridad más como autor de *El castellano en Venezuela* que como autor de *Blanca de Torrestella*. Su ensayo *Tres poetas pesimistas del siglo XIX*, consagrado a Byron, Shelley y Leopardi, recomienda ampliamente sus facultades de crítico. Varias otras páginas dispersas, prólogos para libros de amigos, reparos al movimiento modernista, conceptos sobre obras y escritores, refuerzan en idéntico sentido su personalidad.

¿Qué es *El castellano en Venezuela*? En concepto mío representa la obra más perfecta producida hasta la fecha por nuestra crítica de literatura. La más delicada, entendida, penetrada del lenguaje, de su filosofía y de su psicología nacionales como el agricultor de la tierra que cultiva. La mejor concebida, documentada y acertada. Hermosa obra para el pueblo, creada sin prejuicios de retórica o de selección, fortificada de ciencia y de estudios como de murallas las grandes ciudades medioevales.

La obra capital de don Julio Calcaño –escribe Semprún–, aquélla por la cual será recordado mientras existan venezolanos que hablen español, es *El castellano en Venezuela*, el ensayo más serio y puntual que sobre nuestra lengua vernácula se ha compuesto entre nosotros.

(En resolución del Ministerio de Educación Nacional, fechada a 5 de mayo del [1]949, la Junta Militar de Gobierno dispone reeditar esta obra, por haberse agotado la anterior edición, con inserción además del juicio crítico sobre ella de Jesús Semprún, nuestro ilustre maestro de la crítica. La obra, reeditada en el [1]950, reproduce su dedicatoria original al *General D. Joaquín Crespo, Presidente Constitucional de la República*, y está hecha en

España, Madrid, en Artegrafía, S. L., siendo de cinco mil el número de ejemplares).

Precedida de inmediato nuestra generación literaria del 98 por valores de calidad como Gil Fortoul, López Méndez y Lisandro Alvarado, halla al principio en su contra cierta animadversión académica, retórica, hija del exclusivismo que la omnipotencia de escritores anteriores pretende establecer como norma de nuestras letras. La crítica tiende a tratarla en forma indolente o desdeñosa. Salvo don Julio Calcaño, los críticos se inclinan por conceder poca importancia a aquella mozada de arte que pronto ha de caracterizar época sin precedentes en la historia de nuestras letras.

Esta historia de nuestras letras, tal como la historia política del país, se repite entre nosotros con fidelidad de números. Hoy como ayer combate el espíritu contra divisiones, preponderancias, superioridad de cuño último, anarquía literaria. Los escritores del 98, igual que los de cada uno de cualquier ciclo subsiguiente, tienen ante sí panorama semejante al que para aquel tiempo describe Gonzalo Picón Febres en su *Literatura venezolana en el siglo diez y nueve*:

Doloroso es publicarlo, pero muchos de nuestros excelentes escritores, en vez de formar causa común, de compactarse estrechamente para la obra meritoria de la civilización venezolana, de estimarse y admirarse mutuamente por las afinidades que entre ellos existen del ideal y del talento, de cerrar filas en beneficio de su causa generosa y en contra de la ruda barbarie asoladora, se dividen, se anarquizan, se mueven guerra fuerte y formidable, se escatiman la alabanza, se destrozan el renombre y se hieren con los dardos del dicterio, sin comprender que las obras del ingenio humano que aparecen engrandecidas por la luz de la belleza, se imponen a la admiración de los pueblos y al respeto y glorificaciones de la posteridad, a pesar de las diatribas que caigan sobre ellos; a pesar de la risa de Aristófanes; a pesar del rencor personal de Mevio y Bavio; a pesar del negro odio de aquel Blanco de Paz que dentro del pecho no llevaba sino una ampolla de veneno, y a pesar de la triste emulación de Avellaneda.

Lo cierto es que *El castellano en Venezuela* y la actitud de comprensión de don Julio Calcaño, bondadosa, hidalga muestra de espíritu, clausuran hacia el [1]898 la edad antigua de nuestra crítica y abren paso –sin edad media– a lo contemporáneo, lo nuevo, lo joven. Con precisión de fórmula en química. Con elegante vuelta de espaldas al retoricismo de cuello estirado, negro levitón, permanente sombrero de copa.

Labor de literatura venezolana pura, con panorama de historia, con sentido de crítica, suelen menospreciarla o reducirla en méritos elementos de ruin conformación moral, lisiados para toda la vida de pedantería e incapacidad. Herederos indiscretos de cuanto significa en el pasado de nuestro país: odio, rémora, resentimiento, mediocridad, agresiva militante.

Dicha labor se destina al porvenir y vida de nuestras letras. Quiérase o no, surte efectos de examen y fijación cuando como réplica de zumbona, miserable decadencia intelectual, la contradicen e impugnan entre gritos de oportunismo los menos llamados a ello. Los más afectados por sus señalamientos de crítica que no halaga *genios* de tertulia. Genios de grupo sin representación. Genios *celulares*, para nombrarlos con vocablo de su uso y abuso.

Muchos de los que trabajamos con desprendimiento, vocación y conocimiento por la grandeza de nuestra literatura; por su evolución recuperativa intensiva hacia planos de gracia, serenidad, arte noble; por limpiarla de pasiones, errores, adefesios, falsos oficiantes, microbios con peste de disolución; y actuamos convencidos siempre de que sólo para después de muertos hay justicia, estimación valorativa despojada del veneno que en ocasiones tiende a desmerecer cuando no a aniquilar, tenemos convicción de que al fin de cuentas todo se hace en honra y provecho de nuestras letras. De que bien vale la patria que nos produce esta lucha en apariencia hoy infructuosa. Seguramente fecunda, clara en el futuro como fecundas y claras son semillas de buen fruto.

Lamentable encontrar de contrabando en predios ajenos esos elementos antes mencionados. Siguiendo casi al pie de la letra trabajos ajenos. Haciendo literatura e historia con referencias ajenas. Comparables a los ladrones de automóviles que disfrazan el robo cambiando pintura y matrícula sin percatarse de que quedan en la máquina los números seriales de origen.

Deber para conmigo mismo y para con mi tiempo perseverar en la historia y crítica de la *Crítica literaria en Venezuela* con empeño, fe, intenciones leales. Tal como procuro para cuanto emprendo en la vida.

El movimiento de crítica entre nosotros no depende de aumento o disminución de la producción literaria. Depende de la calidad, personalidad e independencia de los críticos. De sus conocimientos, experiencias, formal vocación.

Nuestras diversas generaciones literarias no presentan abundancia de escritores del género. Caemos en error de apreciación si tomamos por crítico al simple revistero de libros. Al simple bibliografista, autor de reseñas bibliográficas para la prensa. El crítico es, por la naturaleza de sus trabajos, ensayista, investigador, valorizador. El autor de notas bibliográficas corrientes, de acuerdo con sus disponibilidades de criterio y de espacio, avisa al público sobre determinada obra, con buen o mal gusto según sus conocimientos. Lo que escribe pertenece más a trabajos de corte periodístico que a trabajo de crítica pura.

Algunos de nuestros jóvenes de todas las épocas presumen de críticos por el simple hecho de escribir reseñas de libros. Por alabar amigos y denigrar de enemigos. Por simpatías o por antipatías. El crítico es todo lo contrario: sensibilidad, penetración, comprensión. Simpatía o antipatía restan honradez al juicio. Llega hasta glorificar en su contextura de arte y de belleza la obra de aquél o de aquéllos a quienes como personas detesta.

Después de don Julio Calcaño, nuestra crítica literaria sufre cierto descenso sólo explicable por superioridad en otros géneros de nuestra admirable generación del 98. Sus precursores López Méndez, Gil Fortoul, Zumeta, Lisandro Alvarado, actúan dentro de la literatura pura con pronunciamientos de ensayistas de ensayo general sin especialización. Todavía no se ha escrito la *Historia constitucional de Venezuela*. Se publican, sin embargo, en la época –antes del 98– la novela fundadora *Peonía*, de Manuel Vicente Romero García, y el *Julián* de Gil Fortoul.

Acoso el más proclive al ejercicio crítico literario de entre ellos es Luis López Méndez, muerto en flor de vida. Muestra de perlas su inolvidable *Mosaico de política y literatura*, libro señero poco conocido de las nuevas generaciones.

No bastan a la existencia definitiva del crítico enjuiciamientos de tanta promesa, de tanta inteligencia, de tanta habilidad como los de César Zumeta sobre determinadas obras y autores, varios de los cuales recoge el maestro Key Ayala en su selección para el Cuaderno 67 de la Asociación de Escritores Venezolanos. El autor de *Escrituras y lecturas* nunca se consagra a significado género literario. “Maravilla ver cómo estilo –escribe Key Ayala en el [1]901– tan personal, tan caracterizado cual es el de Zumeta, de los que se denuncian en una línea, se adhiere sin deformarse a los asuntos más varios y a los más peregrinos casos”. El mismo maestro ratifica luego:

En Zumeta la función crítica se ejerció de dos maneras distintas: ya, lenta, detenida, análisis formado de una larga serie de síntesis; ya, rápida, cierta, con ligereza y seguridad de saeta que se clava en carne viva y resistirá a todo esfuerzo por extraerla.

No bastan tampoco a esa existencia los combates bravos, valientes de Gil Fortoul en defensa de su tiempo. De la literatura de su tiempo, amanecida con resplandores vivaces. No basta su artículo “Pequeñeces académicas”, escrito en París, marzo del [1]894, impugnando violentamente, indignadamente –con razón– la reseña sobre movimiento literario en Venezuela, pedida entonces a don Julio Calcaño por el editor del *Repertorio americano*.

Tampoco predomina sobre su gloria de historiador, ensayista, novelista, político, jurisconsulto, parlamentario, orador y diplomático, su notable trabajo “Literatura Venezolana”, premio de Crítica del segundo Certamen de *El cojo ilustrado* para el [1]903. Este ensayo de historia y de crítica, acabado, mesurado, pormenorizado, compendia en prosa llana, pedagógica, el recorrido en Venezuela de la Crítica hasta su momento. Hacia el final proclama optimista:

Profetizar el desenvolvimiento probable que tendrá en los diez años venideros la literatura venezolana, es empresa hartó difícil, porque los movimientos literarios, aunque no suelen ser bruscos ni inesperados, dependen de muchas circunstancias variables. Sin embargo, la enseñanza del pasado

y las tendencias del presente permiten siempre formular conjeturas más o menos plausibles.

No bastan igualmente rasgos y apuntes críticos de Díaz Rodríguez, estilista genial de su generación. Ni rasgos y apuntes críticos de Pedro-Emilio Coll, artista ideólogo, esteta ejemplar. Ni el gran sentido crítico tan poco expuesto del maestro Key Ayala, quien reúne entre sus contemporáneos quizás condiciones las más altas para ejercer función de crítico.

El escritor de semejante extraordinaria generación que deja obra de fondo más completa en relación con nuestra crítica se llama Gonzalo Picón Febres, natural de Mérida. Diversos géneros literarios acomete. Desde la novela histórica, investigaciones folklóricas, relatos regionales, discursos de brillante oratoria, ensayos de Filología y Lingüística, hasta su famosa *Historia de la literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, dedicada al General Castro, Presidente de la República, editada en Caracas por la Empresa El Cojo, 1906.

En su Introducción explica con modestia quizás no del todo espontánea:

En los juicios que hago no soy intransigente ni extremista. Cualesquiera que sean la escuela y el orden de ideas filosóficas a que pertenezcan, admiro la hermosura, la originalidad, el arte de las producciones literarias. Lo que sí no sé admirar es la falta de armonía en su disposición, porque la armonía es el orden, y sin el orden no hay, no puede haber hermosura verdadera.

Numerosas opiniones favorables o adversas acogen la aparición de este libro, fundamental para el estudio de nuestra literatura. No estoy de acuerdo con muchos de sus conceptos, concebidos al impulso de desbordantes antipatías. El ilustre autor emeritense se arrebata en orador las más de las veces o se deja llevar por ideas románticas ya en desgracia, particularmente en sus apreciaciones sobre obras de tanta trascendencia como *Peonía* o de escasa contribución como *Todo un pueblo*. Lo mismo acontece con poetas y escritores bajo su dictamen.

De cualquier manera como se le juzgue, justo es convenir en que *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* representa el ensayo más metódico y preocupado sobre nuestras letras, extendiéndose hasta las primeras manifestaciones de la subsiguiente generación, o sea, la del [1]908. Generación que ilustra la crítica literaria nacional con escritores de la talla de Jesús Semprún. De la cultura y suavidad de Luis Correa.

Aquel crítico literario especializado que de entre nuestros hombres del 98 pudo ser Zumeta; que pudo ser Pedro-Emilio Coll; que había de nacer muerto en don José de Austria, para siempre internado en la espesura paradójica de Oscar Wilde y en revueltos mundos imaginarios de dolor o de fantasía; que no culmina en Picón Febres a causa de su encomiable versatilidad literaria, ágil en diversos géneros sin dominarlos del todo; que no completa el ilustre maestro Key Ayala por la clara razón de su no especialización. Aquel crítico ha tiempo, esperado casi mesiánicamente por nuestra literatura, fatigada por exceso de alabanzas o de menosprecios; por violentos encumbramientos intelectuales tipo luz de bengala y por abordajes corsarios que sólo violaciones, robos o plagios dejan, aparece señero e inspirado en la subsiguiente generación venezolana.

Crece y avanza esta generación –por mí llamada del [1]908– en plenitud del modernismo americano de *Prosas profanas*. Bajo la gloria y con el padrinazgo de su antecesora nacional. De sus antecesoras en América. Reaccionó contra lo romántico específico del siglo pasado. Pretende crear su época –su ciclo– su literatura, su expresión, sus modos y conceptos entre fijaciones realistas a lo Zola y música de trompetas de la *Marcha triunfal*. Tiene mucho de bovarista, mucho de música palabrista, algo de Emerson y de Whitman. Poco de Víctor Hugo y, sin embargo, grandes provisiones espirituales quizás recogidas en lecturas de Goethe o de Taine. Depositaria tal generación de las victorias del modernismo americano sobre la literatura de lengua castellana, existe sin darse cuenta a la decadencia y agonía del movimiento que históricamente conserva y defiende luego como legado inmediato frente a nuevos, más cónsonos pronunciamientos artísticos, gestados desde comienzos de la Primera Guerra Mundial. Signos de modos y modalidades de renovación distintos, contrarios de los modos y modalidades modernistas.

El modernismo propugna posiciones exclusivistas típicas de escuela. El crítico que entonces surge en Venezuela –razones de espacio y de tiempo– es modernista por nacimiento y por naturaleza. Inexorablemente modernista. Con facultades universalistas de observación, de examen, de análisis, de estudio. Con cultura ultra-individualista. Sometido a programas de su escuela, estima el modernismo de su momento reacción contra la anquilosis literaria hispanoamericano. Jamás revolución.

Quiebra lanzas contra el retoricismo ya inválido de nuestros románticos y pseudo-románticos. “Los románticos nuestros –escribe– ignoraron siempre lo que deseaban, de dónde procedían y qué debían pensar ni decir”. En cada uno de los cuatro puntos cardinales de su vida sólo avisa el modernismo. Su cultura, sus apreciaciones, sus concepciones e ideaciones, robustecidas por el más delicado, penetrante sentido de verdad y de observación, las encuadra dentro del modernismo dominante como reses de nuestros Llanos en corral.

Cierto que ataca también con ímpetus de juventud, con acierto indiscutible, varios de los grandes poetas y escritores de la vecina época romántica, intercalando justas admiraciones entre juicio y juicio. Lo cual no impide que más tarde, en el mediodía de su vida, llevado de justicia y de venezolanísima devoción escriba sobre don Julio Calcaño y sobre su obra literaria uno de sus mejores ensayos críticos.

Semejante crítico de orden primerísimo –nuestro hasta la fecha insuperado eminente crítico literario nacional– se llama Jesús Semprún. Nace en San Carlos del Zulia hacia el [1]882. Su obra de estimación, aún dispersa, la produce en Caracas, entre entusiasmos y excesos particulares del tiempo. Cuando la literatura hispanoamericana se intoxica de *vida bohemia*, la poesía de cisnes bogando en lagos que el claro de luna platea y la vida misma de contradicciones entre el vino, el amor, la aventura, los suplicios intelectuales e in promptus de cantina que tanto contribuyen entonces a fama y nombradía de los artistas. Inspiraciones de Verlaine, de Poe, de Baudelaire, de Rubén Darío.

Mencionar ahora a Sainte-Beuve, maestro sin par de crítica literaria en el siglo XIX, es referir por similitud el drama intelectual de Semprún. Tal como el primero, artista incomparable de la crítica, nuestro compatriota fi-

gura en su época –y después de ella– con relieves de maestro del género. El francés, sin embargo, en plena fiebre creadora, sueña ser gran novelista, gran poeta. El venezolano padece iguales desvíos. Ambos lo intentan. Ambos fracasan. Del Sainte-Beuve, poeta o novelista, quedan obras mediocres. Del Semprún, poeta, cuentista o novelista, quedan intentos igualmente mediocres.

No comprueba lo anterior que el crítico –decir de muchos aludidos– por lo general surge en poeta o escritor fracasados. Lo que se comprueba hasta más allá de la evidencia es que lo vocativo artístico nunca podrá desviarlo nuestra voluntad, y que la naturaleza espiritual humana, sobre la cual obra el subconsciente, obliga el escritor a su destino aun cuando por capricho o por autoincomprensión batalle por rectificarlo. El destino del escritor se cumple como el de los ríos, como el de la luz, como el de nuestra mísera, irrenunciable vida humana. Tal así el destino de Semprún.

Definir. Definir en breves frases irrecusables al hombre de letras nacional. Es la definición en Venezuela. Sobre don Julio Calcaño, al analizar persona y obra, escribe:

Representaba los ideales y tendencias de nuestros padres en sus formas y caracteres perdurables y lógicos. Su obra atestigua un continuo esfuerzo en busca de la verdad, el bien y la belleza y abarca los problemas esenciales de nuestra literatura.

Sobre Andrés Mata y *Pentélicas*:

Cuando el poeta ([1]896) apareció cantando en tono y acentos que no habíamos escuchado hasta entonces, todos aplaudieron porque a todos les pareció encontrar expresados en aquellos versos llenos de furia y de ira, de melancolía y de amor, de ideales nuevos y de esperanza confusa, un eco de las voces que le sonaban en el secreto de las entrañas. Andrés Mata era el genuino representante lírico de su generación y aun me atrevería a decir que de nuestro país, en el momento histórico en que dijo a lanzar cantos en que temblaban, a la vez que aquellos rudos gritos de protesta contra la vida coetánea, las voces gemebundas de la raza afligida. Su obra girará en

lo sucesivo alrededor de esos dos polos morales: la rebeldía y la pesadumbre. Jamás ha hecho otra cosa nuestra poesía popular.

Sobre nuestro gran estilista, maestro Díaz Rodríguez, al publicarse *Peregrina* o el *Pozo encantado*: “Es bueno observar, por ser uno de sus rasgos específicos, que Díaz Rodríguez, aun siendo, como es, el más afortunado y atrevido remozador de la lengua [generación de Cosmópolis], ha tenido siempre esmerados miramientos por su pureza. La ha rendido como galán, no forzado como malandrín.

Nadie como Semprún ha enjuiciado entre nosotros con tanto acierto y dominio la obra poética de Sergio Medina, de Arvelo Larriva, de Udón Pérez. Nadie como Semprún logra, en su juicio sobre la novela *Tierra del sol amada*, de José Rafael Pocaterra –novela de Maracaibo–, definir al autor mismo y sus tres novelas hasta entonces publicadas. “Es –apunta– novelista de ciudades”. Pocaterra en efecto ha escrito *Política feminista*, más tarde titulada en la edición española de Blanco Fombona *El doctor Bebé*, novela específica de nuestra Valencia; *Vidas oscuras*, novela a cuadros específica de nuestra Caracas, y *Tierra del sol amada*, novela específica de nuestra Maracaibo. Novelista de ciudades, definición sólo de Semprún.

Como reverso, aferrado a su modernismo no simpatizante del realismo o del naturalismo que dentro de aquel su ambiente inician victoria, comparte insólitos conceptos de Picón Febres sobre *Peonía*, piedra angular de la novela venezolana, señalándola como “chabacana, rastrera, descosida, sin originalidad”. Grave falta del crítico, tan ligera como apreciación de bibliografista criollo, contra lo cual protestamos cuantos tenemos el orgullo de proclamar la *Peonía* de Romero García nuestra primitiva gran novela de fundación. El punto de partida exacto de la actual novela venezolana. Tal como lo aprecian el maestro Key Ayala y todos los que defienden a capa y espada la honesta interpretación de obras capitales de nuestra literatura.

Notable el lugar que a Semprún corresponde en la crítica literaria venezolana y en la historia de nuestra literatura. Ni su generación, ni la anterior del 98, ni la nuestra del [1]918, ni las subsiguientes, presentan ejemplo de otro escritor a él comparable. Al crítico literario Jesús Semprún, fallecido el “13 de enero de 1931” en “El Valle, parroquia foránea de Caracas, a la

edad de 49 años”, datos los últimos que aporta el escritor Humberto Cuenca en su trabajo *Jesús Semprún*, publicado en el año [1]932, en Caracas.

Actúan en esa misma generación del [1]908, sobresaliente de poetas, novelistas, cuentistas y escritores, dos ilustres compatriotas definidamente opuestos en estilo y personalidad como orillas de río.

Luis Correa, hermano político de Semprún, y Julio Planchart, desaparecido después del primero.

Correa personifica al estudioso risueño, férvido artista que abandona la poesía para consagrarse por entero al estudio de nuestra literatura y de nuestra historia. Reviste con tales elegancias de estilo cuanto refiere que aún lo demasiado áspero, lo demasiado sólido, adquieren amable esplendor, amable galanura.

De tarde en tarde cultiva la crítica literaria con ponderación de maestro, mas sin la penetración vocativa aguda de Semprún. Entiende que producir crítica útil no sólo consiste en enjuiciar obras, autores, escuelas, épocas, pronunciamientos literarios. Consiste en explicar, señalar, divulgar, popularizar lo grande y lo digno que hay en nuestras letras y en las extranjeras.

Su ya célebre capítulo “Los inacabados”, de *Terra patrum*, ha de estimarse al fin como aspecto de su propia vida inolvidable.

Nuestra literatura le debe, poniendo aquí al margen su culto, trabajos y dedicación a la historia general venezolana, aquel aliento vigoroso e ingente que distingue su obra y que la anima con perenne, lúcido acento optimista.

Aparece frente a los nuevos como joven maestro mientras que entre las mayores discurre como el más joven. Como el más sonriente de los mayores. Enseña sin pedantería. La siembra de su buen gusto, de su literatura constructiva integral, florece en flores de limpio arte dentro de sus contemporáneos. Dentro de nosotros sus inmediatos seguidores. Sobre todas las demás posteriores generaciones literarias de Venezuela.

Planchart por lo contrario, fiel a su temperamento y a conceptos incommovibles personalísimos, corresponde a la especie de escritores graves, pacientes e inalterables que solicitan verdad y arte urgidos de preconceptos o de ideas lindantes con la severidad.

Menos afortunado en poesía que Correa, autor de *La extranjera*, cultiva a veces el poema. Creo que también novela y cuento.

Su camino está en el ensayo crítico. Su ubicación literaria, igual que la de sus compañeros del [1]908, es el modernismo. Hombre de su época. De su círculo artístico.

Su jamás confesado modernismo lo induce a aceptar y repetir las invectivas de Semprún contra *Peonía*. Vibrante e inquieta bajo mansas apariencias, su conciencia de escritor parece alterarse cuando otro u otros proclaman juicios opuestos a los suyos.

Nuestra generación, en el caso de *Peonía*, se conforma de lleno con el concepto público feliz del maestro Key Ayala frente a las imputaciones de Picón Febres, de Semprún y de Planchart. Es para nuestra patria y para la historia de nuestras letras la novela capital fundadora.

Bien leído, bien equipado literariamente, de estilo claro, serio y cuidado, Planchart logra situarse entre nuestros más notables trabajadores de crítica literaria.

No siempre satisfacen sus opiniones, pero su obra tiene méritos de densidad y de estudio no comunes en nuestro país. Excelente ensayo el que consagra a Rómulo Gallegos. Comparto su criterio al definir *Cantaclaro*, por su gran sentido venezolano y por su entrañable grandeza como novela, la novela más acabada, más representativa del autor. Mucho más que *Doña Bárbara*.

(Criterio en efecto paralelo al que aparece en mi libro *Historia y crítica de la novela en Venezuela*).

El Cuaderno 20 de la Asociación de Escritores Venezolanos publica *Tendencias de la lírica venezolana*, ensayo de crítica por mil razones recomendable, en el cual posible es encontrar grandes enseñanzas, grandes apreciaciones sobre nuestra poesía.

El Ministerio de Educación, entre sus publicaciones de interés para nuestra cultura, ha recogido en volumen parte de la obra de este compatriota que la muerte torna para sí cuando mucho aún podría ofrecer a nuestra literatura.

Llegamos a nuestro tiempo. Todavía se encuentra en plenitud la generación literaria del [1]918. Mi generación. Paradójicamente somos los nuevos viejos. Tenaces en posición de juventud cual si los años apenas fueran recuerdo del pasado y no huella sobre la carne mortal.

Esta generación amplía el proceso ininterrumpido de los grandes poetas venezolanos. Cuenta con grandes poetas de diferentes tonos. Cada uno de ellos con nombre y obra de primer orden.

Cuenta con ensayistas, historiadores, periodistas. Tiene su exquisita novela evocativa en la *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez y la más original, genial representación de novelística femenina en la *Ifigenia* de Teresa de la Parra.

Al ensayista de tipo universal como Picón Salas es delicado reconocerle cualidades críticas en el sentido estricto del género por cuanto sus propósitos, dentro de este aspecto de su obra, parecen más divulgativos que genuinamente críticos.

Su *Formación y proceso de la literatura Venezolana* es guía no siempre fiel de las varias etapas recorridas por nuestras letras hasta el [1]941, fecha de publicación. Incurre en apreciaciones bastante impropias e inciertas como –ejemplo– la que consigna con suma ligereza sobre nuestro inolvidable, singularísimo poeta lírico Juan Santaella.

Otros géneros literarios como el ensayo puro universalista o como distintos aspectos de arte, historia y biografía son su realidad. Su medio ambiente espiritual. Medios legítimos para sus ideas y su estilo, libres de impaciencia de crítica literaria al azar.

Escritor representativo de nuestro tiempo y de nuestra literatura, alcanza sitio prominente en las letras nacionales y en las americanas. Sus posibilidades negativas como crítico literario quedan sobrepasadas hasta mucho más allá de las fronteras patrias por sus obras de invalorable mérito, honor de Venezuela y de América.

Fernando Paz Castillo, en épocas ya anteriores, escribe notas críticas sobre libros y autores venezolanos. Nuestro notable, magistral poeta de *La voz de los cuatro vientos*, tampoco entra en la historia de nuestra crítica literaria. Es como si por el hecho de que José Rafael Pocaterra escribe breves reseñas bibliográficas en *El nuevo diario* de Vallenilla Lanz, debe recordár-

sele como crítico de literatura. Es como pretender que Rufino Blanco Fombona, maestro de nuestras letras, es crítico de literatura por sólo su *El modernismo y los poetas modernistas de América*, libro de conceptos violentos inadecuados sobre determinados poetas del modernismo, al propio tiempo que libro de diatribas políticas.

Cabe recordar ahora, aun cuando sea de paso, la labor y el nombre del escritor larense Silva Uzcátegui, autor de meritorio estudio crítico sobre el modernismo americano.

De entre los escritores del año [19]18, con modestia y sinceridad, me satisface haber mantenido durante muchos años, pleno de fe y ardiente optimismo en el porvenir de nuestras letras, libre, independiente, honesto, esforzado el ejercicio de la crítica literaria sin prejuicios personalistas. Sin excesos corruptores de amistad o elogio. Sin prevenciones de indigna o falsa naturaleza.

Bien o mal, enamorado del culto y de la defensa de nuestras letras –enamorado de nuestra Venezuela que trasciende espíritu y pujanza en la obra de nuestros escritores y poetas– busco y buscaré sin vacilaciones la realidad de nuestro arte literario en su pasado, su presente y su porvenir. Avisar, alertar, vigilar las nuevas promociones. Advertirlas con prudencia y beneficio. Crearles ruta más ancha que la nuestra. Abrirles camino de sol en medio de las minúsculas, repetidas tempestades literarias criollas.

Puedo ufanarme de ello. Con aciertos, con fallas, con señalamientos libérrimos, sin atender en literatura a ideologías políticas, sociales o económicas en pugna, únicamente me preocupan el mejoramiento y defensa de nuestras letras venezolanas. Tan fáciles para algunos. Tan dificultosas para muchos de los que llegan a honrarlas de verdad en el espacio y en el tiempo.

Luego de nosotros, liberados en absoluto de penetraciones modernistas, frescos en el canto y en la vida, siguen los del año [19]28. Generación dotada por el tiempo –su tiempo– de múltiples signos peculiares de vocación, consistencia, estudio, elevación, originalidad. De amor a lo grande de nuestras letras. De insistencia superativa hacia la obra y hacia el porvenir.

El primero entre sus escritores, maestro ya en Novela histórica, en Cuento, en Crónica y en Ensayos económicos, edita en el [1]948 (Fondo de Cultura Económica, México) su importante libro *Letras y hombres de Ve-*

nezuela. Arturo Uslar Pietri honra en esta obra divulgativa, con observaciones críticas literarias, no sólo su nombre de escritor. También la tradición de nuestra literatura, mantenida en ella hasta términos de la más inteligente elegancia.

Justo recordar igualmente al reverendo padre Pedro Pablo Barnola, autor de bien conocidos trabajos críticos. A Venegas Filardo por sus *Estudios sobre poetas venezolanos* (Cuaderno 28 de la Asociación de Escritores Venezolanos). A Olivares Figueroa por sus notas críticas sobre *Nuevos poetas venezolanos* y a Fernando Cabrices por *Páginas de emoción y de crítica* (Cuadernos 16 y 45 de la Colección antes citada). A Luis Beltrán Guerrero por su ensayo *Sobre el romanticismo y otros temas* (Cuaderno 32 de la misma Colección) y por su juicioso libro posterior *Palos de ciego*. A Eduardo Arroyo Álvarez por *Dos maestros de Venezuela, José Luis Ramos y Luis Correa* (Cuaderno 65 de la misma Colección). A José Fabbiani Ruiz por su permanente labor de crítica bibliográfica. Otros hay además de buen juicio pero sin libro del género publicado.

Escritores más jóvenes que los anteriores pugnan ahora por sobresalir y distinguirse en el cultivo de la crítica literaria venezolana. Amanecen. Elogio prematuro entusiasta o adverso daña siempre. Generación de claro empuje esta novísima, a la cual corresponde más o menos el ciclo literario del [19]38. Tiene conciencia de su destino. Se prepara a conquistarlo sin demoras, treguas o renunciamentos. A golpes de espíritu.



## ÍNDICE ONOMÁSTICO

---

### A

---

Acosta, Cecilio, 45, 58, 76, 83, 202  
Alarcón, 56, 66  
Alfonzo, Juan, 55  
Alvarado, Lisandro, 73, 111, 204, 206  
Araujo, Orlando, 25  
Arévalo González, Rafael, 16, 69  
Arráiz, Antonio, 124  
Arroyo Álvarez, Eduardo, 48, 217  
Arvelo Larriva, Alfredo, 212  
Austria, José de, 209  
Azuela, Mariano, 98

---

### B

---

Balzac, Honoré de, 71, 82  
Barinas, Pina, 130, 136, 173, 178  
Barnola, Pedro Pablo, 24n, 31n, 44n, 48 49, 217  
Baroja, Pío, 73, 93  
Baudelaire, Charles, 210  
Becco, Horacio Jorge, 24n, 31n, 44n, 49  
Bécquer, Gustavo Adolfo, 85  
Beethoven, Ludwig van, 164  
Bello, Andrés, 45, 54, 58, 79  
Benavente, Jacinto, 73  
Betancourt Figueredo, Francisco, 66  
Blanco Fombona, Rufino, 27, 47, 70, 84, 85, 88, 212,  
216, 221  
Blanco, Eduardo, 55, 78  
Borges, Carlos, 13

Bourget, Paul Charles Joseph, 61  
Boves, José Tomás, 99  
Byron, George Gordon [Lord] , 203

---

## C

---

Cabrera Malo, Rafael, 15, 69, 71  
Cabrices, Fernando, 48, 217  
Calcaño, Julio, 23n, 45, 55,56, 78,202, 203, 204, 205, 206,  
207, 210, 211  
Campoamor, Ramón de, 85  
Cardozo, Lubio, 36, 49  
Carnevali Monreal, Ángel, 84  
Castro, Cipriano, 84, 85, 86, 123  
Chateaubriand, François René de, 55  
Coll, Pedro Emilio, 73, 208, 209  
Correa, Luis, 47, 209, 213, 217  
Crema, Edoardo, 19n, 49  
Crespo, Joaquín, 203  
Cuenca, Humberto, 213

---

## D

---

D'Annunzio, Gabriele, 72, 73  
Darío, Rubén, 72, 212  
Darrieux, Danielle, 145, 185  
Despradell, Roberto, 174, 183  
Díaz Rodríguez, Manuel, 18, 64, 66, 70, 72, 73, 74, 75, 76,  
77, 78, 79, 81, 88, 93, 99, 208, 212  
Díaz Sánchez, Ramón, 42, 64, 80, 122  
Díaz Seijas, Pedro, 22n, 48n, 49,  
Domínici, Pedro César, 68  
Durero, Alberto, 164

---

**F**

---

Fabbiani Ruiz, José, 23, 24, 25, 48, 49, 217  
Febres Cordero, Tulio, 10, 27, 28, 57, 85  
Fernández y González, 56  
Finat y Escribá de Romaní, José [Conde de Mayalde], 147  
Fombona, Zérega, 147  
Frías, Carlos Eduardo, 116

---

**G**

---

Gallegos, Rómulo, 33, 34, 35, 64, 65, 66, 67, 79, 89, 91, 94,  
95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 104, 107, 108, 109, 214  
García de Quevedo, Heriberto, 55  
Gil de Hermoso, Virginia, 30, 87  
Gil Fortoul, José, 14, 58, 59, 61, 64, 71, 73, 205, 206,  
208, 209  
Goering Werk, Hermann, 145  
Goethe, Wolfgang, 56, 164, 209  
Gómez, Eustoquio, 107  
Gómez, Juan Vicente, 27, 84, 123, 159  
Góngora y Argote, Luis de, 117  
González, Eloy Guillermo, 203  
González, Juan Vicente, 22, 83  
Güiraldes, Ricardo, 34, 98, 99, 101  
Guerrero, Emilio Constantino, 71  
Guerrero, Luis Beltrán, 48, 217  
Guzmán Blanco, Antonio, 64

---

**H**

---

Himiob, Nelson, 42, 124  
Hitler, Adolf, 129, 159  
Hugo, Víctor, 18, 55, 209  
Hurtado, Ramón, 92

---

**I**

---

Isaacs, Jorge, 64

---

**J**

---

Jiménez Emán, Gabriel, 43n, 49

---

**K**

---

Key Ayala, Santiago, 46, 207, 208, 209, 212, 214

---

**L**

---

Lamas, José Ángel, 55

Larra, 56

Larralde, Trina, 37, 112

Larrazábal Henríquez, Osvaldo, 17, 25, 49

Larreta, Enrique, 100

Lazo Martí, Francisco, 80

Leopardi, Giacomo, 203

Liscano, Juan, 25

López Méndez, Luis, 46, 178, 204, 206

Losada, Diego de, 76

Loscher Blanco, Cristóbal, 168, 169, 177

Louys, Pierre, 68

---

**M**

---

Machado, Antonio, 73

Machado, Manuel, 73

Maldonado, Samuel Darío, 10, 33, 90

Mancera Galletti, Ángel, 25, 49

Manrique, José María, 55

Marturet, Eduardo, 126, 128, 138, 166, 171, 172, 176, 181,  
188, 189, 192, 197, 200

Mata, Andrés, 23n, 73, 211

Maupassant, Guy de, 82  
Medina Angarita, Isaías, 158, 162  
Medina, José Ramón, 43n, 49  
Medina, Sergio, 214  
Mendoza, Daniel, 57  
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 68  
Meneses, Guillermo, 64  
Michelena, Guillermo, 55  
Michelena, Tomás, 61,  
Miomadre, Francis de, 37, 112, 113  
Miranda, Julio, 25  
Mistral, Gabriela, 113  
Montalvo, Juan, 87  
Morantes, Pedro María (seud. Pío Gil), 28, 73, 85, 87

---

## **N**

Navarro, Armando, 25  
Núñez, Enrique Bernardo, 33, 92, 215

---

## **O**

Olivares Figueroa, Rafael, 48, 217  
Oropeza, José Napoleón, 25  
Ortega y Gasset, José, 81

---

## **P**

Padrón, Julián, 37, 38, 39, 40, 64, 80, 113, 117, 120  
Páez, José Antonio, 99  
Pardo, Miguel Eduardo, 16, 17, 66, 69, 70, 71, 74, 75, 91  
Parra, Teresa de la, 37, 111, 112, 113, 215  
Paz Castillo, Fernando, 47, 116, 215  
Peraza, Celestino, 57  
Pereda, 56, 66, 68

Pérez Bonalde, Juan Antonio, 202  
Pérez Carreño, Miguel, 162  
Pérez Galdós, Benito, 56, 66  
Pérez Guevara, Ada, 37, 112  
Pérez, Trinidad, 34n, 49  
Pérez, Udón, 214  
Picón Febres, Gonzalo, 15, 16, 19n, 23, 27, 28, 46, 57, 61,  
65, 66, 70, 74, 85, 204, 208, 209, 212, 214  
Picón Febres, Jaime, 147, 170  
Picón-Salas, Mariano, 47, 215  
Planas Suárez, Simón, 14, 31n  
Planchart, Julio, 15n, 19n, 42n, 47, 49, 215, 214  
Pocaterra, José Rafael, 32, 64, 79, 80, 88, 89, 90, 91, 212,  
215  
Poe, Edgar Allan, 210  
Proust, Marcel, 37, 111, 112

---

## **Q**

Queiroz, Eça de, 102

---

## **R**

Racamonde, Víctor, 73  
Ramírez, José, 42, 122  
Ramos, José Luis, 45, 202, 217  
Ramos, Julio, 42, 123  
Reyes, Antonio, 42, 122  
Rivera Silvestrini, José, 25  
Rivera, José Eustacio, 34, 98  
Rodríguez Ortiz, Oscar, 20n, 49  
Rodríguez, Simón, 111  
Rojas, Arístides, 57  
Rojas, José María, 57

Romero García, Manuel Vicente, 15, 47, 64, 65, 68, 71, 78,  
88, 99, 212  
Rommel, Erwin, 167, 172  
Rondón Sotillo, Juan Manuel, 42, 123  
Rosales, Julio, 24n  
Rosas, Juventino, 157  
Rousseau, Juan Jacobo, 55  
Rubirosa, Porfirio, 145, 146, 179, 184, 185, 192, 193, 194

---

## **S**

Saint-Pierre, Jacques Henri Bernardin de, 55  
Sainte-Beuve, Charles-Augustin, 210, 211  
Sales Pérez, Francisco de, 57  
Salinas, Pedro, 37  
Sánchez Rubio, Elías, 33, 91  
Santaella, Juan, 215  
Scott, Walter, 56  
Semprum, Jesús, 15n, 22n, 46, 49, 65, 80, 89, 203, 209, 210,  
211, 212, 213, 214  
Semprum, Luis, 22n  
Shelley, Percy Bysshe, 203  
Silva Uzcátegui, Rafael Domingo, 216  
Silva, José Asunción, 188  
Stefan, Eva Ruth, 177

---

## **T**

Taine, Hippolyte-Adolphe, 209  
Tejera, Felipe, 22, 45, 55, 57, 58, 59, 202  
Toro Ramírez, Miguel, 42, 122  
Toro, Fermín, 15, 54, 59, 78  
Tosta García, Francisco, 57

---

**U**

---

Urbaneja Achelpohl, Luis Manuel, 19, 20, 64, 73, 78, 79, 80, 81, 88

Uslar Pietri, Arturo, 19n, 37, 38,48, 64, 80, 113, 114, 115, 116, 217

---

**V**

---

Valera, Juan, 56, 66

Valle-Inclán, Ramón del, 72, 73, 93

Vallenilla Lanz, Laureano, 215

Vargas Vila, José María, 87

Venegas Filardo, Pascual, 25, 48, 217

Verlaine, Paul, 210

Villanueva, Carlos Elías, 33, 91

---

**W**

---

Whitman, Walt, 209

Wilde, Oscar, 209

---

**Y**

---

Yépez, José Ramón, 55

---

**Z**

---

Zambrano, Gregory, 48, 219

Zolá, Emile, 60, 70, 71, 82, 209

Zumeta, César, 46, 73, 191, 206, 207, 209

## Í N D I C E

---

- 9 Presentación
- 13 Estudio introductorio  
Gregory Zambrano
- 51 Nota a la presente edición

## P A R T E I

---

- 53 **Historia y crítica de la novela en Venezuela**
- 53 Primeras manifestaciones
- 57 Tradiciones y legendas
- 58 Error de apreciar lo particular para referir lo general
- 59 La victoria realista
- 61 Valor contribucional del *Julián* de Gil Fortoul
- 63 Fundación y signo de *Peonía*
- 68 Domínici, *Mimí* y *Todo un pueblo*
- 71 Lo contemporáneo – El 98 venezolano
- 74 Díaz Rodríguez en la novela nacional
- 78 Criollismo y nacionalismo
- 81 Aspectos generales de principios del siglo
- 84 Dos novelas de Blanco Fombona
- 85 Enjuiciamiento del *El Cabito*
- 88 Tres novelas urbanas de Pocaterra
- 90 Capítulo de referencias
- 91 Afirmación de un escritor
- 94 Presencia y realidad de Rómulo Gallegos
- 111 Teresa de la Parra
- 113 *Las lanzas coloradas* y *La guaricha*
- 121 Último capítulo

	<b>P A R T E I I</b>
<b>125</b>	<b>Memorial de Bad Nauheim (1942)</b>
125	Mes primero del internamiento
150	Mes segundo del internamiento
176	Mes tercero del internamiento
189	Mes cuarto del internamiento
	<b>P A R T E I I I</b>
<b>201</b>	<b>La Crítica Literaria en Venezuela</b>
219	Índice onomástico







